

Me enseñaste a vivir

Mi cuerpo
es vida 

Rose B. Loren

RBL

Me enseñaste a vivir

Rose B. Loren

Todos los derechos reservados

Twitter: @rosebloren

Correo electrónico: rosebloren@gmail.com

www.facebook.com/profile.php?id=100004509678721

Imagen: 123RF

Maquetación: Valerie Miller

Corrección: Violeta Triviño

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

Copyright © 2018 Safe Creative: 1812199377158

Solía pensar que la peor cosa en la vida era terminar solo. No lo es. Lo peor es terminar con alguien que te hace sentir solo.

Robin Williams.

ÍNDICE

[*CAPÍTULO 1*](#)

[*CAPÍTULO 2*](#)

[*CAPÍTULO 3*](#)

[*CAPÍTULO 4*](#)

[*CAPÍTULO 5*](#)

[*CAPÍTULO 6*](#)

[*CAPÍTULO 7*](#)

[*CAPÍTULO 8*](#)

[*CAPÍTULO 9*](#)

[*CAPÍTULO 10*](#)

[*CAPÍTULO 11*](#)

[*CAPÍTULO 12*](#)

[*CAPÍTULO 13*](#)

[*CAPÍTULO 14*](#)

[*CAPÍTULO 15*](#)

[*CAPÍTULO 16*](#)

[*CAPÍTULO 17*](#)

[*CAPÍTULO 18*](#)

[*CAPÍTULO 19*](#)

[*CAPÍTULO 20*](#)

[*CAPÍTULO 21*](#)

[*CAPÍTULO 22*](#)

[*CAPÍTULO 23*](#)

[*CAPÍTULO 24*](#)

[*CAPÍTULO 25*](#)

[*CAPÍTULO 26*](#)

[*CAPÍTULO 27*](#)

[*CAPÍTULO 28*](#)

[*CAPÍTULO 29*](#)

[*CAPÍTULO 30*](#)

[*CAPÍTULO 31*](#)

[*CAPÍTULO 32*](#)

[*CAPÍTULO 33*](#)

[*CAPÍTULO 34*](#)

[*CAPÍTULO 35*](#)

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

Capítulo 1

Archival

Da gusto cuando te despiertas entre las piernas de una rubia después de una buena noche de sexo. Lo malo es cuando miras el reloj y te das cuenta de que solo tienes unas horas para coger un vuelo, en mi caso a Boston, para un interminable fin de semana de reuniones y eventos familiares.

Me levanto apenado observando el culo de la diosa con la que me acosté anoche, me doy una ducha en tiempo récord, me visto y dejo a la preciosa mujer en mi cama pensando que estaría maravillosamente bien entre sus piernas, maldiciendo por ser a veces tan responsable. Cojo la maleta para el fin de semana y me marchó. El chófer me espera como siempre en la puerta de mi apartamento del Upper East Side.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, Jackson. Al aeropuerto, por favor.

—Por supuesto, señor.

El tráfico es horrible y llego con bastante retraso por lo que apenas tengo tiempo para embarcar.

Jackson me acerca hasta la terminal desde donde sale mi vuelo y me despido de él. Mientras consulto el correo, voy tan despistado que no me doy cuenta y choco con una mujer. Mi teléfono cae al suelo y maldigo por dentro.

«¡Joder! Lo que me faltaba. Hoy no puedo retrasarme más, a este paso perderé el vuelo y el negocio se puede ir a la mierda...», maldigo en silencio.

—Caballero, mire por dónde va —me dice la mujer con la que he chocado en un tono hosco. Me fijo en ella. Está mirándome con cara de pocos amigos y al observarla detenidamente me quedo obnubilado. Por Dios, es preciosa. Tiene el pelo largo y ondulado, color cobrizo, y desde su rostro un par de ojos azules y ardientes me atraviesan con furia—. Al menos ayúdeme a recoger las cosas de mi bolso, creo que es lo mínimo. Debería mirar al frente para evitar chocar con la gente, ¿no le parece? —pregunta con desidia.

No digo nada y a regañadientes le entrego varias de sus pertenencias mientras busco mi móvil para poder marcharme a toda prisa. Cuando lo cojo tras entregarle su cartera, me voy, un poco perturbado. Sus malos modales me han desconcertado. Una mujer tan bella y con tan mal genio no es algo que se encuentre todos los días.

Me dirijo a mi puerta y casi no llego al embarque. Doy gracias a que la suerte parece estar hoy de mi lado.

Cojo el portátil y en el momento en que el avión despegue, me pongo a trabajar hasta llegar a Boston. El trayecto es corto, no llega a una hora, pero lo suficiente para poder repasar los pormenores de la reunión.

En cuanto aterrizamos, sin que apenas me haya dado tiempo a salir al vestíbulo del aeropuerto, suena mi teléfono. Imagino que será mi padre impaciente por que llegue a la sede de las oficinas centrales, pero me sorprende cuando lo saco del bolsillo de mi chaqueta y veo la cara de un hombre que no conozco. No obstante, decido contestar.

—¿Dígame?

—¿Quién es usted? —pregunta el hombre contrariado.

—Archibald Lester, ¿y usted?

—Soy Robert Stewart, el marido de Abby.

—¿Qué Abby?

—Abigail Stewart. La dueña del teléfono que usted está contestando. ¿Cómo demonios tiene su teléfono?

Me quedo pensativo por un momento y entonces me doy cuenta de que debe ser la mujer con la que he chocado en el aeropuerto.

«¡Menuda putada! ¿Y ahora cómo narices voy a recuperar mi móvil?».

—Ah, disculpe, creo que ya sé lo que ha sucedido; esta mañana en el aeropuerto he chocado con una mujer, mi teléfono cayó al suelo junto con sus pertenencias, creo que debimos confundirlos.

—¿Y como sé que está diciendo la verdad y no tiene secuestrada a mi mujer?

«¿Pero este tío es gilipollas o qué? Si tuviera secuestrada a su mujer no estaría hablando con él. En fin... Voy a pasar por alto su estúpido comentario y voy a colgarle».

—Oiga, no tengo tiempo para esto. Le paso mi número de teléfono para hablar con su mujer, luego hablaré yo con ella para darle indicaciones y poder intercambiar los móviles. Que tenga un buen día.

Corto la comunicación, exasperado y sin dejar que me rebata nada más. ¡Menudo gilipollas! Cuando cuelgo doy gracias a que no tiene código de seguridad y entonces caigo en la cuenta de que yo sí que lo tengo. Mando el mensaje al número del tal Robert, que es quien ha llamado y mientras me monto en el coche que ya me espera a la salida decido llamar a mi número de teléfono.

—¿Sí? —contesta la mujer con la que he chocado esta mañana. La verdad es que su voz es preciosa cuando no está enfadada. Abby, ha dicho su esposo.

«¡Joder! ¡Está casada! No me extraña, semejante diosa no podía estar disponible...», pienso un momento.

—¿Quién es? —vuelve a preguntar al ver que yo no respondo.

—Perdone, soy Archibald Lester, la persona con la que chocó esta mañana.

—¡Ah, vale! El hombre maleducado que no se ha dignado ni a pedir perdón esta mañana. ¿Cómo es que tiene mi número de teléfono? ¿No me diga que llama para disculparse ahora? —Sus preguntas son tan rápidas y exigentes que comienzo a exasperarme de nuevo.

—Señorita..., digo, señora. No tengo su número, estoy llamando a mi teléfono móvil desde el suyo. Parece ser que ha habido un error. Cuando hemos chocado hemos debido intercambiar los teléfonos y me he llevado yo el suyo. Debemos de tenerlos igual, de ahí la confusión. Me he enterado porque ha llamado su marido.

—¿Y por qué narices ha contestado a la llamada?

—Verá... —Me quedo un instante callado sin saber que contestar y al final hablo—, la verdad, en un primer momento no sabía que era su teléfono y he contestado. Después él me lo ha confirmado.

—¿No sabía que era mi teléfono? Si tengo la foto de mi marido... —Ahí me ha pillado. Permanece en silencio durante unos segundos al ver que yo no digo nada y después continúa—: ¿Y cómo vamos a deshacer el entuerto?

—Creo que lo mejor es que venga a Boston y lo intercambiamos. Por supuesto, correré con todos los gastos. Pero ahora mismo tengo una reunión de negocios y durante el resto del día voy a estar muy ocupado. El fin de semana no puedo abandonar la ciudad y necesito el teléfono, tengo documentación importante para mi trabajo.

—¡Imposible! —grita exacerbada—. Estoy en Nueva York de vacaciones solo por unos días. ¿Me está diciendo que deje mi viaje para llevarle a Boston el teléfono? ¡Me niego! ¿Quién se ha creído que es usted? Seguro que puede mandar a alguien a que lo traiga y recoja el suyo.

«Podría hacerlo, pero la verdad es que me apetece volver a verla. Para qué voy a negarlo».

—No hay nadie disponible, la situación es límite —digo fingiendo mucha gravedad—. Es imprescindible y de vital importancia que tenga mi

teléfono hoy. Señorita..., perdón, digo... señora —vuelvo a recalcar—. ¡Se lo ruego! Además, si está de vacaciones, Boston es una ciudad preciosa para conocer... —digo suavizando un poco mi tono de voz—. Podría pagarle la estancia durante todo el fin de semana en compensación. Por favor...

Se hace el silencio, creo que está sopesando la idea, noto que su respiración se agita, como si estuviera nerviosa y al final contesta:

—¡Está bien, iré! Pero que conste que lo hago porque no quiero tener más que ver con usted y estoy segura de que no dejará de insistirme durante todo este tiempo si no lo intercambiamos cuanto antes. Pero no voy a quedarme el fin de semana. Viajaré hoy, como mucho regresaré mañana.

—Gracias, Abby.

—¿Cómo sabe mi nombre? —pregunta enfadada.

—Su marido...

—De acuerdo, no hace falta que me dé más explicaciones. Para usted soy Abigail.

—Lo siento, Abigail. Gracias por todo. Por cierto, el código de desbloqueo del teléfono es 1310. Lo digo por si tiene que utilizarlo para llamar a alguien.

—Yo no tengo código.

—Sí, lo sé y doy gracias, porque de lo contrario no hubiera podido llamarle. Tiene que ser más precavida. Si se lo roban podrían utilizarlo.

—Mi marido también me lo dice... —expone un poco molesta.

Maldigo cuando lo nombra, me da rabia que una mujer como ella esté casada. Si no fuera así, intentaría conquistarla. Mi defecto es que, aunque me gustan las mujeres y disfruto con todas las que puedo, jamás lo haría con una mujer casada. Soy bastante tradicional en eso. No soy de los que rompen o se inmiscuyen en matrimonios.

—Ahora le mando un mensaje y la dirección para que vaya a mi oficina. Mi secretaria se encargará de arreglar todo para el viaje a Boston y de llevarle al hotel donde me hospedo. Que tenga un feliz vuelo.

—Gracias —responde sin más.

Cuelgo el teléfono justo cuando he llegado a las oficinas centrales de nuestra empresa: PureNature, dedicada a la creación de productos de cosmética natural. Mi madre siempre ha estado muy comprometida con ella y al ser el legado familiar, mi padre ha sabido ampliar el negocio creando además de la cosmética femenina, una línea específica para hombre con la que tenemos un gran mercado. Además de la filial de Boston y Nueva York,

tenemos una sede en Los Ángeles de la que es responsable mi hermano. Yo llevo la de Nueva York y mi padre la central, la de Boston. Hoy tenemos una reunión con un futuro gran cliente. Una empresa china. Quieren que exportemos nuestros productos. Si llegamos a un acuerdo será un gran negocio. Ahora mismo solo exportamos a gran parte de América y a Europa. Mi padre me ha pedido que asista a la reunión y que sea yo quien se encargue de la exposición. Llevo meses con este proyecto y espero no defraudar al cliente... ni a él. Es un buen negocio que no puede fallar.

Tras saludar a los recepcionistas y ser abordado por un par de secretarios de dirección que me recuerdan la agenda del día, me encuentro con mi padre en el despacho.

—Buenos días, Archi. ¿Todo preparado? —me pregunta dándome unos golpecitos en la espalda.

—Buenos días, padre. Todo listo.

—Pues vamos a por ello. El cliente ya está en la sala de reuniones.

Durante toda la mañana, hago una exposición detallada de todos nuestros productos. Hemos presentado uno nuevo que saldrá al mercado el próximo mes de enero, después de navidades, y aunque aún no es del dominio público, les hemos dado unas muestras y comentado con ellos la previsión de crecimiento para que puedan ver nuestro trato preferencial y confíen en nosotros, algo fundamental para cerrar el acuerdo.

Una vez concluido, tras hacernos algunas preguntas estratégicas y deliberar un poco, el cliente acepta nuestra oferta. No podemos estar más felices, es un gran negocio.

—¡Hijo, esto hay que celebrarlo! —dice mi padre emocionado una vez nos quedamos a solas—. Sabes que esta noche es la gala benéfica. Creo que es un buen momento para anunciarlo. ¿No te parece?

—No sé..., quizás deberíamos esperar a tener firmado el acuerdo. No hay que vender la piel del oso hasta que no está cazado y bien cazado —argumento.

Mi respuesta parece desilusionarle un poco.

—Bueno, ya veré...

—Tengo algo que hacer, nos vemos luego —me excuso.

—¿No comes con tu madre y conmigo?

—No, lo siento, he quedado...

—Como quieras...

Mi secretaria me ha informado vía mail de que Abby llegaba a las dos de

la tarde, por eso no quiero dejarla sola. Quizás acepte mi invitación a comer.

«Es absurdo, no creo que esa mujer acepte mi invitación, pero debo intentarlo».

Me dirijo al hotel y allí está ella. Se ha cambiado de ropa, está aún más guapa que esta mañana. Eso o soy yo, que la miro con deseo.

«Tengo que quitármela de la cabeza, no me hace ningún bien. ¡Ja!, ojalá fuera tan fácil».

—Abigail... —digo cuando estoy a su altura. Ella se da la vuelta y de nuevo esos preciosos ojos azules me miran con tanta intensidad que creo que podrían traspasarme el alma.

—Señor Lester. Su teléfono... —me dice entregándome el móvil—. Por cierto, siento haber sido tan indiscreta, pero le llegó un mensaje de una tal... ¿cómo se llamaba? —dice con retintín—. Creo que Mandy. Que le esperaba a las once donde siempre para lo de siempre, creo que ponía. No lo he borrado... Aunque esa mujer es realmente descarada, mira que enviar una foto así, con esa pose... Soy una mujer adulta y dirá que me meto donde no me llaman, pero me ha escandalizado un poco. No quiero criticar sus gustos, pero jugar con un pene de goma acariciando sus partes mientras se está comiendo un nabo, me parece un poco obsceno. En fin, usted sabrá la clase de gente con la que se mezcla, pero en el aeropuerto me parecía un hombre más decente.

¿Qué? ¿Pero qué me está contando esta mujer? La miro estupefacto y después, furioso. No tenía derecho a mirar mi mensaje y mucho menos a ver la foto, aunque bien es cierto que yo me he permitido el lujo de fisgonear sus fotos en su galería de imágenes. No tengo derecho a criticarla, pero aún así...

—Efectivamente, se está metiendo donde no la llaman —espeto secamente, apretando los dientes e intentando no soltar ninguna de las cosas que ahora mismo se me pasan por la cabeza para no ser grosero. Ella en cambio parece ligeramente divertida con la situación—. ¿Me devuelve el teléfono?

—¿Me entrega el mío? —responde con ironía.

—Tenga —le digo, y ambos nos los entregamos a la vez—. Lo puse en silencio porque tenía una reunión muy importante, no sé si ha recibido algún mensaje o llamada más.

—Gracias.

Lo mira y lo comprueba, pero una mueca que diría refleja como hastío o algo por el estilo se dibuja en su cara.

—¿Todo bien? —inquiero de inmediato.

—Perfectamente. Ahora, si me disculpa, voy a subir a la habitación.

—¿Ha comido? —le pregunto un poco nervioso. Esta mujer me intimida. Aún estoy sorprendido por el descaro con el que me ha amonestado acerca de Mandy.

—Sí, en el avión, gracias.

—Entonces no la molesto más, si quiere que luego le enseñe un poco la ciudad, mi número está en las llamadas salientes...

—¿No tenía un día muy ajetreado? —pregunta sarcástica.

—Eso pensaba, pero al final la reunión ha ido muy bien. El cliente ha sido fácil de convencer y todo ha salido estupendamente.

—Me alegro, pero no me hace falta su compañía, estoy segura de que podré apañarme sola. Si no, compraré una guía.

—Conozco la ciudad a la perfección, es mi ciudad natal. Podría enseñársela con los ojos cerrados y mostrarle cosas que no vienen en las guías... —expongo con arrogancia.

—Gracias de nuevo, no hace falta. Ya tiene lo que quiere: el móvil. Y yo tengo también el mío. Me aprovecharé de su generosidad con el servicio de habitaciones y todo compensado.

—Como quiera... —respondo exasperado por su ingratitud.

No voy a insistir más, parece que no quiere mi compañía y yo no se la voy a ofrecer más, es una mujer bastante tozuda y la verdad es que, aunque me fascina, también comienza a irritarme un poco.

Así que me voy a mi habitación, la contigua a la suya, me doy una ducha y llamo al servicio de habitaciones para que me traigan algo de comer. Tras degustar un plato de pasta y un postre, me tumbo en la cama y me quedo dormido.

Capítulo 2

Abigail

No sé por qué he tenido que aceptar venir a Boston, la verdad es que este hombre es un arrogante, pero tenía que recuperar mi teléfono móvil. Además, hacía mucho tiempo que quería venir y estando de vacaciones era una oportunidad perfecta, pero él me saca un poco de mis casillas con esa superioridad, todo el rato insistiendo una y otra vez en que podría acompañarme. Al final parece que se ha dado por vencido y se lo agradezco, comenzaba a exasperarme.

Cojo las cosas y me dirijo al centro de la ciudad, pero en cuanto llego, tras una caminata observando todo lo que me parecía interesante de fotografiar, comienza a nevar. Al principio no nieva con intensidad, pero poco a poco parece que va cogiendo fuerza y decido regresar en taxi, aunque me cuesta casi media hora encontrar uno disponible.

Al llegar al hotel, el caos comienza a reinar en la zona, varios vehículos han colisionado y me quedo un poco perpleja por cómo se están complicando las cosas.

En cuanto llego a recepción pregunto por mi vuelo, que sale a primera hora de la mañana. La señorita, muy amablemente, llama al aeropuerto.

—Señora Stewart, en el aeropuerto me han comunicado que ahora mismo todos los vuelos se han cancelado hasta nueva orden. Parece ser que se avecina un temporal. No obstante, lo mejor es llamar mañana tres o cuatro horas antes de la salida del vuelo para que nos lo confirmen.

—Gracias —le respondo contrariada.

«¡Mierda! ¿Qué narices voy a hacer yo ahora? Solo he traído ropa para mañana, no para pasar más días aquí».

Maldigo al idiota del hombre que me ha hecho venir hasta aquí por su estúpida prisa y por el dichoso destino que esta mañana se empeñó en cruzarlo en mi camino y hacer que chocáramos.

Como si el caprichoso destino estuviera jugando conmigo de nuevo, el susodicho aparece por el pasillo, esta vez no chocamos, pero nuestras miradas se enfrentan y si tuviera algún tipo de poder me encantaría que fueran unos rayos láser en los ojos para poder desintegrarle ahora mismo.

—Abigail, está usted empapada. ¿Se encuentra bien?

—No, no estoy bien. Ahora mismo está nevando con intensidad. En apenas minutos ha pasado de una ligera ventisca a una nevada descomunal. Me ha costado media hora coger un taxi. Para colmo la recepcionista ha llamado al aeropuerto y los vuelos están suspendidos por que se avecina un temporal. Es posible que me tenga que quedar aquí varios días. ¿Me quiere decir qué hago yo ahora? Todo esto es por su culpa.

—Lo lamento... Yo..., dígame qué quiere que haga...

—¿Que qué quiero que haga? ¡Ja! Quiero que me lleve a Nueva York ahora mismo. Eso es lo que quiero que haga.

—Le juro que si estuviera en mis manos, lo haría. Pero no puedo hacerlo con este temporal.

—¡Solo tengo ropa para un día! —comento exasperada.

—De eso sí puedo encargarme. También de procurarle la estancia y pagar todos sus gastos hasta que salga su vuelo.

—¡Son mis primeras vacaciones en casi veinte años, no puedo pasarlas en Boston! mi sueño era visitar Nueva York, asistir a algún musical, ver la Estatua de la Libertad, el Empire State Building, el One World Trade Center, pasear por Central Park... —le digo con pesar.

—Yo..., lo siento, de verdad, intentaré hacer todo lo posible para que pueda hacer todas esas cosas, se lo prometo. —Veo arrepentimiento en sus ojos y por primera vez sé que dice de verdad y me apiado de él. Bien pensado y aunque mi orgullo me ponga difícil reconocerlo, tampoco es el culpable de todo. No sabía que el tiempo se iba a poner tan mal.

—Tranquilo, no tienes *toda* la culpa —concedo al fin.

—¡Archibald, cariño! Estás aquí..., te estaba buscando. —Nos interrumpe una mujer de cierta edad. Por la forma en que le trata y los rasgos en común, deduzco que son familia—. ¿No me presentas a esta preciosa mujer?

—Madre, esta es la señora Abigail Stewart. Abigail, ella es mi madre, Linda Lester.

—Un placer conocerla, Abigail.

—El placer es mío, señora Lester.

—Imagino que será tu acompañante esta noche en la gala benéfica.

—¡Madre! Abigail está de paso, lamento comunicarte que asistiré solo.

—¿No vas a venir con una de esas mujerzuelas que acostumbras a traer últimamente? ¡Vaya, qué sorpresa! Pues ven con Abigail. Cielo, estás invitada, por si este patán no se atreve a hacerlo, yo lo hago por él. La gala se

celebrará en la sala de conferencias en este hotel. A las diez de la noche.

—Gracias, señora Lester —digo con mucha cortesía y una sonrisa algo forzada—, pero no sé si podré acudir. No obstante, es un honor que me haya invitado.

—No me las dé, una mujer como usted siempre será bien recibida. Belleza y educación siempre son bienvenidas en mis galas. Hijo, luego nos vemos.

Asiento a sus palabras y me regocijo un poco por dentro al ver a Archibald con cara de enfado. La verdad es que me encantaría ir si no fuera porque no tengo un vestido adecuado para asistir, no puedo negarlo, porque visto lo visto, no voy a tener nada mejor que hacer esta noche.

—Siento las palabras de mi madre... —expone algo nervioso.

—Tranquilo, no me ha molestado. Parece una mujer interesante.

—Siempre intenta conseguir lo que quiere, aunque conmigo no le funciona casi nunca —dice aún enfurruñado. Hombres—. Yo voy por libre.

—Perdona mi atrevimiento, ¿en qué consiste la gala?

—Es una gala benéfica a favor de los niños sin hogar. Mi madre se vuelca mucho en las causas benéficas; ella es así. Nuestra empresa siempre dona todos los años una suma de dinero para varias organizaciones mundiales, pero aun así, organiza la gala para recaudar más dinero.

—¡Oh, qué interesante!

—Estás invitada, ya has oído a mi madre. Puedes asistir si te apetece.

—Gracias, pero no tengo la vestimenta adecuada... Como te he dicho, solo he traído ropa para un día.

Él me mira un largo instante con expresión analítica.

—No te preocupes por eso, creo que puedo conseguirte un vestido apropiado para la ocasión. Déjalo en mis manos. Solo necesito la talla.

—Archibald, no es necesario...

—Creo que es lo mínimo que puedo hacer para compensar el hecho de que tengas que quedarte aquí, todo esto es culpa mía.

—Gracias de nuevo, de verdad, pero no hace falta.

—Abigail...

—Está bien. Talla 38 de zapatos y creo que una talla S de vestido. Hace mucho que no me compro un vestido de fiesta —contesto avergonzada.

—Perfecto. El baile es a las diez. Te recogeré a las diez menos cuarto, si te parece bien. Tendrás el vestido dentro de una hora. ¿Necesitas algo más?

—No, gracias —respondo abrumada.

—Nos vemos luego, yo que tú disfrutaría del jacuzzi... —me indica y me guiña un ojo, dejándome sola.

Entro en la habitación decidida a seguir su consejo. La verdad es que cuando he dejado mi pequeño neceser y la bolsa en la que he traído las cosas ni siquiera me había percatado de la enorme bañera que hay en el baño. Sonrío, esto es un lujo que voy a permitirme, desde luego. Abro el grifo y activo las burbujas. Hay una bolsa con sales y deposito el contenido en el agua. Enseguida el agradable aroma floral traspasa mis fosas nasales incitándome a adentrarme en ella. Me desnudo y aunque el agua no ha llenado aún la totalidad de la bañera, me sumerjo despacio. Notar las burbujas sobre mi cuerpo es la sensación más gratificante de toda la jornada. Sé que no dispongo de mucho tiempo, pero al menos es agradable relajarse después del día que llevo.

Sin darme cuenta me quedo en un estado de duermevela hasta que unos toques en la puerta me devuelven a la realidad. Me levanto como un resorte, envuelvo mi pelo mojado con una toalla y ataviada con el albornoz me dirijo a abrir la puerta.

—Señorita, esto para usted. Un encargo del señor Lester —me dice una joven entregándome una caja.

—Gracias.

Cierro la puerta y como una niña pequeña a la que le acaban de dar su regalo de cumpleaños me dirijo rápido a la cama, abro la caja y me quedo maravillada al ver el espectacular vestido. Ni yo misma hubiera podido elegir un vestido tan maravilloso y unos zapatos tan elegantes. Lo saco de la caja con sumo cuidado, como si pudiera romperse y lo pongo, nerviosa, encima de mi cuerpo, acercándome al espejo. ¡Es increíble!

«¡Santo cielo! ¿Pero que estoy haciendo?», me recrimino mentalmente.

«Sentirte guapa por una vez en tu vida después de mucho tiempo», me contesta la voz de mi conciencia hábilmente, cosa que agradezco. Necesitaba un golpe de serenidad.

Dejo el vestido con cuidado en la cama y me dirijo al baño para comenzar a arreglarme. Seco con cuidado mi pelo y al final decido dejarlo suelto. Creo que es la mejor manera, ya que mi larga y ondulada melena es muy complicada de recoger y no tengo nada para realizarme un bonito y preparado recogido. Aplico algo de maquillaje y después una crema corporal con olor a mi perfume favorito.

Miro el reloj y sin darme cuenta son casi las diez menos cuarto. Me dirijo

a la habitación, me pongo la ropa interior y nerviosa cojo el vestido. Creo que le habrá costado un riñón, aunque pienso devolvérselo, solo es un préstamo.

Me lo coloco y no consigo subir la cremallera. Los nervios me están jugando una mala pasada. Me calzo los zapatos y me miro al espejo peleándome con la dichosa cremallera. Aún más nerviosa que antes, suelto un bufido. Creo que se ha enganchado.

Unos toques en la puerta me indican que son las diez menos diez.

«¡Mierda! Imagino que será él, va a pensar que soy una tardona».

—¡Enseguida voy!

Dejo la cremallera bajada y me dirijo a abrir. Cuando lo veo no puedo evitar que me impresione. Está realmente guapo, con un esmoquin negro, camisa blanca y pajarita. Su mirada se queda fija en mí y diría que le he dejado bastante impactado. Eso me pone nerviosa; no sé muy bien por qué, no pretendo gustarle.

«¿A quién pretendes engañar Abby? Por una vez en la vida, sentirse admirada y sexy no es ningún pecado. No estás engañando a nadie».

Y la verdad es que mi conciencia tiene razón, hace mucho tiempo que nadie me mira como él lo está haciendo ahora mismo, ni siquiera Robert me ha mirado así desde hace tiempo o puede que incluso nunca lo haya hecho con tanta admiración.

—Disculpa la tardanza pero tengo un problema con el vestido, no puedo terminar de subir la cremallera, creo que se ha enganchado... —digo para interrumpir el cruce de miradas.

—Tranquila, yo te ayudo. Si me lo permites, déjame decirte que estás preciosa... —Le sonrío por el cumplido y me doy la vuelta para que pueda echarme una mano.

Se acerca a mí despacio. Retira mi pelo y tengo que contener la respiración cuando lentamente noto sus dedos sobre la piel de mi espalda, creo que ralentiza la acción o a mí realmente se me ha parado el tiempo en ese momento al sentir la leve caricia. No podría explicar la sensación que me transmite, pero mi cuerpo se estremece y tengo que hacer un esfuerzo para tragar el nudo que se ha formado en mi garganta. Creo notar que su cara se acerca a mi nuca, pero no lo puedo corroborar, estoy paralizada, nunca antes me había sentido así con Robert. Me da miedo que un desconocido me haga sentir tan vulnerable.

—¿Ya está? —consigo preguntarle en un susurro.

—Sí —responde él sin apenas voz.

—Creo que será mejor que nos vayamos o llegaremos tarde.

—Por supuesto —contesta tras un pequeño carraspeo.

Me ofrece su brazo y yo me agarro a él no muy convencida. Estoy tan nerviosa que casi me piso la pequeña cola del vestido y si no es porque él me sujeta, hubiera caído al suelo.

—¿Estás bien?

—Sí, lo siento. No estoy acostumbrada a llevar tanto tacón. Por cierto, gracias por el vestido y los zapatos, son preciosos.

—De nada. Era lo mínimo que podía hacer por ti. Espero que disfrutes de la velada.

—Seguro que sí —afirmo con una nerviosa sonrisa.

Bajamos en el ascensor hasta la sala donde todo está ya preparado. La madre de Archibald está recibiendo a gente, pero en cuanto nos ve se dirige a nosotros.

—¡Queridos! Oh, señorita Abigail, un placer que haya decidido venir. Está preciosa...Venga conmigo, le presentaré a mi marido y a unos conocidos.

—Madre, no la atosigues, por favor...

—Hijo, tranquilo, tú haz como que no existo. Por cierto, creo que tu amigo Brandon está por ahí, ve a tomar una copa y relájate. Lo necesitas. Estás muy tenso.

—Cielo, ven conmigo.

Archibald se marcha, dejándome con su madre. No es que quiera ser descortés, pero me temo que es una mujer bastante dominante y que suele salirse con la suya. Me presenta a su esposo, Mark, un hombre, muy correcto. Después a unas amigas y a varios socios. La charla se torna un poco aburrida y al final me escabullo con la excusa de ir al tocador.

Cuando regreso, está enfrascada en una conversación y decido dar una vuelta sola, pero es el padre de Archibald quien me intercepta.

—Señorita, está usted muy sola. ¿Quiere que busque a mi hijo?

—Tranquilo, señor Lester. Estoy bien.

—Mark, por favor, llámeme Mark.

—De acuerdo —sonríó—. Pero haga lo mismo, se lo ruego. Abby es más que suficiente.

Él asiente, tiene una sonrisa deslumbrante y parece muy cordial.

—Y dígame, ¿qué le trajo a Boston, Abby?

—Iba de vacaciones a Nueva York, pero esta mañana su hijo y yo

tuvimos un percance en el aeropuerto y por error intercambiamos nuestros teléfonos. Al final tuve que venir a Boston para volver a cambiarlos. Ahora hay un temporal y no puedo volver a Nueva York.

Mark se sorprende ante la rocambolesca historia.

—¡Vaya! Eso sí que es una desgracia. Boston es una ciudad maravillosa, pero evidentemente no es lo mismo.

—Sí, la verdad. Siempre he deseado conocer Nueva York...

—Oh, mire —me interrumpe poniéndome la mano en el brazo—, ahí está mi hijo.

—Padre, buenas noches.

Archibald se acerca acompañado de otro hombre muy elegante.

—Archi, Brandon. Buenas noches. Os dejo con Abby, cuidad bien a la hermosa dama. Hay mucho desalmado suelto. Ahora voy a prepararlo todo, quedan apenas unos minutos para la apertura del discurso.

—Un placer charlar con usted, Mark.

—Lo mismo digo, Abby.

Archibald me mira contrariado, imagino que porque a él no le he dejado que me llame Abby y a su padre sí. Pero la verdad, cada uno se gana la confianza siendo amable y él hasta esta tarde no se la ha ganado conmigo.

—Abigail, este es mi amigo Brandon. Brandon, ella es Abigail.

—Un placer conocerla, Abigail, aunque parece que al señor Lester le ha concedido privilegios de los que mi amigo Archi no disfruta —dice el amigo de Archibald con sorna. Este le mira furioso, creo que podría echar espumarajos por la boca.

—El placer es mío, Brandon —respondo manteniendo el tipo—. El señor Lester me ha pedido que le tutee y yo he creído conveniente dejar que él hiciera lo mismo, otros se tomaron las confianzas sin permiso —le digo un poco contrariada. Archibald me mira aún más enfadado, pero yo solo he dicho la verdad.

—Bueno, será mejor que nos vayamos sentando, va a empezar el discurso de apertura y la exposición de mi madre —dice él con cara de pocos amigos.

—Por supuesto —respondo con una sonrisa fingida. Creo que he abierto la caja de pandora, pero no voy a retractarme. Solo he dicho la verdad, si se ofende es su problema.

Nos sentamos en la mesa de la primera fila a esperar que comience todo.

Capítulo 3

Archibald

Como todas las galas, mi padre es el que comienza hablando para dar paso a mi madre con el discurso de bienvenida y a continuación comenta un poco en qué consiste la organización a la que este año van dirigidos los beneficios que se obtengan esta noche.

Estoy un poco irritado tras las palabras de Abigail y casi no escucho lo que dice mi madre. Me ha parecido mal lo que ha dicho después de cómo me he portado esta tarde con ella. Creía que habíamos limado asperezas. No quiero darle más vueltas. Esta gala es importante para mi madre, así que voy a intentar desconectar y disfrutar.

Al finalizar el discurso y la subasta de los artículos donados por las amistades de mi madre, se da paso a la cena. Mis padres están sentados con nosotros, también Brandon y Shianna, mi exmujer. Ella dirige la revista de la que mi madre es directora y socia fundadora.

—Abigail, ¿qué te ha parecido la gala por el momento? —le pregunta mi madre.

—Maravillosa, Linda. Es espectacular a la vez que envidiable la labor que hacéis.

—Gracias, cielo. ¿Puedo preguntarte a qué te dedicas?

—Madre, no sea cotilla —le respondo un poco enfadado.

—Soy ama de casa —contesta con una bonita sonrisa.

—Bueno, ser ama de casa también es un trabajo, deberían pagaros un sueldo, yo admiro a las mujeres que trabajáis en casa, yo no sé ni freír un huevo, soy un desastre.

—Gracias, Linda —responde ella.

Brandon saca otro tema y casi lo agradezco, no me apetece nada que Abigail sea el centro de atención o que mi madre pretenda investigar sobre su vida, creo que lo hace porque está convencida de que sería una buena mujer para mí, pero lo que no sabe es que está casada.

Finalizada la cena, los músicos anuncian que va a comenzar el baile. Mi padre, como siempre, se hace el remolón y mi madre me incita a que la saque a bailar.

—Hijo, por favor...

—Por supuesto, madre.

Brandon me mira y yo le miro con furia, al final saca a bailar a Shianna. Mi padre se queda conversando con Abigail y veo que ambos están encantados, parece que han hecho buenas migas.

Comenzamos a bailar y en cuanto estamos en el centro de la pista, un poco alejados de la gente, mi madre, que es la que dirige el baile, comienza a hablarme:

—Hijo, parece una mujer estupenda. No sé qué te pasa con ella.

—Pasa, madre, que es una mujer casada.

—Vaya, eso es una lástima... —Hace una pausa y luego, con una mirada inteligente, añade—: Pero está aquí sola, ¿verdad? Eso es una señal.

—No es ninguna señal. No sé de qué habla.

—Tampoco lleva alianza.

—Muchas mujeres no llevan alianza y eso no significa que no quieran a sus esposos —replico, molesto.

—Archi, cariño, yo solo te digo que es perfecta para ti.

—Está loca, madre. No es perfecta para mí. Está casada, fin de la historia. Yo nunca me inmiscuiría en un matrimonio.

—¿Por qué?

Me parece increíble que me esté preguntando eso.

—¿Está de broma, madre? Pues porque lo he vivido en mis carnes y sé lo que se siente cuando te engañan.

—Cariño, vuestro matrimonio estaba muerto antes de que os casarais, y lo sabes.

—Pues tanto Diana como tú insististeis en que Shianna y yo nos casáramos.

—Lo sé hijo, pensábamos que así a lo mejor podríais enmendar los errores cometidos, tendríais hijos y, no sé... Pensábamos que lo arreglaríais, pero ya ves, nos equivocamos.

—Mucho, hasta el punto de que ella me engañó.

—Lo lamento, cariño. No sabes cuánto. Tengo que llevar esa pesada carga todos los días de mi vida. Pero Abigail es diferente. Lo sé.

—Madre, no diga tonterías...

La música termina y mientras regresamos a la mesa, suena una canción más movida. Brandon coge de la mano a Abigail y la saca a bailar, ella parece resistirse, pero él tira de ella y la lleva al centro de la pista. Yo me siento en la mesa a observarlos. No conozco la canción, pero la busco con

una aplicación del móvil. Se trata de *Home*, del cantante Nick Jonas.

—Hijo, para estar casada, mira cómo se divierte con tu amigo. Vamos, ve a por ella antes de que él se te anticipe —dice mi madre.

—Madre, por favor..., no me interesa.

—No seas idiota, no le quitas ojo, ¿te crees que me he nacido ayer? —insiste ella—. A tu amigo no le va a importa si está o no casada. ¿Crees que ese crápula va a tener tanta conciencia como tú?

Creo que en eso tiene razón. Brandon se intentará acostar con ella, aunque esté casada, así que cojo a Shianna, que está hablando con unas amigas.

—Hola guapo. ¿Quieres bailar?

—No exactamente.

Shianna me mira extrañada, pero me sigue. En cuanto llegamos a la pista, me acerco a Brandon y a Abigail.

—Cambio de pareja —digo.

Shianna me mira con desprecio y yo susurro un «lo siento» mientras me acerco a Abigail. Brandon en cambio sonríe y coge a mi ex haciéndola girar y se aleja de allí.

—Hola..., ¿te estás divirtiendo? —le pregunto acercándome a su oído.

Es preciosa y huele increíblemente bien.

—Bueno, bailar no es lo mío, pero hago lo que puedo.

—No lo haces mal.

—Créeme, hacía años que no lo hacía.

—Pues no se nota.

En ese momento la canción termina y comienza otra lenta. Ambos nos miramos y nos quedamos quietos.

—¿Te apetece bailar? —le pregunto nervioso.

—Ya que estamos aquí...

Agarro su cintura y ella me rodea el cuello con sus brazos. Las palabras de James Blunt se calan muy hondo dentro de mi ser. Ahora mismo solo pienso en que me encantaría besar esos carnosos labios, aunque sé que no es lo correcto y mi corazón tiene una batalla moral con mi cerebro.

Ella me mira con sus preciosos ojos azules, haciendo que siga perdiendo la cordura. Necesito que termine esta canción, *Don't give me those eyes*, que está acabando con todas mis defensas para no apoderarme de sus labios. Gracias al cielo, mis plegarias han sido escuchadas y la canción concluye.

—Creo que voy a descansar un poco. Los pies me están matando. Estos

zapatos son preciosos, pero no estoy acostumbrada a tanto tacón.

—Por supuesto...

La acompaño a su sitio, mis padres están charlando con unos amigos y enseguida tengo que implicarme en la conversación teniendo que dejarla a un lado. Cuando me doy cuenta no está. La busco por la sala pero no la encuentro.

—Si buscas a tu pelirroja está en la terraza. Yo que tú no tardaría mucho o se congelará. Por cierto, cabronazo, menuda suerte tienes. ¡Es preciosa! — me dice Brandon.

Salgo de inmediato a la terraza de la sala, la temperatura es muy baja y ella lleva un vestido de tirantes.

—Abigail, ¿qué haces aquí fuera? Hace un frío helador...

—Necesitaba tomar un poco el aire.

Me quito la chaqueta del esmoquin y se la coloco encima.

—Gracias...

—Creo que será mejor que entremos si no queremos coger una pulmonía.

—Estoy un poco agobiada —me responde con tristeza.

—¿Quieres tomar una copa en el bar del hotel?

—¿No te echarán de menos?

—Tranquila, suelo huir cuando comienza el baile así que mis padres ya están acostumbrados a que desaparezca.

—¿No tenías una cita a las once? Creo que ya ha pasado la hora... —me dice mirando el reloj y comprobando que son las doce y media.

—No importa. No pensaba ir, de todas formas.

—Si tú lo dices..., por mí no lo hagas... —me contesta, creo que un poco molesta. Le resto importancia y la acompaño de regreso al interior.

Nos dirigimos al bar del hotel, tomamos asiento y hago una señal a un camarero. Es un bar sofisticado, de aire *retro* y con una suave música sonando de fondo.

—¿Qué quieres tomar?

—Si te digo la verdad, ni siquiera sé qué cocteles se toman ahora, me siento una vieja. ¡Santo cielo! Hace siglos que no salgo.

—¿Puedo preguntarte algo aún a riesgo de parecer indiscreto? — inquiero, porque necesito saberlo. Hace comentarios que no entiendo muy bien. Parece estar metida en una cueva o algo por el estilo.

—Venga, dispara.

—¿Tu marido y tú no salís por ahí? ¿O es que vives en un pueblo tan pequeño que no tiene bar?

—No mucho, la verdad —responde desviando la mirada, no sé si por timidez o porque quiere ocultar algo—. Y no vivo en un pueblo pequeño, vivo en Orlando, Florida.

—Vaya... Pues creo que eres aún muy joven para no salir a divertirte de vez en cuando.

—Archibald, no sabes nada de mi vida para juzgarme —responde bastante molesta.

—Cuéntamela, tenemos toda la noche —le incito.

Ella me mira indecisa, sé que no me conoce, pero me parece muy triste que siendo tan joven no salga a divertirse. Al fin, el camarero se acerca a nosotros.

—¿Qué tomarán los señores?

—Dos Manhattan, por favor.

Me mira un poco contrariada pero no dice nada. Imagino que no le gusta que decidan por ella, pero si tengo que explicarle todos los cocteles que hay, estaríamos toda la noche.

—Bueno, como no quieres hablar de ti, empezaré hablando de mí. Shianna, la mujer que estaba a tu lado es mi exmujer.

Veo que abre los ojos como platos, creo que está alucinando.

—¿Sorprendida? —digo con media sonrisa.

—Un poco, la verdad. No pegáis nada.

—¿No? ¿Por qué lo dices? —le pregunto contrariado. Ahora el sorprendido soy yo.

—No sé... creo que ella le pegan más los tíos como tu amigo.

—¿Como Brandon? No me hagas reír. Ella odia a Brandon. Nunca se han llevado bien. Ella y yo llevábamos juntos desde el instituto. La verdad es que, si te soy sincero, siempre fue solo sexo. Eso sí que lo tengo claro. Aunque los últimos años no estábamos nada bien, ni siquiera en eso. Pero mi madre y la suya insistieron en que nos casáramos, decían que así se arreglaría.

—¿Y qué pasó?

—Que duramos seis meses juntos. Ella me engañó.

—Lo siento... —responde con total sinceridad.

—Bueno, lo que más lamento es que me engañara, no que se terminara. Creo que los dos necesitábamos salir de esa relación, era tóxica, nos

tirábamos los trastos a la cabeza todos los días, pero me hubiera gustado que el final hubiera sido diferente. Sin infidelidad.

—Claro... Eso es importante. —Ella me observa, dubitativa. Parece que quiere preguntar algo más y finalmente lo hace—: ¿Y nunca has pensado en volver a rehacer tu vida con otra persona?

—Para serte sincero, nunca. Ahora mismo vivo mi vida como quiero, sin ataduras y sin dar explicaciones a nadie. He rehecho mi vida, pero sin depender de nadie más que yo mismo para ser feliz.

—Es una forma diferente de verlo, desde luego.

—Sí, la verdad es que sí. También es cierto, como dice mi amigo Brandon, que no he conocido a la mujer que me haga querer dejar esta vida atrás.

—Eso es verdad. Creo que si aparece una persona por la que realmente sintieras ese amor, harías cualquier cosa, ¿no crees? —pregunta y eso me hace pensar.

—Es posible. ¿Y qué me dices de ti, señorita Abigail Stewart?

Da un sorbo a su copa y se lo piensa un momento antes de empezar a hablar.

—Me quedé embarazada cuando tenía dieciséis años del chico más popular del instituto. No había amor, solo fue un error. Nuestros padres nos obligaron a casarnos. Mi hijo cumplirá la mayoría de edad pronto y el año que viene irá a la universidad. Durante dieciocho años he sido la madre y la mujer perfecta que todos esperaban. Hace seis años, comencé a estudiar por las noches la carrera de periodismo. He compaginado mis estudios con la vida familiar, con ser madre y esposa al mismo tiempo. Pero hoy por hoy, puedo decir que soy periodista. No solo quiero ir a Nueva York de vacaciones, cosa que, por otra parte, he pagado yo sola, sin la ayuda de mi marido. —Esboza una sonrisa amable—. Durante años he estado haciendo galletas artesanales y vendiéndolas a mis amistades y vecinos para ahorrar y poder costéarmelo. Pero la razón fundamental de mi viaje es que tengo una entrevista de trabajo. De ahí que tenga que estar en Nueva York la próxima semana.

Estoy perplejo, aun digiriendo toda la información que me ha detallado en unos segundos. ¡Esta mujer es increíble! Una gran luchadora, sin duda. Madre, esposa y encima con ganas de comerse el mundo.

—Estás muy callado... —me dice al cabo de un rato.

—No sé qué decirte, Abigail. Me has dejado sin palabras. Eres una mujer

muy joven que ha vivido mucho.

—En eso te equivocas. Apenas he vivido, Archibald —replica con cierto deje de tristeza.

—Puedes llamarme Archi —respondo, confiando en que mi sonrisa pueda borrar esa extraña melancolía de su semblante—. Archibald no me gusta demasiado, me hace parecer más viejo.

—Entonces tú puedes llamarme Abby —me contesta y me devuelve la sonrisa. Por fin he conseguido traspasar una barrera.

—No entiendo por qué dices que apenas has vivido, creo que has conseguido muchas cosas en la vida y aún eres muy joven.

—Porque así es. Yo casi no he tenido una vida de adolescente. Tuve que crecer a marchas agigantadas. Ser madre cuando casi era una niña. Aprender a cambiar pañales, a criar a un hijo. A ser una buena esposa. No pude ir a la universidad mientras mi esposo sí lo hacía. Los dos cometimos ese error. Pero a ojos de mis padres y también de los suyos yo fui la mala, la que pagó las consecuencias. ¿Sabes lo que me dijo mi marido cuando le dije que quería apuntarme a la universidad?

—No —le respondo de manera escueta y con ganas de saber la respuesta.

—«¿Para qué quieres estudiar a estas alturas de tu vida? Nadie te va a contratar».

—Vaya, lo siento... —Menudo cretino. Ni siquiera le conozco, pero después de lo de esta mañana y esa respuesta, ya me cae tremendamente mal.

—Él no sabe que he venido a esta entrevista, nadie lo sabe. Estoy segura de que no me van a contratar, es una revista muy importante y con mucho prestigio, pero, aun así, quiero intentarlo, me lo merezco. Y también sé que es una verdadera locura, porque es en Nueva York y yo vivo en Orlando, pero quería intentarlo...

—¿Puedo saber qué revista es?

—«Mi cuerpo es vida» —Me quedo sin palabras al escuchar el nombre, es la revista de mi madre.

—Abby, ¿tú no sabías que la socia fundadora y dueña de esa revista es mi madre? —inquiero totalmente confundido.

—No, por supuesto que no. ¿Estás hablando en serio? —pregunta incrédula y veo que su cara muestra genuina sorpresa. Creo que es verdad. No lo sabía y eso me confunde aún más. Evidentemente ella no es de aquí, no tiene por qué saberlo.

—Sí. Y Shianna, mi exmujer, la dirige.

—No puede ser... ¿Ella es Shianna Vermont?

—Sí, Abby.

—¡Mierda! ¿Por qué no habré caído yo antes? Tendría que haberme dado cuenta. Ahora pensará que estoy aquí por lo de la entrevista, para intentar ganarme su confianza y no me contratarán, seguro —dice angustiada.

—Tranquilízate, Abby. Hablaré con mi madre mañana.

—¡No! ¡Por favor! ¡Ni se te ocurra! No quiero que hagas nada, ¿de acuerdo? —expone nerviosa.

—Abby... Si puedo ayudarte con la entrevista, que así sea.

—Pero es que no quiero un trabajo por pena o por influencias, quiero que me contraten porque tengo potencial o porque vean que valgo para el puesto.

—Créeme, desgraciadamente el mundo ahora funciona de otra manera, pero el potencial podrás demostrarlo más adelante.

—No, yo quiero valerme por mi sola, Archi...

—Déjalo en mis manos. Por favor.

Por un momento me observa como si quisiera valorar si puede confiar en mí o no. Finalmente, responde:

—Te haré caso, ahora si no te importa, estoy cansada. Creo que me iré a descansar.

—Por supuesto, te acompaño... —le digo desconcertado. Sé que está superada por las circunstancias y debo admitir que yo también.

Nos dirigimos a nuestras habitaciones, ella comprueba que estoy en la de al lado y sonrío.

—Buenas noches, Abby.

—Buenas noches, Archi. Que descanses.

—Igualmente. Cualquier cosa, estoy aquí al lado.

—Ya lo veo. Gracias.

Entro y cierro la puerta, suspirando con cansancio.

Me quito el esmoquin y me tumbo en la cama programando la alarma para que mañana a primera hora pueda ir a casa de mis padres para desayunar con ellos y hablar con mi madre sobre el tema.

A la mañana siguiente, hago lo que ayer me propuse. Mi madre se sorprende al verme.

—Buenos días, Archi. ¡Qué alegría verte en casa tan temprano!

—Buenos días, madre. Tengo que hablar con usted.

—Desayunemos y después hablaremos.

Una vez concluido el desayuno con mis padres, me voy al despacho con mi madre, está de buen humor así es que es el momento adecuado para pedírselo.

—Madre, necesito un favor.

—Archi, cariño, tú me dirás.

—Abigail no iba a Nueva York solo de vacaciones, también iba a una entrevista de trabajo. Para su revista.

—¡Oh, qué interesante! ¿Tiene experiencia?

—Me temo que no. Ella ha sacado la carrera de periodismo estudiando de noche, es madre y esposa. Tuvo hijos siendo muy joven, no ha podido trabajar...

—Me temo que, si no tiene experiencia, Shianna la descartará.

—No si usted habla muy bien de ella.

Mi madre frunce el ceño.

—Sabes que no puedo hacerlo. La revista la dirige Shianna, yo no tomo decisiones referentes al personal, Archi.

—Se lo ruego, madre. Creo que Abigail necesita este trabajo, necesita sentirse útil. Lleva toda su vida desde que tenía dieciséis años dependiendo de los demás. Se quedó embarazada y sus padres la obligaron a casarse con el padre de su hijo. Ahora su hijo tiene dieciocho años, creo que ella piensa que es el momento de que él vuele libre en la universidad para así comenzar a trabajar. Aunque creo que su marido no está de acuerdo. Pero eso es algo que yo no sé.

—Veré lo que puedo hacer, pero no te prometo nada. Sabes que Shianna es muy particular a la hora de contratar al personal de la revista y quiere a los mejores en su equipo.

—Lo sé, madre. Pero estoy seguro de que con la perseverancia de Abby, la revista llegará lejos.

—Si tú lo dices, yo no la conozco..., pero debes admitir que te gusta más de lo que dices. Por eso estás intentando ayudarla —añade con expresión ladina.

—¡No es cierto! —contesto contrariado.

—Hijo..., ¡que te he parido! Te conozco muy bien.

—¿Y qué más da eso, madre? Ya te he dicho que no voy a inmiscuirme en una relación.

—Me parece que, si ella va a trabajar a Nueva York, esa relación está

abocada al fracaso. No creo que su marido se mude para vivir con ella, las relaciones a distancia a la larga nunca funcionan, se enfrían, y después...

—No lo sé madre, pero yo no voy a verla, no voy a inmismirme...

—¿Qué quieres decir?

—Que si se muda a Nueva York, intentaré apartarme de ella. Lo que me hace sentir me trastoca los sentidos, no estoy dispuesto a que eso se intensifique. Porque algún día podría perder la compostura.

—Como tú quieras, hijo, pero es una mujer estupenda. No lo olvides.

Me despido de mi madre y pongo de nuevo rumbo hasta el hotel. Quizás con un poco de suerte podamos conseguir que Shianna le dé el trabajo. El resto, ya se verá.

Capítulo 4

Abigail

Me despierto y lo primero que hago es llamar a recepción para que comprueben si hay cambios con respecto a mi vuelo, pero enseguida me comunican que el temporal no ha remitido. Suspiro exasperada. Al final voy a tener que quedarme todo el fin de semana y volver a hablar con Archibald para conseguir algo de ropa, porque no puedo permitirme el lujo de gastar dinero y que Robert se entere. Hablando de él, ayer no le llamé. ¡Santo cielo! Se me pasó por completo. Cojo el teléfono y marco su número.

—Buenos días, cariño.

—¿Se puedes saber dónde narices estas? —me pregunta enfadado.

«Bueno..., pues mal empezamos el día».

—En Nueva York —le miento. No quiero decirle la verdad. Porque eso implicaría contarle lo de la gala, el baile y verdaderamente ya me siento mal conmigo misma por todo lo que ayer sentí al lado de Archibald para tener que admitirlo delante de él. Prefiero engañarle un poco. No me gusta mentirle, pero también es cierto que tampoco le he dicho la verdad con el viaje y la entrevista así es que añadir una mentira más ya no importa.

—No me mientas, ayer llamé al hotel y no estabas.

—Estaba paseando, Robert.

—¿A las once de la noche?

—Claro, Times Square hay que verlo de noche, con las luces encendidas y la gente...

—¿Y por qué no me llamaste?

—Hasta ahora no he recuperado mi teléfono y me daba un poco de vergüenza utilizar el teléfono de ese hombre.

—¿Cómo es? —la pregunta me deja sin palabras.

—¿Quién? —inquiero haciéndome la inocente.

—El hombre con el que chocaste.

—Un hombre normal, muy estirado y esnob. De esos con mucho dinero y poder. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Te has visto con él?

Su tono es seco y arisco.

—Robert por favor... He quedado con él para que me dé el teléfono,

nada más. No sé a qué viene esto... —Sus preguntas y ese instinto celoso me están matando y me están haciendo sentir aún más miserable por lo que hice ayer. En realidad no hice nada malo, pero lo que Archibald me hizo sentir cuando estuvimos juntos en esta habitación, con sus miradas lascivas, cuando subió la cremallera del vestido y cuando bailamos juntos..., me crea un gran sentimiento de culpabilidad.

—Te echo de menos... No sé por qué has tenido que adelantar el viaje —dice con su voz lastimera.

—Necesitaba una desconexión, Robert.

—Lo sé, pero es que llevas un día fuera de casa y esto es un caos. Michael y yo estamos comiendo comida precocinada, y para colmo la tostadora no funciona. Hemos tenido un problema bastante preocupante con la lavadora. Tu hijo metió algo rojo con la ropa blanca y ahora todo lo blanco es más bien rosa... La casa sin ti no es igual, mi *pichoncita*...

«¡Dios, cuánto odio ese apelativo! ¿Me echa de menos a mí, a su esposa o a la ama de casa buena y compasiva?, ¿por qué no lo tengo claro?».

—Robert, lo siento, pero os tendréis que apañar y si no, tu madre se ofreció a daros cobijo estos días. Aprovéchate de ella... —le digo. Odio a mi suegra, es la típica mujer entrometida y dominante, que siempre echa de menos a su hijo, así que mira, ahora ya lo tiene para ella solita, al menos unos días.

—Pero mi madre ya no está para esos trotes, Abby.

—No digas tonterías, tu madre está hecha un roble.

—Tú sí que dices tonterías a veces, la mujer se hace la fuerte para no pedirnos ayuda, pero en verdad sabes muy bien como yo que su enfermedad se agrava con los años.

«¡Ja! Menuda bruja está hecha. Les tiene bien engañados a todos los hijos, con eso de quedarse viuda joven, les ha hecho creer que es una desvalida y se ha inventado una enfermedad que ni siquiera tiene».

—Claro, cariño... Tienes razón —digo, porque no voy a discutir con él.

Unos toques en la puerta me sobresaltan.

—¿Quién llama? —pregunta él, suspicaz, y me pongo en alerta de nuevo.

—El servicio de habitaciones. Te dejo, dile a Michael que me llame cuando se levante. Esta noche hablamos. Un beso, te quiero.

—Yo también, *pichoncita*.

Me levanto a abrir, en realidad no sé quién será. No he pedido nada, ni

siquiera el desayuno, y tengo hambre.

—Buenos días, el señor Lester nos indicó que le subieran el desayuno, uno completo...

Dejo pasar al camarero que trae un carrito y deposita la bandeja encima de la mesa del pequeño salón.

—Buen provecho.

—Gracias.

Me siento y dudo qué tomar. Hay croissant, cereales, tostadas, *bagel* y hasta magdalenas. Mermelada, mantequilla. Zumo, leche, café, té y fruta.

«¡Santo cielo, qué exageración! ¿Este hombre se ha pensado que no he comido en dos años?».

Me decanto por un croissant, el zumo y un café. El resto, por desgracia, lo dejo intacto. Cuando finalizo, llamo a recepción para que vengán a retirar la bandeja. No tardan en hacerlo. Estoy preparándome para salir cuando de nuevo unos toques en la puerta me ponen en alerta. Abro y me encuentro a Archibald. Esta vez va vestido de manera informal, unos vaqueros y un jersey de lana grueso con cuello alto. Está realmente guapo. Me recrimino mentalmente la acción de mirarlo de esa manera.

«¡Abby, no deberías pensar en él de esa manera, estás casada!».

«¡Pero no estás ciega! Y que mires el escaparate no significa que vayas a comprar», contraataca la voz de mi conciencia, a lo que no tengo nada que objetar, porque tiene toda la razón del mundo.

—Buenos días, Archi.

—Buenos días, Abby. ¿Te ha gustado el desayuno?

—Sí, gracias, aunque ha sido demasiado...

—Me imagino, pero como no sabía qué era lo que te gustaba, decidí que te subieran un poco de todo para que eligieras —dice amablemente.

—Un detalle por tu parte... Oye, Archi, quería pedirte un favor...

—Claro. Dime.

—Necesitaré algo de ropa para mañana.

Él asiente enseguida.

—Por supuesto. Podemos salir hoy, creo que las tiendas están abiertas. Te llevaré a un centro comercial, si te parece. Todo corre por mi cuenta.

—Te lo agradezco. Intentaré devolvértelo, pero mi marido no sabe que estoy en Boston y por el momento no voy a contárselo.

Me mira un poco contrariado, pero no voy a darle más explicaciones.

—No tienes que devolverme nada, Abby. Que te quedes aquí es culpa

mía, es lo mínimo que puedo hacer por ti, ya te lo dije ayer. Yo me ocuparé de todo.

—Gracias, de verdad. Por cierto, podríamos aprovechar para llevar el vestido al tinte y así te lo podría devolver.

—No tienes que devolvérmelo...

—No puedo regresar con un vestido así a casa... —replico—. Es precioso pero mi marido...

Él hace una mueca, parece que no le gusta la idea.

—Como quieras, pero es una lástima, te sentaba como un guante... Estabas deslumbrante. Yo diría que fuiste la mujer más bonita de toda la gala.

—Gracias. Eres un adulator. No creo que fuera para tanto...

—Lo fue, sin duda. Fui el hombre más afortunado por bailar contigo. Estoy seguro de que todos los hombres me envidiaron en ese momento —dice y dibuja una sonrisa que ilumina toda su cara. Creo que realmente está convencido que lo que dice es cierto. Yo en cambio opino que es solo una forma más de adularme.

—¿Nos vamos? —le digo para cambiar de tema.

—Claro...

Al salir a la calle la estampa es hermosa, casi todo está cubierto de nieve y la verdad es que tengo que admitir que es digno de contemplar. Me quedo un rato parada y él me mira.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que nunca había visto una nevada tan espectacular.

—¿En Orlando no nieva? —pregunta con curiosidad.

—No, el clima es muy cálido —explico—. La temperatura media es de unos veinte grados, aunque en verano supera los treinta, lo único es que son frecuentes son las lluvias.

—¡Santo cielo! Es un clima envidiable, sin duda. En Nueva York o Boston alcanzamos temperaturas en invierno por debajo de los cero grados.

—Lo sé, me había provisto de ropa de abrigo, aunque no esperaba que nevara así. Por eso también quise venir en esta época, para conocer un poco la nieve.

Veo que sonrío y yo también lo hago, quizás sea como una niña pequeña, con algunos deseos estúpidos, pero hay cosas que nunca he vivido y me apetece mucho hacer.

—Pues quizás hayas pedido demasiado... —me dice de broma.

—Creo que sí... —le respondo siguiéndole la gracia.

—¿Nos vamos?

—Sí, pero ¿cómo iremos al centro?

—En ese vehículo.

Es un todoterreno, y sonrío, parece un hombre que lo tiene todo controlado.

Me monto en el asiento de copiloto y él rápidamente se hace con el control del coche. Nos lleva hasta el centro sin ningún problema. Las calles están bastante transitadas, hay un alegre bullicio que me levanta el ánimo.

Aparca en un parking subterráneo y cuando salimos estamos en el centro comercial.

—Abby, tienes a tu disposición todas las tiendas que quieras...

—¡Vaya! Este centro comercial es enorme... —digo mirando alrededor con asombro—. Pero solo compraré lo necesario, tranquilo, no pienso arruinarte.

—No te veo como una mujer que pueda hacerlo... —me responde soltando una carcajada y me deja un poco descolocada, no entiendo muy bien a qué se refiere.

La verdad es que ni siquiera sé por dónde empezar y me siento como una niña pequeña a la que han dejado en el parque de atracciones de Orlando. Porque tengo que admitir que Robert jamás suele llevarme a comprar a sitios así. La ropa la compro en tiendas cercanas a nuestra casa. No le gustan las aglomeraciones y si no fuera porque Michael ha acudido Disneyworld en dos ocasiones con el colegio y en una de ellas yo he sido una mamá voluntaria, creo que mi hijo se habría quedado sin verlo. Todos los parques de atracciones de la ciudad los hemos visitado con amigos, Robert jamás nos ha acompañado y es muy triste decirlo, pero nunca me ha llevado a un concierto.

—Abby, ¿estás bien? —me pregunta Archibald al ver que estoy parada en medio del pasillo sin saber qué dirección tomar.

—Sí, lo siento, es solo...

—¿Nunca has venido a un centro comercial? —adivina.

—Es complicado... Te dije ayer que mi vida es bastante inusual. Robert es una persona con bastantes reticencias a las aglomeraciones...

Su cara parece indescifrable y me gustaría saber qué piensa en estos momentos. Estoy segura de que parezco una cateta por casarme con un hombre así. A veces pienso que él y yo somos muy distintos, siempre hemos tenido gustos diferentes. Pero en el fondo quiero a mi marido y a mi hijo, aunque reconozca que mi vida no es la que yo hubiera soñado tener... o eso

quiero creer.

—Abby..., yo... no voy a juzgar nada sobre tu vida, creo que ayer me diste una lección sobre la mía cuando criticaste a la mujer que me mandó el mensaje. Me sentí como un depravado... Así que realmente pienso que cada uno hacemos o vivimos la vida tal y como queremos. Pero hoy estamos aquí, el destino ha querido que el temporal anule tu vuelo, así que disfruta de este momento, ¿de acuerdo?

Asiento, sorprendida y reconfortada por sus palabras. La verdad es que ayer fui un poco malvada criticando la foto de esa mujer.

—Siento el comentario de ayer... —le digo arrepentida.

—Tranquila, no pasa nada —me dice con una sonrisa sincera que hace que tenga que tragar el nudo de la garganta. No quiero sentirme así, pero a veces cuando le miro, sus potentes ojos azules y su aspecto de canalla, tan diferente a mi marido, hacen que mi cuerpo se estremezca.

—Gracias por darme la oportunidad de estrenarme en un centro comercial.

Suelta una carcajada y varias de las personas que están a nuestro alrededor nos miran, pero a él no le importa demasiado. Yo en cambio me he ruborizado.

—Señora Stewart, se ha puesto tan colorada como su cabello —me dice a modo de burla.

—Has sido bastante exagerado, ¿no crees? —le pregunto nerviosa.

—Tú has dicho que te estrenas en un centro comercial, me ha hecho mucha gracia. Tengo derecho a reírme, Abby.

—Tienes razón, ha sido una expresión estúpida, a veces soy un poco patética.

—Tú no eres patética —dice cogiéndome la mano y haciendo que mi corazón lata acelerado, no entiendo por qué me hace sentir así—. Bueno, chica de Orlando, a comprar se ha dicho.

Me suelta y casi lo agradezco, mi pulso estaba tan acelerado y sus penetrantes ojos azules se habían clavado en los míos al igual que ayer, de forma tan intensa que no sabría descifrar lo que me indicaban. Deseo, pasión... Espero que no intente nada más. Porque si una cosa tengo clara es que no voy a engañar a mi marido.

Capítulo 5

Archibald

No sé por qué la he agarrado la mano, pero notar su pulso acelerado no ha ayudado a que el mío se estabilizara. ¿Pero qué es lo que está haciendo conmigo? Jamás en la vida me había sentido así por ninguna mujer, ni siquiera por Shianna.

Abby comienza su aventura en el centro comercial en una tienda de lencería y prefiero esperar fuera hasta la hora de pagar, porque si no creo que mis partes nobles pueden sufrir una considerable hinchazón con su posterior dolor.

—Archi, ya está... —me indica.

—Claro, cariño... —le digo desde fuera—. Ya he terminado la llamada.

Me mira un poco perpleja y entro a pagar, cuando concluimos sonrío y decido darle una explicación.

—Siento el apelativo, pero las dependientas se han quedado un poco extrañadas cuando has salido de la tienda a llamarme para que yo pagara y he creído oportuno no dar que hablar, espero que no te moleste...

—Bueno a la gente le gusta hablar, ¿no? Hubiera sido más interesante para ellas imaginarse que tú eres un millonario que me paga todas las compras a cambio de sexo, algo así como *Pretty Woman*.

«¡Joder! Esto sí que no me lo esperaba, *touché* por la pelirroja», me dice la voz de mi conciencia.

Ahora la que se ríe es ella, creo que mi cara lo dice todo.

—Vamos, Archi, era una broma, ¿no creerás que yo...? —me pregunta con una sonrisa de lo más hermosa.

—No, por supuesto que no... —respondo aún confundido.

—¡Ah! Vale. Es que te has quedado sin palabras.

Seguimos andando, sus palabras me han afectado un poco. Evidentemente que me encantaría pagar cualquier cosa que me pidiera a cambio de sexo.

«¡Oh, joder! Soy un puto depravado».

Pero es que desde que la vi no puedo quitármela de la cabeza. He soñado con ella, eso no ha mejorado para nada mi obsesión.

Durante el resto de la mañana entramos en muchas tiendas, no compra

casi nada en ninguna, solo lo indispensable, pero sé que lo hace para conocerlas, porque es la primera vez y quién sabe cuándo será la próxima ocasión que tenga de vivir algo así... si es que la hay.

—¡Me muero de hambre! —dice al ver la zona de restaurantes.

—La verdad es que yo también tengo hambre. Te invito a comer, elige.

—Yo elijo, pero también invito. Creo que es lo mínimo... —comenta y me mira de una manera que sé que no hay discusión.

—¡Está bien!

Echa un vistazo a los restaurantes y se decanta por una hamburguesería, debo reconocer que no soy muy dado a comer este tipo de comida, pero de vez en cuando puedo hacer una excepción.

Nos sentamos y no tardan en venir a atendernos. Ella pide una especial de la casa con refresco y patatas, yo prefiero algo normal, patatas y una cerveza.

—Hacía siglos que no comía una hamburguesa. Suelo hacerlas yo, pero salir por ahí a comer una...

La miro perplejo, no me puedo creer que teniendo un hijo no salgan de vez en cuando, ¿qué tipo de marido tiene que no sale por ahí con su familia?

—Abby, puede que me meta donde no me llaman, pero hay muchas cosas que no haces como una familia normal. No sé, por ejemplo, esto. Salir a comer una hamburguesa con tu marido y tu hijo. No soy un experto, aunque creo que de vez en cuando es algo que suele hacer todo el mundo.

Ella se encoge de hombros, evadiendo un poco el tema.

—Robert es bastante raro, ya te he dicho que no le gustan las aglomeraciones ni los lugares transitados por mucha gente. Es bastante escrupuloso también, por lo que no salimos a cenar por ahí. No se fía.

—Vaya... Lo lamento.

—Tranquilo, estoy acostumbrada. Cuesta hacerse a ciertas cosas y al principio lo echas de menos, pero con el tiempo te vas acostumbrando. No obstante, de vez en cuando hago ciertas escapadas con mis amigas —añade con una sonrisa.

Empiezo a entender lo que me dijo ayer de que no ha vivido. Se casó con un hombre al que no amaba y encima ha descubierto que es un tipo raro. Me gustaría saber si realmente lo ama, aunque si ha estado durante dieciocho años junto a él, realmente creo que sí, porque una persona no puede aguantar tanto tiempo con alguien si no hay amor. O eso creo.

Nos traen las hamburguesas y ver su cara de satisfacción me hace pensar

en situaciones más excitantes. Doy gracias a que estoy sentado y ella no se ha dado cuenta de que estoy teniendo una erección.

—¡Madre mía! No sé si podré acabar todo esto, pero merece la pena intentarlo.

—Es descomunal... —digo con guasa.

Ella se ríe y yo me quedo embobado mirándola. Es realmente preciosa, la mujer más increíble que he conocido.

«¡Joder! Y tiene que estar casada. ¡Maldita mi suerte!».

Tras ese lapsus de risas, ella comienza a comer. No le importa mancharse las manos. Al verla, no puedo evitar recordar la primera vez que Shianna comió una hamburguesa, ni siquiera sabía cómo cogerla y al final apenas comió. Se le cayó la mitad al plato, se puso los dedos perdidos de salsa y se enfadó. Sin embargo, a Abby no le importa que sus manos estén ya manchadas casi desde el principio de mayonesa y ketchup, come con tanta naturalidad que es una gloria admirarla.

—¡Está deliciosa! —comenta con la boca llena y yo sonrío. Mi madre se escandalizaría al verla, sin duda, pero es una alegría verla comer así, tan poco femenina y a la vez tan natural.

—Estás hecha un asco —le digo apuntando a sus manos.

—Eso es lo bueno de esto, disfrutar de la hamburguesa sin preocuparse de lo mucho que te manches —me dice ella con la mirada chispeante de felicidad.

—Tienes toda la razón.

Los dos seguimos degustando la hamburguesa hasta terminarla, ella saboreándola al máximo, haciendo gestos de placer y deslumbrante de felicidad. Y yo feliz de verla así. Cuando concluimos, saca del bolso unas toallitas y comienza a limpiarse.

—Tienes un poco de mayonesa en la cara —le digo.

Intenta limpiarse, pero no lo consigue. Cojo mi servilleta y sin pedirle permiso lo hago yo. Sé que ha sido un acto reflejo, aunque he notado que se ha puesto nerviosa, creo que la he incomodado.

—Siento si te he molestado —digo inmediatamente.

—Tranquilo, no pasa nada —me responde, pero toda la magia de antes, las risas y el buen rollo creo que han desaparecido.

Hace un gesto con su mano al camarero que viene de inmediato.

—¿Nos trae la cuenta, por favor?

No tardan ni cinco minutos y saca su dinero. Yo sé que no debo

inmiscuirme, ha dicho que pagaría y así la dejo hacer.

—Archi, estoy cansada, me gustaría regresar al hotel.

—Por supuesto...

En silencio recorremos el centro comercial hasta llegar al aparcamiento subterráneo y salgo de allí. El tráfico es denso, pero no tardamos más de media hora en llegar. En ese tiempo, ninguno decimos nada. Me parece que he metido la pata con mi gesto de antes. No sé por qué, no lo entiendo, pero a ella no le ha parecido bien.

Ya en el hotel, la acompaño hasta su habitación. Es el momento de la despedida, pero no voy a dejarla que se escape de mí.

—Abby, ¿he hecho algo mal?

—No, claro que no, solo es que estoy agotada.

—Si piensas que yo pretendo algo contigo... Sé que eres una mujer casada, yo nunca... —le suelto. Creo que piensa eso de mí.

—Archi, yo jamás engañaría a mi marido.

—Lo comprendo y no intento nada de este tipo, quiero que te quede claro. Solo pretendo que este fin de semana sea agradable para ti, estás sola en la ciudad por mi culpa.

—Gracias, Archi —añade con una sonrisa agradecida—. Te lo agradezco, de verdad. Ahora voy a descansar un poco.

—¿Te apetece cenar conmigo esta noche?

—No quiero robarte más tiempo, estoy segura de que estás cambiando tus planes por mí. No hace falta...

Sus palabras me exasperan, es verdad que estoy cambiando mi fin de semana por ella, pero estar con Abby me apetece más que ninguna otra cosa. No soy un hombre que se vea obligado a hacer algo que no quiera.

—No me importa, creo que es lo mínimo. Tú también has cambiado todos tus planes por mí.

—Tranquilo, el mal ya está hecho.

Esas palabras me caen como un jarro de agua fría.

—Perfecto, no te molesto más. Tienes mi número por si cambias de opinión. Feliz tarde.

—Igualmente, Archi.

Me dirijo al bar del hotel, necesito una copa, algo que me haga sentir bien, sé que solo son las tres de la tarde, pero me siento muy frustrado. Por el pasillo oigo silbar a alguien, me doy la vuelta y me encuentro a Brandon. No me explico qué narices hace él aquí a estas horas.

—¡Amigo mío! —dice dándome un abrazo, está exultante de felicidad.

—¿Qué coño te pasa? ¿Te ha tocado la lotería o es que estás enamorado? —le suelto algo molesto.

—No digas sandeces. Simplemente he follado mucho esta noche, y también hoy.

—¿Sí? ¿Con quién? —pregunto incrédulo.

—¿Prometes que no te enfadarás?

—¿Por qué tendría que enfadarme? ¿Te has tirado a mi madre? —le pregunto con ironía.

—¡No me jodas, Archi! Que tu madre es una señora respetable.

—¿Entonces?

—Shianna.

Su sonrisa socarrona me deja atónito.

—¿Shianna y tú? —inquiero incrédulo, no me puedo creer que él y mi exmujer se hayan acostado, son como el día y la noche.

—El caso es que anoche, cuando le hiciste esa jugarreta bailando, estaba muy cabreada, te maldijo unas cuantas veces. Perdí hasta la cuenta, creo que ella tenía algunas pretensiones contigo. No sé muy bien por qué. Después de bailar, tomamos unas copas y su enfado se fue disipando, una cosa llevó a la otra y nos fuimos juntos a la habitación. La noche fue una verdadera pasada. Es puro fuego en la cama. ¡Madre mía, qué fogosidad! Podrías haberme dicho alguna vez que tu ex era tan pasional. Llevamos toda la noche haciéndolo, y esta mañana hemos repetido.

—Brandon, por favor..., no hace falta que me des detalles de las veces que te has tirado a mi ex, no me interesa —le corto cabreado.

—¿A qué viene ese humor? ¿Tu pelirroja te ha dado calabazas?

—No voy a acostarme con una mujer casada, ¿por qué no os entra a todos en la puñetera cabeza? —inquiero fuera de mí.

—No te enfades, Archi —dice dándome unas palmaditas en la espalda —. Solo digo que ella está aquí sola, ayer cuando bailabais hubo algo entre vosotros, eso no lo podéis negar. Una conexión...

—¡Otro igual! No hubo nada entre nosotros, solo dos personas que bailan una preciosa canción de amor, nada más... Voy a tomar una copa y me apetece hacerlo solo. Si no te importa...

—Como quieras, pero Archi, hazte un favor a ti mismo. Si no quieres nada con Abby, será mejor que te alejes de ella. No te hace bien. Estás enfadado y tú no eres de los que beben a las tres de la tarde...

—Lo intento, Brandon, pero ella se ha quedado el fin de semana aislada aquí por mi culpa, solo quiero ser amable y que no esté sola.

—Entiendo que no quieras dejarla sola, pero también piensa que, si va a suponer una tortura para ti compartir un tiempo con ella, quizá no deberías hacerlo. Al fin y al cabo, no vas a volver a verla.

—Gracias por el consejo. Ahora creo que me tomaré esa copa.

—Como quieras. Si me necesitas, llámame.

Se marcha y yo me dirijo al bar. Pido un whisky, su sabor fuerte y a madera recorre mi garganta. Pero aun así lo trago de un sorbo y pido al camarero que me sirva otro.

A las seis de la tarde he perdido la cuenta de las copas que me he tomado y al final uno de los camareros tiene que acompañarme hasta la habitación porque casi no me tengo en pie.

Le doy la propina como puedo y me tumbo en la cama intentando no pensar. Pero no puedo evitar recapacitar acerca de lo que me ha dicho Brandon, que entre los dos hubo una conexión. Con esa idea, me quedo dormido.

Capítulo 6

Abigail

He dejado a Archibald un poco planchado, pero es que no quiero sentir más esa sensación que me invade cuando me toca. El solo roce de sus dedos cuando ha retirado algo de mi cara ha provocado dentro de mí una sensación indescriptible. Me da miedo sentir algo más por él, porque tengo que ser realista, no soy una mujer libre, estoy casada. Debo admitir que no tengo un matrimonio maravilloso, pero quiero a Robert y estos sentimientos que él está despertando en mí, me hacen parecer una mala esposa.

Tumbada en la cama, muy confundida, intento quedarme dormida, pero no lo consigo, hasta que mi teléfono suena y me sobresalto. Es Michael, mi hijo. Suspiro nerviosa. Tengo ganas de hablar con él, pero también me cuesta mentirle a mi propio hijo.

—Hola, tesoro, ¿cómo estás?

—Hola, mamá. Bien, ¿y tú?, ¿cómo lo estás pasando? Seguro que estupendamente, sin nosotros...

—Os echo de menos, mucho...

—Seguro que no, no mientas —comenta mi hijo riéndose.

—Cariño, claro que sí.

—Bueno, son tus vacaciones y te las mereces, así es que disfruta. ¿Cómo es Nueva York? Seguro que espectacular...

«¡Mierda! Ya tengo que mentirle, apenas la he visto».

—Una pasada, todo es fantástico...

—Ya me imagino. —Hace una pausa y yo me tenso de inmediato—. ¿Va todo bien? Pareces preocupada...

—No cielo, es solo que me apena no verte en tantos días. Además, tu padre me dijo que estabais pasándolo un poco mal.

—¡Bah! No le hagas caso, es un exagerado. Solo lo hace para darte pena. Fíjate que hoy ha salido por ahí y todo.

Por un momento me quedo sin saber qué decir.

—¿Cómo que ha salido? —reacciono al fin.

—Sí, con alguien del trabajo, me ha dicho.

«¡Estoy alucinando! Conmigo nunca sale, ¿y en cuanto me voy dos días él se larga por ahí con alguien del trabajo? ¡Esto es el colmo!».

—¡Ah! Bueno, hace bien —le digo a Michael, él no tiene la culpa.

—Bueno, dijo que serían solo un par de cervezas. No estás enfadada, ¿verdad?

—No, cariño, yo estaré fuera una semana, es lo mínimo que puede hacer. Tú también deberías salir a divertirte un poco.

—Sabes que estoy con exámenes. No tengo mucho tiempo. Además, tengo algo que contarte. Ya me he decidido, sé que a papá no le va a hacer mucha gracia, pero al final quiero ser veterinario, no médico.

—¡Michael! ¡Eso es estupendo! Tu padre no tiene por qué enfadarse, es tu futuro, no el suyo.

—Lo sé, pero sabes que él siempre me dice que le gustaría que siguiera sus pasos.

—Y a mí me gustaría ser periodista, pero de momento tengo que conformarme con ser ama de casa —digo resignada y un poco molesta—. Él lo aceptará, más le vale.

—Gracias, mamá. —La calidez en su voz me hace sentir mucho mejor—. Y ya verás, tú también conseguirás cumplir tu sueño. Estoy seguro de que algún día conseguirás trabajo como periodista.

—Lo dudo mucho, cariño, pero bueno. Tú tienes el poder de decir tu futuro, así que no dejes que nadie influya sobre tus decisiones, ¿entendido?

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, cariño.

—Voy a seguir estudiando. Hasta mañana.

—Hasta mañana, mi niño.

—Ya no soy un niño —me dice un poco molesto.

—Para mí siempre lo serás...

Suelta una carcajada y cuelga el teléfono. Suspiro. Sé que Robert se enfadará muchísimo cuando sepa que nuestro hijo no seguirá sus pasos, aunque me da igual, quiero que mi hijo tenga la oportunidad de ser quien quiera ser, no lo que su padre quiera o le imponga. Suficiente me impusieron a mí por una mala jugada del destino, no voy a permitir que nadie decida por él.

Un poco molesta por la decisión de Robert de salir con sus compañeros de trabajo, decido mandarle un mensaje.

Hola cariño, Michael me ha dicho que has salido con tus compañeros, espero que lo pases bien. Un beso.

Quiero que sepa que tengo conocimiento de su salida y que, aunque parezca que no me molesta, realmente lo hace. Sé que no debería estar enfadada. Yo me he venido una semana de vacaciones, pero realmente lo que más me molesta es que a mí siempre me pone excusas para salir conmigo a algún sitio y ahora sí sale con sus compañeros.

No obtengo respuesta alguna, por lo que, enfadada, decido salir a dar un paseo. Cuando estoy abriendo la puerta escucho a alguien en la puerta de al lado, en la de Archibald.

—Señor Lester, será mejor que descanse, ha bebido demasiado.

Vaya, ahora encima me siento culpable del estado de Archibald, esto era lo que me faltaba. No sé por qué, pero creo que se ha emborrachado por mi culpa. Nuestra despedida fue bastante tensa y sé que él quería que pasáramos más tiempo juntos, pero simplemente, no tengo fuerzas. Espero a que el pasillo esté despejado y salgo de mi habitación, dirigiéndome a la escalera. Entonces, como si los astros quisieran ponerse en mi contra, cuando estoy bajando hacia la salida me encuentro con Shianna.

—Buenas tardes, señorita Stewart. ¿Se acuerda de mí?

—Buenas noches, sí claro, Shianna. Un placer volver a verla, pero llámeme Abigail, por favor.

—Abigail, ¿qué tal todo?

—Bueno, esperando que el temporal remita para poder regresar a Nueva York —digo dibujando una sonrisa que espero no parezca muy forzada.

—Sí, lo mismo me pasa a mí. Espero que mañana pueda regresar, tengo mucho trabajo.

—Vaya, lo siento... Si me disculpa, pensaba dar una vuelta...

Estoy muy incómoda a su lado, no quiero hablar más que lo necesario, porque no quiero meter la pata.

—Una cosita más y perdone mi osadía..., no sé si tiene pretensiones con Archi, pero le diré que es un mujeriego. No se compromete con nadie.

Sus palabras me dejan perpleja. ¿Por qué piensa eso de mí? ¿Le he dado yo pie a pensar que estoy interesada en él?

—Discúlpeme, Shianna, pero creo que se está equivocando... Yo soy una mujer casada, ayer vine a traerle su teléfono móvil porque hubo una confusión, chocamos en el aeropuerto y por error los intercambiamos. Debido al temporal me vi en la tesitura de quedarme aquí, y su madre amablemente me invitó a la gala. No estoy interesada en él de esa forma.

—¡Oh! Siento el malentendido, soy una estúpida, pensé que usted y él...
—replica abochornada.

—Está disculpada. Nosotros no tenemos nada. No obstante, él me dijo anoche que usted era su exmujer —digo y cuando termino la frase me doy cuenta de que no tenía que haberla pronunciado, no sé ni siquiera por qué ha salido de mi boca.

«¿Celos, tal vez?».

—Bueno, Archi y yo somos ex, pero de vez en cuando tenemos nuestros encuentros —responde con una sonrisa—. Además, no puedo negar que aún me siento atraída por él. Sigue siendo el hombre más guapo y mejor amante que conozco.

«Sinceramente, lo de mejor amante podría habérselo ahorrado la muy bruja ¿o pretende ponerme a prueba?».

—Me alegro por los dos, pero como le he dicho, yo estoy felizmente casada. Ahora, si me disculpa, voy a dar una vuelta. Que tenga un feliz día.

Salgo de allí bastante enfadada, ni siquiera sé por qué, pero lo estoy. Esa mujer es una arpía. Si le he dicho que no me interesa, ¿por qué sigue contándome esas cosas?

«¡Que la cunda su fogosidad con el ojitos bonitos!».

«¡Estas celosa!»., me recrimina mi conciencia.

«No lo estoy...».

«Claro que sí, te molesta que te haya dicho que sigue acostándose con él, no lo niegues».

La verdad es que es así, tengo que reconocerlo. ¡No lo entiendo! Ayer, cuando me contó que le había dolido el engaño con ella, parecía sincero. Entonces, ¿por qué sigue acostándose con ella?

«Porque es un hombre y piensa solo con la polla», suelta de golpe mi conciencia.

«¡Pero qué bruta eres, bonita!»., me echo una reprimenda mentalmente a mí misma.

«Tienes razón, me he pasado un poco, pero estoy en lo cierto».

Claro que está en lo cierto; en muchas ocasiones, los hombres solo piensan con su miembro en lugar de con su cabeza.

Estoy tan ofuscada y tengo una batalla moral tan encarnizada con mi conciencia que no me doy cuenta y choco con un hombre.

—¡Perdone! —digo y cuando levanto la vista, veo que se trata de su amigo.

—Abigail, deberías mirar por dónde vas.

—Hola, Brandon, lo siento...

Parece que últimamente estoy destinada a chocarme con hombres trajeados.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estaba distraída —le respondo sin mucho humor.

—Me parece que no estás bien, ¿te apetece tomar algo conmigo?

—La verdad es que quiero estar sola.

Él ríe, afable.

—Vaya día que tengo hoy, debe ser el desodorante que espanta a la gente, Archi no quiere estar conmigo, tú tampoco...

Sonrío por la gracia, parece ser que también su amigo se ha encontrado antes con él.

—Lo siento, pero de verdad, no está siendo un buen día.

—Sé escuchar, ¿sabes?

—Gracias, Brandon, de corazón, pero no eres la persona indicada.

—¿Porque soy amigo de Archi?

—No, no tiene nada que ver con él —respondo de inmediato.

—¿Entonces?

—Simplemente porque eres un hombre. Lo siento. De verdad. Necesito irme a Nueva York. Estoy cansada de Boston, será tu ciudad, pero yo le estoy cogiendo un poco de manía.

—Creo que las carreteras están menos colapsadas. Es un viaje tedioso, pero quizás podría llevarte.

—¿De verdad harías eso por mí? —pregunto incrédula.

—Hoy ya no, es tarde y no puedo ponernos en peligro, pero consultaré cómo está el tráfico y si todo está mejor mañana podría hacerlo, si aún siguen cerrados los aeropuertos, ¿te parece bien?

—Me parece estupendo, gracias Brandon.

—De nada...

Al final veo la luz al final del túnel. Nos intercambiamos los números de teléfono y quedamos en que mañana nos llamaremos para quedar. Doy un paseo y subo a cenar más animada. A las dos de la madrugada, Robert me responde al mensaje. Ni siquiera me molestó en leerlo, no sé si no se da cuenta de la hora que es.

Por la mañana, en el aeropuerto me dicen que aún no se ha restablecido el tráfico aéreo normal, que lo irán haciendo a lo largo del día y nos avisarán,

así que, cansada de esperar, decidido avisar a Brandon para irme. Dudo si despedirme de Archibald, una parte de mí quiere hacerlo, pero otra me dice que es mejor dejar las cosas así, que es mejor no dar pie a nada más.

Pero no importa lo que yo quiera. El puñetero destino se encarga de hacer que nos encontremos en la puerta. Archibald está discutiendo con Brandon, yo me quedo un poco sin saber qué hacer, pero visto que parece que la cosa no termina, me acerco despacio.

—Buenos días, chicos. Brandon, ¿nos vamos?

—Buenos días, Abigail. Claro.

—Abby, ¿estás loca? Las carreteras aún no están bien —me recrimina Archibald de inmediato, sin saludar ni mediar una palabra más.

—Lo siento, Archi, pero ya no voy a quedarme más tiempo aquí. Necesito estar en Nueva York y disfrutar de mis vacaciones. Brandon se ha ofrecido a llevarme y me voy. Espero que te vaya todo bien. Adiós.

No dice nada, se da media vuelta y, creo que maldiciendo, se marcha.

—Es un cabezota, pero no se lo tengas en cuenta —dice Brandon—, se le pasará.

—No me importa, no creo que volvamos a vernos —le contesto.

—Nunca se sabe, el destino es bastante incierto.

No digo nada más, tiene razón, en el hipotético caso de que tuviera la suerte de que me cogieran en la revista que dirige Shianna, ¿quién me dice que un día no vaya él por allí a buscarla?

No quiero pensar más en eso, primero porque es muy difícil que consiga el puesto y segundo porque no sé si él iría a buscar a un ligue al trabajo, no me parece de esos hombres.

Durante la primera hora del trayecto los dos permanecemos muy callados, hasta que Brandon parece aburrirse.

—¿Lo pasaste bien en la gala? —me pregunta.

—Sí, fue interesante.

—La madre de Archibald es una gran anfitriona.

—La verdad es que sí.

—¿Puedo preguntarte por qué tanta urgencia para ir a Nueva York?

—Solo tenía una semana de vacaciones, ahora me quedan cuatro días. No quiero desperdiciarlos. Además mi marido no sabe que estoy en Boston, no quiero seguir mintiéndole.

—¡Ah! Vaya, claro eso es un problema, pero no has hecho nada malo, ¿no? —me pregunta curioso.

Sé por dónde va. Me está haciendo un gran favor al llevarme, así que trato de contener una mueca de hastío.

—Brandon, no he hecho nada malo, no obstante, imagino que tu amigo te habrá informado de ello.

—Bueno, Archi es poco hablador, en especial sobre sus ligues — responde y suelta una carcajada.

—¿Crees que soy su ligue?

—No he dicho eso... Pero hacíais muy buena pareja, eso no puedes negármelo. Se os veía muy compenetrados en la pista de baile. Creo que lo notamos todos. Incluso Shianna que no dejó de maldeciros en varias ocasiones...

—Pues siento romper las ilusiones de tanta gente. Yo estoy enamorada de mi marido —le digo, porque al final parece que nadie se lo cree y eso me molesta.

—No lo dudo, Abigail.

—Gracias. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, dime.

—Ayer, antes de encontrarnos, Shianna me abordó, también pensaba que Archibald y yo... Bueno, me dijo que él y ella se acuestan de vez en cuando, pero hay algo que no entiendo. La noche de la gala, Archi y yo estuvimos hablando y él me dijo que en su matrimonio no había habido amor y que lo que más le había molestado de su ruptura fue el engaño por su parte, entonces no entiendo por qué ambos se siguen acostando de nuevo.

Brandon suelta una sonora carcajada y yo me quedo callada, no sé a qué viene.

—Abby, ¿puedo llamarte así? —Asiento y él entonces continua—: Shianna no se ha vuelto a acostar con Archi, bueno, que yo sepa. Creo que esa noche tenía alguna pretensión, pero evidentemente no lo hizo.

—¿Entonces por qué me ha mentado?

—Creo que porque te ve como una rival.

—¡Pero yo le dije que estoy casada, que entre nosotros no hay nada! — me defiendo exasperada.

—Pues ella no ve lo mismo. Y déjame decirte que las mujeres sois unas arpías. Así que no me extraña que se haya inventado eso.

—Vaya...

—Sí, vaya. Pero ahora viene la pregunta difícil, ¿te molestó?

—No, por supuesto que no...

—¿Segura? Porque tal y como yo lo veo, me resulta extraño que una mujer que viene sola de vacaciones no tenga problemas en su relación. A lo mejor me equivoco, pero lo que vi la otra noche era una conexión muy grande, mirabas a Archi con deseo y él te miraba a ti con el mismo deseo.

No digo nada, porque ni siquiera sé qué contestarle. El resto del viaje me hago la dormida, evitando así hablar del tema, hasta que llegamos a Nueva York.

Cuando el intenso tráfico de la Gran Manzana nos engulle, Brandon me toca el hombro con suavidad.

—Abby, despierta. Ya hemos llegado. Dime dónde tengo que dejarte.

—Hotel Central Park.

—Perfecto.

Me lleva hasta allí y por el camino me dedico a admirar la ciudad. Las luces, los edificios, el cielo... todo me parece mágico y diferente, y un peso que no sabía que existía desaparece de mi pecho. Me siento ligera y relajada al fin. Cuando llegamos al hotel, bajo del coche y me despido de él, aún con la puerta del vehículo abierta.

—Dime, ¿cuánto tengo que pagarte por el combustible?

Brandon hace un gesto con la mano, restándole importancia.

—Nada. Olvídalo. La verdad es que no tenía nada que hacer, y ha sido muy grata la compañía.

Sonrío con gratitud. He conseguido llegar al fin así que no voy a discutirle.

—Gracias Brandon, por todo. Ya nos veremos.

—Eso espero.

Cierro la puerta. Con una sonrisa, pone en marcha de nuevo el motor y desaparece entre las luminosas calles de Nueva York.

Capítulo 7

Archibald

Cuando me he enterado de que Brandon se llevaba a Abby casi le parto la cara. No entiendo por qué narices ha hecho semejante estupidez, las carreteras aún no están totalmente restablecidas y creo que pueden correr peligro.

Hoy tengo que comer con mis padres, no puedo negarme, así que no puedo ir con ellos, si no lo haría. No obstante, le he mandado un mensaje a Brandon para que me avise cuando la deje en el hotel. Espero que lo haga, de lo contrario pienso montarle una buena escena.

—Hijo, ¿estás bien? —me pregunta mi madre al ver que no hago más que mirar el reloj calculando el tiempo desde que han salido.

—Sí, claro —respondo escuetamente.

—¿Y por qué estás mirando el reloj cada cinco minutos?

—Estoy esperando una llamada...

—¿De esa mujer? —inquire mi madre.

Suspiro con hartazgo.

—Esa mujer, como tú la llamas, se ha marchado con Brandon, solo quiero cerciorarme de que ha llegado al hotel sana y salva, nada más.

Mi madre deja los cubiertos, haciendo una mueca, escandalizada.

—¿Y cómo has dejado que se fuera con ese crápula?

—¿Acaso podía hacer otra cosa? —replico soltando el tenedor y también, malhumorado—. Yo no puedo decidir sobre la vida de nadie.

—Era tu responsabilidad, y además, no entiendo por qué la dejas marchar. Ella te gusta.

—Linda, ¿por qué no dejas al muchacho en paz? Deja de agobiarle de una vez —interviene mi padre, y yo se lo agradezco—. Debe hacer su vida como le plazca, ¿no recuerdas cómo fue su matrimonio? Algo que Diana y tú os empeñasteis en encadenar aun sabiendo que no había manera de repararlo.

—Está bien, va a perder a la mujer de su vida por no arriesgarse, solo digo eso.

—No es asunto tuyo, Linda. Además, ¿por qué estás tan segura de que es la mujer de su vida? —contradice mi padre, sirviéndome más vino como si eso fuera a consolarme.

—Una intuición.

—Vaya, Linda, me sorprendes, la conoces de unas horas y ya crees que esa muchacha es la mujer de su vida. Lo que no has tenido en cuenta es que está casada.

—Y tiene un hijo —intervengo.

—Eso no es inconveniente, los matrimonios se rompen.

—Te recuerdo que está aquí de vacaciones y se marchará... —vuelvo a participar.

—No si yo me encargo de que consiga ese trabajo... —expone convencida y con cara maliciosa.

Ahora sí que estoy perplejo, ayer me dijo que no me prometía nada y ahora sale con estas.

—¡Qué miedo me das! —dice mi padre, ahora riendo—. Cuando se te mete algo en la cabeza eres tan obstinada que estoy seguro de que no cesarás hasta que lo consigas...

Mi madre dibuja una sonrisa triunfadora en su rostro.

Una parte de mí quiere besar a mi madre por su cambio de opinión, pero otra parte no sabe si es buena idea, porque estoy seguro de que se empeñará en que nos veamos y preparará las cosas para que tengamos que coincidir por fuerza. Y si una cosa tengo clara es que no voy a inmiscuirme en su matrimonio.

Una vez finalizada la comida, me despido de mis padres. Aún no sé nada de Brandon y sé que ya debería haber llegado a Nueva York así que decido llamarlo.

—¿Qué pasa, tío? —me contesta.

—¿Que qué pasa? ¿Has dejado a Abby en su hotel?

—Por supuesto, ¿por quién me has tomado? Soy un caballero.

—¿Y por qué no me has llamado?

—Porque eres un capullo, por eso no te he llamado. Porque no tienes respeto a tu mejor amigo.

—¿Tú eres mi mejor amigo? ¿Te ofreces a llevarla sin mi permiso? ¿Eso es un amigo?

—¿Desde cuándo tengo que pedirte permiso para llevar a una mujer a su hotel? Porque, que yo sepa, ella no es nada tuyo.

«¡Joder! Tiene toda la razón y eso me enerva, aunque no voy a dársela».

—Abby era mi responsabilidad —respondo tajante.

—¡Oh! ¿Cuándo te has vuelto tan caballeroso? Porque creo recordar que

la última vez que estuviste en Boston dejaste a tu último ligue en ropa interior en pleno centro de la ciudad porque no te hizo una mamada en los baños del bar donde estábamos bebiendo —dice con sarcasmo.

—¡Vete a la mierda, capullo! —le respondo totalmente enervado.

—Perdona, solo cuento la verdad, ¿te molesta? —replica él sin achantarse.

—Brandon, estoy hasta los cojones de ti y tus numeritos, eso fue una apuesta, así que no me jodas.

—Apuesta o no, lo hiciste. Reconoce que te gusta Abby y mucho, más de lo que crees.

—¿Y qué importa eso? Ella está casada, sabes que jamás me liaría con una mujer casada.

—¿Y si su matrimonio no fuera del todo bien?

—¿Por qué dices eso? —pregunto curioso.

—Hoy charlamos un poco, no ha admitido que tenga problemas en su matrimonio, pero tampoco lo ha negado, le hice una pregunta que no contestó. No sé, Archi..., pero me parece que algo no funciona.

—¿Y qué más da? Es posible que no vuelva a verla —le miento, porque no quiero pensar en lo que está tramando mi madre. Espero que Shianna no la contrate, lo siento por Abby, pero creo que es mejor para mi bienestar mental que así sea, que ambos retomemos nuestras vidas como antes de conocernos.

—Es posible. O puede que sí. Aún tienes unos días.

—Prefiero dejar las cosas como están, será mejor para los dos.

Brandon guarda silencio un momento y percibo gravedad al otro lado de la línea. No sé en qué demonios estará pensando para haber cambiado así de actitud, pero entonces suelta algo que me deja descolocado.

—¿De qué tienes miedo?

Buena pregunta. «Tengo miedo de lo que me hace sentir, de enamorarme de ella y no poder controlar mis impulsos de besarla y de hacerla mía, de eso tengo miedo».

—No tengo miedo, Brandon, pero ella tiene su vida, con su marido y su hijo, es mejor que disfrute de Nueva York y yo siga con mi trabajo. Esta semana tengo una agenda cargada de reuniones, no voy a dejarlo todo por una mujer a la que es seguro no vuelva a ver. ¿Qué gano yo con eso?

—Vivir, amigo mío, vivir. Porque últimamente no creo que siquiera lo hagas.

—Gracias por tus consejos, mi psicólogo particular. A ver cuándo te vas

aplicando el cuento y dejas de tirarte a todas las mujeres, incluida mi exmujer.

—¡Ah! Es eso, te molesta que también me haya tirado a tu exmujer.

—Para nada, por mí como si quieres casarte con ella.

—¡No te pases! No es mi tipo, es como un puto volcán en erupción, pero no voy a casarme con ella, aunque no descarto que pudiese repetir.

—¡Pues que te vaya bien! Tengo que colgar. Voy a hacer la maleta y coger un vuelo. El aeropuerto ya está abierto. Pero claro, tú has preferido coger un coche y conducir para llevar a Abby.

—Sí, me gusta conducir... —suelta y se ríe cuando concluye.

—¡Fenomenal! Nos vemos, amigo.

—Espero que el destino sea cruel contigo y te encuentres todos los días con ella, te lo mereces por capullo.

Le cuelgo, seguro que con la suerte que tengo se cumplirá su deseo y eso sí que sería una gran putada.

«¿Por qué te mientes a ti mismo? Una parte de ti está deseando preguntarle a Brandon cuál es su hotel y acudir en cuanto bajes del avión para verla».

«Sí, pero no lo haré porque tengo mi orgullo y porque si no tendría que soportar su sermón y sus palabras», respondo a mi conciencia.

Recojo todas mis cosas y cuando voy a pagar la recepcionista me entrega la caja con el vestido.

—La señorita Stewart dejó esto para que se lo entregáramos.

Suspiro, la abro. Se trata del vestido y los zapatos que llevó a la gala, ya no me acordaba.

—Disculpe, ruego lo envíen a esta dirección —les digo dando mis datos de Nueva York. No voy a llevarlo en el avión—. Carguen los gastos a mi tarjeta.

—Por supuesto, así lo haremos.

Le entrego una propina y me dirijo al coche que me espera. Durante todo el camino hasta el aeropuerto no puedo dejar de pensar en ella, en sus preciosos ojos azules y esa melena entre rubia y pelirroja que tanto me gusta.

Ya en el aeropuerto espero al embarque un poco aturdido, decidiendo si debería mandarle un mensaje o dejarlo estar.

Las dudas me invaden y cuando anuncian mi vuelo, no me he decidido. Pongo el móvil en modo avión y resuelvo que voy a dormir durante el viaje para olvidarme un poco de todo.

La azafata me indica que vamos a tomar tierra, he conseguido dormirme, pero ella ha invadido mi sueño.

Tras recoger la maleta, un coche me espera. Llego a mi apartamento de la Upper East Side, y lo primero que hago es darme una ducha y ponerme ropa cómoda.

Mis dedos están tentados a teclear un mensaje, invitarla a mi casa para cenar. Pero mi cabeza se niega a hacerlo.

Sentado en mi sofá de cuero, intento concentrarme en poner al día algo de trabajo, pero no soy capaz de hacerlo. Me gustaría saber qué es lo que está haciendo ahora mismo Abby, seguramente paseando por Times Square.

Una fuerza superior me impulsa y me levanto como un resorte, me calzo unas deportivas, cojo un cortaviento y salgo decidido a ir hacia allí. El frío se cala en mis huesos. No hay mucha distancia desde mi apartamento hasta Times Square, unos veinticinco minutos, pero acelero el paso, con el fin de entrar en calor.

Cuando llego doy varias vueltas por la zona, pero no la veo.

«¡Maldito necio! ¿Creías que ibas a encontrarte con ella? ¿Solo porque tu amigo te echó una maldición?», me digo cabreado conmigo mismo por la estúpida idea que me ha hecho venir hasta aquí.

Desesperado y con el frío metido en el cuerpo decido entrar en el café Hard Rock, necesito tomar algo caliente que caldee mi cuerpo, si no creo que mañana tendré una pulmonía si regreso a casa en este estado.

Cuando entro, apenas hay gente, son casi las diez de la noche por lo que imagino que la mayoría ya está en sus casas y las pocas personas que hay aquí serán turistas o locos como yo.

—Tomaré un café solo —le indico al camarero cuando me pongo en la barra.

Echo un vistazo más exhaustivo y es cuando me percató de que en una zona apartada está Abby, sentada, cenando y enfrascada en un mapa, imagino que determinando la ruta de mañana.

Sonrío, al final el capullo de Brandon va a tener razón y su maldición se ha cumplido, quizás es algo así como un brujo. Ríe por mi ocurrencia.

Ahora no sé qué hacer, si acercarme a ella o terminar mi café y salir del bar, porque creo que ella no me ha visto y podría hacerlo sin que se diera cuenta.

«¿Has venido hasta aquí a verla y te vas a marchar sin hablar con ella? ¡No seas capullo!», me recrimina mi conciencia.

Tiene razón, he venido con un propósito. No puedo desviarme del mismo. Cojo el café y me acerco despacio. A cada paso que doy mi corazón comienza a latir desenfrenado. Estoy muy nervioso y siento que es como si fuera a una primera cita de adolescente. Salvo porque tengo treinta y seis años. No sé por qué me pasa esto. Es inexplicable.

—Hola... —le digo con la voz temblorosa. Ella levanta la vista del mapa y al verme su cara se torna en sorpresa. Imagino que no esperaba verme.

—Archi, hola... —titubea—. ¿Qué... Qué haces aquí?

«¿Y ahora qué narices le respondo? Porque decirle la verdad no creo que sea la solución, me tomaría por loco».

—He salido a hacer un poco de *footing*, pero hacía un frío helador, he tenido que pararme y entrar a tomar algo caliente si no quería coger una pulmonía...

—Es cierto, hace mucho frío. Yo estaba viendo Times Square y he decido entrar a cenar porque también estaba congelada. La verdad es que no estoy acostumbrada a este frío. En Orlando el clima es tan cálido..., no sé si yo podría soportar estas temperaturas.

Vaya, ¿eso es que se está amilanando con el tema de la entrevista o que piensa que no la van a coger?

—Creo que todo el mundo se acaba acostumbrando al frío. Mi secretaria dice que el frío es cuestión de capas...

—¿Cuestión de capas? No lo entiendo —pregunta un poco contrariada.

—Sí, de ponerse capas de ropa. Ella es muy friolera y cuando hace tanto frío llega al trabajo con varias capas de ropa. Muchos compañeros la apodan la Cebolleta porque siempre lleva muchas capas...

Abby comienza a reírse y yo me contagio. Escucharla reír es como música celestial para mis oídos. Me encanta su risa y cómo sus mejillas se encienden cuando se ríe, su tez blanquecina se vuelve un poco más intensa.

—Pobre..., menudo apodo.

—A ella no le importa, es una mujer de unos cuarenta y tantos años, pero tiene un gran corazón.

—La recuerdo del otro día con el billete, me pareció estupenda.

—Es muy servicial y además muy trabajadora. No sé qué haría yo sin ella.

—Verdaderamente, y espero que no te moleste lo que voy a decirte porque no sé si será tu caso, no todos los jefes saben valorar a los empleados que tienen. Conozco a personas influyentes con grandes puestos que no

valoran a sus trabajadores y es una lástima, porque sus empresas podrían ir infinitamente mejor si lo hicieran.

—Desde mi experiencia te diré que el noventa por ciento de los trabajadores de PureNature, por no decir el cien por cien y parecer un egocéntrico, están satisfechos con su trabajo. Se les valora y se tiene en cuenta cada sugerencia y petición que hacen, siempre y cuando sea algo coherente.

—Me alegro mucho, es muy importante trabajar en un entorno de trabajo agradable.

—Creo que ellos lo están. O al menos es lo que dicen. ¿Te apetecería conocer nuestras instalaciones un día de estos?

—No sé..., seguro que tú estás ocupado y aún me queda mucho por conocer en Nueva York. Gracias, Archi, pero quizás en otra ocasión.

—Claro, tienes razón. ¿Por cierto, cuándo tienes la entrevista?

—Mañana a las cinco de la tarde.

—¿Sabes dónde tienes que ir?

—Estaba informándome de la ubicación ahora mismo, y sobre los desplazamientos para no llegar tarde.

—Si me dices en qué hotel te alojas puedo mandarte un coche para que te vaya a recoger y te deje en las instalaciones de la revista a la hora indicada.

—No hace falta, Archi, no quiero molestarte.

—No es molestia, y así me aseguraré de que llegas y no te pierdes. —
Sonrío, tratando de convencerla.

—De verdad, no hace falta...

—Abby, por favor...

—Hotel Central Park.

Me quedo pensando y calculo mentalmente la distancia desde el hotel hasta la ubicación de la revista, que no está lejos de mi oficina.

—Hay como una media hora en coche, pero como a esas horas hay bastante tráfico yo creo que será mejor que te vaya a recoger como a las cuatro menos cuarto.

—Preferiría que fuera a las tres y media, si llego temprano esperaré, pero no quiero llegar tarde.

—Tranquila, no llegarás tarde, pero si prefieres que te vaya a buscar a las tres y media no hay ningún problema.

—Si no es molestia, lo prefiero.

—Pues no se hable más.

—Gracias, Archi. Ahora creo que va siendo hora de irse.

—La cuenta, por favor... —le indico al camarero.

Abby pone un gesto de desaprobación, sin embargo, no le hago caso y cuando salimos suspiro porque nuestro camino es conjunto.

—Te acompaño, me pilla de camino.

—¿Puedo preguntarte dónde vives?

—En el Upper East Side.

—¿Por qué no me sorprende? —me pregunta y eso me molesta.

—Abby, no sabes nada de mi vida. Reconozco que tengo una buena vida, pero trabajo mucho, catorce o más horas diarias. Y sí, vivo en un buen barrio, pero mis padres han dedicado toda su vida a levantar este imperio casi de la nada. Mi madre heredó la empresa de su familia, pero tenía bastantes deudas. Mi padre y ella sacrificaron durante años todo lo que tenían y tuvieron que hipotecar su casa dos veces. Nunca me ha faltado nada, eso no lo niego, pero tampoco tuve una infancia llena de lujos si eso es lo que piensas. Me han educado en una vida en la que el dinero se gana a pulso y el que quiere algo lo consigue con perseverancia. Ahora soy muy afortunado, pero también soy una hormiguita porque las cosas igual que suben pueden caer, ¿sabes? Hoy estamos arriba, pero no sabemos si mañana estaremos abajo.

—Lo siento, Archi —me responde escuetamente.

El resto del trayecto hasta su hotel lo hacemos en silencio, ya no me apetece hablar. Estoy enfadado, me ha pedido disculpas, aunque pienso que realmente lo hacía por cumplir y no las siente. Para ella y la gente así es muy fácil juzgarme por las apariencias, pensar que soy un pijo malcriado porque soy directivo de una empresa, pero lo que realmente me molesta es que esa gente que me juzga, no se moleste en conocer cómo soy.

—Buenas noches, Abby. Que descanses. Y suerte con la entrevista.

—Buenas noches, Archi. Gracias.

Me dirijo hasta mi apartamento, me quito la ropa y me meto en la cama con el frío aún calando mis huesos, pero lo que más me duele es el corazón, porque sé que una mujer como ella nunca podrá estar conmigo. Ya no porque esté casada, sino porque tiene muchos prejuicios.

Capítulo 8

Abigail

He metido la pata hasta el fondo con Archi y cuando me ha explicado lo de sus padres y su empresa solo he dicho un simple «lo siento». Debería haber estado más acertada, pero no sé qué me ha pasado. Me he sentido como una estúpida y no me salían las palabras.

Estaba molesto y no le culpo, se ha portado siempre como un caballero conmigo y yo voy a juzgarle sin conocerle. Nunca ha hecho alardes de grandeza, ni ha presumido de ser más importante que yo, ¿por qué he tenido que decir eso? Soy una verdadera mentecata.

«Un poco metepatas sí has sido».

«No me mortifiques más, por favor...», le reprocho a mi conciencia.

Me meto en la cama e intento conciliar el sueño, pero apenas lo consigo. A mediodía cuando llegué al hotel después de que Brandon me dejara, hable con Robert y no fue una conversación nada grata, la verdad. Le recriminé su actuación del sábado, su salida y el posterior mensaje a las dos de la mañana y él no hizo más que echarme en cara que yo me había venido una semana entera a Nueva York dejándoles solos a los dos y que él solo había salido una vez.

Hace mucho tiempo que llevo planeando este viaje, él lo sabe, porque llevo años ahorrando. Se lo dije una vez, aunque siempre pensó que era uno de mis muchos desvaríos. Cuando tuve el dinero suficiente pensó que nos iríamos los dos juntos y cuando me armé de valor para hacer una reserva fue cuando se enfadó conmigo por ser tan egoísta. Pero yo nunca me he metido con él cuando se ha escapado fines de semana enteros para irse de pesca o cuando se ha ido a congresos durante una semana. Sabía que era trabajo, pero también en esos congresos ha salido después a cenar mientras yo tenía que encargarme de la casa y de nuestro hijo. Yo nunca he salido a ningún sitio. Creo que después de dieciocho años me merezco algo yo sola, no las típicas vacaciones a casa de su familia en Carolina como todos estos años que llevamos casados.

Sin querer las lágrimas brotan de mis ojos, no sé por qué, pero necesito llorar. Robert y yo no estamos pasando por un buen momento, por eso cuando Brandon me preguntó no supe responder. Pero no quiero pensar que

esto sea el fin, quiero a mi marido y además sé que Archibald es un hombre que, aunque me parezca que se ha fijado en mí, cosa de la que no estoy del todo segura, será una atracción física que se esfumaría cuando nos acostáramos.

«¿Por qué todo tiene que ser tan difícil?», me pregunto.

«Nadie dijo que la vida fuera un camino de rosas, Abby. Tu vida no ha sido fácil, pero estoy segura de que aún te queda algo maravilloso por descubrir, no te rindas...». Con mi conciencia animándome, consigo conciliar el sueño.

Me despierto un poco más animada, hoy es el día en el que tengo la entrevista y pase lo que pase, me siento positiva. Tengo una mañana para visitar esta hermosa ciudad y, por qué no, perderme un poco entre su gente, después volveré temprano para comer en el hotel y prepararme.

Decido que lo mejor es ir a visitar la Estatua de la Libertad, reservo mi visita y me dirijo a coger el ferry hasta la isla. Su magnitud y grandiosidad me incitan a pensar que las pequeñas cosas siempre pueden llegar a ser grandes.

Durante el tiempo de la visita hago fotos de la estatua y de la vista y cuando concluye me voy feliz y muy positiva. No sé qué pasará esta tarde, pero algo he conseguido: el viaje de mis sueños, y eso nada ni nadie podrá arrebatármelo.

De regreso compro un perrito caliente en un puesto para no perder tiempo, me lo voy comiendo y después llego al hotel. Me doy una ducha y comienzo a prepararme. Los nervios comienzan a aflorar haciendo estragos en mí, no sé qué ponerme. Y después está la cara que pondrá Shianna cuando me vea aparecer por allí después de la conversación que tuvimos la última vez que nos vimos.

«Positividad ante todo», me repito una y otra vez para darme ánimos.

A las tres y media, con los nervios a flor de piel, la recepcionista me indica que el coche ya me espera. Me monto, saludo al conductor y me lleva hasta las oficinas de la revista. El tráfico es denso, pero a las cuatro y cuarto ya estamos allí.

No entro, prefiero quedarme esperando fuera, no quiero parecer impaciente. Doy una vuelta por las inmediaciones, pero debo admitir que estoy muy nerviosa. Debería haber hecho caso a Archibald. A las cinco menos cuarto, con mis nervios a punto de salir por cualquier sitio, entro en recepción. Creo que es importante llegar pronto y dar una buena imagen,

aunque tenga que esperar.

—Buenas tardes, señorita. Venía a una entrevista de trabajo.

—Buenas tardes, claro. Dígame su nombre.

—Abigail Stewart.

La recepcionista anota mi nombre y sonrío.

—Si no le importa, espere en la sala de espera. Tercera puerta a la derecha.

—Muchas gracias.

Me dirijo donde me ha indicado y me siento a la espera de que llegue mi turno. Hay otra chica esperando, es más joven que yo. Ambas nos sonreímos. Está claro que venimos a lo mismo. Ella no tarda en pasar. Suspiro en cuanto abandona la sala. Lleva un modelo mucho más atrevido y creo que va más maquillada, no sé si eso le favorece o no, yo diría que no, pero nunca se sabe.

A las cinco en punto es mi turno, la señorita de recepción me acompaña hasta otra sala y me anuncia. En ese momento me tensó y, cuando entro, veo a Shianna y también a Linda. Me quedo totalmente sorprendida, no me esperaba para nada a Linda aquí.

—Señora Abigail Stewart, un placer volver a verla —me dice Linda de manera formal.

—Señora Linda Lester... El placer es mío —Shianna de momento no ha dicho nada y veo a Linda darle un golpecito con el codo.

—Señora Stewart, la señora Lester ha insistido en venir a conocer a las candidatas personalmente —dice con desgana—. Un placer volver a encontrarnos. —Me estrecha la mano con tanta fuerza que me hace hasta daño.

—Lo mismo digo, señorita Vermont.

—Veo en su currículum que no tiene experiencia en el puesto que se demanda —comienza a decir.

—No, recientemente he terminado mis estudios de periodismo. Soy madre y esposa. Estudié por las noches.

—¿Y piensa usted que así va a darnos pena para que la contratemos? —inquire molesta.

—Por supuesto que no... —respondo rápidamente. No me esperaba semejante ataque frontal.

—Shianna, por favor... —interviene Linda—. Siempre hay que dar oportunidades a la gente nueva.

—Linda, necesitamos a gente con experiencia —sisea ella con desdén,

aunque he podido escucharla.

—Cielo, lo sé, pero también sé que Abby está capacitada para este trabajo. Una mujer que estudia, lleva una casa y además cuida de un hijo, está capacitada para desempeñar un puesto de esta índole, créeme. Estoy segura de que trabajará muy duro, está acostumbrada a ello, a batallar y a que nada se interponga en su camino. El resto de candidatas que hemos entrevistado tiene un currículum espectacular pero, ¿dónde están? En el paro. ¿Por qué? Porque ninguna ha aguantado más de dos meses en sus puestos de trabajo, ¿y sabes por qué? Porque no son de las que se comprometen con nada.

Madre mía, las palabras de Linda me han emocionado. Si yo fuera Shianna me contrataría ahora mismo.

—No sé, Linda, aún quedan candidatas, déjame pensarlo.

—Claro, cariño. Pero no hay que pensarlo mucho. Abby es la respuesta a tus plegarias, y déjame que te diga que ella lo hará estupendamente. He hablado con sus profesores de la universidad y todos me han contado maravillas de ella: sus trabajos son los mejores de todos, sus calificaciones las más altas, ha sacado su carrera con honores. Shianna, si no la contratas tú otra revista lo hará y habrás perdido la ocasión de llevarte a una gran periodista.

Ahora sí que estoy asombrada, ¿ha hablado con mis profesores? Esta mujer es increíble, la besaría si pudiera.

—Le diremos algo esta tarde, señora Stewart... —dice Shianna no muy convencida.

—Gracias, señorita Vermont. Un placer volver a verla, señora Lester.

—El placer es mío, Abby. Espero que volvamos a vernos pronto — responde ella con una sonrisa.

Le sonrío en respuesta y salgo del despacho emocionada. Es impresionante, jamás pensé que la madre de Archibald me ayudaría de esa manera. Debería llamarlo, aunque después de lo sucedido ayer, no sé cómo se lo va a tomar, pero tengo que agradecerse. Debo guardar mi orgullo y hacerlo pero, sobre todo, disculparme por lo de ayer.

Llamo a su teléfono: está apagado, imagino que está trabajando. Al salir, el chófer que me ha traído hasta aquí está esperándome y me abre la puerta.

—Señorita, el señor Lester me dijo que la esperase y la llevara de regreso al hotel o donde usted quisiera.

—Gracias, al hotel estará bien.

El tráfico es aún más denso a estas horas en la ciudad y cuando llego son

más de las seis y media.

Me quito el traje que he llevado y decido ponerme ropa cómoda. Vuelvo a llamar a Archibald, pero lo tiene apagado, por lo que decido revisar el plano y lo que voy a hacer mañana, puesto que hoy no pienso salir.

Cojo los cascos y pongo música en el reproductor del teléfono, suena la canción de *Mama* de Jonas Blue con William Singe y sin querer me pongo a bailar. Desde que bailé con Brandon parece que mi cuerpo me pide algo de ritmo, además estoy contenta, creo que la entrevista ha ido bien.

Estoy tan concentrada que suena mi teléfono, sin mirar lo descuelgo pensando que es Archibald que responde a mis dos llamadas.

—Archi, tengo que darte las gracias por el coche...

—¿Quién narices es Archi? —me pregunta Robert alterado.

En ese momento se me cae el alma a los pies.

—Robert... —Apenas puedo responder, ¿por qué narices no he mirado quién llamaba antes de responder de manera tan efusiva?

—Es el hombre del teléfono. Archibald, ¿no dijiste que no le habías vuelto a ver? ¿Y por qué cojones le llamas Archi? ¿Abby? ¡Contéstame! —grita totalmente fuera de sí.

—Robert. ¡Cálmate! —le pido.

—No quiero calmarme. ¿Te has liado con él?

—¡¡No!! Solo me ha enviado un coche.

—¿Para qué, Abby? —inquire sin bajar el tono de su voz.

—Tenía una entrevista de trabajo.

—¿Qué?!

—Lo que has oído, tenía una entrevista de trabajo para una revista. Ayer me lo encontré en Times Square y se ofreció a enviarme un chófer para que me llevara y así no perderme. Le he llamado para darle las gracias. Pensé que eras él. Estaba escuchando música y no he visto que eras tú quien me llamaba —le respondo casi llorando por los nervios que me está causando esta conversación.

—¿Y a cambio tú te acuestas con él?

—¡No voy a acostarme con él, Robert!

—¿Y por qué te ofrece un coche si no?

—No lo sé, todavía queda gente amable en la vida.

—O quiere acostarse contigo, ¿no lo has pensado?

Su tono de voz es duro y desagradable, parece acusarme con cada comentario.

—No lo sé, Robert, no estoy en su cabeza, pero yo no quiero hacerlo.

—¿Y por qué tendría que creerte?

—Se supone que somos una pareja, que confiamos el uno en el otro. Tienes que confiar en mí si quieres que nuestro matrimonio funcione... —le digo derrotada.

—¿Y va a funcionar si te marchas a trabajar a Nueva York, Abby?

—¡Haremos que funcione!

Hace una pausa. En esos breves segundos, me parece escuchar los latidos de mi corazón retumbando en mis sienes.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No sabía cómo te lo tomarías, además, ni siquiera sé si me van a dar el trabajo.

—¿Y si lo hacen? ¿Vas a dejar a tu marido y a tu hijo y te vas a marchar a Nueva York?

—Nuestro hijo se va a la universidad dentro de unos meses. Yo he sacrificado toda mi vida por vosotros, ¿no crees que ahora tengo derecho a vivir mi sueño? —le pregunto haciéndome la valiente aunque esté a punto de echarme a llorar.

—No digo que no, pero busca tu sueño en Orlando, con tu familia, no en Nueva York.

—¿Y si nunca tengo otra oportunidad? ¿No crees que tengo derecho a elegir?

—¡Eres una egoísta! Haz lo que te plazca, pero no cuentes conmigo. Vas a destruir nuestro matrimonio. Y será culpa tuya.

Me cuelga sin decir nada más y yo no puedo rebatirle nada. Quizás tenga razón y sea una egoísta porque, ¿voy a sacrificar mi familia por un trabajo?

Las lágrimas se apoderan de mí sin que pueda detenerlas. De inmediato suena el teléfono y respondo.

—Robert, yo...

—No soy Robert, soy Archi. Abby, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—No...

El teléfono se cuelga, pero no me importa. Ahora no tengo ganas de hablar con él, solo quiero llorar.

Capítulo 9

Archibald

He estado todo el día bastante ocupado, pero en mis pensamientos no ha dejado de estar Abby y su entrevista. En cuanto he podido he desactivado el modo avión de mi teléfono y he visto que tenía varias llamadas perdidas y, entre ellas, las tuyas. Eso me ha emocionado, no esperaba que lo hiciera. Por eso me he decidido a llamarla, pero cuando me ha descolgado llorando y pensando que era su marido, sé que algo malo ha pasado, aunque no sepa qué. No quiero que me lo cuente por teléfono. Le he colgado y me dirijo a su hotel, no quiero que esté sola, siento que me necesita.

No suelo ser muy temerario, pero la ocasión lo requiere así que estoy conduciendo de forma algo violenta, algún coche ya me ha pitado y estoy seguro de que más de algún conductor se ha acordado de mi madre, incluso de algún pariente más.

Cuando llego pregunto en recepción, y ya en su habitación doy unos toques a la puerta y al ver que no responde. Alzo un poco la voz.

—Abby..., soy Archi. Abre, por favor.

Espero un rato y vuelvo a insistir.

—No voy a irme de aquí sin saber lo que te pasa.

Al final después de varios minutos, abre la puerta. Tiene toda la cara hinchada, roja y aún tiene lágrimas brotando de sus ojos. Me acerco despacio, no quiero que se asuste, aunque realmente soy yo el que comienzo a estarlo.

—Abby, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Tu marido y tu hijo están bien?

Pero no me contesta, tiene la mirada fija en la ventana y sus ojos siguen vidriosos.

Al final me pongo frente a ella, elevo su barbilla para que me mire. Sus preciosos ojos azules están de un color más intenso.

—Abby, por favor..., cuéntame lo que te ha pasado para que pueda ayudarte.

—No puedes ayudarme...

—¿Por qué? —inquiero confuso.

—Porque mi marido cree que tú y yo tenemos una aventura.

«¡Joder! Ojalá fuera cierto, pero no lo es...».

—¿Y por qué cree eso?

—Yo... he metido la pata. Contesté al teléfono sin mirar pensando que eras tú, cuando en realidad era él... Te llamé Archi... y él se ha pensado que tenemos una aventura. Le expliqué lo del coche. Estaba nerviosa y...

—Puedo llamarle si quieres.

—¡No! Eso empeoraría las cosas...

Parece muy afectada. Verla así me parte el corazón.

—Además, tuve que decirle lo de la entrevista.

—Vaya... Pero tarde o temprano se iba a enterar.

—No lo sabes.

—Sí, sí lo sé, mi madre me ha mandado un mensaje, te van a contratar.

—¿Qué?!

—Mañana piensan comunicártelo, hoy les parecía un poco precipitado hacerlo. Guárdame el secreto, por favor.

—Cla... Claro. Pero... Yo... no sé si voy a aceptarlo.

—¿Por qué, Abby?

—Porque mi marido me ha dicho que soy una egoísta, que así solo voy a conseguir que destruya nuestro matrimonio...

—¿Y tú piensas lo mismo?

—No lo sé. Ahora mismo no sé qué pensar. Me ha dicho cosas que me han hecho mucho daño.

—Es normal, Abby. Cuando dos personas discuten siempre se dicen cosas dolorosas, sale todo lo que se ha estado guardando durante un tiempo, intencionadamente, en la mayoría de los casos, quizás porque intentamos hacer daño al otro para que se sienta más culpable. Pero ahora tienes que decidir qué es lo que quieres en tu vida, seguir adelante con lo que tenías antes o empezar con lo que se te propone ahora. Una nueva etapa, algo nuevo.

Ella niega con la cabeza.

—No puedo pensar en nada.

—Me lo imagino, por eso, ahora tú y yo nos vamos a ir a un sitio.

—No, Archi, no voy a ir a ningún sitio —responde abatida.

—Claro que sí —le insto cogiendo su mano.

—Por favor, no quiero salir del hotel...

—Abby, hazlo por mí. Por un amigo que ayer te hizo un favor y al cual hiciste daño y no pediste perdón como se merecía.

Veo que me mira arrepentida y durante unos segundos sopesa mi oferta.

—Está bien... Lo primero, lo siento, Archi. Ayer fui una estúpida, te

juzgué sin conocerte.

—Disculpas aceptadas, ahora vamos —digo resueltamente.

—¿A dónde?

—No voy a decírtelo. Solo te diré que necesitas ropa cómoda.

Abre bien sus ojos y exclama:

—¡Pero si tú llevas traje!

—Lo sé, tenemos que pasar por mi apartamento un momento. Después te llevaré a un lugar a desconectar, prometo que te vas a divertir y te vas a olvidar por un momento de todo.

—No sé si fiarme de ti, apenas te conozco.

—A veces es mejor fiarse de la gente desconocida —expongo con una sonrisa.

Ella me hace caso, se dirige al baño y cuando sale lleva unos vaqueros y un suéter; está más serena. Coge el abrigo y me dice:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ayudarme a cambio de nada.

—No te equivoques, no es a cambio de nada, es a cambio de tu amistad.

Ella sonríe por primera vez desde que he llegado y eso me ensancha el corazón. La dejo pasar y sale delante de mí en dirección al ascensor.

—Tengo el coche aquí mismo —le digo señalándole la dirección.

No tardamos mucho en llegar a mi apartamento, ella se queda admirada cuando entra. Me imagino que no esperaba que fuera así.

—Yo... —dice titubeando—, pensaba que sería el típico apartamento de soltero.

Suelto una carcajada y después decide no ahondar más en el tema.

—Ponte cómoda, no tardaré mucho. Estás en tu casa.

Me quito el traje y aunque desearía darme una ducha prefiero no hacerla esperar. Me pongo unos vaqueros, una sudadera y unas deportivas en tiempo record.

—¡Listo! —exclamo saliendo de la habitación.

Me mira sorprendida, creo que no esperaba tanta rapidez.

—Vaya, sí que te has dado prisa. ¿A dónde vamos?

—Todo a su debido tiempo.

Tardamos media hora en llegar, el tráfico es denso, y cuando lo hacemos nos espera el dueño del local, es un antiguo amigo. Hacia un tiempo que no venía, pero le he mandado un mensaje.

—¿Qué tal, Archi? ¡Cuánto tiempo!

—Hola, Henry. ¿Podemos entrar?

—Lo tengo todo preparado.

—Perfecto.

Abby no deja de mirarnos a los dos. Aún no sabe qué es lo que vamos a hacer y creo que está un poco atemorizada.

—Tranquila, muñeca, aquí no nos comemos a nadie —expone mi amigo con una risa irónica.

—Henry, no asustes a mi amiga, por favor, y explícale en qué consiste el juego.

Entramos dentro del local, está bastante oscuro, salvo por una luz ultravioleta. Henry ayuda a Abby a colocar su equipo mientras yo me coloco el mío. Le va explicando las bases del juego. Se trata de un juego de realidad virtual, consistente en perseguir al enemigo y matarlo. Algo así como un *paintball*, pero sin pintura.

—¿Preparada? —le pregunto cuando Henry ha terminado de explicárselo todo.

—No sé si voy a saber jugar a esto.

—Claro que sí, mujer. Además, estamos solos, así que eres mi enemiga. Tienes exactamente un minuto para huir —le digo cuando suena la sirena.

Ella me mira, arquea sus cejas y la incito a que corra. Lo hace y se adentra en el túnel. Yo sonrío, esto va a ser pan comido. Creo que no me va a durar ni un asalto. La cuenta atrás comienza y de nuevo la sirena vuelve a sonar indicándome que es mi turno.

Sigilosamente voy andando, la luz es ultravioleta en todo el local, pero intermitente en esta zona, para despistar al no tener buena visibilidad. Escondiéndome en cada obstáculo que va apareciendo para evitar que Abby me localice, voy avanzando. Ella es la que juega con ventaja, pues podría vislumbrarme sin ser vista.

Debo reconocer que pensé que me iba a costar menos tiempo dar con ella, pero se está escondiendo bien, llevo la mitad del recinto y todavía no he dado con su paradero.

—No vas a salir viva de aquí, solo puede quedar uno —le digo para que hable e intentar localizarla. Aunque ella no responde.

«¡Vaya! ¡Chica lista!».

Sigo avanzando, solo la música estridente retumba en toda la sala, no hay ni rastro de ella. Creo que sé dónde ha podido esconderse. Me dirijo hasta un

pequeño cobijo, casi al final del recorrido. Estoy seguro de que tiene que estar allí, pero cuando llego, no está.

«¡Joder! Todas mis opciones se están acabando».

Retrocedo sobre mis pasos, es posible que haya dado la vuelta y esté en la entrada. Voy despacio, sigiloso y cuando estoy llegando me dispara en el centro del pecho: el lugar donde le ha indicado Henry. El peto se enciende indicando que me han dado.

—¡Te he dado! ¡Estás muerto! —chilla y da saltos de alegría—. ¡Tocado y hundido! —grita como una loca.

—La suerte del principiante. Ahora es mi turno. Yo me escondo y tú me buscas.

—¡Perfecto! Es lo justo.

Henry reactiva la partida y yo me escondo. Esta vez no voy a dejar que me gane. Conozco las instalaciones así que nada puede salir mal. Me escondo y me mantengo agazapado a la espera de que venga para sorprenderla. Pasan los minutos, ya debería haber aparecido. Mi paciencia empieza a colmarse, sigue pasando el tiempo y no hay ni rastro de ella. Al final decido salir y Abby vuelve a dispararme.

—¡Toma ya, dos de dos!

«¡No me jodas! ¡Otra vez! Es buena».

—No me lo digas: la suerte del principiante.

—No, el cansancio del que espera.

—¡Ah! Ese es el *quid* de la cuestión. El que tiene menos paciencia es el que pierde.

La miro un poco enfadado. Tiene razón, yo no tengo paciencia para esperar.

—¿La tercera? —me pregunta, pero no sé si tengo ganas de que me gane otra vez, tengo orgullo.

—No, gracias, creo que ya se va haciendo tarde y tengo un poco de hambre. ¿Te apetece cenar?

—Será lo mejor, invita al perdedor.

—¡Vaya! Eso tenías que haberlo dicho antes, hubiera esperado más tiempo —comento con sorna.

Está tan feliz y sonriente que la humillación de no haber ganado se me hace llevadera y pronto me olvido de ello.

Nos despedimos de Henry y nos vamos a cenar a un sitio cercano, no es muy lujoso, pero preparan unos bocadillos que están estupendos.

—¡Vaya, este sitio está genial, Archi! —me dice Abby cuando ve el menú.

—Gracias, se come bien, eso es lo importante.

Tras la cena la llevo de vuelta al hotel y me despido de ella.

—Me lo he pasado muy bien, he disfrutado mucho ganándote —me dice ensañándose en mi derrota.

—Muchas gracias, pero es la suerte del principiante.

—¡Sí, claro, dos veces! —replica riéndose.

—Bueno, y un poco de ayuda. Te he dejado ganar.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —me recrimina.

—No, claro que no. —Su risa es tan fresca y honesta que se me contagia —. Que descanses, Abby.

—Tú también, Archi.

De camino a casa voy satisfecho por haberle hecho amena la tarde y porque se haya olvidado de su problema. Ahora tiene una gran batalla moral: aceptar la propuesta o volver a su vida. Espero de todo corazón que se quede en Nueva York, porque cada día que pasa me gusta más estar a su lado.

Tumbado en la cama, con la sonrisa dibujada en mi cara, me centro en la estupenda noche que he pasado a su lado, en cómo ha disfrutado cuando ha conseguido darme en las dos ocasiones, creo que más que si fuera una niña pequeña.

Solo por eso, soy feliz, por verla a ella sonriente. Nunca antes me habría conformado con tan poco, pero ahora sé lo que es sentir algo por alguien y aunque es una locura porque apenas nos conocemos, hoy por primera vez desde hace mucho tiempo me he sentido importante: he conseguido que todas sus preocupaciones se esfumaran.

Capítulo 10

Abigail

Recostada en la cama del hotel, agotada tras el largo día, intento conciliar el sueño, pero no lo consigo. Tengo que reconocer que estas horas de desconexión con Archi han sido fabulosas y han tenido el efecto deseado, que dejara de pensar en el gran problema que me atañe: la decisión sobre aceptar o no el trabajo.

Debería sopesar todos los pros y contras. Ponerlos en una balanza. Cojo una libreta de mi bolso y comienzo a apuntarlos. Sin darme cuenta, en el comienzo de la lista de pros, pongo a Archi. No sé por qué, mi subconsciente me ha traicionado. Pero es que cada minuto que paso con él me doy cuenta de que me está cambiando la manera de ver la vida. Estos últimos días he vivido mucho más que en mis últimos años con Robert y está mal que lo piense, pero es verdad; he reído, he ido a cenar, a una gala, a jugar a ese juego. En definitiva, he disfrutado como nunca.

De inmediato lo borro, pongo a Robert y a Michael en los contras, son mi marido y mi hijo. Ellos son lo más importante en mi vida, ¿verdad? Por supuesto..., mi hijo es todo para mí, pero... ¿y Robert? Últimamente no hacemos más que discutir y las malas palabras y reproches son lo único que hay en nuestra vida. Todo lo que me ha dicho hoy me ha dolido más que si me hubiera dado una bofetada.

Sé que tengo que hablar con él, arreglar las cosas. En el fondo es mi marido y como dice Archibald: cuando uno está enfadado dice cosas sin sentir las por el mero hecho de que estaban ahí y salen para hacer daño.

El sonido de un mensaje me desconcentra de mis pensamientos. De inmediato lo leo, es de Michael.

Hola, mamá. Ya me he enterado. Enhorabuena, me alegra que por fin persigas tu sueño. Te quiero, que descanses.

Como está despierto, decido llamarlo en lugar de contestarle.

—Hola, cariño... —le digo un poco aturdida por sus palabras y porque no sé muy bien cómo empezar.

—Mamá, lo primero que quiero que sepas es que yo no estoy de acuerdo con papá, yo quiero que aceptes el trabajo.

—No sé qué voy a hacer, Mike...

—Deberías aceptarlo. ¡Estarías loca si no lo hicieras! ¡Es una gran oportunidad!

—Pero es en Nueva York, lejos de casa, de ti y de tu padre.

—Mamá, yo me voy a estudiar a la universidad, aún no sé cuál será la elegida, pero sabes que seguramente me iré fuera de casa. Y por papá no te preocupes, se apañará... O también puede mudarse, ¿no crees? Durante toda tu vida te has sacrificado por nosotros, creo que es hora de que lo hagamos por ti.

Sus palabras me emocionan y sin querer comienzo a llorar.

—¡Mamá! No llores...

—Cariño, es que tu padre se ha enfadado mucho...

—Lo sé..., conmigo también por decirle lo mismo que te estoy diciendo ahora. De hecho, se ha marchado, imagino que a dar una vuelta y a despejarse. Se le pasará.

Me quedo sin palabras. Ha vuelto a salir, es increíble que estando yo en casa nunca salgamos y cuando yo no estoy, apenas se quede. En fin..., no quiero pensar en eso ahora.

—Gracias, Mike, por tu apoyo... Creo que mañana intentaré cambiar el vuelo y regresar para hablar con él.

—Mamá, no lo hagas. Deberías disfrutar del resto de tu viaje, te lo mereces.

—Lo sé, pero si al final decido aceptar el trabajo ya tendré tiempo de conocer Nueva York y prefiero arreglar las cosas con tu padre antes de que nos matemos por teléfono. Y si no, algún día volveré a venir.

—Deberías aceptarlo —insiste él.

—Lo pensaré. Te quiero, cariño, gracias por tu apoyo.

—De nada, mamá. Intenta descansar, hasta mañana. Yo también te quiero.

—Hasta mañana.

Cuelgo el teléfono más calmada y me tumbo en la cama. Consulto los vuelos y veo que hay uno por la tarde, así que mañana iré al aeropuerto para intentar cambiarlo. Intento dormirme, estoy agotada, pero no lo consigo hasta altas horas de la madrugada pensando en qué hacer.

Por la mañana me despierto temprano, voy a ir al aeropuerto para ver si tengo posibilidad de cambiar el vuelo y después quiero despedirme de Archibald. Creo que se lo debo. Cuando estoy llegando recibo una llamada.

—Buenos días, Abigail, soy Linda Lester.

—Buenos días, Linda.

—Te llamo en relación con el puesto del trabajo para el que ayer hiciste la entrevista, para comunicarte que has sido la elegida. Si no tienes ningún inconveniente el lunes de la próxima semana te incorporarás a nuestra revista.

No me lo puedo creer. ¡Lo he conseguido!

Mi cuerpo tiembla, es muy poco tiempo, hoy es miércoles y aunque voy a coger un vuelo, apenas son cinco días para poder organizarlo todo y buscar un lugar donde alojarme.

—Linda, gracias por elegirme y querer darme esta oportunidad. De verdad que estoy eternamente agradecida. Hoy voy a intentar regresar a mi casa, si no te importa te diré algo como muy tarde el viernes. Como comprenderás es una decisión que tengo que consultar con mi marido y organizarlo como pueda.

—Vaya, pensé que estabas interesada en el trabajo, no sé a qué se debe este cambio repentino de opinión —contesta un poco ofuscada.

—No es un cambio de opinión, Linda, simplemente es que es tan repentino y con tan poco tiempo que tengo que ver cómo me organizo. Si te soy sincera no esperaba de verdad que fuera la elegida, por eso no le dije nada a mi marido.

—Bueno, te daré tiempo hasta el viernes por la mañana. Pero si no obtengo una respuesta entenderé que no estás interesada y tendremos que elegir a otra candidata.

—Claro, lo comprendo. Gracias, Linda, por todo. Un placer hablar contigo.

—Lo mismo digo.

Cuelga el teléfono, diría que molesta, y llamo a Archibald, pero lo tiene apagado. Ya en el aeropuerto realizo las gestiones oportunas para cambiar el vuelo y regreso al hotel. Tengo un poco de tiempo, pero prefiero recoger y esperar a ver si es posible contactar con Archi para despedirme de él. Sé que estará trabajando y será complicado, pero no pierdo la esperanza.

A mediodía me dirijo al aeropuerto. A las cuatro sale mi vuelo. Comeré algo rápido allí y así tengo tiempo suficiente para facturar y esperar. No sé nada de Archi y me apena. Porque no sé si volveremos a vernos y me hubiera gustado despedirme en persona. Pero el destino es así, a veces cruel...

Casi cuando voy a embarcar me suena el teléfono: es él.

—Buenas tardes, Abby. Siento no haberte contestado antes, pero he tenido una reunión y no he podido salir antes. Espero que estés bien.

—Sí, solo te llamaba para despedirme, estoy en el aeropuerto. Me hubiera gustado verte, pero ya es imposible. Ahora mismo me quedan apenas cinco minutos para embarcar.

—¿¡Qué!? ¿Te vas? ¿Por qué? ¿No te quedaban días de vacaciones? No entiendo nada —pregunta sin dejarme hablar.

—Tengo que hablar con Robert y creo que lo mejor es hacerlo en persona. Por teléfono solo discutimos. Ayer hablé con mi hijo y me dijo que Robert estaba muy enfadado y se había ido de casa porque también discutió con él. Gracias por todo, Archi, ha sido un placer conocerte.

—Abby, esto no es un adiós, ¿verdad? ¿Vas a aceptar el trabajo? —inquire con un tono de voz casi angustiado.

—No lo sé, Archi. Tu madre me llamó y me dijo que tendría que incorporarme el próximo lunes, le pedí tiempo hasta el viernes, le dije que le daría una respuesta ese día, pero aún no he tomado la decisión porque tengo que sopesarlo y hablar con Robert. Es una decisión difícil que creo ambos debemos tomar porque va a afectar a nuestro matrimonio. Son dieciocho años juntos y creo que no podemos obviar eso...

—Lo entiendo... —contesta con pesar.

—Gracias. Como te he dicho, ha sido un placer conocerte, Archi.

—Lo mismo digo. Que tengas buen viaje, Abby. Si al final no aceptas el trabajo, espero que algún día regreses a Nueva York y me llames para tomar una copa. ¿Lo harás?

—Te lo prometo —respondo con pesar, me hubiera gustado verlo una vez más.

—Buen viaje, Abby.

—Gracias, Archi.

Cuelgo el teléfono y una lágrima corre por mis mejillas. Ha sido una experiencia maravillosa, conocerlo, pero quizás es como un cuento y todo tenga que volver a la normalidad. Tengo que regresar a mi vida... ¿no?

«Abby, no tienes por qué regresar a lo de antes, tienes una oportunidad de cumplir tu sueño», me dice mi conciencia.

Pero ahora no quiero escucharla, es hora de embarcar. Le entrego el billete y el pasaporte a la amable señorita y entro por la puerta para llegar hasta mi asiento. Me acomodo e intento no pensar en nada. Es difícil, todo mi mundo pende de la decisión que yo tome. Porque sé que sea la que sea, algún día puede que llegue a arrepentirme.

Cuando el avión despegamos decido recostarme y, sin querer, me sumo en un

profundo sueño. Me despierto al tomar tierra. Ni siquiera me había desabrochado el cinturón.

Solo Michael me espera en el aeropuerto, pues le dije que viniera a recogerme. A Robert no le había avisado. No quería que fuera incómodo nuestro primer encuentro.

—Mamá, ¡qué alegría verte! ¡Estás mucho más guapa!

—No digas tonterías, solo han pasado unos días.

—Te juro que tienes otro brillo en tus ojos. Creo que Nueva York te sienta muy bien.

—No lo creo, hace un frío de mil demonios... —expongo con guasa.

Ambos nos reímos y le estrecho por el hombro mientras nos dirigimos hasta el coche. Le dejo que conduzca, sé que le encanta y en realidad a mí tampoco es que me guste en exceso.

Llegamos a casa y Robert está sentado viendo la televisión, cuando me ve ni siquiera se levanta.

—Hola... —digo tímidamente.

—Hola —responde casi sin ganas.

—Me voy a mi habitación —dice Mike, imagino que para dejarnos hablar.

—Robert, ¿cómo estás? —pregunto para iniciar la conversación.

—¿Cómo quieres que esté? Mi mujer quiere irse a más de mil kilómetros de distancia a trabajar.

—Robert, hay muchos vuelos entre Orlando y Nueva York, es cuestión de organizarnos... Podríamos turnarnos cada fin de semana, en cuanto me instale allí.

—¿Y tu amante? El fin de semana que yo vaya se irá, ¿no? —pregunta con ironía.

—No tengo ningún amante, Robert, ya te lo dije. Entre Archibald y yo no hay ni ha habido nada... Solo ha sido cortés conmigo. Quiso agradecerme el percance del móvil y se ofreció a ponerme un chófer para llevarme a la entrevista, su madre es la dueña de la revista donde supuestamente voy a trabajar.

No me gusta nada su tono ni sus reproches, pero tengo que sacar paciencia y aguantarlo. Si no por mí, por Mike. Él no se merece esto.

—Vaya, qué hombre más caballeroso. ¿Ahora es Archibald? ¿Ayer no era Archi? —pregunta con malicia.

—Robert, no saques las cosas de quicio; sí, le llamé Archi..., pero no es

ningún pecado, me dijo que le llamara así porque Archibald le parecía más serio, como de trabajo. —No quiero contarle lo de Boston ni nada más. Creo que si detallo todo lo sucedido seguirá sacando sus propias conclusiones y viendo las cosas como él se las imagina, no como realmente son.

—Claro, por supuesto, lo que tú digas... —contesta irónicamente.

—¿Y qué me dices de ti, Robert? ¿A dónde has ido estas dos últimas noches? Conmigo nunca sales por ahí y qué casualidad que cuando no estoy en casa aprovechas para salir a divertirme.

—¿Acaso no puedo cuando tú te vas a mil kilómetros a hacer Dios sabe qué?

—No te lo he prohibido, pero yo no me he ido a hacer nada malo, solo de vacaciones. Creo que después de dieciocho años me merezco salir un poco de casa. Tú has tenido tus escapadas con tus amigos, de pesca, a los congresos... y yo, ¿qué he tenido yo, Robert? ¡Nada! —me estoy alterando sin quererlo, el corazón me late más rápido y he levantado un poco la voz. Pero esto es tan frustrante e injusto que no lo puedo evitar—. En dieciocho años, nada. Y cuando por una única vez me voy de vacaciones, solo encuentro quejas y reproches.

—Yo he trabajado duro, creo que me lo merecía al fin y al cabo.

—¿Y yo no he trabajado? ¡Esta sí que es buena! Yo he cuidado de nuestro hijo y sacrificado mi vida para estar en casa y que nunca te faltara la comida, ni tus preciosas camisas y trajes de marca bien planchados. He cocinado, lavado, cosido, planchado, he llevado en orden las cuentas, llenado la nevera y atendido todas y cada una de tus necesidades con la eficacia de una asistenta, una secretaria y una cocinera juntas. Así que no me eches en cara que tú trabajas y yo no, porque eso es lo que pretendo hacer: trabajar —le digo hecha una furia.

—Claro, claro... Si quieres trabajar, trabaja, pero no en Nueva York, Abby, en Orlando.

—Da la casualidad de que ha surgido esa oportunidad, quizás nunca tenga otra.

—Eso no lo sabes.

—Ni tú tampoco, por eso creo que no puedo desaprovecharla. Si más adelante me sale trabajo en Orlando, me vendré. Aunque también podrías pensar en mudarte tú, ¿no?

—¡Ni loco! Nueva York es para los neoyorquinos —expone con chulería.

—Perfecto, Robert. —Me cruzo de brazos—. Está claro que no quieres que trabaje.

—No he dicho eso, pero no en Nueva York.

—¿Entonces no sopesarías la idea de mudarte? —pregunto enfadada.

—Ni mucho menos.

—Perfecto. Me queda claro que la única que siempre se sacrifica por esta familia soy yo. ¿Y sabes qué? Ya estoy cansada, así que voy a aceptar el trabajo, Robert, te guste o no.

—Eres una egoísta, Abby. Tú misma estás rompiendo este matrimonio, luego no digas que el culpable soy yo.

—¿¡Perdona!?! Yo estoy poniendo soluciones diciéndote que a lo mejor podías mudarte, pero ni siquiera quieres sopesarlo. También te digo lo de los vuelos y me vienes con lo de mi amante... Estoy cansada, Robert. Me gustaría que, por una vez en tu vida, pensaras un poco en mí. En lo que me hace feliz, y te alegraras porque he conseguido un trabajo a los treinta y cinco años sin haber trabajado en toda mi vida.

—¡Enhorabuena! —exclama con retintín.

Me voy del salón en dirección a mi habitación. Llevamos años durmiendo separados. Cuando comencé a estudiar decidí mudarme a la habitación que teníamos libre porque así podía dejarle dormir y yo podía estudiar más libremente. Después nuestra relación se ha ido enfriando y ni siquiera compartimos momentos íntimos. Creo que, por eso, cuando el otro día Brandon me preguntó si tenía algún problema con mi marido, no supe qué contestarle. Hace mucho tiempo que no tenemos relaciones sexuales, que yo no las necesito y que él no me las pide. Empiezo a sospechar que o bien se ha cansado de mí o bien tiene a otra persona en su vida. No quiero pensarlo, porque se harían realidad muchos de mis temores y tampoco entendería entonces por qué está tan celoso cuando se ha enterado de lo que puede haber entre Archibald y yo. O por qué se siente tan molesto y dice que voy a romper nuestro matrimonio si me voy a Nueva York, cuando creo que esto lleva tanto tiempo muerto. Aunque creo que estando separados podemos ver si de verdad nuestros problemas tienen solución o es el momento de poner punto final de una vez por todas a nuestra relación.

Me tumbo y me quedo profundamente dormida sin querer pensar en nada más.

Capítulo 11

Archibald

Saber que Abby se ha marchado sin despedirse y que quizás no vuelva a verla me ha roto el corazón. Puede que sea lo mejor, pero no sé por qué me niego a que sea así.

Centrado en el despacho intento trabajar, pero no lo consigo. La presencia de mi madre hace que tenga que dejarlo todo.

—Buenas tardes, madre. ¡Qué grata sorpresa! —le digo, aunque miento.

—Archibald, cariño, esa amiga tuya me ha decepcionado bastante.

—¿A quién te refieres, a Abigail? —pregunto aun sabiendo la respuesta.

—Por supuesto. ¿Quién si no? Me he esforzado mucho por que consiga el trabajo y ahora parece reticente a aceptarlo.

—Madre, dale tiempo. Tiene una vida...

—Le he dado tiempo, hasta el viernes. Si no me dice nada, entenderé que no está interesada. Después de lo mucho que me ha costado convencer a Shianna para que le dé el trabajo no puedo esperarla toda la vida. Así que hazle un favor, insiste en que venga, si no la que voy a quedar mal soy yo. Y sabes lo mucho que me molesta.

—Madre, lo lamento, pero no voy a llamarla. Tendrá que tomar ella sola la decisión. Creo que tendrá que consultarlo con su marido y su hijo. Son su familia...

—Desde luego, hijo mío, a veces creo que eres tonto...

«¡Vaya, por Dios! ¿Pero qué narices habré hecho yo ahora? ¡Pues sí que está enfadada!».

—¿Qué es lo que he hecho mal?

—En esta vida el que no insiste y persiste por algo que quiere no lo consigue.

—Ya le dije que no voy a luchar por una mujer casada.

—Si ella trabaja en Nueva York estoy completamente segura de que, a la larga, no acabará siéndolo. Aprovecha las oportunidades.

—No sé por qué está tan segura de eso

—Lo estoy, créeme, es algo matemático.

—Perfecto, madre, a lo mejor debería dedicarse a leer el futuro... Ahora tengo mucho trabajo. Si me disculpa...

Mi madre no parece muy contenta por mi manera de echarla de mi despacho, pero es que me parece una sandez que piense que no se puede mantener una relación a distancia. Es cierto que es duro, pero creo que el amor cuando es verdadero puede con todo. Aunque desconozco si Abby y Robert tienen ese amor. Por lo que me dijo Brandon hay algo que no parece funcionar entre ellos. Y la discusión de ayer no ayuda, pero no me quiero hacer ilusiones. Abby es una mujer casada y yo no me lío con mujeres casadas, fin de la historia.

Intento centrarme en mi trabajo, pero no lo consigo, así que decido marcharme a casa, hacer *footing* y tras cenar algo rápido, meterme en la cama.

Por la mañana me levanto con las palabras de mi madre muy presentes y al final escribo un mensaje a Abby.

Buenos días, Abby. Espero que la vuelta a casa haya sido grata. Si aún no has tomado una decisión sobre el trabajo y en algún momento te apetece hablar, solo tienes que llamarme, hoy no tengo ninguna reunión, por lo que estaré operativo. Feliz día.

Me gustaría decirle que la echo de menos, pero no es apropiado, por lo que al final, tras volver a leer el mensaje, le doy a enviar y me voy a trabajar.

Durante toda la mañana intento no estar muy atento al móvil, pero es imposible, me gustaría saber si ella ha leído el mensaje y lo compruebo en varias ocasiones, pero no ha sido así.

«Quizás esté muy ocupada recuperando el tiempo perdido con su marido», me recrimina la voz de mi conciencia. Lo que no me ayuda a mantenerme muy sereno.

Del pequeño minibar me sirvo un whisky. No debería y no suelo beber en horas de trabajo, pero el solo pensamiento de ella con su marido en la cama, al que no sé por qué me lo imagino moreno, musculoso y muy guapo, me ha dado ganas de tomar un trago.

El primer trago de líquido ambarino hierve en mi garganta, pero después lo saboreo pensando en que tengo que acostarme con alguna mujer para olvidarme de ella, es lo mejor. Pero como si los astros se hubiesen alineado en mi contra, mi teléfono suena. Es Abby. Suspiro profundamente y durante unos segundos sopeso la idea de no contestar. Aunque sería descortés por mi parte después de haber sido yo quien le ha dicho que podría llamarme.

—Buenos días, Abby. ¿Cómo estás? —le respondo amablemente.

—Buenos días, Archi. No muy bien.

—¿No aclaraste las cosas con Robert? —inquiero deseoso de saber cuál es su malestar.

—No, la verdad es que no. Sigue diciéndome que si me voy seré la culpable de destruir nuestro matrimonio. No sé qué debo hacer...

—Lo siento mucho, Abby, no puedo aconsejarte en eso, solo puedo decirte que en ese caso hagas lo que te dicte tu corazón.

—Mi hijo dice lo mismo. Les he dedicado toda mi vida... —comenta y hace un pequeño descanso para tomar aliento—. No creo que sea egoísta si ahora cumplo mi sueño, ¿no? —pregunta, creo que más bien lo hace para convencerse a ella misma.

—Yo también lo veo así, Abby, pero evidentemente no soy quién para opinar. Porque no quiero que pienses que lo hago para influenciarte ni que Robert pueda pensar que hay algo detrás de todo esto. Aunque sí es cierto que mi madre ayer vino un poco molesta... Sabes que yo le pedí un poco de ayuda para que te contratara.

—Te dije que no lo hicieras —comenta exasperada.

—Lo sé, Abby, pero me sentía en deuda contigo después de todo lo sucedido, por eso quise que obtuvieras el trabajo. Aunque ahora también me siento culpable, porque si en verdad es para separar un matrimonio, quizás... no obré bien.

—Archi, no es tu culpa... Te agradezco mucho lo que hiciste, aunque me hubiera gustado que me seleccionaran por méritos propios.

—Créeme, lo hicieron por tus méritos, Abby. Mi madre nunca hubiera contratado a nadie que no valiese, eso te lo puedo asegurar, aunque yo se lo hubiese pedido. Pero sí que es verdad que Shianna a lo mejor no te hubiera aceptado de no ser por mi madre. Por eso ella está un poco decepcionada.

—Lo entiendo, Archi. De verdad que sí. Y una parte de mí quiere aceptar el trabajo. Pero sé que si me marchó...

Se hace el silencio, su respiración se agita, está nerviosa y no sé por qué. Si al menos pudiera verle la cara podría llegar a entender qué es lo que le pasa, pero así, a más de mil kilómetros de distancia...

—Abby... —insisto para que continúe—, si te marchas de casa, ¿qué pasará?

—No, nada... —dice apenas sin voz.

Creo que piensa que algo pueda pasar, quizás tenga algunas sospechas,

pero ¿de qué?

«Querido jefe, la mente de una mujer es infinitamente más complicada que la nuestra, no intentes entenderla o nos volverás locos a los dos», susurra la voz de mi conciencia.

—Abby, puedes confiar en mí, soy tu amigo.

—Lo sé, no es nada... Aunque será duro. Si me voy, tendré que buscarme una casa, viajar, adaptarme a un ritmo de vida muy distinto, no sé si voy a poder con todo.

Suelto una carcajada por lo que acaba de decir, si pudo ser madre a los diecisiete años, creo que esto es pan comido para ella.

—No digas tonterías, Abby. Si pudiste sobrellevar tener un bebé, una casa y un marido a tan corta edad, no me digas que no puedes adaptarte a trabajar y viajar. Eso es peccata minuta para ti. Hasta yo lo hago y sigo vivo a mis treinta y seis años y sin ningún tipo de trastorno reconocido.

Ahora la que se ríe es ella y entonces yo también lo hago al escuchar esas tímidas carcajadas al otro lado del teléfono. Al menos he conseguido que toda su negatividad se disipe por un momento convirtiéndose en risas.

—No sé cómo lo haces, Archi, pero siempre consigues sacarme una sonrisa. Eres auténtico.

—Gracias... —le digo tímidamente. Que me dedique ese adjetivo para mí es algo importante.

—Tengo que colgar, Archi. Gracias por la charla, ha sido muy agradable. La necesitaba.

—De nada. Yo tengo que seguir trabajando. Pero este lapsus me ha venido bien para relajarme un poco. De todas formas estoy aquí para lo que necesites. Si al final decides venir a trabajar ya sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa.

—No quiero abusar de tu confianza, no obstante, gracias. Que tengas un buen día.

—Lo mismo te deseo.

Cuelgo el teléfono y me doy cuenta de que todos mis intentos por alejarme de ella son en vano, acabo de ofrecerme a ayudarla si al final decide mudarse.

«¿En qué coño estabas pensando, Archi?», me pregunto malhumorado sirviéndome otro whisky.

«Pensaba solo en ella, evidentemente», me contesto acabando el líquido ambarino y recostándome en el sillón para intentar retomar en vano mi

trabajo.

Mi secretaria se encarga de traerme algo para comer y por la tarde, al ver que apenas he avanzado nada, decido irme a casa.

Mi sorpresa es mayúscula al encontrarme a Brandon sentado viendo la televisión. Tiene llaves de mi apartamento y aunque no es habitual que venga, no es la primera vez que lo hace.

—¿Qué haces en mi casa? —inquiero molesto.

—Buenas tardes, amigo mío. He pensado que necesitamos salir por ahí, por eso estoy aquí. Estaba esperando a que llegaras.

—Algunos mortales, como yo, mañana trabajamos... Por si lo has olvidado.

—¿Desde cuándo salir con un amigo es impedimento para mañana ir a trabajar? Unas copas, un buen polvo con una mujer y mañana estarás como nuevo. Eso nunca es impedimento.

—Paso. Prefiero descansar, mañana tengo un día complicado.

—Mientes —dice muy seguro—. He hablado con tu secretaria y me ha asegurado que mañana no tienes ninguna reunión importante.

—Pero el sábado tengo una comida con un cliente extranjero y tengo que preparar la reunión para que todo salga perfecto.

—¡Joder, Archi! Solo serán un par de copas. Te lo prometo. Necesito relajarme. Últimamente estoy muy estresado.

—Lo siento, Brandon, pero hoy no estoy de humor.

—Vaya, ¿problemas con la pelirroja? Seguro que no volviste a verla y por eso estás tan irascible. ¿Es eso?

—No es eso, Brandon. Y hazme un favor, ¡métete en tus asuntos!

—¡Es la pelirroja! Cada vez que esa mujer sale a relucir, tu semblante cambia. ¿Qué es lo que ha pasado esta vez?

—Nada, Brandon, no ha pasado nada. Voy a ducharme, si vas a quedarte en mi casa, te ruego que te instales en el piso de abajo. No estoy para tus ronquidos.

—¡Yo no ronco! ¡Capullo!

—¡Ja! Como una locomotora.

—¡Pues anda que tú!

—Pero te recuerdo que esta es mi casa. Si te molestan mis ronquidos, te aguantas o te marchas. Solo tienes esas dos opciones.

No dice nada y yo subo a mi habitación para darme una ducha y ponerme ropa cómoda.

Al final ha decidido quedarse y no salir. Pedimos unas pizzas y vemos un partido de béisbol. A veces me pregunto por qué somos tan amigos. Es irritante y un poco capullo, pero la verdad es que siempre está a mi lado cuando estoy mal por algo. Aunque sea para molestarme.

Al cabo de un rato de televisión y pizza, entablamos una conversación casual. Él intenta sonsacarme algo sobre Abby, pero no le digo nada, al final desiste y me cuenta que ha intercambiado algún mensaje con Shianna durante esta semana, pero poca cosa.

—¿Mañana tampoco saldrás? —pregunta para concluir nuestra cena.

—No.

—¡Joder, tío, te estás volviendo un mojigato!

—Te he dicho que el sábado tengo una reunión importante, no puedo salir y desfasar el viernes. Conociéndote como lo hago no saldría nada bueno de una juerga contigo así que prefiero no salir.

—Qué aguafiestas eres. Entonces, ¿te importa si quedo con Shianna? —inquire nervioso.

—Brandon, tanto ella como tú sois libres, no tenéis que darme ninguna explicación. Además, veo que lo tenías todo planeado.

—Lo sé, Archi. Pero quiero aclararlo. Para que no haya malentendidos posteriores. Y sí, era mi... plan alternativo.

—Aclarado entonces. Gracias por no tenerme a mí de plan alternativo —le digo con retintín.

Decido marcharme a la cama, él en cambio se queda viendo el béisbol. Sé que lo hace para analizar las jugadas de otros equipos y ojear nuevas promesas. En eso se basa su trabajo. Busca, selecciona y entrevista a jóvenes promesas de pequeños y medianos equipos para después conseguirles un puesto en grandes equipos con el fin de que triunfen.

—Si necesitas algo, avísame —me dice antes de que me marche a dormir.

Sonríó para mí mismo. La verdad es que es un capullo, sí... pero tiene su encanto.

Capítulo 12

Abigail

Sé que le dije a Robert que me iría, pero no lo tengo claro. La charla con Archi me ha hecho ver que tengo que perseguir mis sueños y una parte de mí quiere irse, pero creo que tendrá graves consecuencias en mi relación y no sé si quiero enfrentarme a una ruptura, porque a la larga estoy segura de que esto lo será y la mayor perjudicada voy a ser yo, estoy totalmente segura de ello.

—Buenos días, mamá. ¿Ya has tomado una decisión? —me pregunta mi hijo cuando nos encontramos en la cocina.

—Buenos días, cariño. No, aún no.

—Pues deberías, según me comentaste hoy tienes que dar una respuesta a la dueña de la revista. —Él parece más nervioso que yo.

—Lo sé, Mike, pero no sé qué voy a decirle, tu padre lleva desde el miércoles sin dirigirme la palabra.

—Se le pasará, mamá. Sabes cómo se las trae cuando no se sale con la suya. Pero no siempre vas a ceder como has estado haciendo hasta ahora. Es tu sueño, persíguelo. Además, aún está enfadado por lo de mi carrera. Se le han acumulado dos cosas importantes que pensaba tenía controladas. Pero se le pasará..., ya lo verás. Deberías aceptar el trabajo, es una gran oportunidad para ti.

—Lo sé, es lo que siempre he soñado. Y aunque no lo creas, me gusta Nueva York. Lo poco que he podido disfrutar de ella, me ha encantado.

—¿De verdad?

—En serio, estoy segura de que a ti también te gustaría.

—Pues entonces no se hable más, acepta el trabajo para que pueda a ir a conocerla cuanto antes.

—Para el carro, que tú tienes mucho que estudiar. Cuando termines los exámenes, entonces podrás venir a visitarme.

—¿Eso significa que vas a aceptar el trabajo?

Me quedo un rato pensativa, suspiro algo nerviosa un par de veces y al final, dubitativa, digo con la voz quebrada:

—Sí.

Lo acabo de decidir. Y, la verdad, estoy aterrada.

Mi hijo se abalanza rápidamente a abrazarme.

—¡Enhorabuena, mamá! Creo que has tomado la mejor decisión. Ahora no te demores y llama a esa mujer antes de que sea demasiado tarde.

Nerviosa, busco en la agenda el número desde el que me llamó y lo marco. Él está a mi lado, esperando, creo que más impaciente que yo, a que Linda me descuelgue el teléfono.

Suena tres, cuatro, cinco veces, y cuando creo que me va a saltar el buzón de voz, descuelga.

—Buenos días, Abby, ¿cómo estás?

—Buenos días, señora Lester. Bien, gracias. ¿Y usted?

—Abby, por favor, llámame Linda. Y tutéame, que ya nos conocemos.

Tomo aire, me cuesta mucho trabajo tutearla sabiendo que va a ser mi jefa, aunque no directamente, pues ella no va a dirigir la revista.

—Linda, llamo para darte una respuesta. —Vuelvo a tomar resuello, convenciéndome de que es lo que debo hacer y continúo—: Voy a aceptar el puesto de trabajo que me ofreció, digo..., me ofreciste —rectifico, estoy tan nerviosa que vuelvo a llamarla cordialmente—. Muchas gracias por la oportunidad que me brindaste. Voy a intentar no defraudarte.

—Sé que lo harás de maravilla, no me cabe duda, Abby. ¿Cuándo piensas venir a Nueva York? Si necesitas cualquier cosa, sabes que cuentas con mi ayuda o con la de mi hijo.

—Gracias, Linda, pero creo que ya he abusado de vuestra confianza. Me las tengo que arreglar yo sola.

—No digas tonterías, estoy segura de que Archibald estará encantado de ayudarte en lo que necesites.

—Tranquila, Linda. Intentaré no molestaros. No obstante, si tengo cualquier problema os llamaré, te lo prometo. El lunes a primera hora estaré en la revista. Gracias de nuevo.

—No me las des. Estaré allí para ayudarte los primeros días con Shianna. Que tengas buen fin de semana.

—Lo mismo te deseo.

Cuelgo el teléfono y noto que me tiembla todo. Mi hijo no se ha perdido detalle y sonrío.

—¿Qué ocurre? —inquiero molesta.

—Mamá, es increíble que estés tan nerviosa, jamás te había visto así.

—Aún siento que no estoy haciendo lo correcto, pero ya está hecho. Solo falta ver la reacción de tu padre, porque una cosa es decirlo y otra muy

distinta es hacerlo.

—Ya sabes que al principio se pondrá furioso, es muy temperamental, pero al final sabes que terminará por aceptarlo.

—Eso espero, por el futuro de esta familia —concluyo.

Michael termina su desayuno y yo comienzo a consultar los vuelos. Creo que lo mejor es que me vaya mañana para intentar encontrar, si hay suerte y durante lo que queda de fin de semana, algún apartamento de alquiler. Una vez decidido el vuelo y elegido un hotel, por si acaso no encuentro nada para alquilar, voy a confirmar todo y cuál es mi sorpresa cuando voy a pagar y veo que mi tarjeta está cancelada.

«¡El muy cabrón me ha dejado sin tarjeta! No se puede caer más bajo».

Cojo el teléfono móvil y le llamo, pero salta el buzón de voz. Por lo que llamo al hospital, pero me dicen que está ocupado y dejarán el recado. Comienzo a desesperarme. No tengo a nadie al que pueda pedirle ese favor.

«¡Quizás sí! A ese rubio y guapo hombre que conociste hace una semana», me dice mi conciencia.

Sí. Quizás podría llamar a Archi, pero no me parece lo más apropiado, creo que no lo conozco demasiado para pedirle ese favor.

Vuelvo a llamar a Robert y sigue sin estar disponible, ni en su móvil ni en el hospital. Estoy que me subo por las paredes, como no consiga pronto hablar con él, no sé cómo voy a comprar el billete y reservar el alojamiento, por no hablar de cómo voy a subsistir durante el tiempo que esté en Nueva York hasta que cobre mi primer sueldo.

A la una de la tarde me suena el móvil: es él, por fin parece que se digna a dar señales de vida.

—¿Qué es tan importante que tienes que llamarme tantas veces, Abby?
—inquire con un tono de voz desafiante.

—¿Por qué has cancelado mi tarjeta de crédito?

—¿No quieres trabajar? Pues entonces gana tu propio dinero para pagar tus cosas.

—¡No es justo, Robert! Necesito el dinero para pagar el viaje y el alojamiento hasta que comience a ganar un sueldo.

—¡Eso no es mi problema! Pídeselo a tu amante.

—¡Eres un maldito canalla, Robert! ¿Así es como pretendes que nuestro matrimonio perdure? Lo único que haces es poner más piedras en el camino. No tengo ningún amante...

—¡No te equivoques, Abby, tú eres la que ha creado un muro entre

nosotros y la que encima se marcha lejos! Yo me limito a soportar los golpes. Ahora tengo que trabajar, si no quieres nada más...

Me cuelga el teléfono y ahora sí que tengo que pedir ayuda. Podría pedirle dinero a mi padre, pero no me parece justo. Él vive solo y solo tiene una pequeña pensión, sé que sacrificaría todo por mí, pero no quiero que lo haga.

Sin querer me echo a llorar, de nuevo tengo que renunciar a mis sueños, porque el maldito bastardo de mi marido quiere mantenerme presa en casa.

«¡No puedo creer que tenga tan mala suerte!», murmuro por dentro mientras lloro.

Permanezco acostada en la cama, cuando apenas me quedan lágrimas por derramar un mensaje llega a mi móvil, llamando por completo mi atención.

Hola, Abby. Mi madre me ha dicho que has aceptado el trabajo, me alegra mucho saberlo. Si necesitas ayuda para encontrar apartamento o que te vaya a recoger al aeropuerto, avísame. Un saludo.

Pero no le contesto, porque no sabría qué decirle. Casi lanzo el móvil contra la pared de rabia, porque no voy a poder cumplir mi sueño.

Michael llega a la hora de comer, no tengo nada preparado y entra en mi habitación. Al verme en ese estado, se tumba a mi lado.

—Mamá, ¿qué ha pasado? —susurra.

—Tu padre me ha cancelado la tarjeta, no puedo comprar el billete ni puedo pagar la estancia en Nueva York, dice que si quiero irme tendré que costeármelo yo sola.

—¡Será capullo! ¡No me lo puedo creer! —exclama furioso—. Mamá, sácalo de mi fondo para la universidad.

—¡Ni lo sueñes! —respondo enfadada—. Ese dinero es para tus estudios.

—Quiero que vayas a trabajar. Ya me lo devolverás. Pero si no vas, nunca serás feliz. Los dos lo sabemos. Y más después de lo que ha pasado con papá. Necesitáis daros un tiempo y estoy seguro de que estar separados os va a venir bien a los dos. Por eso tienes que sacar ese dinero. Yo te doy permiso, te firmaré lo que quieras para que papá no se enfade.

—Mike, cariño, no me parece lo más correcto. No creo que pueda devolvértelo todo el primer mes.

—Tampoco lo necesito todo. Hazme caso. Vayamos al banco y después hagamos las gestiones necesarias para poder comprar el billete y también

reservar el hotel.

Al final decido, a regañadientes, hacer caso a mi hijo. Me duele coger el dinero de sus estudios, pero pase lo que pase, voy a devolverle hasta el último centavo.

Acudimos al banco, me abro una cuenta y traspasamos una cantidad suficiente para comprar el billete y poder subsistir un mes. Mi hijo ha sido el que lo ha calculado. Los del banco me indican que me mandarán una tarjeta, por lo pronto tengo dinero en efectivo para comprar el billete, por lo que tras hacer las gestiones en una agencia y comer algo, regresamos a casa.

La sorpresa de Robert es mayúscula al verme feliz y saber que voy a irme igualmente.

—¿Cómo has conseguido el dinero? Espero que no hayas tocado ni un centavo de la cuenta.

—Tranquilo, no he tocado nada de la cuenta que por derecho está a nombre de los dos, Robert. No obstante, si ahora mismo nos divorciáramos, tendrías que darme la mitad, son bienes gananciales —le digo muy enfadada.

—Eso habría que verlo —contesta desafiándome.

—Robert, no voy a discutir, me voy mañana. Podemos hacer esto de una forma civilizada o podemos discutir, como tú quieras.

—Papá, ¿por qué eres tan cabezota? —inquire Mike—. Deja que cumpla su sueño.

—¡Haz el favor de no meterte donde no te llaman, Michael! Ve a tu cuarto a estudiar.

Nuestro hijo se calla, me mira y niega con la cabeza, pero al final, imagino que por no discutir con él, se marcha.

Casi lo prefiero, Mike tiene que convivir durante unos meses con su padre, hasta que termine de estudiar. No quiero que se lleven mal.

—Es increíble, ¿qué es lo que le has dicho a nuestro hijo para que se ponga en mi contra? —pregunta Robert dejándome sin palabras.

—Tengamos la fiesta en paz, Robert. No le he dicho nada, pero piensa lo que quieras. Ahora, si me disculpas, voy a terminar mi maleta.

—¿Ya has llamado a tu amante para que te deje el dinero?

—¿Cuándo se te meterá en la cabeza que no tengo un amante? Y no, no lo he llamado. Tu hijo me lo ha dejado del fondo de la universidad.

—¿¡Qué!? ¿Cómo has podido tocar el dinero de la universidad? —vocifera. En ese momento Mike aparece.

—Papá, yo le he dejado el dinero. Mamá va a devolvérmelo. Al fin y al

cabo, es mi dinero. Puedo disponer de él cuando quiera.

—¡Ese dinero es para tus estudios no para que tu madre se marche a zorrear y nos abandone!

Estoy tan furiosa que siento deseos de golpear a Robert, pero solo de pensarlo me pongo enferma.

—No nos abandona ni se marcha a zorrear, se va a trabajar. A cumplir su sueño. Quizás puedas pedir un traslado y asunto arreglado. ¿No crees que es hora de que tú te sacrifiques por ella como tantos años se ha sacrificado por nosotros?

Las palabras de mi hijo me dejan de piedra. Las emociones se mezclan en mi corazón, enfado, orgullo y tristeza.

—No me lo puedo creer, Michael, ¿estás de su parte? ¿Por qué?

—Porque ella sacrificó sus estudios y su porvenir para tenerme a mí y casarse contigo, para formar una familia, quedarse en casa cuidándome siendo una buena madre y esposa. Creo que es hora de que nosotros se lo recompensemos de alguna manera.

—Era su deber... —expone Robert alterado.

Y eso me enerva. Nunca había sido tan machista. Es cierto que sus cosas siempre tienen que estar pulcras y ser de mejor calidad que las de Mike y las mías, pero de ahí a que haya dicho en voz alta que era mi deber... Es humillante.

—Eso era lo último que me quedaba por oír —comento enfadada—. Mira, Robert, creo que irme a trabajar a Nueva York nos vendrá bien a los dos. Darnos un tiempo, porque todo esto que estamos diciéndonos últimamente solo está haciéndonos daño. Así que es lo mejor y también creo que deberíamos guardarnos lo que pensamos para no hacernos más daño. Dentro de unas semanas, cuando regrese, podemos hablarlo más fríamente, si te apetece...

—¡Haz lo que quieras! Quizás cuando vuelvas ya no esté aquí.

Sale por la puerta dando un sonoro portazo y cierro los ojos queriendo contener la respiración.

Todo está saliendo mal y es por mi culpa, pero también sé que es la oportunidad de mi vida en el trabajo y no puedo desperdiciarla. He tomado una decisión y tengo que acatar las consecuencias. Nuestro matrimonio lleva apagándose mucho tiempo y estar separados es posible que pueda venirnos bien, no lo sé, todo se verá más adelante, cuando lo veamos desde un punto de vista más objetivo.

Capítulo 13

Archibald

El sábado, tras la reunión con mi cliente, he decidido tumbarme en el sofá y no hacer absolutamente nada. Abby no contestó al mensaje que le mandé ayer, pero no quiero incordiarla. Me gustaría saber qué día llega y si necesita ayuda para encontrar apartamento, aunque... No debería entrometerme. Mi madre me insistió mucho en que la ayudara, pero yo no voy a hacerlo. Además, es posible que su marido la haya acompañado y juntos estén buscando el lugar adecuado para vivir. Incluso quizás él pueda pedir un traslado en su trabajo. Ni siquiera sé a qué se dedica.

«Nota mental: pregunta a Abby cuál es el trabajo de su marido», me digo.

No obstante, no quiero agobiarla ni mandarle más mensajes. Creo que si necesita mi ayuda recurrirá a mí.

«¡Eso espero! Y que no llame al capullo de Brandon», pienso, y eso me molesta porque espero fervientemente que no vuelva a recurrir a él.

Además, ahora que lo estoy meditando, no sé si ellos han vuelto a hablar y eso me molesta mucho, porque Brandon es un cabrón y no perderá la ocasión de intentar liarse con ella.

«¡Joder! Eso no me ayuda lo más mínimo, ¡menuda mierda!», me recrimino mentalmente.

Me levanto y cuando voy a servirme un whisky el timbre suena. Seguro que es mi amigo.

Pero al abrir la puerta veo a Abby maleta en mano y con la cara llorosa.

—Abby, ¿estás bien?

—No, me han robado el bolso... —suelta y todos sus nervios se convierten en lágrimas.

—¡Vaya! ¿Te han atacado? —pregunto sujetándola por los brazos, comprobando que no está herida—. ¿Lo has denunciado?

—No, no me han hecho daño. Fue solo un tirón, no... —Hace una pausa para tomar aire, secándose las lágrimas con un pañuelo de papel. Parece totalmente perdida—. No sé dónde está la comisaría, no tenía dinero para ir en taxi... Solo sabía tu dirección. Archi, estoy perdida...

—Tranquilízate. Ahora te preparo una tila y luego te llevaré a comisaría.

—No lo entiendes..., llevaba el dinero para subsistir unos quince días.

La miro extrañado. Ahora todo el mundo se maneja con las tarjetas, me resulta raro que llevara tanto efectivo.

—Siéntate —le digo, porque no para de llorar y está temblando—, te haré una infusión.

No sé si tengo algo, pero debo actuar rápido, está muy nerviosa. Al final decido acudir a la vecina y doy gracias a que ella sí tiene una tila. Se la preparo y mientras sopla la taza intento calmarla, agarrando su mano y acariciándola lentamente.

—¿Quieres contármelo todo?

—Robert me canceló mi tarjeta de crédito. El dinero es de Michael, mi hijo, de su fondo para la universidad y ahora me lo han robado... ¿qué voy a hacer, Archi? Robert no va a darme dinero, me dijo que me buscara la vida. Piensa que tú y yo tenemos un lío, no deja de recriminármelo, piensa que somos amantes...

Vuelve a estallar en lágrimas y se me parte el corazón al verla así. Sé lo que tengo que hacer y aunque estoy seguro de que no querrá, no voy a dejarla así.

—Abby, yo te prestaré el dinero que necesitas.

—No puedo aceptarlo...

—He dicho prestar, no regalar —le repito. Creo que es la forma de que ceda—. Cuando le devuelvas a tu hijo el dinero de su fondo podrás devolverme el mío. Esto quedará entre nosotros. No tienes que decirles nada a tu marido y a tu hijo si no quieres... Lo dejo a tu elección. Además, a mí no me corre prisa y tú elegirás cómo devolvérmelo.

—Tendré que decirles algo, llevo unas horas aquí y no les he llamado. Sospecharán.

—Quizás podrías decirles que te han robado el móvil. Pero no el bolso. No sé, algo así, mitigar un poco el problema. ¿Te parece bien?

Me mira con sus preciosos ojos aún húmedos de lágrimas.

—Archi, yo... no sé cómo agradeceréte. No sabía a quién acudir.

—Tranquila, para eso estamos los amigos. Ahora termina la tila e iremos a poner una denuncia, después tendrán que hacerte la documentación nueva y compraremos un móvil, para que puedas llamarlos. ¿Tienes un sitio donde quedarte esta noche?

—No, pensaba buscar un apartamento hoy o dormir en un hotel. Pero ahora creo que va a ser imposible.

—Déjame hacer unas gestiones, quizás pueda conseguirte algo. Y por el hotel no te preocupes, podemos buscarlo a última hora.

Llamo a un antiguo compañero de la universidad que es agente inmobiliario y aunque es sábado por la tarde, sé que en algunas ocasiones trabaja para ciertos clientes.

—Hola, Jared, te llamo para pedirte un favor.

—Buenas tardes, Archi, ¿qué se te ofrece?

—Necesito un apartamento por la zona de la Sexta Avenida, pero cerca de las oficinas de la revista *Mi cuerpo es vida*.

—Evidentemente querrás algo espacioso, con vistas y a buen precio.

—Bueno, si puedes conseguirme esas tres cosas te invito a cenar donde quieras —le digo.

—Amigo, pides más que un rabino. Creo que tanto no puedo darte. Voy a consultar lo que tenemos por la zona, pero no te prometo nada. Te llamo en media hora, ¿te parece bien? ¡Ah! Acepto la cena. Yo elijo.

—Perfecto. Gracias, Jared. Te debo una.

—Creo que me debes ya un millón...

—Entonces un millón más una —contesto con guasa.

Cuelgo el teléfono y una vez me cambio de ropa acompaño a Abby a poner la denuncia. Hay más gente de la que esperaba y tardamos bastante tiempo. La policía le hace muchas preguntas y ella está tan nerviosa que no recuerda bien lo que ha pasado, creo que la presionan demasiado. A punto he estado de decirles que ella no es la culpable, pero he tenido que apretar los puños y morderme la lengua para no decir lo que pienso. Después de más de una hora salimos de comisaría. He avisado a Jared de que tardaríamos en gestionar unos asuntos. Cuando salgo, tengo dos llamadas perdidas tuyas.

—Hola, amigo. Lo siento, pero tenía algo ineludible que resolver, a una amiga mía le han robado el bolso y estábamos en comisaría. Ahora dime que tienes algo.

—Tengo un par de apartamentos, imagino que serán para esa amiga tuya. Seguro que es guapa, ¿verdad?

—Jared, no vayas por ahí, no es posible —le comento porque no voy a darle más detalles, al menos no por el momento.

—Vale. ¿Queréis verlos?

—Dame unos minutos, te aviso.

—De acuerdo.

Cuelgo el teléfono. Aún tenemos que gestionar el tema del móvil de

Abby.

—Mi amigo tiene dos apartamentos, pero imagino que quieres conseguir un teléfono antes —le digo—. ¿Te parece bien si quedo con él en media hora? Yo creo que resolveremos lo del teléfono en ese tiempo.

—Claro. Gracias, Archi. Seguro que tenías otros planes para el sábado que no incluían pasarlo de un lado para otro conmigo... —expone un poco cansada.

—No tenía nada pensado, Abby, tranquila. Además, los amigos se ayudan en cualquier momento. Vayamos a gestionar lo del móvil y mientras avisaré a mi amigo de que vamos para allá en media hora.

Mando un mensaje a Jared y vamos a una tienda de telefonía cercana. Tras resolver el asunto del teléfono, vamos en taxi al lugar donde nos hemos citado con Jared y este nos enseña el primer apartamento. No es muy grande, pero está bien situado y tiene buenas vistas, aunque el precio es bastante elevado. Tras visitar el segundo apartamento, que tampoco está del todo mal, aunque no tiene las mismas vistas de la ciudad, regresamos al mío. Abby le ha dicho que tiene que pensárselo.

—Bueno, ¿qué te han parecido? —le pregunto con una sonrisa amable.

Pero ella parece igual de abatida que antes.

—No quería decírtelo delante de tu amigo, pero ambos apartamentos sobrepasan mi presupuesto. El salario que Shianna me dijo es bastante inferior al alquiler de cualquiera de los dos... —comenta apenada.

—¿Lo dices en serio? —pregunto incrédulo.

—Sí, al no tener experiencia, me van a hacer un contrato en prácticas los seis primeros meses. Después, si valgo para el puesto, pasaré a formar parte de la plantilla con un contrato laboral normal y un salario acorde al puesto, pero hasta el momento, el salario es bastante bajo. Creo que no voy a poder permitirme pagar un alquiler. Al menos no en esa zona.

Vaya... Eso no lo había pensado. Ni siquiera sabía lo del contrato. Menuda espabilada es Shianna. Creo que se quiere aprovechar de lo lindo de Abby.

—No conozco todas las zonas de Nueva York, Abby, ¿pero de qué cantidad estamos hablando al mes?

—Seiscientos dolores.

—¿Seiscientos dólares? ¡Santo cielo! Eso es una miseria...

—Teniendo en cuenta que yo jamás he cobrado nada, para mí es muchísimo.

—Lo sé, pero es que con ese dinero no vas a poder vivir, y mucho menos devolverle a tu hijo el que te ha prestado, Abby. Nueva York es una ciudad muy cara.

Suspiro intentando pensar qué podemos hacer. Se me ocurren varias opciones, a cuál más descabellada: la primera es que se quede a vivir conmigo, pero estoy seguro de que no aceptará, y desde luego su marido no querría y tendría un problema serio. Por lo que no se lo voy a plantear. La segunda es volver a hablar con Jared para que le busque un alquiler más asequible, pero sería en un barrio de la periferia, si es que hay algo, y a saber qué tipo de gente vive allí; la tercera es pagarle el alquiler hasta que cobre algo más de dinero. Esa parece la opción más aceptable, porque me niego a que se meta en un barrio de la periferia rodeada de gente extraña y que le pase algo.

—Abby, sé que no vas a querer, pero ¿qué te parece si por un tiempo, hasta que dejes de cobrar seiscientos dólares, yo te pague el alquiler? Después, cuando termines de pagar la deuda de tu hijo, me pagas a mí.

—Archi, no —responde tajante—. Ya voy a deberte lo que me han robado, no voy a añadirle aún más dinero a esa deuda, no me parece apropiado.

—Sabes que afortunadamente no tengo problemas de liquidez, por lo que no tendrás prisa en devolvérmelo y tú lo necesitas. No quiero que vivas en un barrio alejado de tu trabajo una hora o más, que tengas que coger tres metros para llegar, que te tires horas en desplazamientos y que allí viva gente rara y de dudosa reputación, porque si te pasara algo no me lo perdonaría.

—Pero es que no sé cuándo voy a poder devolvértelo —responde agobiada—. Y si mi marido se entera, pensará de verdad que estoy liada contigo.

—No tiene por qué enterarse, yo no voy a decírselo. Será un secreto entre los dos.

—Demasiados secretos, al final no nos llevarán a ninguna parte...

—Como quieras, Abby. Eso lo dejo a tu elección, pero creo que es la única forma de que puedas vivir cómodamente. O se lo pides a él o te lo dejo yo. Creo que son las dos opciones que tienes.

—Eso es cierto. pero no sé qué hacer...

Parece muy sobrepasada por la situación, así que le pongo la mano en el brazo de manera reconfortante.

—No tienes que decidirlo hoy. Es tarde, quizás podemos pedir algo de

cena y luego te acompaño a un hotel cercano, ¿te parece bien?

—De acuerdo.

Elijo la cena, ella se sienta en el sofá, pensativa. Imagino que todo lo que le ha pasado es difícil de digerir en tan poco tiempo.

Una vez cenamos, recojo y cuando me doy cuenta está dormida en el sofá. Dudo entre despertarla o dejarla dormida y al final decido subirla a mi habitación. La cojo en brazos, ella se agarra a mi cuello, pero sigue dormida, y cuando llego a la cama la descalzo y la meto dentro para que pueda dormir. La observo durante unos minutos y después decido bajar al salón. Podría dormir en la otra habitación, pero no sé nada de Brandon, quizás venga esta noche y prefiero que no se meta en la cama cuando estoy dormido. Cojo unas mantas y me acuesto en el sofá. Es cómodo y alguna vez me he quedado dormido viendo la tele, así que no me molesta nada en absoluto dormir esta noche aquí.

Intento hacerlo, pero mi cabeza me juega una mala pasada: mis pensamientos se van a mi habitación, a la mujer que ahora mismo duerme en mi cama y a lo que podría hacer. Pero mi conciencia es rápida y me dicta que no es lo correcto, que aunque no esté pasando por una buena racha con su marido, no debo interferir en su matrimonio. Debo dejar que el tiempo forje el destino y si quieren que su matrimonio perdure, entonces ¿quién soy yo para romperlo? No soy nadie.

Con ese pensamiento consigo cerrar los ojos, pero su melena parece acariciar mi pecho desnudo y sus preciosos ojos azules clavarse en los míos para después sus carnosos labios recorrer mi miembro, y cuando estoy llegando al éxtasis unos golpecitos me despiertan.

—Colega, ¡que te has quedado dormido en sofá!

—¡Shhh! ¡No grites!

—¿Qué pasa?

—Abby está dormida en mi cama, por eso estoy aquí. No quería ir a dormir a la otra habitación porque no sabía si vendrías.

—¿Me estás diciendo que tienes a la pelirroja en tu cama y tú estás en el sofá? —pregunta sorprendido—. Estás como una puta cabra, colega. ¿Por qué no estás con ella ahora mismo?

—¡Joder, Brandon! ¿Tan difícil es de entender? ¡Es-tá ca-sa-da! —digo malhumorado, sílaba a sílaba a ver si así lo pilla mejor.

—Lo entiendo, pero si está en tu casa es por algo, ¿no?

—Le han robado el bolso. Tenía dinero para alquilar un apartamento y,

bueno, no quiere decírselo a su marido porque no se ha tomado muy bien que ella se venga a trabajar.

—¡Ja! Lo que yo decía, que tiene problemas matrimoniales. ¡Aquí hay tema, pero vamos!

—¡Shhh! Brandon, no digas tonterías, vete a dormir que has bebido demasiado.

—Lo que tú digas —dice dibujando una sonrisa maligna.

Vuelvo a intentar quedarme dormido, pero no lo consigo hasta altas horas de la madrugada, soñando con la mujer que yace dormida en mi cama.

Capítulo 14

Abigail

Me despierto desorientada. Ni siquiera sé dónde estoy y cuando miro a mi alrededor soy consciente de que estoy en la habitación de Archibald. Lo sé por el día que me enseñó su casa y porque la almohada huele a él.

No está bien admitir que puedo reconocer su olor, pero desde que le conozco todo en él ha marcado un antes y un después en mi vida, incluso su aroma. Es tan diferente a Robert...

«¡No debería pensar en Archi de esa forma!», me recrimino mentalmente.

Pero no puedo evitarlo. Es la verdad. Es el primer hombre que me trata con dulzura y se preocupa realmente por mi bienestar. Robert jamás en todo este tiempo se ha preocupado tanto por mí, ni siquiera cuando estaba embarazada. Muchas veces me he preguntado si de verdad me quiere o si nuestro matrimonio siempre ha sido de conveniencia. Y ahora me lo planteo más que nunca, porque en este momento la idea del amor me parece más que ambigua. Yo me he acostumbrado a él, pero ya no tengo claro si lo que he sentido por él hasta ahora no es más que cariño por ser el padre de mi hijo, o amor... Y también me pregunto cómo hubiera sido mi vida si no nos hubiéramos acostado aquel día. Quizás de eso sea de lo único que no me arrepiento: tengo un hijo magnífico, pero sí lo hago de haber hecho caso a mis padres casándome con él.

Pongo mi cabeza de nuevo en la almohada e inevitablemente aspiro el aroma de Archibald. Un cosquilleo recorre mi cuerpo, algo que hacía tiempo que no sentía. No quiero pensarlo, porque me hace parecer una mala esposa, teniendo pensamientos impuros con otro hombre que no sea mi marido.

Me levanto para no sentir más. Miro el reloj, aún es temprano: son las siete y media de la mañana. Bajo las escaleras de su dúplex y lo veo en el sofá. No entiendo por qué está ahí si tiene otra habitación disponible. Por un momento me quedo observándolo. Está dormido plácidamente, con una expresión angelical. Es muy guapo y su semblante relajado hace que aún lo parezca más. Tiene la espalda destapada y mi instinto, como el de toda madre, es tapanlo. Al hacerlo, él se despierta. Se gira y al verme me sonrío.

—Abby, buenos días. ¿Qué haces despierta? —me pregunta tras

comprobar la hora del reloj.

—Buenos días, Archi. Yo... Me desperté desorientada.

—Lo siento, ayer te quedaste dormida en el sofá, no quise despertarte. Te subí a mi dormitorio y te descalcé.

—¿Por qué en tu cama? —le pregunto curiosa.

—Porque Brandon está este fin de semana en la ciudad y no sabía si regresaría a mi apartamento. No quería que lo hiciera a media noche y se metiera contigo en la cama.

—¡Ah, vale! —digo aclarando mis dudas e imaginando la situación. La verdad es que agradezco su acción—. Podrías haberme dejado en el sofá. No me parece muy lógico que tú duermas en él y yo en tu cama.

—¿Qué clase de anfitrión sería dejándote en el sofá?

No le respondo. En parte le entiendo, no sería muy caballeroso por su parte.

—Es temprano, Abby, será mejor que intentemos dormir un rato más...

—En mi caso eso es imposible. Una vez que me despierto no puedo conciliar el sueño. ¿Te importa si me doy una ducha?

—Por supuesto que no, estás en tu casa. Utiliza la de mi habitación, por si a Brandon le da por despertarse.

Ambos sonreímos y vuelvo escaleras arriba girándome al finalizar el trayecto. Descubro a Archibald mirándome fijamente.

Me proveo de las cosas necesarias y me adentro en su baño. Es espectacular, no lo había visto detenidamente. Cuando entro en la ducha veo que es de esas modernas que tienen temperatura regulable.

«¡Podría acostumbrarme a esto!», me digo, aunque enseguida lo borro de mi cabeza por ser una mala idea. Porque en mi mente ya se dibujaba la idea de Archibald y yo juntos y evidentemente no es algo factible.

Activo la temperatura deseada y enjabono mi cuerpo despacio, deleitándome con el agradable calor del agua cayendo por mi cabeza. Es increíble cómo a veces la imaginación nos juega malas pasadas. Mi mente vuela y mi mano es ahora la de Archibald acariciando mi cuerpo, creo que incluso suelto un jadeo cuando acaricio mi sexo. Por unos segundos fantaseo con la idea de ser poseída contra la pared de esa ducha. Hasta que un ruido me pone en alerta y vuelvo a la realidad.

«¡Mierda! Soy una estúpida. ¡Deja ya de pensar en él!», me recrimino, y me enjabono más rápido. Decido que el pelo no me lo voy a lavar para evitar así tardar más tiempo. Quizás él quiera ducharse también y no deseo invadir

más su espacio.

Al salir, cojo unas toallas del tocador y me envuelvo primero el cuerpo y después la cabeza. Compruebo que no hay nadie en la habitación y salgo.

Estoy nerviosa por lo que acaba de suceder en la ducha. Jamás en mi vida había tenido una fantasía sexual con un hombre, y nunca me había tocado. No sé qué me pasa, pero creo que tengo que salir de su apartamento antes de que cometa una locura mayor que nunca me perdonaría.

Me visto con algo de ropa cómoda y bajo de nuevo al salón. Brandon y él están en la cocina.

—Hola, chicos.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás? —me dice su amigo, acercándose a mí para darme dos besos. Veo que Archibald nos mira con atención, como si observara los movimientos de Brandon.

—Hola, Brandon. Bueno..., regular. Ayer me robaron el bolso —explico con cara de circunstancias.

—Ya me contó Archi, estoy seguro de que mi amigo fue muy servicial —dice con un tono gracioso y él le fulmina con la mirada.

—Como siempre, es Archi, y para devolverle el favor voy a haceros el desayuno. Si me permitís...

—Abby, no hace falta. Ya estaba preparando café —dice él azorado.

—Perfecto, el resto lo preparo yo, sentaos ahí —les exijo.

Ambos hacen lo que les digo, se sientan en la isla de la cocina y me observan. La verdad es que al principio me siento un poco intimidada, pero al final me relajo y me centro en mi tarea. No les conozco demasiado pero seguro que son de desayunar bacon y huevos revueltos, por lo que ni siquiera les pregunto. Abro la nevera y saco los ingredientes.

Los veo cuchichear. En algún momento Archibald parece discutir con Brandon, pero su amigo se ríe y él le da una colleja. Brandon se la devuelve y empieza una batalla campal de pequeños golpes con la mano y patadas por debajo de la mesa. ¡Son como niños pequeños!

—¿Queréis estaros quietos?! —les regaño—. Parecéis adolescentes de doce o trece años. Ni siquiera mi hijo se comportaba así cuando tenía esa edad y traía a algún amigo suyo a casa.

—¡Sí, mamá! —responde Brandon con retintín.

Archibald le mira enfadado, pero asiente a mi reprimenda y se sienta adecuadamente. Aunque al darme la vuelta oigo en voz baja un: «¡Ay!», seguido de: «¿Te quieres estar quieto de una vez, tío?», de la boca de

Archibald.

¡Son como niños!

Les pongo el desayuno y veo cómo a Brandon casi se le salen los ojos de las órbitas. Devora los huevos y el bacon con una rapidez que me deja perpleja. En cambio Archibald apenas prueba bocado.

—¿No te gustan? —le pregunto.

—No es eso, Abby, es que yo no soy de desayunos pesados...

—¿No vas a comértelo? —inquire Brandon.

Archibald me mira y sé que duda por un momento, pero al final le hago una mueca para que se lo dé.

—Gracias —dice con la boca llena.

Terminamos el desayuno y tras recoger ambos se retiran. Archibald sube a su cuarto, imagino que a ducharse y vestirse. Yo me quedo en el salón sentada y pensativa. Tengo que tomar una decisión sobre qué hacer con el alquiler. Mañana comienzo a trabajar y aún no tengo un sitio donde vivir.

Como si mi hijo me estuviera leyendo el pensamiento, mi teléfono suena.

—Hola, Mike —contesto.

—Hola, mamá. ¿Qué tal? ¿Ya has encontrado apartamento?

—No, aún no. Los alquileres son muy altos, estoy mirando otras alternativas, como compartir piso con alguien...

—Mamá, si necesitas más dinero...

—No, Mike —contesto cortando su frase—. No voy a coger más dinero de tu fondo para la universidad porque luego no sé cuándo podré devolvértelo. Prefiero compartir piso con alguien.

—¡Está bien! Pero elige bien al compañero o compañera.

—Intentaré que sea mujer, porque si no cualquiera aguanta a tu padre... —añado riendo para eliminar algo de tensión a mi comentario.

—Eso es una bobada.

—Lo sé, Mike. Tú y yo así lo pensamos. Aunque tu padre estoy segura de que no opina lo mismo, prefiero evitarme pasar por otra discusión.

—Como tú quieras, mamá. Pero es tu vida. Él no debe decidir por ti.

—Cariño, claro que es así. Créeme que lo sé, no obstante, prefiero evitarlo.

—Como desees. Ahora voy a salir a correr un rato a despejarme. Tengo la cabeza embotada. Hoy apenas he dormido y llevo desde las cinco estudiando. Mañana tengo examen.

—Haces bien, Mike. Estudias demasiado. Debes descansar más, hijo.

—Todo esfuerzo es poco. Quiero sacar una buena media para poder elegir universidad.

—Ya lo sé, eres un gran estudiante, estoy segura de que lo lograrás.

—Gracias por confiar en mí, mamá. Hablamos esta noche, te quiero.

—Yo también a ti, cariño.

Satisfecha por el carácter y la responsabilidad de mi hijo, cuelgo el teléfono y en ese momento Archibald baja ya vestido con unos vaqueros y un jersey. Está tremendamente atractivo y yo me recrimino mentalmente ese pensamiento.

«¡Eres humana! No haces mal a nadie por pensar así, Abby», me dice la voz de mi conciencia.

No tiene realmente razón, sí que hago mal, me lo hago a mí misma porque inconscientemente cuando pienso en otro hombre dejo de pensar en mi marido. Aunque estemos enfadados y un poco distanciados, aún seguimos siendo un matrimonio y debemos afrontar los problemas que tengamos.

Debería llamarlo, pero seguramente a estas horas esté en el hospital, por lo que decido mandarle un mensaje.

Hola, Robert. Ya estoy en Nueva York y estoy bien. Buscando apartamento, que es una tarea difícil porque los alquileres son elevados y lo más probable es que me toque compartir piso con otra persona, aunque por el momento no tengo nada. Me gustaría que habláramos cuando salgas de trabajar. Un beso.

Envío el mensaje y suspiro. Espero que me llame.

—Abby, ¿qué piensas hacer? —pregunta Archi entonces, acercándose a mí—. ¿Quieres seguir buscando algún apartamento? Podemos mirar algo nosotros sin contar con la ayuda de mi amigo.

—Me parece buena idea... Aunque la idea de compartir piso se me hace cada vez más viable. Si hoy no encuentro nada iré a un motel unos días. Por supuesto, te devolveré todo el dinero, Archi.

—Abby, ya lo hemos hablado, no te preocupes por nada, ¿de acuerdo? Lo importante es que encuentres algo.

Decididos nos vamos en busca de algún apartamento, pero es algo bastante difícil, todo lo que encontramos o es muy caro o está destartado. A última hora, cuando vamos a darnos por vencidos encontramos uno no muy lejos de una de las calles cercanas a la revista. La inquilina es comercial de

dispositivos médicos que viaja mucho y está dispuesta a compartir el piso. El alquiler no es del todo lo que yo esperaba, pero al menos el apartamento está bien situado y dotado de todos los servicios, y creo que podré permitírmelo cuando acabe mi periodo de prueba en la revista.

—Abby, si estás interesada me gustaría firmar ahora mismo el contrato, mañana me marcho a Washington por negocios dos semanas. No hace falta que te instales ahora mismo, claro, te doy la llave y te instalas cuando quieras... —dice Violet, que así es como se llama.

Miro a Archibald y él se encoge de hombros, haciéndome entender que es decisión mía. Esa mujer no va a darme mucha guerra si viaja tanto, el apartamento me gusta y estoy cansada de buscar piso así que la decisión está tomada.

—Por supuesto. Firmemos ya ese contrato.

—¡Qué alegría! Vamos a ser unas compañeras estupendas, ya lo verás.

Me voy con Archibald hasta su casa, cenamos juntos y después me acompaña hasta el apartamento con mis cosas. Suspiro, nerviosa. Ya tengo apartamento, un reto superado, ahora el siguiente será mi trabajo en la revista.

Capítulo 15

Archibald

Por fin Abby ha encontrado apartamento y la verdad es que me alegro mucho por ella, aunque a una parte de mí le habría gustado que se quedara en mi casa, otra parte piensa que es lo mejor. No sería saludable que se quedara más tiempo, apenas pegaría ojo y sería mucho más tentador estar más tiempo junto a ella.

—¿Ya has dejado a tu pelirroja en su nuevo apartamento? —me pregunta Brandon, que no sé por qué motivo aún no ha abandonado mi casa.

—Sí, ¿qué haces tú aquí todavía?

—Me voy mañana, con tranquilidad.

—Desde luego, tío, tienes una cara que te la pisas.

—Tampoco es para tanto. Otras veces me quedo en tu casa y no te ha importado. ¿O acaso te he fastidiado algún plan?

—Ninguno, Brandon. Pero quiero descansar un poco. Esta noche apenas he pegado ojo, y mañana madrugo. La mayoría de los mortales trabajamos y tenemos que despertarnos temprano a diferencia de otros que hacen lo que quieren.

—¿Detecto un tono de hostilidad? —dice picándome—. ¿Es porque no has conseguido que tu pelirroja se quedara a tu lado? ¿O acaso tienes envidia de que tenga un trabajo con libre disponibilidad horaria?

—Nada de nada, amigo. Pero tienes que admitir que haces lo que te da la gana. Eres afortunado. Y con respecto a Abby, es lo mejor. Ella tiene que hacer su vida y yo la mía. Buenas noches, Brandon. Mañana si no te importa deja las cosas de la cocina recogidas, si no es mucho pedir —concluyo con desdén.

—Buenas noches, tío. Descansa. Tranquilo, lo dejaré todo recogido.

No sé si lo dice sinceramente o no, porque una sonrisa maliciosa se ha dibujado en su cara y diría que está tramando algo. Pero la verdad es que poco me importa ahora mismo. Voy a tumbarme e intentar descansar y así lo hago en apenas unos minutos.

Por la mañana me levanto reconfortado. Repito mi ritual de todos los días y antes de salir le mando un mensaje a Abby.

Buenos días, Abby. Mucha suerte en tu primer día. Si te apetece comer conmigo, avísame. Que tengas un buen día.

Antes de salir del garaje ya me ha respondido:

Buenos días, Archi. Gracias. Espero no meter mucho la pata. No creo que pueda salir a comer, pero si puedo te aviso. Igual te deseo.

Tenía que intentarlo, imagino que no querrá dar mala imagen el primer día y salir a comer con el hijo de la dueña de la revista. Así que ideo un plan B: llamar más tarde a mi madre para comer con ella, sé que va a estar en Nueva York y más concretamente en la revista, así que es una buena excusa para luego ver a Abby y preguntarle por su trabajo.

A media mañana, activo mi plan B. Mi madre accede gustosamente y ya de paso me cuenta que Abby parece muy resuelta, no obstante, Shianna no piensa lo mismo. Quizás debería hablar con ella, aunque si lo pienso detenidamente es posible que si me interpongo le cause más problemas, así que dejaré que mi madre solucione el tema.

Durante toda la mañana trabajo con tranquilidad, no tengo ninguna reunión a la vista y, por supuesto, ningún viaje. Hasta que antes de irme me llama mi padre.

—Archibald, hijo, tenemos un problema... —expone con tono preocupado.

—¿Qué pasa?

—Nuestro cliente chino quiere que vayamos a visitar sus instalaciones y firmar ya el contrato.

—¿Y?

—Que me es imposible acudir. Esta semana tengo muchas reuniones que no puedo posponer.

—Bueno, por suerte tienes dos hijos, no solo uno: manda a Derek —le digo refiriéndome a mi hermano.

—No creo que sea lo más acertado. Solo tú y yo conocemos a la perfección este proyecto. Además, ellos nos conocen a los dos, lo más apropiado es que vayas tú. Ya he consultado tu agenda y esta semana no tienes compromisos importantes.

—Padre, si ya has decidido por mí, no sé por qué me lo planteas de esa forma —le digo enfadado—. Podrías haberme dicho directamente que tenía

que ir. Has consultado mi agenda y me atrevería a decir que ya tengo los billetes y el hotel reservado —aventuro, porque estoy seguro de que así es.

—Archibald, hijo. No te enfades... Tienes razón, está todo organizado, porque tenía que darles ya una respuesta y he llamado a tu secretaria para consultar tu agenda y ya de paso para que realizara la reserva de vuelos y del hotel.

Lo sabía, conozco bien a mi padre, no mueve ficha sin antes tener todo gestionado.

—¿Y cuándo me voy?

—Mañana.

—¡Perfecto! Que tengas un buen día —concluyo enervado.

Cuelgo el teléfono sin dejar que se despida. Me molesta mucho que me organice la vida. Sé que es el dueño de todo, pero no tiene derecho a decidir sobre la empresa que yo dirijo, anulando o posponiendo todas mis reuniones y organizándome un viaje a China sin consultármelo primero. ¿Y si tengo planes?

«¿A quién quieres engañar, Archi? Eres soltero, no tienes planes y si los tienes los cambias», me digo, porque realmente es la verdad.

Mi hermano, como está casado y tiene un hijo no suele viajar y mi padre lo hace en contadas ocasiones, por eso siempre soy yo el que tiene disponibilidad absoluta. Y ya empiezo a cansarme un poco de que siempre sea el único que sacrifica toda su vida por esta empresa.

Tenso, miro el reloj: ya es casi la hora de comer. Cojo el coche y me dirijo a la revista. He quedado con mi madre y quiero llegar antes para ver qué tal le va a Abby.

Saludo a la recepcionista y me adentro en las oficinas. Cuando localizo a Abby me dirijo a su cubículo y Shianna me intercepta.

—Archi, ¡qué alegría verte! ¿Cómo tú por aquí?

—Hola, Shianna. He venido a comer con mi madre. Yo también me alegro de verte.

—¡Qué bien! ¿Os importa si me apunto? Había quedado con una amiga, pero me ha dado plantón.

—Shianna, lo siento, es que mañana me voy de viaje y tengo que ultimar con mi madre unos asuntos familiares... Espero que no te moleste —le digo excusándome porque no me apetece nada que esté con nosotros. Quería invitar a Abby, pero me doy cuenta de que ahora va a ser imposible.

—No, qué va. Tranquilo... Otra vez será —comenta, aunque puedo

comprobar que realmente sí le ha molestado por su gesto contrariado. La conozco bien y sé que esa cara no es para nada real.

—Gracias, Shianna. Ahora, si me disculpas..., voy a saludar a Abby...

—No la distraigas mucho, tiene bastante trabajo y está bastante verde. O se pone las pilas o no durará mucho en el puesto —responde con desidia.

—Shianna, es su primer día, tendrás que darle una oportunidad. ¿O tú no te acuerdas de tu primer día?

Ella se marcha sin decir nada más, creo que está tan molesta por lo de la comida que no me hace ni caso. Me acerco a Abby. Tiene bastantes papeles encima de la mesa, algunas hojas arrugadas y un lápiz en el pelo sujetando su melena.

—¡Mierda! —sisea nerviosa.

—Vaya..., creo que no tienes un buen día. —Da un respingo y se gira de golpe al verme.

—¡Archibald! ¿Qué haces aquí?

—He venido a comer con mi madre. ¿Cómo va la mañana?

—No muy bien. Shianna me ha echado dos veces la bronca, me ha encargado un par de cosas y no las he hecho bien. No sé yo..., pero creo que no tiene mucha paciencia conmigo. Menos mal que tu madre es un encanto, si no...

—Tranquila, es el primer día. Todos hemos cometido errores en nuestros comienzos, créeme. No te agobies, verás cómo en unos días eres una de las mejores reporteras de la revista —digo sonriendo.

—¡De eso no me cabe la menor duda! —interviene mi madre.

—Gracias, Linda —comenta Abby con una sonrisa que yo no he conseguido, y eso me molesta.

—Archi, hijo. ¿Nos vamos?

—Claro. Que tengas un buen día, Abby.

—Igualmente.

—Abby, cariño. Sal a comer, aunque sea algo rápido. ¡Es una orden! —concluye mi madre y ella asiente.

Salimos de la revista y cuando mi madre se monta en el coche, ni siquiera me deja hablar.

—Había pensado invitar a comer a Abby, pero Shianna me ha dicho que se ha ofrecido a acompañarnos y le has comentado que tenías algunos temas familiares que tratar. ¿Qué pasa, Archi?

—Madre, no hay nada importante si no tenemos en cuenta que tu querido

esposo me la ha jugado pero bien.

—¿De qué hablas?

—Del viaje a China.

Mi madre me mira extrañada y entonces se lo explico.

—Mañana me voy a Shanghai. Mi querido padre —recalco con retintín — me ha encargado a mí lo de ir a cerrar el trato con nuestro cliente chino.

—Lo siento, Archi, cariño. No sabía nada. Pero seguro que te vendrá bien desconectar y así dejar que Abby se centre un poco.

—¿Qué quieres decir?

—Esta semana es crucial para ella, como te he comentado, Shianna no se lo está poniendo nada fácil. Si tú estás revoloteando por aquí estoy segura de que ella no se va a centrar. Será mejor así.

—No digas tonterías, madre. Ella no piensa en mí. —Aunque sus palabras me descolocan un poco. No la entiendo, pero lo dejo pasar.

—Lo que tú digas... Y con respecto a Shianna. ¿Por qué no has querido entonces que viniera?

—No me apetecía, la verdad...

—¿Ha pasado algo que yo deba saber?

—No, claro que no. Pero me apetece tener una comida tranquila con mi madre, si viene ella solo hablará y hablará. Ya sabes cómo es. Además, estoy seguro de que nos dirá lo mucho que se está esforzando por aguantar a Abby y sabes que por ahí no voy a pasar...

—Hay algo que no me estás contando...

¡Joder! Mi madre tiene un sexto sentido. La verdad es que no me molesta que Shianna se acueste con Brandon, pero tampoco me apetece mucho verla, es una sensación extraña, no sabría cómo describirla.

—Nada, madre.

Comemos en el restaurante favorito de mi madre: Daniel. Doy gracias a que conozco muy bien al gerente, Pierre Siue, con el que me une una gran afición: el *running*. Hemos acudido alguna vez a la maratón de Nueva York juntos, además de que mi madre colabora en muchas ocasiones con la organización benéfica Camfed, que apoya la educación de las mujeres en África, con la que él colabora en multitud de ocasiones.

Nos decantamos por el menú vegetariano. Mi madre se toma muy en serio el tema de la salud y siempre se ha cuidado muchísimo.

—Cariño, estás muy callado... —me dice durante la comida.

—Estoy enfadado y a la vez preocupado.

—Lo del enfado lo entiendo, pero ¿preocupado por qué?

—Por lo que has dicho de Abby. ¿Crees que Shianna la despedirá?

—Haré todo lo que esté en mi mano para que eso no ocurra. Pero sabes cómo es ella. Muy perfeccionista con todo, y que Abby esté en la revista es algo impuesto. La tendrá en el punto de mira durante un tiempo y lo mirará todo con lupa. Yo no voy a estar ahí siempre, entiéndelo.

—Claro, madre. Lo entiendo... Aunque si la despide tendrá que ser por un motivo de peso.

—Por supuesto. Ahora cambiemos de tema. Últimamente estás monotemático. Para no interesarte esa mujer no dejas de pensar en ella.

—Tienes razón —le digo con sinceridad.

—¿Sabes?, deberías explorar Shanghai. Las mujeres asiáticas tienen muchas cosas diferentes a las americanas —comenta mi madre con un tono que no me hace gracia.

—No son mi tipo.

—Pues tu padre me ha dicho que, en la cultura china, hay veces que para cerrar un trato intentan llevarte a algún burdel —dice con una risilla que casi hace que me atragante.

—¿¡Qué!?! —pregunto incrédulo—. ¿Por eso me manda a mí?

—Evidentemente, no pretenderás que vayan tu padre o tu hermano. Son hombres casados. Archi, cariño, entiéndelo...

—¡Lo que me faltaba! —exclamo enervado.

—Hijo, no te alteres. No lo sabemos, es algo que le han comentado, lo mismo son habladurías, ya sabes cómo es la gente...

—Ya... Cuando el río suena, agua lleva —respondo exasperado.

—No le des más vueltas. Pero si tienes que hacerlo para cerrar el trato, hazlo... Seguro que será una liberación para tu estrés.

—¡Déjalo ya, madre! ¡Ya solo me faltaba hablar de sexo contigo!

Mi madre se calla y se lo agradezco. Porque esto cada vez me parece más una encerrona que a una excusa de trabajo.

Terminamos de comer, yo ya no he podido ingerir nada más y la llevo a la revista. La dejo en la puerta y me despido de ella.

—Cariño, avísanos cuando llegues a Shanghai. Y no te enfades con tu padre, por favor.

—Que tengas un buen día, madre.

Salgo con el coche a toda velocidad. Estoy frustrado y muy enfadado. Si sabían de antemano este tema, al menos podían habérmelo consultado.

Decido no ir a trabajar ya que mi vuelo sale a las siete de la mañana con destino a Chicago para después tomar otro que me lleve directo a Shanghai. Serán casi diecinueve horas de viaje, y con la diferencia horaria al llegar a Shanghai, ya será miércoles por la tarde. El jueves me reúno con ellos a primera hora de la mañana. Pasaré todo el día visitando sus instalaciones y espero que la firma se haga el mismo día para así el viernes poder disfrutar un poco de la ciudad, ya que por la tarde a las cinco tomo un vuelo de regreso a Nueva York. Lo único bueno es que con el cambio horario, tras las dieciocho horas y media del viaje de regreso, seguirá siendo viernes cuando llegue a casa.

Es un viaje relámpago y seguramente volveré agotado, solo espero que no me propongan lo que me ha dicho mi madre, porque no me apetece nada acostarme con una mujer ahora mismo. Desde que he conocido a Abby, mis pensamientos son para ella y aunque sé que es inalcanzable, no deseo a otra mujer.

Capítulo 16

Abigail

Mi primer día ha sido horrible, no, lo siguiente. ¡Shianna es la mujer más déspota y maliciosa que he conocido en toda mi vida! A cada pequeño artículo que le he entregado, que no eran más que unas líneas que me ha solicitado, sin que fueran a llegar a publicarse y solo a modo de prueba para ver cómo me iba desenvolviendo, tenía que ponerle una pega. Nada le parecía bueno. Es más, todo lo parecía malo. Ha pisoteado mi trabajo como si fuera una cucaracha, me ha humillado delante de todo el mundo haciéndome sentir una idiota. Doy gracias a que Linda le ha parado los pies. Por lo que debo esforzarme mucho para mejorar.

A las ocho de la tarde, cuando ya no queda nadie en la revista, solo Shianna, decido poner fin a este desastroso día.

—Abigail, espera un momento, por favor —me dice cuando me estoy poniendo el abrigo.

—Por supuesto, usted dirá, señorita Vermont.

—Sé que es tu primer día, pero o te pones las pilas o estás fuera en una semana. Hoy has sido el hazmerreír de esta revista. No siempre va a estar aquí Linda para defenderte, ¿me oyes?

Ese comentario me irrita, poniendo la guinda a un día espantoso.

—Por supuesto, señorita Vermont. ¿Algo más? —le pregunto un poco agobiada.

—Nada más, puedes irte.

Salgo de la revista y me gustaría llorar, pero no voy a hacerlo, soy una mujer adulta. Solo tengo que concienciarme de que mañana lo haré mejor. Ha sido el primer día.

«Tú puedes, Abby. Venga, tú puedes...», me repito una y otra vez mientras me dirijo a casa andando.

El frío me cala los huesos, mi cuerpo se estremece por un momento mientras intento concienciarme de que soy capaz. Podría coger un taxi hasta casa, pero prefiero ir andando, no está lejos y tengo que evitar por todos los medios gastar dinero, ya que no es mío. Además, necesito airearme y despejar mi cabeza.

Tardo quince minutos en llegar y cuando abro la puerta lo primero que

hago es poner algo de música, descalzarme y servirme una copa de vino. Hacía mucho tiempo que no usaba zapatos de tacón y los pies me están matando. Creo que la última vez fue en la gala benéfica, cuando bailé con Archibald. Sin querer mi mente me traslada a esa noche. Sus dedos acariciando mi espalda desnuda mientras subía la cremallera del vestido. Mi cuerpo vuelve a estremecerse, pero no de frío, sino al recordar el suave contacto y la calidez de sus dedos, y esa corriente eléctrica que sentí cuando me tocó.

«¡Mierda! Esto no puede seguir así, no me hace bien», me recrimino.

Justo en ese momento mi teléfono suena: es mi hijo.

«¡Salvada por la campana!».

—Hola, Mike, cariño.

—Hola, mamá, ¿qué tal tu primer día?

«Desastroso. Infernal. Un suplicio», pienso.

—Bueno, la verdad es que no muy bien, pero tengo la esperanza de que mañana sea mejor —le digo con mi mejor tono.

—¡Esa es la actitud, mamá! Así me gusta.

—¿Sabes algo de tu padre? Ayer le escribí un mensaje, pero no me respondió, no sé si debo llamarle, aunque no me sé sus turnos...

—Esta noche tiene guardia. Sigue enfadado conmigo, apenas me habla, no sé si será buena idea...

—Lo siento, cariño.

—Tranquila, mamá, se le pasará. No te preocupes. Es papá, vive enfadado con el mundo.

Ambos nos reímos y charlamos un rato más. Me cuenta cómo le ha ido un examen que ha tenido hoy y al final, después de un rato, decidimos que es tarde y colgamos.

Preparo algo rápido de cena y cuando estoy a punto de acostarme me llega un mensaje de Archibald.

Buenas noches, espero que hayas terminado mejor el día. El mío se ha complicado bastante, mañana temprano me voy a Shanghai, no regreso hasta el viernes por la noche. Espero que tengas una buena semana. Hablamos a mi regreso.

La verdad es que sí que se le ha complicado, yo diría que es una puñeta, pero así es su trabajo. Por curiosidad consulto en Internet la diferencia horaria

y son trece horas las que China va adelantada con respecto a Nueva York, por lo que es prácticamente imposible que coincidamos o hablemos durante ese tiempo, además de que los viajes son largos. Me resultará extraño no poder hablar con él ni intercambiar mensajes durante toda esta semana ahora que es algo más habitual, aunque tendré que aceptarlo. Al fin y al cabo, solo somos amigos y no somos tan íntimos como para que me llame estando en China.

Decido contestarle, aunque no sé muy bien qué ponerle y durante unos minutos redacto en la pantalla el mensaje, borrando y escribiendo varias veces.

Buenas noches, Archi. Mi día ha ido regular, pero como dijiste, era el primer día, espero mejorar mañana. Deseo que tengas un buen viaje y una semana poco ajetreada. Disfruta de Shanghai, estoy segura de que será una ciudad maravillosa. Hasta el viernes.

Lo vuelvo a leer y le doy a enviar. Me hubiera gustado decirle que le echaré de menos, pero no sé si es apropiado. No quiero crearle falsas esperanzas. Dejo el teléfono en la mesita, cierro los ojos y sin darme cuenta el cansancio se apodera deprisa de mi cuerpo.

Cuando la alarma suena para devolverme a la realidad, juro que por un momento hubiera estampado el móvil y mandaría todo por tierra si no fuera porque tengo que demostrarle a mi marido de lo que soy capaz. Estoy agotada, no he descansado apenas y estoy desanimada.

«¡Tú puedes, Abby, tú puedes!», me repito una y otra vez, mientras me levanto y me voy a la ducha. Es la única forma de concienciarme de que voy a la lograrlo.

Una vez salgo de casa, más animada, llego al trabajo y todas mis alegrías se ven hundidas en cuanto Shianna llega a mi pequeño cubículo. En cuanto me ve, examinándome de arriba abajo, me encarga un pequeño trabajo que no hace más que desprestigiar en la siguiente hora. Así durante toda la mañana. Para colmo de todos mis males, hoy no viene Linda en todo el día, por lo que mi jornada laboral es como un combate de boxeo en el que Shianna está golpeándome continuamente mientras yo aguanto y aguanto; me siento como su *punching ball*. No tengo derecho a responderle, no me atrevo ni a rebatirle nada de lo que me diga por miedo a que me despida, y creo que por eso ella arremete más contra mí, intentando sacar mi lado malo. Pero no va a conseguirlo. Necesito el trabajo y dejaré que me humille aunque sepa que se

está extralimitando. Prefiero eso a volver a casa y tener que darle la razón a Robert.

A la hora de salir decido irme con otros compañeros para evitar que Shianna repita la acción de ayer.

—No es mala jefa. Solo que es bastante tiquismiquis, ya la irás conociendo. Aunque creo que la tiene un poco tomada contigo, creo que al final conseguirás coger el ritmo —comenta uno de mis compañeros en el ascensor. No recuerdo su nombre.

—Gracias, eso espero.

—Es normal, nadie nace enseñado, el problema es que no recordamos nuestros comienzos. No obstante, ten paciencia, Shianna es una mujer muy concienzuda, pero es mejor no enfadarla.

—Yo he empezado con mal pie, lo sé. El problema es que ella no me quería aquí... Entonces va a ser complicado rectificar.

—Demuéstrale lo que vales.

—Eso intento, pero cada vez que le doy un pequeño trabajo, lo echa por tierra.

—Tranquila, lo harás bien, ten fe en ti misma. Buenas noches.

—Gracias, buenas noches.

Se despide de mí y cuando llego a casa me encuentro a Violet, mi compañera de piso, que está en la cocina tomándose una copa de vino.

—Hola, Abby, ¿gustas?

—Hola, Violet. No me vendría mal —respondo.

Me sirve una y me siento con ella en la isla de la cocina.

—¿Estás bien, Abby? Pareces un poco cansada.

—Sí, bueno..., no. Pero no me apetece mucho hablar de ello. ¿Y tú? ¿No volvías dentro de dos semanas?

—El negocio no ha ido bien —responde un poco frustrada—. Bueno, a veces no siempre salen las cosas como uno desea.

—En eso estoy de acuerdo.

—¿Sabes qué? Deberíamos salir por ahí, cogernos una borrachera y olvidarnos de todo.

Se me escapa una risa ante su espontánea proposición.

—No creo que sea la mejor opción, mañana trabajo y no me apetece ir con resaca.

—Tienes razón, pero este fin de semana podríamos salir.

—Vale, este fin de semana sí —contesto porque no puedo permitirme

volver a casa y no me apetece quedarme en el apartamento. Tampoco sé qué es lo que Archi tiene en mente, pero sé que debo alejarme de él, es lo mejor para no pensar en algo que no va a ocurrir jamás, y cuanto antes lo haga, mejor.

—Pues está decretado: el fin de semana salimos a divertirnos, emborracharnos y, quién sabe, a lo mejor a ligar con un par de tíos.

—Bueno, lo último no puedo, estoy casada.

Violet me mira un poco sorprendida, en verdad no sabe nada de mi vida, evidentemente, porque no se lo he contado.

—¿Con el buenorro del otro día? —inquire curiosa.

—No, Archibald es solo un amigo. Mi marido está en Orlando, he venido a Nueva York por trabajo.

—Ah, pues ese tal Archibald está muy pero que muy bueno. ¿Puedo preguntarte si está disponible? —inquire y siento una punzada en el pecho al escucharla.

—Sí, está disponible... —respondo con un hilo de voz.

—Abby, ¿te gusta? —me interroga un poco confundida.

—No, Violet, tranquila. Es todo tuyo.

—Abby, de verdad, no quiero malentendidos contigo, me pareces una buena compañera de piso y quiero mantenerte conmigo. Sé que no nos conocemos, pero desde que te vi el primer día, me diste buenas *vibras*. Yo creo en el karma y esas cosas, sé que estamos destinadas a ser buenas amigas y no voy a estropear eso por un tío habiendo miles de hombres en Nueva York, por eso quiero dejar claro que, si tu amigo Archibald te interesa por algún motivo, estés o no casada, no voy a intentar entrarle.

—Es complicado, Violet. Yo no debería...

Ella sonrío.

—No voy a cuestionarte, pero me queda claro que Archibald no está disponible.

—Violet...

—Tranquila, estoy segura de que tendrá un amigo muy buenorro.

Ambas nos reímos y seguimos tomando vino, mientras preparamos la cena. Al final, le cuento un poco mi historia. No sé cuándo he perdido el miedo a abrir mi corazón, si cuando me ha dicho lo de las buenas *vibras*, lo de las amigas o simplemente ha sido el vino el que ha obrado el milagro de soltar mi lengua. El caso es que ella me ha escuchado, me ha apoyado y no me ha juzgado. Necesitaba soltar todo esto que sentía dentro, que me está

consumiendo y no me deja pegar ojo.

—Abby, no te martirices —me dice—. No eres una mala esposa, simplemente estás cumpliendo un sueño. No es malo perseguirlo, eres una mujer muy valiente y ¿sabes qué? Te admiro. Eres increíble. Soy mayor que tú y ni siquiera tengo un hijo ni pretensiones de tenerlo. ¡Dios, eres increíble! ¡Eres mi ídolo!

Me abraza y dejo que lo haga, necesito eso ahora mismo.

—¡Ah! Por la perra de tu jefa no te preocupes, si tienes algún problema yo soy la primera que puede darle un puñetazo. ¡Tengo ganas de pegarle a alguien! Estoy un poco frustrada por el negocio que he perdido. No me costaría nada dárselo.

Volvemos a reírnos. Es increíble. Me mondo con ella.

—No creo que lleguemos a tanto, pero gracias, Violet. Creo que va siendo hora de irnos a dormir.

—Pues sí, son las dos... No me he dado cuenta de lo rápido que ha pasado la noche. Una cosa, mañana no trabajo, ¿te voy a buscar para comer?

—La verdad es que no me vendría mal descansar, pero tiene que ser algo rápido.

—Claro, tranquila, será algo rápido, te lo prometo.

—¡Perfecto! Buenas noches, Violet.

—Buenas noches, Abby.

Me voy a dormir con el ánimo renovado. Creo que mi estancia en Nueva York va a ser diferente a partir de ahora. Tener a Violet en mi vida me va a dar un punto de vista diferente, doy gracias de haberla encontrado, porque la verdad es que Archibald me ha salvado en muchos aspectos de mi vida, pero Violet es la amiga perfecta para darme consejos y guiarme cuando lo necesite.

Apenas me tumbo en la cama y me quedo dormida, pero la alarma enseguida me devuelve a la realidad.

En cuanto llego a la revista, Shianna me abrumba con trabajo, pero hoy he decidido que tengo que tomarme la vida de otra manera y no me agobio, sino que lo tomo con otra actitud. Además, a media mañana aparece Linda y me llama a su despacho.

—Abby, buenos días, quiero proponerte algo.

—Linda, buenos días, lo que quieras... —digo tuteándola. Ella me dijo que así lo hiciera y ahora ya no me parece tan extraño.

—Quiero que quede entre nosotras dos, prométeme que no se lo dirás a

nadie.

—Te lo prometo —contesto decidida sin saber qué es lo que tiene que contarme.

—Bien, entonces te explico mi propuesta. Normalmente en la revista hay una sección que suele hacer una asesora mía, externa a la revista, pero estará fuera unas semanas y me ha telefoneado para decirme que le va a ser imposible cumplir con dicho trabajo. Si se lo dijera a Shianna ella misma se encargaría de cubrir ese espacio, pero probablemente le quitaría a mi asesora después esa exclusiva y no quiero que sea así, por lo que te propongo que escribas tú la sección durante el tiempo que ella esté fuera. Yo la supervisaré, por supuesto. Te daré el tema sobre el que tratar cada semana. No le diremos nada a Shianna, ella no tiene por qué enterarse, por el momento. Es la manera de que salga algo tuyo en la revista, se te conozca, y de paso ella vea que eres útil. ¿Qué te parece?

«¿Qué que me parece? Me parece que esta mujer es increíble y a la vez está loca por confiar tanto en mí. También la besaría ahora mismo agradeciéndole la oportunidad que va a brindarme», pienso emocionada.

—Linda, ¿estás segura? No sé si estoy preparada para ello, apenas llevo tres días.

—Lo harás bien, solo tienes que tener fe en ti misma —me dice sonriendo—. Eso sí, tendrás que trabajar en casa para que Shianna no sospeche. Te lo pagaré extraoficialmente, tranquila.

—No hace falta —le digo de inmediato, sin pensar.

—Abby, yo pago por ese trabajo, así que lo haré igualmente.

—De acuerdo, si insistes —contesto dignamente, satisfecha de que no haya aceptado mis primeras y rápidas palabras. El dinero me vendrá de maravilla, para qué negarlo.

—Entonces dame un correo electrónico que no sea el del trabajo. Y después te pasaré toda la información.

—Gracias, Linda. Muchas gracias por confiar nuevamente en mí —digo emocionada.

—Sé que puedes hacerlo, Abby. Tienes un gran potencial.

Salgo del despacho de Linda y me cruzo con Shianna que me mira de manera despectiva, imagino que por haber estado más de quince minutos ausente sin que ella lo permitiese.

A la hora de comer, Violet me espera en recepción y juntas vamos hasta un restaurante cercano, muy pequeño, en el que sirven comida india. El

ambiente es relajado y amable y me siento a gusto enseguida.

—Abby, el sitio donde trabajas es estupendo.

—Gracias, Violet. Tengo mucho que contarte.

—Pues no perdamos tiempo.

Le cuento lo sucedido y le pido permiso para utilizar su ordenador, ya que yo no tengo ninguno.

—Claro que puedes utilizarlo. Esta semana voy a estar en casa, así que...

—dice poniendo una mueca de decepción.

—¿Y eso?

—Digamos que mi jefe me ha dado unas vacaciones forzosas por perder al cliente. Pero se le pasará. O eso espero. Por mi bien y mi futuro.

—Seguro que sí, Violet, y si no lo ve es que es un capullo.

—Gracias, Abby. Ahora vuelve al trabajo, Miss Perra Envidiosa seguro que estará contando los minutos de descanso.

—¿Miss Perra Envidiosa? —le pregunto un poco confundida.

—Tu jefa. Por lo que me has contado, estoy segura de que te tiene envidia, porque eres preciosa, le caes mejor a Linda y por supuesto, Archibald siente algo por ti.

Me echo a reír.

—Creo que eso último te lo has inventado, pero bueno...

—No me lo he inventado, estoy muy segura, créeme, por todo lo que me contaste ayer, sé deducir cuando un hombre siente algo por una mujer. Tengo algo de experiencia en sentimientos y malas relaciones.

—¿Sabes, Violet?, ayer yo te conté muchas cosas y tú casi no soltaste prenda...

—Tienes razón, esta noche me toca a mí. Regresa al trabajo si no quieres que Miss Perra Envidiosa te coja más manía. Que tengas buena tarde.

—Igualmente, guapa.

Regreso a trabajar con una sonrisa de oreja a oreja. Violet es sin duda la mujer que va a revolucionar mi vida en Nueva York pero también sé que será una buena amiga.

Capítulo 17

Archibald

El vuelo hasta Shanghai se me ha hecho eterno y cuando he llegado un guía me estaba esperando para llevarme hasta el hotel, cortesía de nuestro cliente.

Tengo la tarde libre, pero lo que menos me apetece después del largo viaje es salir del hotel. Miro el reloj, apenas son las seis de la madrugada en Nueva York y me gustaría saber cómo le ha ido el día a Abby. Durante todo el viaje no he dejado de pensar en ella, en cómo le estará yendo en la revista, qué hará este fin de semana.

«¡Esta loca fijación con ella va a acabar conmigo! Quizás debería hacer caso a mi madre y tener algo con alguna mujer asiática», pienso, aunque rápidamente lo borro de mi mente. No quiero acostarme con ninguna mujer, al menos no por el momento.

Sé que llegará el día en que mis necesidades carnales me lo reclamen, aunque por el momento, no quiero hacerlo.

Cojo el portátil y me pongo a trabajar un rato. No tengo sueño, he conseguido dormir algunas horas en el avión y ahora estoy bastante activo.

Me pongo a trabajar y al cabo de unas horas llamo al servicio de habitaciones para comer algo. No es que tenga hambre, pero se acerca la hora de cenar y creo que será mejor que lo haga antes de que cierre la cocina del hotel.

Tras pedir la comida típica china, decido ver la televisión, aunque evidentemente todos los canales están en chino y al final desisto: no entiendo nada. El servicio de habitaciones no tarda mucho y tras degustar la cena, me voy a la cama para intentar dormir un rato.

«¿Por qué no puedo dejar de pensar qué estará haciendo en estos momentos? ¿Por qué es una obsesión?», me pregunto sin obtener respuesta. Bueno, a la última pregunta mi conciencia, o quizás sea la de mi amigo Brandon, que es como si fuera el demonio de las típicas películas de dibujos, tiene una respuesta quizás un poco picante.

«Porque no te la has podido tirar», responde con crueldad.

Aunque quizás tenga razón. Esa es la verdad, es la primera mujer en toda mi vida que no he podido conseguir, quizás por eso me esté obsesionando tanto con ella. Porque es inalcanzable. Porque, seamos sinceros, no digo que

no sea preciosa, porque lo es, pero he estado con mujeres mucho más guapas que ella, bellezas con cuerpos más torneados y perfectos que el de Abby, que eran diosas en la cama. Aunque claro, no sé cómo es ella en la cama, porque evidentemente es lo que ansío conocer. Mujeres con las que he probado muchas locuras y sexo desenfrenado. ¿Qué puede darme una mujer casada que no me hayan dado mujeres libres y sin miedo a nada?

No lo sé, pero mi cuerpo y mi mente ahora mismo le pertenecen a ella.

Al final, después de toda esta batalla moral, me quedo dormido algunas horas, hasta que el servicio de habitaciones, tal y como había dicho, me despierta.

Un coche me está esperando a la hora indicada y me llevan a las oficinas del cliente. La verdad es que me sorprende la magnitud. No esperaba que fueran más grandes que las nuestras. Saludo a los jefes que ya conozco, y de inmediato me enseñan las instalaciones. Verdaderamente son más modernas y gozan de tecnología más avanzada que las de PureNature. Tras la visita, nos reunimos en la sala de juntas para cerrar el trato. Son duros con las negociaciones. Mi padre ya me lo había advertido y había comentado hasta dónde podíamos llegar, pero al final cerramos el trato satisfactoriamente para ambos, por lo que nos vamos a comer.

Tal y como mi madre me había indicado, tras la comida, ellos me proponen ir a un prostíbulo, pero declino su oferta. Al principio se sienten ofendidos, pero al final les comento que no me siento bien, que parece que estoy febril y que prefiero descansar pues tengo un duro viaje, y parece que lo entienden, o eso espero. No quiero que se molesten.

Casi al llegar la noche me llaman de recepción, los clientes han encargado para mí un servicio especial. Una masajista para mejorar mi estado, o eso me han dicho desde la recepción. Al final decido aceptar la oferta, porque sería muy descortés por mi parte ya que está abajo. Abro la puerta y es una mujer de no más de dieciocho años.

—Buenas noches —me dice en perfecto americano.

—Buenas noches —le respondo con una sonrisa intentando ser amable.

—Si no le importa, voy a ponerme cómoda.

—Por supuesto.

Se quita una especie de abrigo y se queda en ropa interior. De pronto me doy cuenta del tipo de masaje al que se referían y siento que se me acelera el corazón.

«Mierda».

—Disculpe, señorita —le digo rápidamente—, no sé qué es lo que le han encargado que haga, pero no necesito ese tipo de servicios.

—Pero..., pero tengo que hacerlo, si no lo hago no cobraré —dice sorprendida.

«Mierda, mierda y mierda». Me paso la mano por la cara, agobiado.

—Está bien, hagamos un trato. Nadie tiene por qué enterarse. Usted dirá que ha hecho los servicios por los que la han contratado y yo no lo negaré. ¿Le parece?

—Pero... Yo...

—¿Cómo se llama? —le pregunto, porque está casi más nerviosa que yo.

—Yuga.

—Bien, Yuga. Hagamos una cosa, como no puede irse ahora mismo porque seguramente la estén vigilando, esperaremos a que pase el tiempo por el que la han contratado. Charlemos un rato.

Ella asiente no muy segura de lo que le propongo, la incito a que se siente en la cama y yo lo hago en un sofá, en frente de ella.

—¿Dónde ha aprendido a hablar tan bien mi idioma? ¿Le gusta hablarlo? ¿Qué le parece que empecemos por esas simples preguntas? —inquiero para romper el hielo.

—¿Está seguro de que no quiere...? —pregunta nerviosa.

—Muy seguro —la corto.

—Está bien... —responde no muy convencida—. Mi madre era americana, pero vino a China por trabajo. Me gusta mucho hablar el americano siempre que puedo, eso me recuerda mucho a ella.

—¿Y cómo has acabado tú aquí? No tendrás más de dieciocho años.

—Dieciséis. Es una larga historia... —La miro asustado, es una niña. No sé por qué han pensado que una niña sería mi tipo de mujer, desde luego es increíble. Esto debe ser delito. Al menos lo es en mi país. Pero está claro que aquí se rigen por otras normas.

—Creo que tenemos tiempo, cuéntamelo, por favor —le digo mirando el reloj.

Yuga me narra con todo lujo de detalles cómo su madre se enamoró del hombre equivocado, un mafioso de poca monta que la vendió a un traficante de mujeres cuando las cosas le fueron mal. Por aquel entonces ella ya estaba embarazada, por lo que su comprador la mantuvo durante un tiempo solo para su uso exclusivo. Durante toda su niñez solo se acostaba con su proxeneta, pero después, cuando ella ya tuvo diez años, la obligó a prostituirse en un

local y también para grandes empresarios o encargos, como es mi caso, hasta que su madre se suicidó. Ahora la prostituye a ella.

No sé ni qué decirle, es una dura historia que me ha dejado de piedra. Había oído cosas así en la televisión, pero escucharlo de labios de una de las víctimas me resulta angustiioso y me siento culpable, a pesar de no haber hecho nada. En cierto modo, siento que todo este mundo es culpable.

—Yuga, me gustaría ayudarte...

—No creo que pueda, señor.

—Soy Archibald, aunque mis amigos me llaman Archi. Ten mi tarjeta. Hazme un favor, guárdala, ¿de acuerdo? Voy a intentar hacer algunas llamadas, no será fácil. No tengo amigos en China, pero voy a hacer todo lo posible para ayudarte.

—Señor, no se moleste... tendremos problemas, yo... —dice nerviosa y asustada.

—Yuga, tu madre era americana, quizás tenga familia, a lo mejor puedes irte a su país. Tienes que decirme su nombre y algún dato más. Déjame indagar y quizás tengas algún futuro lejos de aquí, ¿qué te parece? Aún eres una niña. No te mereces esto.

—Señor...

—Archi, por favor —la corto.

—Archi, gracias, pero todos tenemos escrito nuestro destino.

—No creo en eso, Yuga. Nuestro destino nos lo forjamos nosotros mismos, no un cabrón que decide por ti. Créeme, creo que te espera una vida maravillosa, te la mereces, desde luego, por lo injusta que fue la de tu madre.

Le pido el nombre de su madre, su ciudad natal, que resulta ser Washington y después le prometo a Yuga que voy a hacer todo lo posible para ayudarla. No sé si podré hacer algo por ella, pero sin duda lo voy a intentar.

—¡Suerte, Yuga! Ojalá algún día vuelva a verte en los Estados Unidos.

—Gracias, Señor Archibald —responde dándome un beso en la mejilla.

Se marcha y siento una sensación horrible por esa niña inocente a la que han hecho crecer tan deprisa. Nada más verla me he dado cuenta de su triste mirada, de su corazón tan vacío. Es tan horrible lo que sucede en el mundo... Niñas prostituyéndose, y lo peor de todo, hombres que se acuestan con ellas.

Me tumbo en la cama y no consigo dormir, tengo un nudo en el estómago y ahora mi cabeza solo puede pensar en salvar a Yuga, ahora es una prioridad. Pienso en quién conozco, en qué personas podrían ayudarla. Mis

clientes no creo que sean una opción, porque ellos han permitido o contratado a esa niña para que se acueste conmigo, por lo que no van a facilitarme su ayuda. Durante horas me estrujo la cabeza y solo llego a una conclusión: la única persona que conozco con muchos contactos aparte de mi padre es Brandon, así que cuando regrese tendré que hablar con él. Miro la hora. Aquí son las cuatro de la madrugada por lo que en Boston son las cuatro de la tarde.

Brandon, me gustaría que vinieras este fin de semana a Nueva York, tengo un asunto importante que tratar y no quiero hablarlo por teléfono. De verdad, es de vital importancia. Gracias, no me falles

Lo mando y de inmediato me responde.

Tío, no me asustes, ¿tan importante es? ¿No puedes decirme al menos de qué se trata?

Decido darle una aclaración para que no piense que me pasa algo y decida llamarme.

Necesito tu ayuda para salvar a una niña china. Te explico cuando regrese, ahora voy a intentar dormir, aquí son las cuatro de la madrugada. Hasta mañana.

Su contestación no se hace esperar.

Tú y las causas perdidas. Perfecto, descansa. Hasta mañana.

Me recuesto y al final consigo conciliar durante unas horas el sueño, pero enseguida me despierto atormentado por unas pesadillas con Yuga. ¿En qué momento he dejado de soñar con Abby y esta niña se ha metido en mi cabeza? Creo que me estoy sugestionando. Necesito salir, así que, ya que Brandon viene a casa, el fin de semana voy a aprovechar para desconectar un poco de todo, tomar unas copas y divertirme.

Durante el vuelo hago una lista de personas que conozco para pedir ayuda. No dejo de pensar en esa niña indefensa. Trabajo un poco para evadirme de ella, contacto con mi padre vía email para notificarle la firma del

contrato y cierro algunas reuniones con mi secretaria para la próxima semana, hasta que el cansancio me vence y tengo que recostarme un poco, pero la cara de Yuga se apodera de mis sueños una y otra vez, pidiéndome ayuda.

Cuando llego a Nueva York, una vez hecho el transbordo, son las nueve de la noche. Espero que Brandon esté en casa, tengo que quitarme este gran peso de encima, porque me está machacando psicológicamente.

Al llegar, lo primero que hago es dejar todo y comprobar que mi amigo está en casa. Y para mi sorpresa incluso me tiene la cena lista.

—¡Esto sí que es un buen recibimiento! —le digo con retintín—. Gracias, amigo.

—Me imaginaba que vendrías cansado. Es lo mínimo.

—Bastante cansado.

Nos sentamos en la isla de la cocina y comenzamos a degustar la comida.

—Y dime, ¿qué pasa con esa niña? ¿Cómo la conociste?

—Los clientes chinos se empeñaron en que fuera a un prostíbulo, decliné la oferta —Los ojos de Brandon se agrandan ante mi afirmación—, pero por la noche mandaron a mi habitación un servicio que incluía un masaje con todo incluido.

—Vaya, qué amables, ¿no?

—Pues no, Brandon, era una niña de dieciséis años.

—¡Joder! ¡Qué desgraciados! ¿Y qué pinto yo en todo eso?

—El caso es que Yuga, que así es como se llama la niña, es de madre americana. Estos son sus datos —le digo enseñándole el papel donde apunté los datos que me indicó—. Me gustaría averiguar si es posible ponernos en contacto con la familia y ayudarla. Sé que será difícil, la niña trabaja para un proxeneta, pero quizás haya alguna forma de sacarla de ese mundo.

—Lo veo muy difícil, Archi. Moverse en ese mundo, en el que la mayoría son mafias... Creo que la única forma sería comprarla.

—¿Comprarla? ¿Estás loco?

—No sería una idea descabellada, Archi. Estoy seguro de que se podría comprar. No obstante, déjame averiguar alguna cosa sobre su familia. Si tiene algún pariente vivo. Después veremos qué podemos hacer, pero la única idea que se me ocurre es esa.

—¿Y cómo la sacarías del país?

—No lo sé, pero estoy seguro de que ellos lo harían todo, créeme. No obstante, vayamos por partes, no adelantemos acontecimientos. Por cierto, ¿estarías dispuesto a comprarla?

—No lo sé, Brandon. No lo he pensado, ni siquiera sé cuánto cobran por una mujer. ¡Es horrible solo pensarlo!

—Como te he dicho, déjalo en mis manos. Sabes que tengo muchos contactos.

—Gracias, amigo. También quiero pedirte otro favor.

—Vaya, estás muy pedigüeño hoy —dice riendo—. Vamos, ¿de qué se trata?

—Mañana me apetece salir a tomar unas copas, despejarme, olvidarme un poco de todo.

—¡Por fin ha vuelto mi amigo! ¡Ya era hora! —exclama con demasiada efusividad.

—¿Has quedado con Shianna? —inquiero, porque no me apetece nada que venga con nosotros para cortarnos el rollo.

—No, aún no había hecho planes. Quería saber de qué trataba tu problema.

—¡Perfecto! Mañana nada de mujeres. Solos tú y yo y lo que surja —comento.

—Eso es, Archi. ¡Este sí que eres tú! Ya te echaba de menos.

Capítulo 18

Abigail

La semana ha sido complicada, pero ya es viernes y estoy en casa ultimando el artículo que debo entregar a Linda. Tengo hasta mañana por la mañana, pues el lunes tiene que salir en rotativas.

—Reina, ¿aún no has terminado? —me pregunta Violet.

—No, aún no. Quiero revisarlo de nuevo. Al final lo dejamos para mañana.

—¿Pero no íbamos a salir a tomar algo hoy?

—Mañana, Violet, te lo prometo. Hoy tengo que terminarlo. No puedo salir...

—Abby, seguro que está perfecto, déjalo ya, llevas dos días con ello...

—comenta molesta porque le prometí que saldríamos a tomar una copa.

—Violet, te prometo que mañana quemamos Nueva York si quieres, pero hoy no.

—Está bien, yo me voy a tomar algo. Llevo dos días en casa y necesito despejarme.

—Lo siento, de verdad. No te enfades.

—Tranquila...

Sé que está molesta, pero no puedo dejar de leer una y otra vez el texto del artículo y cambiar cosas, me vuelvo a documentar y veo cosas nuevas. Quizás estoy siendo demasiado obsesiva y perfeccionista, pero quiero que mi primer trabajo esté perfecto para que Linda quede satisfecha.

Ayer hablé por fin con Robert, no fue una conversación muy fluida, me respondió con monosílabos, pero al menos me cogió el teléfono. Creo que es un paso, o no, ya no lo sé, porque sigue empeñado en que vuelva a casa, por eso quiero demostrarle que puedo hacer esto bien. De ahí que esté tan obsesionada con este trabajo.

De nuevo vuelvo a leer y releer el texto un par de veces más hasta que me doy por vencida. Necesito que alguien me diera su opinión, pero ¿quién?

«Archi, sería una buena opción», pienso de inmediato y me doy cuenta por la hora que es de que ya debe estar en Nueva York. Son las diez de la noche. No sé si debería mandarle un mensaje para saber cómo le ha ido el viaje o bien esperar a que él se ponga en contacto conmigo. Quizás esté

cansado y no le apetezca leer mi artículo, ni escribirme o tampoco leerme...

«¡Soy patética! ¿Por qué pienso en él y no se lo mando a Mike?», me pregunto.

Quizás porque es mi hijo y seguramente no sea una persona objetiva, por eso. Creo que Archi sería objetivo. Pero no sé si debo o no molestarle. Cojo el móvil y, al final, tras armarme de valor, decido enviarle un mensaje intentando ser sutil, para no pedirle directamente su ayuda.

Hola, Archi. Espero que tu viaje haya sido productivo y no estés muy cansando, aunque es viernes, tienes el fin de semana para descansar. Yo estoy un poco frustrada, tu madre me ha pedido un artículo que tengo que entregarle mañana y no estoy totalmente convencida de que esté bien. Lo he leído como mil veces y siempre le veo algún fallo...

Espero un rato su respuesta, pero no llega, por lo que me pongo a releer el texto de nuevo hasta que, cansada, se lo envió a Linda y me voy a la cama sin revisar siquiera el teléfono móvil.

A las cinco de la mañana escucho llegar a Violet con compañía, pero es su casa, así que yo no debo poner objeción alguna, aunque creo que debería ser más discreta teniendo en cuenta que no vive sola.

Intento conciliar el sueño, pero los ruidos que emiten son tan altos que es imposible concentrarse en quedarse dormida, así que cojo el móvil para comprobar si al final ayer Archibald me contestó, pero no, vio el wasap y no me contestó.

No quiero pensar en nada, porque es posible que ayer estuviera cansado y no le apeteciera contestarme, aunque reconozco que me siento un poco molesta. Evidentemente él y yo no somos nada y es un amigo que me ha ayudado así que no puedo pedirle nada más, tengo que agradecerle todo lo que ha hecho por mí y ya está. Ahora en lo que tengo que pensar es en que tengo a Violet y centrarme en formar nuestra amistad y alejarme de él de una vez por todas.

«Eso va a ser un poco difícil, teniendo en cuenta que trabajas para su madre y que le debes una suma importante de dinero», me dice mi conciencia.

Tiene razón, pero tengo que evitarlo todo cuanto pueda.

Como no puedo dormir, me levanto a tomar un vaso de leche. Cuando estoy en la cocina, un hombre bastante atractivo, aparece solo con un bóxer

puesto.

—Hola, solo venía a por una cerveza. Para reponer fuerzas... —dice un poco intimidado, imagino que porque yo no le quito ojo a su escultural cuerpo.

Debo reconocer que Violet tiene muy buen gusto.

—Hola..., eh, sí, claro, sírvete tú mismo —le digo señalándole la nevera.

—No me importaría hacer un trío —comenta sin ninguna timidez.

Casi me atraganto con ese comentario.

—Lo siento, pero estoy casada.

—No soy celoso —responde dejándome sin palabras.

—Ya, pero yo no soy infiel.

—Qué lástima, porque estás muy buena —dice acercándose a mí, y empiezo a sentirme intimidada. Su tono de voz, su forma de aproximarse, me indican peligro—. Estoy seguro de que lo pasaríamos muy bien los tres juntos.

—¡Vete de aquí ahora mismo, cerdo! —le grito dando la vuelta a la isla de la cocina para poner espacio entre los dos.

En ese momento aparece Violet con una bata que apenas le cubre el cuerpo.

—¿Qué ocurre aquí?

—Tu amigo me está proponiendo un trío y aunque le he dicho que estoy casada, sigue insistiendo.

Violet nos mira con los ojos entrecerrados, analizando la situación. Pronto se da cuenta de cómo me estoy sintiendo y se acerca al tipo, dándole una colleja.

—¡Serás cabrón! Vete de aquí ahora mismo.

—Nena..., no me digas que no sería interesante...

—¡Fuera de mi casa ahora mismo!

—¡Espera a que me vista al menos!

—¡Fuera, si no quieres que llame a la policía!

El tipo sale de casa a toda prisa y Violet se acerca a su habitación a por la ropa, abre la puerta y la tira con rabia. Luego le cierra en la cara.

—Abby, lo siento —dice acercándose a mí—. ¿Estás bien?

—Sí, tranquila...

—¡Es un capullo!

—No pasa nada. Solo me puse un poco nerviosa —digo aún algo inquieta.

—¡Cada día elijo peor a mis ligues! Estoy perdiendo facultades.

—No es eso. Aunque solo una cosa, ¿por qué les traes a casa? Puede ser peligroso.

—Nunca me ha pasado nada...

—Pues no deberías ni irte a su casa ni traerlo a la tuya. Es mejor irte a un lugar neutral: un hotel o algo por el estilo. Porque así ni puede secuestrarte en su casa ni puede robarte, en el caso de la tuya.

—¡Dios, Abby! Piensas como una madre.

—Soy una madre...

—Tienes razón, soy muy poco precavida... Ahora deberíamos dormir un rato.

—Ve a descansar, yo ya no voy a poder, limpiaré un poco y haré la comida.

—Cariño...

—Tranquila, Violet, estaré bien. Tú descansa, has gastado muchas energías —le digo con sorna. Ambas nos reímos y ella se marcha a su habitación.

La mañana transcurre con normalidad. Casi a mediodía, Violet se despierta, cuando ya tengo todo preparado. No la culpo, no ha dormido nada en toda la noche.

—Buenos días, bella durmiente... —le digo con retintín.

—Buenos días, Abby. La belleza cuesta... por lo menos a algunas más que a otras.

Le sonrío y le dejo una taza de café encima de la mesa.

—Eres mi salvación. Por cierto, esta noche quemamos Nueva York. No te libras.

—No pensaba escaquearme, tranquila. Me apetece mucho salir.

—Me alegra oírtelo decir.

Después de comer y de salir a correr, nos preparamos para nuestra salida nocturna. Violet se ha empeñado en prestarme un vestido al ver mi escaso vestuario.

—Violet, no hace falta —le insisto, pero no me hace caso—. No voy buscando nada esta noche.

—No hace falta buscar nada para salir elegante, cariño. Vamos a ir a algunos de los bares más exclusivos de Nueva York, hay que vestir con distinción.

—Violet, yo...

—Tranquila, yo invito.

—Pero...

—No hay pero que valga. Cuando seas una periodista famosa ya me lo devolverás.

—Violet...

—Ni Violet ni nada, Abby.

—Vale, de acuerdo. Pero la próxima vez que salgamos iremos a algún sitio más modesto que pueda permitirme.

—Trato hecho.

Terminamos de vestirnos, Violet también se encarga de maquillarme, aunque cuando va a intentar algo con mi pelo se lo impido.

—Déjalo, mi pelo es indomable.

—Vaya, entonces a partir de ahora te llamaré Mérida, como la princesa de *Brave*.

Ambos nos reímos, conozco la película porque la he visto con mi hijo cuando era un poco más pequeño, lo que no entiendo es cómo ella la conoce.

—¿No eres un poco mayor para ver películas de Disney, Violet? —digo medio en broma.

—Nunca se es demasiado mayor —ríe ella—. Además, tengo una sobrina pequeña. La encantan las películas de dibujos y en concreto le apasiona Mérida. Le he regalado alguna que otra muñeca, además de complementos y disfraces.

—Sí, en ese sentido creo que mi pelo y un poquito de mí somos como Mérida: indomables.

Volvemos a reírnos y terminamos de acicalarnos, comemos algo rápido antes de salir para después disfrutar solo de la música y los cócteles.

Violet se ha encargado de llamar a un taxi para llevarnos a *1 Oak*. No había oído hablar de este club, pero Violet no deja de decirme durante el trayecto que es el más exclusivo de todo Nueva York, donde solo unos pocos privilegiados tenemos acceso, y donde podemos encontrarnos con algunas *celebrities*. No sé si estoy preparada para esto. Pero ya está hecho. Salimos del taxi, Violet saluda al portero y nos cede el paso sin problemas. Aún no hay mucha gente y lo agradezco, nos dirigimos a la barra y ella se encarga de pedir.

—Dos Manhattan, por favor.

Bueno, eso sí que lo conozco de cuando la gala benéfica y la verdad es que me gustan. El camarero nos los sirve y Violet le guiña un ojo.

—¿Qué hay entre vosotros? —inquiero, directa al grano.

—Nada —responde con una sonrisa pícaro.

—No mientas, Violet.

—Bueno, digamos que un tonto desde hace un tiempo. Pero nada más —confiesa al fin.

—Vaya, vaya, ¿y por qué no dejas que sea algo más?

—Porque él no ataca y yo no voy a lanzarme. Soy una señorita.

—Vamos, Violet, que eso es muy antiguo —digo riéndome—. Ahora las mujeres también piden citas.

—Yo estoy chapada a la antigua, Abby.

—¿Quieres que interceda yo? —le pregunto.

—No, tranquila. Hoy habrá muchos hombres para elegir, al camarero lo guardo en la recámara.

Me guiña el ojo a mí esta vez y da un traguito a su copa, meneando el agitador. No puedo evitar reírme otra vez.

—Eres una mala pécora, Violet.

Ella se encoge de hombros.

—Bueno, soy una mujer que ahora quiere vivir.

—Tienes razón, disfruta tú que puedes.

—Tú también puedes, Abby.

—No, yo no puedo. No voy a serle infiel a mi marido, no es mi estilo.

—Entonces toma una decisión más drástica, porque estáis estancados —comenta, y en esto tiene razón.

—Bueno, quizás un tiempo nos venga bien a los dos...

—¿A quién quieres engañar? A mí no me engañas... Pero si con eso te convences a ti misma cada noche, entonces tú sabrás. Pero hemos venido a disfrutar, así que vamos a bailar mientras podamos. Después esto se llena y no hay quien se mueva.

—De acuerdo.

Nos vamos al centro de la pista y nos ponemos a bailar, suena la canción *24k magic* de Bruno Mars y Violet se mueve como si tuviera el ritmo en el cuerpo, en cambio yo parezco acartonada, hace tiempo que no bailo. Desde el día de la gala, y creo que incluso ese día también lo hacía sin gracia.

—Muévete con más soltura, déjate llevar..., siente la música —me susurra Violet agarrándome de las caderas para guiarme—. Eso es, vamos... saca lo que llevas dentro, nena.

Las dos reímos y me animo un poco más. Finalmente, entre su ayuda y

sus palabras alentadoras, pierdo el pudor y cierro los ojos, abandonándome. Solo pienso en la letra, en la música penetrando dentro de mí y bailo, bailo como si estuviera sola en la pista, sintiéndome libre por primera vez en años.

Capítulo 19

Archibald

Ayer me escribió Abby, pero decidí ignorarla porque este fin de semana quiero desintoxicarme de todo: de ella, del problema de Yuga; ser yo mismo e intentar retomar mi vida donde la dejé antes de conocerla. Lo decidí desde el mismo momento en que regresé a casa y hablé con Brandon y me dijo que intentaría ayudar a aquella niña indefensa. Creo que puedo lograrlo.

Esta noche, Brandon y yo hemos salido para divertirnos y estamos en el 1Oak tomando una copa; el local aún no está muy concurrido y casi lo agradezco, odio cuando no se puede ni respirar y tienes que abrirte paso a empujones entre la gente para llegar a la barra.

—Amigo, mira a la pista de baile... —me dice Brandon.

Por un momento no sé qué es lo que quiere decirme, pero entonces, cuando me fijo bien, la veo: es Abby, bailando como si estuviera solo ella en el local. Se mueve de una manera tan sensual que creo que tiene hipnotizados al resto de los hombres igual que me está hipnotizando a mí, sujetándose su preciosa melena pelirroja con la mano, con los ojos cerrados y su otra mano en la cadera. Es como si fuera una diosa en el olimpo invocando al resto de dioses para hacer lo que quiera con ellos.

«¡Joder! Y yo que quería olvidarme de ella. Esta visión me va hacer imposible borrarla de mi mente».

—Creo que no se da cuenta de que está poniendo cachondos a casi todos los hombres del local —susurra Brandon—. Deberías decírselo antes de que algún capullo intente algo...

—No creo que sea lo más apropiado, está bailando y está con su compañera de piso.

—Que, por cierto, está muy buena. ¿Está libre? —interviene Brandon que nunca se le escapa una.

—No lo sé, Brandon. Vayámonos de aquí, será lo mejor.

—¡No me jodas, Archi! Acabo de pedirme la copa. No voy a irme. Además, me gusta ver a tu pelirroja bailar. ¡Hmm! Reconozco que me también está poniendo cachondo, quizás tenga que ir a desfogarme al baño — dice entre risas maliciosas.

Creo que lo está haciendo para provocarme y al final ha conseguido.

—¡Eres un cabronazo!

Me voy a la pista que echo chispas.

—Abby... —la agarro del brazo y ella da un respingo al verme; su cara es indescifrable, creo que pasa de sorpresa a furia. Me recuerda al día en que nos conocimos—. ¿Podemos hablar?

—Pues mira..., no. Estoy bailando —dice tensa.

—Precisamente por eso, Abby. Tu manera de bailar es un poco... Cómo decirlo, provocativa.

—¿Acaso te molesta? —pregunta elevando el tono de voz.

—Sí cuando tienes a todos los hombres mirándote con deseo.

—¿Y eso te molesta, Archi? —inquire con retintín.

—No, pero quizás no quiera apartarte a los moscones.

—Soy mayorcita, sé cuidar de mí misma.

—Perfecto, cuando te pase algo, no acudas a mí. Que tengas buena noche.

Me voy de su lado hecho una furia, si antes estaba enervado ahora estoy que echo humo por las orejas.

—¡Nos vamos! —le digo a Brandon.

—Pero tío..., que no he acabado la copa...

—¡Me importa una mierda, o vienes o te quedas en tierra!

Brandon deja la copa en la barra y sale detrás de mí.

—¿Qué ha pasado con tu pelirroja?

—¡No es mi pelirroja, joder! —replico hecho una furia. Mejor estallar aquí que ahí dentro—. ¿Cuándo narices vas a parar con esa mierda? Estoy hasta los cojones de oírtelo decir. Si le pasa algo que se apañe ella sola, estoy harto de ser el alma caritativa de todos...

—¡Archi, colega! Tranquilízate... —me dice Brandon al verme tan alterado.

—¡Me saca de mis casillas! ¡Maldita mujer! ¿Por qué se cruzaría en mi camino?

Brandon silba entre dientes, observando mi estado.

—Tío, te gusta demasiado. Creo que te has enamorado de ella.

Pero no le hago caso. No quiero pensar en sus palabras, porque creo que tiene toda la razón.

—Me voy a casa...

—¡Joder! Tío, no me jodas... Dijimos que nos lo íbamos a pasar bien.

—Lo siento, no estoy de humor.

Justo cuando voy a coger mi coche seguido de Brandon, su compañera de piso viene hacia nosotros todo lo deprisa que sus tacones le permiten.

—¡Archibald! ¡Por favor! Tienes que venir. Abby está en un lío.

—¿¡Qué ocurre!?! —pregunto malhumorado.

—Dos hombres la están acosando. Se han acercado diciendo que la invitaban a unas copas y luego a su casa. Ella se ha negado pero no la dejan en paz. Hemos intentado que se fueran, pero no quieren hacerlo.

Me adentro de nuevo en el club casi sin permiso del portero, que entra detrás de Brandon. Me acerco a la pista. Abby está en una esquina, intentando dialogar con uno de los hombres que la sujeta del brazo. Parece tensa y agobiada. La mirada de ese hombre me crispa los nervios, parece un lobo mirando a un cervatillo. Me acerco a zancadas.

—Eh, tú. Haz el favor de soltar a la señorita —le espeto.

—Esfúmate, tío. Estamos juntos.

—Me parece que no. Haz el favor de soltarla ahora mismo.

—¿O qué? —inquire con chulería.

—O te las verás conmigo.

—Y conmigo —interviene Brandon.

—Vaya, dos pijos que se creen mejores que nadie. Pues lo siento, pero la pelirroja se va a venir conmigo a mi casa a terminar lo que ha empezado en esta pista de baile.

—Yo creo que ella no quiere ir contigo. ¿No es cierto, Abby?

—Es cierto, no quiero ir con este caballero, ya se lo he dicho... —dice sin apenas voz. Está asustada, y verla asustada me enfada aún más.

—¿Ves?, no quiere ir contigo. No hay más que hablar. Ahora, si nos disculpas, nos vamos.

Agarro a Abby del otro brazo e intento tirar de ella pero ese cretino, aunque ya la ha soltado, se encara con ella.

—¡Putas calentapollas! ¿Te crees que puedes bailar así y luego marcharte de rositas?

—Yo... —susurra sin apenas voz.

—Abby, ¡sal fuera! —le ordeno.

Su compañera la agarra y salen del bar, y cuando parece que la cosa se va a poner más tensa, el portero se acerca a nosotros.

—No quiero peleas aquí, ¡fuera! —nos dice.

Brandon y yo nos vamos, pero los otros dos tipos hablan con él y parecen quedarse en el local. Casi lo agradecemos, no me apetece nada

pelearme con un idiota y salir a golpes por esa mujer.

Al salir del club, Abby se acerca a mí.

—Gracias, Archi. Yo... lo siento. No tenías por qué involucrarte.

—Deberías tener más cuidado —espeto con mal humor—. Buenas noches.

—Quizás podíamos tomar algo más tranquilo los cuatro —interviene su compañera.

—Claro, no estaría mal —se adelanta Brandon.

—Yo ya me iba a casa. Otra vez será.

—Vamos, Archi, por favor, una copa... —me ruega Brandon. Sé que se lo debo, pero estoy tan enfadado por lo ocurrido con Abby que no me apetece nada estar a su lado. La cercanía de esta mujer solo me trae problemas.

Ella me mira acobardada y Brandon un poco molesto. Sé lo que quiere. Al final cedo, diciéndome a mí mismo que es por mi amigo.

—Está bien...

—Conozco un bar... —dice la amiga de Abby—. Por cierto, no nos han presentado —interviene acercándose a Brandon—. Yo soy Violet.

—Yo Brandon —dice mi amigo agarrándola de la cintura y recreándose más de la cuenta al darle dos besos.

—Archibald, a ti ya te conozco, del día del piso.

—Sí, sí... —contesto sin ganas.

—Pues como os decía, conozco un bar donde ponen música y además es karaoke. Estaría muy bien ir a tomar una copa y, si nos animamos, cantar algo. Sería divertido.

—Yo tomo una copa y me voy a casa —intervengo.

—Bueno, eso ya se verá... —comenta Brandon—. Dinos la dirección, conduzco yo —dice quitándome las llaves del coche.

—Será mejor que conduzca yo. Te has bebido ya dos copas. Violet, dime la dirección...

—97 Bowery.

—Perfecto.

Nos dirigimos hasta donde tengo estacionado el coche. Brandon se ha puesto a hablar con Violet y Abby va andando detrás de mí. Yo voy primero y no tengo intención de intercambiar ni una palabra con ella, pero parece que su intención es otra.

—Archi, ¿qué tal el viaje? —pregunta acelerando el paso para ponerse a mi altura.

—Bien, gracias... —respondo apretando un poco más mis zancadas.

—¿Conseguiste firmar el contrato?

—Sí. Pero no me apetece hablar de trabajo. Es fin de semana. Es el único momento que tengo para desconectar.

—Lo siento, tienes razón... También siento lo de antes, yo...

—Déjalo Abby...

—No quiero que estés enfadado conmigo. Sé que tenías razón, pero estaba un poco molesta por que no me contestaste ayer al wasap y no quise hacerte caso.

«¿Así que por eso se ha puesto tan borde? Ahora lo entiendo, bueno, no mucho, pero al menos entiendo un poco su malhumor».

—Abby, ayer llegué muy cansado del viaje y necesitaba descansar. No obstante, tu trabajo es muy bueno. Pero tienes que confiar un poco más en ti.

—¿Cómo sabes que es bueno? —pregunta ceñuda.

—Porque mi madre me lo ha mandado esta mañana.

Su expresión de sorpresa es tan divertida que casi se me pasa el enfado.

—¿Y lo has leído?

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a hacerlo? Siempre leo los artículos que me manda mi madre para darle mi punto de vista. ¿Por qué iba a ser diferente ahora?

—¡Ah! De acuerdo... Pensé... ¡Perdón! He metido la pata...

—Para nada. Aunque como te he dicho tienes que confiar más en ti y dejar de tener dudas. Es un buen trabajo, enhorabuena. ¡Ya hemos llegado! —digo un poco más alto para que Brandon y Violet me oigan y así finalizar nuestra conversación.

Hemos tardado casi media hora en llegar al bar y estacionar mi coche. Un poco cansado de escuchar las risas de Violet y Brandon, bajo del coche y entramos todos al local. No es un bar muy de nuestro estilo, espero que al menos tengan buena cerveza.

Nada más entrar escucho la voz de un hombre cantando y eso me horroriza, es la peor interpretación de Frank Sinatra que he oído en toda mi vida, está destrozando *My Way*.

—Voy a pedir... —comento—. ¿Qué queréis?

Todos me indican lo que quieren y veo a Brandon riéndose con las chicas. Parece que están tramando algo. De vez en cuando me lanzan miraditas. Esto empieza a ser escalofriante.

Nos sentamos en una mesa, rápidamente el camarero nos trae las

consumiciones y una nota.

—Caballero, es usted el siguiente...

—¿El siguiente? —pregunto.

—Sí, el siguiente para cantar.

Furioso, miro a Brandon y niego con la cabeza.

—No voy a subir.

—Vamos, amigo... Cantabas en el coro del colegio. Lo harás bien...

—No pienso cantar. Os lo he advertido.

—Venga, tío. Vamos a cantar todos. ¿Por qué no tú el primero?
¡Divirtámonos! ¡La noche es joven!

—No —contesto rotundamente.

El hombre termina de destripar la canción y entonces me hacen una señal. Los tres me vitorean y yo niego, pero al final todo el bar parece que me aclama y para que se callen, decido subir. Ellos incluso me han elegido la canción. Se trata de *When I was your man* de Bruno Mars. ¡Qué casualidad, otra canción de Bruno Mars! Aunque esta letra tiene algo que me cala dentro. Y miro a Abby mientras la canto. Ella no deja de mirarme tampoco y entre los dos vuelve a establecerse esa conexión, como cuando bailamos el día de la gala. Es extraño y placentero a la vez, como si solo existiéramos ella y yo en el bar. Creo que incluso puedo tocarla estando lejos, alcanzar su alma, su corazón.

Pero entonces, la canción termina y la gente me aplaude sin cesar. Sonrío, agradeciendo el gesto y bajo del escenario un poco acobardado.

—¡Joder tío, me has dejado sin palabras! —me dice Brandon dándome dos golpecitos en la espalda.

—Gracias... Ahora os toca a vosotros.

—Has cantado de maravilla —insiste él—. No sabía que se te diera tan bien cantar.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes... —replico riéndome.

—Tienes razón. Tengo que investigarte más, soy un mal amigo.

—No es para tanto. Y no te pongas dramático, eso no es cierto.

Brandon a veces se comporta como un cretino, pero la realidad es que siempre está ahí para apoyarme. Lo ha estado esta noche, con lo de Abby, y ahora está consiguiendo que me lo pase bien.

—¡Te toca, Abby! —dice Violet.

Abby sube al escenario sonriendo. Ha elegido la canción de *Like a prayer* de Madonna. No lo hace del todo mal, pero está un poco intimidada y

creo que es por lo sucedido esta noche, imagino que no quiere dar pie a nada más. Cuando termina, la gente también le aplaude, aunque es cierto que apenas se ha movido en el escenario.

—¡Has estado estupenda, amiga! —le dice Violet.

—Es mi turno... —comenta guasón Brandon que sube al escenario.

Su canción es *Can't stop the feeling* de Justin Timberlake y aunque la voz no es su fuerte, Brandon se mueve en el escenario dando un espectáculo como ningún otro, haciendo que la gente le aplauda y se mueva al son de la música. Todos nos levantamos de nuestros asientos para corearle y bailar juntos el estribillo.

—¡Te has superado! —le dice Violet cuando llega a nuestra mesa.

—¡Señorita, eres la última!

—Me da vergüenza. Yo nunca he hecho esto... Abby sube conmigo, por favor.

—Pero yo ya he cantado una...

—¡Por favor!

Al final Abby se anima y le dicen al encargado que les cambie la canción. Cuando escucho los primeros acordes miro a Brandon y niego con la cabeza. ¿Pero es que estas mujeres no escarmientan? Se trata de la canción *Beautiful Liar* de Beyoncé y Shakira.

Al principio solo la cantan, pero poco a poco se meten en el papel y ambas se mueven con sensualidad, cantando y bailando al ritmo de la música.

—¡Joder! Ya empiezan... —susurra Brandon.

—¡Está visto que hoy vamos a tener que partir alguna cara o nos la parten a nosotros! No lo tengo del todo claro —digo al ver cómo todos los hombres las vitorean.

—Tienes razón...

Se colocan de espaldas y van bajando lentamente, parece como si lo hubieran ensayado y al final terminan la canción y Violet besa en la boca a Abby bajo la atenta mirada de todos los hombres... Imagino que es para cortar esa excitación que han provocado.

Se oye algún «¡Mierda!» «¡Me cago en la puta!», y cosas por el estilo mientras ellas se bajan de escenario, pero también risas y silbidos.

—¿Vosotras estáis locas o qué? —inquiero cuando están sentadas en la mesa.

—La verdad es que se nos ha ido un poco de las manos, sí —dice Violet riéndose.

—¿Queréis que nos maten hoy? Porque al paso que va la noche vamos a tener que partir la cara a más de uno. ¡Joder! No se puede bailar así en un bar atestado de hombres. ¿En qué estabais pensando?

—La verdad es que nos dejamos llevar —interviene Abby.

—Tampoco hace falta que te lo tomes como algo personal. Nosotras podemos hacer lo que queramos, bailar como queramos y besarnos en la boca si nos da la gana. No es culpa nuestra que haya hombres prehistóricos que no sean capaces de contenerse y no respeten a las mujeres —suelta Violet muy tranquila—. Son ellos los que tienen que comportarse civilizadamente y controlarse. Nosotras no lo hacemos por ellos, ni para ellos. Somos libres, que les den.

La miro y me contengo porque si no voy a soltar una barbaridad.

—Creo que es hora de poner fin a esta noche. Yo al menos me voy —digo porque tengo ganas de irme.

—¿Estas seguro? —pregunta Brandon.

—Quédate tú si quieres. Yo me voy.

—Yo también me voy... —dice Abby.

—Bueno, pues solo quedamos tú y yo —le dice Violet a Brandon mientras yo salgo por la puerta y Abby me sigue, aunque desearía que no fuera así.

—Archi, ¿te importaría acercarme a casa?

—La verdad es que sí me importa, Abby. Es mejor que tomes un taxi. Buenas noches.

Creo que he sido muy tajante, quizá demasiado. Ella se queda mirándome, sorprendida como un niño que no entiende por qué le están regañando. Quisiera disculparme, de hecho estoy a punto de hacerlo, pero al final me contengo.

—De acuerdo... Buenas noches, Archi.

—Buenas noches, Abby.

Me doy la vuelta y me voy, dejándola atrás. Y no me siento mejor.

Capítulo 20

Abigail

Veo cómo Archi se marcha sin mediar palabra, dejándome sola en la puerta del bar. Por un momento dudo si volver adentro, pero algo me dice que Brandon y Violet tienen otros planes y solo molestaría. No entiendo su malestar, en realidad es cierto que quizás nos hayamos emocionado un poco con el bailecito y la canción era un poco provocadora, pero no creo que haya sido para tanto. ¿O sí?

«¡Quizás después de lo sucedido en el club 1 Oak, sí nos hemos extralimitado!», recapacito por un momento.

Creo que esta noche ha sido totalmente desacertada, no tendría que haber salido. Me he comportado como una adolescente. Pero me lo he pasado tan bien... Además, hace tanto que no salía de fiesta que ya ni siquiera sé cómo hay que comportarse. Soy una estúpida, no me extraña que Archibald se haya enfadado. En el club casi tiene que pegarse con dos hombres para defenderme, y ahora esto...

Me voy a casa y tardo un tiempo en quedarme dormida. El domingo no veo apenas a Violet hasta por la tarde. Me comenta que ha pasado la noche en un hotel con Brandon, siguiendo mi consejo y que después se han ido a comer. Me alegro por ella, creo que Brandon no es un mal tío.

Decido acostarme pronto. El lunes es el día de las rotativas y espero que mi artículo salga en la revista. No he tenido noticias de Linda y pese a que Archibald me dijo que el artículo era bueno, aún tengo mis dudas sobre ello.

Por la mañana, me despierto con el mensaje de mi hijo. Es gratificante. Me dice que su padre le ha dicho que pasará fuera desde el jueves hasta el lunes de la próxima semana por un congreso y que ha pensado en venirse a Nueva York ya que va a terminar los exámenes el martes. Así que rápidamente le contesto que hablaremos a mediodía pero que me parece un plan maravilloso. Estoy muy ilusionada por verlo, ya le echo de menos.

Pero al llegar a la revista, mi humor cambia. Shianna está discutiendo en el pasillo con Linda, y por lo que parece, se trata de mí.

—No está preparada para sacar un artículo ella sola, Linda, y por mucho que te empeñes no voy a leerlo ni a sacarlo en la revista —expone Shianna.

—Shianna, tú diriges la revista y lo haces con eficiencia, nunca he tenido

ninguna queja de ello, pero te olvidas de que yo soy la dueña. Además, esa sección es mía, decidimos que yo eligiera quién la escribía. Si he tenido la deferencia de decirte que ese artículo era de Abby ha sido solo y exclusivamente porque me apetecía que comprobaras lo bueno que era, ya que no me llegan más que quejas continuamente de ella para que la despida. Así que ya estás poniendo en marcha la rotativa para que salga la revista a tiempo.

—¡No! Hay personas más cualificadas que esa inútil para escribir un artículo.

—Shianna, un respeto... —dice Linda al verme petrificada en la puerta —. Vayamos a mi despacho. Las tres —recalca.

Shianna se da la vuelta y al verme su cara está aún más encendida. Yo no sé ni qué decir. No pensaba que fuera a organizarse una discusión así por mi culpa.

Linda entra y a continuación lo hace Shianna, por último, entro yo y sin que nadie me diga nada cierro la puerta cuidadosamente.

—No sé qué es lo que te molesta de Abby, Shianna, pero se tiene que acabar. Así no podemos trabajar.

—Lo único que me molesta es que entró por enchufismo tuyo y de tu hijo. Había personas más cualificadas y con unas trayectorias profesionales mejores. Bueno, aclaro —dice con retintín—, con trayectorias profesionales, porque ella no tiene ninguna.

—Me parece que no te acuerdas de cuando tú empezaste, Shianna. Porque si mal no recuerdo, terminaste la carrera y tienes el trabajo gracias a que eras la novia de mi hijo, y después su mujer. Si sigues manteniendo este trabajo...

—Es porque soy buena en lo que hago —le espeta cortante.

—Sí, efectivamente, pero lo que quiero explicarte es que a ti se te dio una oportunidad para comenzar, igual que yo se la he dado a Abby. Sé que es buena, a las pruebas me remito, por eso no entiendo qué es lo que tú no logras ves y el resto de la gente sí vemos. ¿Qué es lo que te tiene tan cegada? —pregunta Linda.

—¡Nada! —vocifera.

—Shianna, por favor, baja la voz y dinos qué es lo que te pasa... Aquí la tienes, si te ha hecho algo que te ha molestado, lo que sea, estoy segura de podemos aclararlo como personas civilizadas. Pero esto se tiene que acabar. Quiero que la revista funcione y si no arregláis lo que sea que hay entre las

dos, no va a funcionar nunca.

Shianna respira y expira profundamente. Creo saber lo que le pasa: lo del día de la gala, que Archibald la dejó plantada. Ella tenía intenciones con él, pero claro, no sé si es buena idea decirlo delante de su madre y quedar yo como una pretenciosa, pudiendo equivocarme.

Al final, Shianna parece que va a hablar, cuando el teléfono de Linda suena.

—Si me disculpáis un momento, tengo que atender esta llamada, es mi marido —dice saliendo de su despacho.

En un primer momento se hace el silencio, pero después Shianna comienza a hablar:

—Mira, pelirroja de pacotilla, estoy harta de ti. Si te has creído que puedes pisarme estás muy equivocada. Te crees que porque tengas carita de ángel vas a poder engañar a Linda, pero estoy segura de que pronto se dará cuenta del tipo de mujer que eres. Una trepa. Engañaste a Archi para conseguir el puesto y ahora la engañas a ella para quedarte con el mío. Pero no lo vas a conseguir.

Me quedo con la boca abierta al oír sus palabras. Me está atacando directamente, justo ahora que Linda no está. «¿Pero qué dice esta mujer? ¿Es que se ha vuelto loca?».

—Shianna, estás muy equivocada. No obstante, ¿de que tienes miedo? ¿crees que puedo hacerte sombra en algo? —inquiero, sin ganas de discutir pero defendiendo mi territorio.

—No te equivoques, bonita. No tengo miedo.

—Entonces dile a Linda por qué me odias tanto, o al menos dime la verdad a mí: ¿es porque Archi estuvo conmigo la noche de la gala benéfica? —vuelvo a insistir.

—Solo quiso cambiar de aires deslumbrado por un bonito vestido y un color de pelo diferente, pero no eres nadie, pelirroja. Tienes un cuerpo normal y no eres nada del otro mundo.

—Perfecto, Shianna. Entonces, si no soy competencia para ti, deja ya de putearme y reconoce que mi trabajo es bueno.

—¡Eres una engreída!

—Lo que tú digas.

Shianna está a punto de perder los nervios, puedo notarlo. Por lo que no la incito más, no sé de lo que es capaz y no me apetece nada llevarme un golpe en la cara o un tirón de pelos.

—Ya estoy de vuelta —dice Linda—. Señoritas, ¿han aclarado todo?

—¡Por supuesto! —dice Shianna— Todo aclarado.

—Entonces pon en marcha las rotativas y dale a Abby un hueco en la publicación semanal. No te digo que sea grande, pero hazle un sitio.

—Pero Linda...

—No quiero más objeción. Si tengo que hacerlo yo, no seré benevolente. Shianna sale del despacho de Linda y ella me hace un gesto con el dedo para que me espere.

—Abby, siento que hayas tenido que presenciar lo de antes —me dice seria.

—No es nada, Linda. Shianna la tiene tomada conmigo desde la gala...

—Me lo imaginaba. No es mala chica, pero últimamente no sé qué le pasa. Creo que vuelve a sentir algo por Archi y él no le hace caso. Es más, creo que la está evitando. Por eso creo que simplemente eres un daño colateral.

—Lo sé.

—Hablaré con Archi, pero no creo que pueda ayudarte con ella. Shianna es una mujer muy testaruda.

—Gracias, Linda. No es necesario. Tranquila, ya has hecho suficiente...

—Por cierto, Abby. Muy buen trabajo —añade sonriendo—. Me encantó el artículo. Es realmente bueno.

Sus palabras me animan más de lo que esperaba. Después de lo que estoy pasando, su reconocimiento es como un rayo de sol.

—¿En serio? Tenía mis dudas...

—No las tengas, serás una gran periodista, solo tienes que tener más fe en ti misma.

—Eso mismo me dijo Archibald el otro día.

—Entonces, haznos caso.

—Lo haré —digo con mucha decisión—. Si no quieres nada más, me voy a trabajar.

—No, ya puedes irte.

Después de todo, el día no ha terminado mal. Consigo un pequeño trabajo de investigación para entregar el viernes. No es muy extenso, pero al menos es algo que me gusta y que me mantendrá ocupada toda la semana.

Violet de nuevo está de viaje, así que mi semana es más o menos normal, no sé nada de Archibald después de lo sucedido el sábado y pese a que estoy tentada de llamarle y escribirle, decido dejar las cosas como están.

El jueves por la tarde voy a buscar a Mike al aeropuerto. En cuanto me ve, nos fundimos en un fuerte abrazo. Le he añorado mucho, hasta ahora no me había dado cuenta de cuánto.

—Cariño, ¡qué alegría verte! ¡Te he echado de menos!

—Y yo también a ti, mamá. ¿Cómo va todo?

—Vamos al apartamento y hablamos.

Después de que se haya instalado y tras un rato de charla, decidimos salir a cenar, no es que me sobre el dinero, pero una hamburguesa con patatas sí podemos permitirnos.

Mi hijo es siempre tan bromista y tan gracioso que me olvido de todo el mundo. Me cuenta anécdotas y me habla de cómo le va con los estudios y en sus actividades cotidianas. Hablamos de series, de actualidad... siempre tiene un comentario ingenioso para todo. Es maravilloso.

—Cariño, gracias por venir —le digo feliz.

—Tenía ganas de verte, muchas. Además estar con papá es muy aburrido y apenas pasa por casa últimamente.

—¿Y eso? —inquiero un poco confusa.

—No lo sé, no le pregunto. No está muy comunicativo desde que te fuiste.

—Lo siento, Mike.

—No es culpa tuya.

Le he preparado la habitación de invitados, pero esta noche decide acostarse conmigo, quizás porque le apetezca estar a mi lado. Yo no protesto, también quiero dormir con él. Hace mucho tiempo que no duermo en compañía de nadie y notar la calidez de alguien a mi lado, para variar, me reconforta.

Al sonar el despertador, mi hijo abre los ojos y sonrío.

—Cielo, duérmete, es muy temprano.

—Tranquila, mamá, voy a desayunar contigo y después voy a salir a conocer Nueva York. ¿Qué te parece si después voy a buscarte para ir a comer?

—Lo tienes todo planeado, ¿no es cierto?

—Eso es, ya sabes que soy un chico muy organizado, me parezco a ti.

—En eso tienes toda la razón —le digo dándole un beso en la frente.

Nos levantamos y mientras preparo el desayuno él se da una ducha. Desayunamos unas tostadas y un café charlando de cómo le han ido los exámenes. Me encanta volver a ver a mi hijo y compartir los desayunos con

él. Es algo que hasta ahora no me daba cuenta de lo mucho que añoraba.

—Cariño, tengo que irme —le digo después de vestirme—, tienes anotada la dirección, nos vemos a las dos. ¿Estarás bien? Nueva York es una gran ciudad. Debes tener mucho cuidado.

—Claro mamá, no te preocupes. Trabaja mucho y bien. Yo disfrutaré de la gran manzana.

Sonrío, le beso en la mejilla y me voy directa a mi trabajo. Debido a que me he entretenido un poco más con Mike, decido tomar un taxi. No quiero dar a Shianna ninguna excusa para que me ponga de patitas en la calle. Al final llego temprano y me centro en el trabajo que se me ha asignado. Parece que ella no está de humor, pero al menos no me molesta en toda la mañana salvo a última hora. Casi cuando es la hora de salir. Parece que esta mujer tiene un radar para fastidiarme.

—Abigail, necesito que termines con el trabajo antes de comer —me suelta sin más.

—Pero..., he quedado para comer con mi hijo. Ha venido a pasar el fin de semana. ¿No puede ser después?

—No.

—Está bien. Lo anularé.

Intento localizar a mi hijo, pero tiene el móvil apagado o fuera de cobertura, porque no me lo coge. Maldigo en silencio. Menuda perra. Tiene un don para fastidiar las ocasiones especiales.

«¡Maldita pécora!», digo para mí misma.

Espero que Mike vea la llamada antes de venir y ahorrarle el camino. Me centro en mi trabajo ya que no puedo localizar a mi hijo, todavía es la una y media, es posible que no termine pero ya que no puedo dar con él es lo único que puedo hacer.

Capítulo 21

Archibald

De nuevo mi madre se ha empeñado en que comamos juntos y eso supone ver a Abby. Llevo toda la semana sin saber nada de ella, después de lo del sábado he decidido poner un poco de espacio, dedicarme a trabajar y dejar que solo mis sueños sean suyos, porque no puedo dominarlos. Así que aquí estoy subiendo en el ascensor armándome de valor para volver a ver a esa pelirroja que me vuelve loco en todos los sentidos. Salgo del ascensor con un muchacho de no más de dieciocho años. Se me adelanta y pregunta a la recepcionista por Abby.

—Buenos días, soy Michael Stewart. El hijo de Abigail Stewart. ¿Podría avisarla? Me está esperando.

—Buenos días, un momento, por favor.

«¡Vaya, vaya! Ósea que el muchacho que ha estado a mi lado es el hijo de Abby. ¡Qué sorpresa!», me digo mentalmente.

Le observo por un momento. Tiene sus mismos ojos, aunque el pelo es oscuro, imagino que como su padre. Siento una punzada de celos por ese tal Robert. Suspiro, un poco exasperado, y decido retirar mis pensamientos negativos e intervenir.

—Dorothy, buenos días. Ya le acompaño yo.

—Gracias, señor Lester.

—¡Ah! ¿Usted es Archibald Lester?

—Sí, en efecto —respondo un poco sorprendido. No entiendo muy bien cómo es posible que me conozca pero...

—Un placer conocerle. Soy Michael Stewart.

El muchacho alarga la mano para saludarme. Es muy formal y respetuoso pese a ser tan joven y eso también me resulta algo chocante, aunque agradable.

—Lo mismo digo —respondo, estrechando su mano—. Acompañeme, Michael.

Me sigue a una distancia prudencial hasta el lugar de trabajo de Abby. Al llegar le hago una señal.

—Aquí la tienes, chico.

—Gracias, señor Lester.

En ese momento Abby levanta la cabeza de su mesa, un poco azorada. Al verme, su cara palidece. No sabría decir muy bien por qué.

—Buenos días, Archibald —me dice con educación. Imagino que es porque está delante su hijo. Luego le mira a él—. Mike, cariño. Te he llamado. No puedo comer contigo, tengo que terminar un trabajo, Shianna me ha dicho que debo entregárselo sin falta cuanto antes.

Mi cara se endurece, ¡maldita mujer! Creo que lo hace para castigarla. Me encantaría hablar con ella y decirle cuatro cosas, pero creo que no ayudaría a Abby sino todo lo contrario.

—Se me ha acabado la batería del móvil, ayer se me olvidó cargarlo... Tranquila, comeré algo por ahí, el trabajo es lo primero —indica dándole un beso en la mejilla.

Mi madre aparece en ese momento, interrumpiendo la conversación, llena de energía como siempre.

—Archi, hijo, ya estoy lista. Hasta luego, Abby. Oh, vaya... pero ¿a quién tenemos aquí?

—Buenos días, Linda. Es mi hijo Michael —comenta Abby con una tenue sonrisa.

—Buenos días, señora Lester. Un placer conocerla al fin... —dice el joven con educación, extendiendo la mano. Mi madre se la estrecha con una sonrisa amable—. Gracias por ayudar a mi madre. Por darle esta oportunidad. Se lo merece y estoy seguro de que no la decepcionará.

—Vaya, jovencito, estoy segura de que no lo hará. El placer es mío. ¿Y qué te trae por aquí?

—Venía a comer con ella, pero al final tiene que quedarse a terminar un trabajo.

Mi madre frunce el ceño, pensativa y al final se da la vuelta y dice:

—Dadme unos minutos.

Creo que va a intervenir y no sé si será contraproducente para Abby. Shianna es una mujer muy temperamental, la tiene tomada contra Abby, de eso no me cabe duda.

Mi madre no tarda en regresar con una sonrisa triunfal y Shianna nos mira con gesto enfadado, pasando por el pasillo a toda velocidad sin despedirse. Solo se escucha el repiqueteo de sus tacones.

—¡Todo arreglado! Abby, puedes salir a comer, Shianna ha accedido a que le entregues el trabajo más tarde.

—Gracias, señora Lester —responde Michael encantado.

—Llámame Linda, por favor. Y ahora que Abby está libre, ¿por qué no venís los dos con Archi y conmigo? Así podrás comer en uno de los restaurantes más exclusivos de Nueva York, Michael.

—¡Oh! Gracias, Linda, pero no podemos aceptar —responde Abby de inmediato.

—Además, tenemos una reserva para dos —añado yo.

—¡Tonterías! Abby, me apetece muchísimo invitaros a los dos. Archi, cariño, ahora mismo llamo y estoy segura de que tendrán sitio para dos más. Así que no se hable más. ¿Verdad, Michael?

El chico asiente un poco sorprendido, imagino porque nos ha dejado a los dos sin voz ni voto.

«Era lo que me faltaba, comer con Abby y su hijo», maldigo en silencio. Si tengo que sentarme con ellos y conocer a Michael, que además parece muy buen chico, mi plan de sacarme a esta mujer de la cabeza se va a ir al traste.

Mi madre llama al restaurante y sonrío cuando me dice que todo está arreglado.

—Archi, será mejor que vayamos en tu coche.

—Es un coche deportivo, no sé si los cuatro vamos a ir cómodos.

—Seguro que sí.

Suelto el aire exasperado y Abby me mira con cara contrariada. Creo que a ella le apetece tan poco como a mí esta comida. Sin embargo, su hijo está entusiasmado y se pasa todo el trayecto en el ascensor hablando con mi madre, que le da conversación más que de buen grado.

En el coche, Abby y su hijo se montan atrás, no es un coche cómodo, pero aun así ellos no se quejan. El trayecto no es largo y casi lo agradezco, porque mi madre no deja de hablar con Michael y él se ríe con ella. Me enerva, para qué negarlo. Todo el mundo parece pasarlo bien en estas circunstancias excepto yo.

En el restaurante, la situación es similar. Abby apenas interviene y mi madre no deja de contar batallas de cuando yo era pequeño, Michael también habla de aventuras de su niñez y al final nosotros dos somos como meros espectadores.

—Si me disculpáis un momento... —se excusa Abby.

Esta tensión me está matando, siento que tengo que ir con ella y hablarle de una vez por todas.

—Yo también tengo que excusarme.

Mi madre y su hijo apenas nos han prestado atención así que acelero mis

pasos y antes de que entre en el baño, la intercepto. La cojo del brazo y ese contacto me quema, creo que a ella también, porque noto cómo todo su cuerpo tiembla.

—Abby, espera un momento.

—¿Sí, Archibald?

Arrugo el entrecejo.

—¿Ahora de nuevo soy Archibald?

—Sí, bueno..., ¿qué más da? —inquire y sé que está molesta.

—A mí no me da igual. Sabes que no me gusta que me llamen así mis amigos.

—¿Seguimos siendo amigos? Después de lo de la otra noche, pensé que ya no.

—Por supuesto que seguimos siendo amigos, te recuerdo que te salvé de que un par de capullos te hicieran cualquier cosa... Pero mi paciencia tiene un límite, ¿sabes?

—No tenías por qué intervenir, no era asunto tuyo.

—¿Y qué hubieras hecho, Abby?

Se queda por un momento sin decir nada, noto cómo traga saliva, imagino que pensando la respuesta.

—No lo sé...

—Exacto, Abby. Si yo no hubiera estado allí, quizás... —No quiero ni pensar qué hubiera pasado y prefiero no decir lo que pienso—. Mira, Abby, a veces me resulta muy difícil luchar contra mis sentimientos —le digo abriendo un poco mi corazón.

—No te entiendo... —Parece totalmente descolocada.

—Dejémoslo estar —le respondo, porque no debería habérselo dicho. No sé en qué narices estaba pensando—. Creo que el sábado vuestra actitud fue demasiado provocativa y mi semana había sido agotadora, no me apetecía seguir la fiesta y me preocupaba verme involucrado en más problemas por tratar de defenderte. Lo siento por dejarte plantada. ¿De acuerdo?

—Acepto tus disculpas y te pido también perdón. No quería que te vieras envuelto en nada de eso. Sé que mi actitud fue un poco alocada, pero hacía tanto que no salía que me dejé llevar.

—Bueno, como ambos nos hemos disculpado... ¿enterramos el hacha de guerra? —pregunto dibujando una sonrisa y extendiendo mi mano para cerrar el trato.

—Acepto —responde ella estrechándomela y devolviéndome la sonrisa.

—Qué bien que tu hijo esté aquí.

—La verdad es que sí, no me daba cuenta de lo mucho que le echo de menos.

—Es normal... Disfruta el fin de semana con él. Si necesitas cualquier cosa, llámame. Ahora que volvemos a ser amigos...

—Lo haré.

Ella se mete en el baño y yo regreso con mi madre y el hijo de Abby, que siguen enfrascados en una conversación culinaria.

Concluimos la comida con un ánimo mucho más distendido, conversando entre todos, riendo y charlando. Mike es un joven muy despierto y capaz y Abby parece encantada de tenerle aquí. Al finalizar, los llevo de vuelta a las oficinas. Michael se despide también de su madre.

—Mamá, te espero en casa. Te quiero.

—Yo también a ti, Mike.

—Un placer conocerlos, Linda, Archi.

—El placer ha sido nuestro —responde mi madre y yo hago un ademán con la cabeza dejándoles en la puerta del edificio para irme.

La verdad es que siento cierta envidia, su hijo es increíble. Se lleva muy bien con Abby y a la vez tiene un carisma arrollador, se ha ganado a mi madre en décimas de segundo.

El resto de la tarde transcurre muy lenta hasta que recibo la llamada de Brandon.

—Tío, en unas horas estoy en Nueva York, tengo noticias sobre lo de tu niña china y además mañana quiero ir a ver un partido de los Yankees. Hay un lanzador que me interesa y necesito observarle en directo.

—De acuerdo, pues allí estaremos.

—El problema es que no he podido conseguir entradas en tribuna, así que estaremos en asientos normales.

—Tranquilo, Brandon, podré soportarlo... —le digo con una risa.

—Tengo que colgar, nos vemos.

—Adiós, Brandon.

La verdad es que no me apetece mucho estar otro fin de semana con Brandon, necesito algún tiempo de soledad. Además, sé que intentará salir por ahí, pero al menos tendré distracción y sé que este fin de semana no nos encontraremos de fiesta a Abby. O eso espero, porque no creo que salga con su hijo.

A las ocho doy por concluido mi trabajo y me voy a casa. Cuando llego,

Brandon ya está allí.

—Tío, trabajas demasiado —me dice sin cortarse ni un pelo.

—Hola a ti también. Claro, es que tú trabajas muy poco —le respondo.

—Amigo, yo trabajo lo justo y necesario.

—No me digas... —le contesto con ironía—. Bueno, háblame de tus averiguaciones...

—¿En esta casa no se cena?

—Brandon, no he tenido un día estupendo, así que no me toques más las narices, te lo pido por favor.

—¡Está bien! Pero al menos pidamos unas pizzas y mientras esperamos te lo cuento.

—Ve pidiéndolas. Voy a ponerme cómodo.

Subo a mi habitación, me quito el traje y de inmediato bajo de nuevo al salón. Imagino que ya se ha encargado de hacer el pedido a nuestra pizzería favorita.

—Empieza... —le digo cortante.

—Está bien. He hablado con un amigo que conoce a un detective. Con los datos que la chica te dio, hemos conseguido averiguar que existe una mujer que probablemente sea la abuela de la niña. Habría que comprobarlo. También he conseguido contactar con un antiguo amigo que trabaja en una embajada. Me dice que es muy difícil pedir la extradición de una persona que no tiene la nacionalidad. Así que la cosa por ahí está complicada. Pero... —hace una pausa y continua—, también es cierto que como te dije he investigado un poco y hay varias mafias que se dedican a la trata de blancas que traen a mujeres a los Estados Unidos, quizás podrías comprarla. Es cuestión de averiguar si ese mafioso para el que trabaja estaría dispuesto a venderla.

—¡Joder! Brandon, eso es un marrón de dos pares de cojones... —digo preocupado sin darme cuenta de la barbaridad que ha salido de mi boca. Si mi madre me oyera me la lavaría con jabón.

—Lo sé, Archi, pero creo que sería la única opción.

—Está bien. Lo primero es cotejar que la mujer es su abuela, intentaré viajar a Washington para comprobarlo. Después miraremos todas las opciones antes de lanzarnos al vacío.

—Como quieras, Archi. Yo te doy opciones, después haz lo que tú creas. Te apoyaré en lo que decidas.

—Gracias, Brandon, de verdad.

Él sonríe, parece contento de ayudar.

—De nada, amigo. Para eso estamos.

En ese momento suena el timbre. Es el repartidor. Un par de cervezas acompañando a las pizzas nos ayudarán a olvidar un poco las dificultades del día.

Capítulo 22

Abigail

Tener a mi hijo en casa es como un remanso de paz. Estamos cenando y charlando amistosamente cuando aparece Violet.

—Buenas noches, siento interrumpir... ¡Oh! Tú debes de ser Mike, tu madre me ha hablado mucho de ti. Un placer conocerte, cielo, yo soy Violet, la compañera de piso de tu madre.

—El placer es mío, Violet. Mi madre también me ha hablado de ti.

—¡Espero que solo cosas buenas! Aunque si te ha dicho que estoy un poco loca, tampoco es falso.

Todos nos reímos por su aclaración.

—¡Oh, vaya! Esa pizza tiene una pinta buenísima, ¿me dejáis una porción? —inquire con cara de cordero.

—¡Claro que sí, Violet! Hay de sobra —digo alegremente.

—Pues me pongo cómoda y vuelvo en tres minutos. Prometo comer la pizza y después me iré.

—Tranquila, esta es tu casa...

Violet se marcha y Mike sonríe.

—Es un poco rara, ¿no?

—De verdad que está un poco loca, pero es muy maja —le digo, tomando un sorbo de mi vaso de refresco.

—Si tú lo dices, mamá...

Violet no tarda más de los tres minutos que ha dicho y continuamos con la pizza. Ella nos cuenta cómo ha ido su semana, realmente tiene un trabajo de lo más estresante, a veces cuando me quejo me doy cuenta de que su jefe es infinitamente peor que Shianna y me siento mal.

—Mike, ¿te gusta Nueva York? —le pregunta a mi hijo.

—Lo poco que he visto, no me disgusta.

—¿Has pensado estudiar aquí?

—No. Pero quizás si mi madre sigue trabajando aquí, me plantee trabajar también aquí, para estar cerca de ella.

Me quedo sin palabras, eso no lo hemos hablado y al oírse lo decir, me doy cuenta de que me hace muchísima ilusión.

—¿En serio? —le pregunto emocionada.

—La verdad es que queda mucho todavía para eso, pero si siguieras trabajando aquí, sí. Nueva York es una gran ciudad y sus habitantes adoran a los animales, ¿te has fijado en que casi todo el mundo tiene mascotas? Además, hay un zoológico. Podría trabajar aquí de veterinario, tendría mucha salida.

—Chico, es una opción muy buena. Quizás termine comprándome un chihuahua. Podrías ser mi veterinario.

—Vaya... Mi primera clienta. ¡Estoy emocionado! —dice Mike entre risas.

—En serio, ¡siempre he querido tener un chihuahua!

—Aún queda mucho tiempo para que llegue ese momento, pero te lo agradezco, Violet.

—El tiempo, desgraciadamente, pasa muy deprisa... Cuando nos queramos dar cuenta serás un guapo veterinario con una clínica a la última — dice con aire soñador—. Y todas tus clientas, incluida yo, estaremos deseosas por llevarte a nuestros perritos.

—En eso tengo que darte la razón, Violet —intervengo porque creo que está en lo cierto en ambos casos—. Voy a tener que dejar el periodismo y dirigir tu clínica veterinaria para espantar a las clientas babosas.

—Mamá, ¿qué dices? ¿Acaso el refresco llevaba alcohol? —pregunta mi hijo, mirándome desorientado.

Violet y yo nos miramos y comenzamos a reírnos. Tenemos que admitir que a veces somos horribles.

—Cariño, no me negarás que un veterinario joven y guapo atraerá a gran número de féminas a su clínica.

—No digas tonterías, mamá, no soy tan guapo.

Noto cómo se sonroja y me dan ganas de abrazarle. En el fondo, sigue siendo un niño. Para mí siempre lo será.

—En eso discrepo —interviene Violet—. Te voy a decir una cosa, bueno, dos. Porque eres un poco joven para mí y eres el hijo de mi amiga, pero si no, te tiraría los trastos ahora mismo.

Mike le mira sorprendido y yo le doy un manotazo a Violet, sé como se las gasta y estoy segura de que no miente en absoluto.

—G-Gracias por el cumplido. Pero lo siento, Violet, no me van tan mayores...

—No soy tan mayor —responde haciéndose la ofendida.

—No, no, claro que no, no quería decir eso. Pero me gustan las chicas de

mi edad.

Mi hijo no sabe dónde meterse, pero reconozco que estoy disfrutando con esto.

—Pues tú te lo pierdes, las «maduritas» —Violet hace un gesto con sus manos imitando las comillas cuando dice la palabra en sí—, tenemos mucha más experiencia que las chicas de tu edad y créeme cuando te digo que te daríamos muuuuuchoooo más placer.

Tengo que aguantarme la risa al ver que Mike se pone como un tomate, carraspea y empieza a moverse sobre el sofá, como si no encontrara una postura cómoda.

—No me cabe ninguna duda, pero yo... yo con algo sencillo me conformo.

—¡Hmm! Chico conformista. Bueno, dentro de poco te volverás más exigente. Los hombres sois así. Si no lo sois de jóvenes, os volvéis así después. No falla. Ahora me voy a ir a la cama, mañana me voy al partido de los Yankees.

—¿De verdad? ¡Qué suerte! —dice mi hijo aliviado con el cambio de conversación.

—¿Quieres venir? Creo que aún podré conseguir un par de entradas.

—¿En serio? ¡Me encantaría! —responde emocionado.

—Voy a hacer unas llamadas. Dame unos minutos...

Violet se marcha a su habitación y regresa al poco.

—¡Asunto arreglado! Mañana, todos al partido.

Yo sonrío, no tengo ni idea de béisbol, pero bueno, al menos a mi hijo le gusta y estaré con él y con Violet.

—Gracias...

—Que conste que me has rechazado, eso me ha dolido y no debería —expone haciéndose la digna.

—Eres muy guapa, no te deprimas —responde Mike algo más suelto—. Si cambio de pensamiento, te llamaré, lo prometo.

Violet le sonrío antes de irse a su habitación.

—Te tomo la palabra, ¡buenas noches!

Cuando desaparece, los dos empezamos a reír.

—Es una mujer estupenda, la verdad —le digo a Mike—. Un poco alocada. Pero está siendo un gran apoyo para mí.

—Sí, tienes razón, parece buena persona. Mamá, no te importa lo del partido, ¿verdad?

—No, claro que no. Ya sabes que el béisbol no es lo mío, pero yo solo quiero que pases un fin de semana estupendo y estar a tu lado.

—Gracias, te quiero —me dice abrazándome.

—Y yo, hijo. Será mejor que descansemos. Mañana será un largo día.

—Claro que sí, ¿me dejas dormir contigo?

—Por supuesto.

Nos acostamos juntos, es reconfortante volver a dormir con él. Mi niño se hace mayor. Mientras le acaricio el pelo, de pronto soy consciente de que estos momentos puede que no se repitan nunca. Cierro los ojos y con un profundo suspiro, me duermo.

Por la mañana, tras desayunar con Violet, Mike y yo nos vamos a visitar un poco la ciudad. No tenemos un destino fijo. Mi hijo se empeña en llevarme a Central Park y el zoológico es su primer destino, cómo no. Nos pasamos la mayoría del tiempo allí. Él está encantado y yo no puedo más que disfrutar a su lado. Los animales son su pasión y yo soy feliz a su lado, viendo cómo hace fotos con su cámara a cualquiera de ellos.

—Mamá, quiero que te pongas al lado de los osos grizzlies —me dice una de las veces—. También al lado de los leopardos de las nieves, son espectaculares —comenta asombrado.

—Hijo, ¿tú no quieres salir? —le pregunto.

—Tú eres más guapa, saldrás mejor.

—De eso nada. Vamos, ponte con los leopardos. Son unos animales preciosos.

—Está bien.

Le hago la foto y continuamos con la visita. La verdad es que el zoo cuenta con una gran cantidad de animales exóticos, pandas rojos y pingüinos entre otros animales acuáticos y se puede estar presente cuando les dan de comer, es un espectáculo digno de ver. Evidentemente, Mike me insiste para que nos quedemos a verlo y así lo hacemos. Después paseamos por una réplica de la selva tropical. Mike está igual que si fuera uno de los muchos niños pequeños que han acudido hoy por primera vez a visitar el zoo. Es increíble lo mucho que está disfrutando. Le insto a que entremos en la parte del zoo con animales domésticos dedicada a los niños más pequeños, pero declina la oferta, creo que ya le he tomado suficiente el pelo por hoy.

—Gracias mamá, no soy un niño pequeño —dice cuando salimos.

—Ha habido momentos en que me lo parecía.

—¡Qué graciosa! —responde un poco molesto.

—¿Comemos? ¡Estoy hambrienta!

—Elige dónde quieres comer...

—Una hamburguesa estaría genial.

Aún recuerdo el día que comí con Archi y veo una franquicia del mismo sitio casi a unos metros del parque. Sonrío, se comía de maravilla y el sitio no era caro.

—Comeremos allí, es un sitio estupendo.

—¿Has estado alguna vez? —me pregunta Mike.

—Exactamente allí no, pero en un lugar similar sí.

—Vaya, mamá, veo que empiezas a moverte por la ciudad, me gusta. ¿Y con quién, con Violet?

—No, con una... —dudo un segundo y le miento. No voy a decirle que con Archibald, no quiero que saque conclusiones equivocadas— compañera de trabajo.

Entramos y pedimos la hamburguesa, yo pido la misma que pedí aquel día con Archi y Mike decide pedir la misma. La degustamos como si fuera el mejor de los manjares. Mi hijo me mira y sonrío.

—Mamá, parece que no hubieras comido una en siglos.

—No hace tanto, pero es que están deliciosas.

—Sí, la verdad es que están muy buenas. Siento que papá no te lleve a estos sitios... A veces me pregunto qué viste en él. Sois tan diferentes...

Sus palabras me dejan atónita, aunque tiene razón, somos como la noche y el día, pero a veces los polos opuestos se atraen. Aunque ciertamente sé que, si no hubiera sido por él, es seguro que nuestra relación nunca hubiera llegado a empezar. Lo nuestro empezó como un rollo y realmente continuó por Mike. Cada vez con más frecuencia mi cabeza se plantea si lo que ambos tenemos es amor o simplemente es el cariño de llevar tanto tiempo juntos.

—Si te soy totalmente sincera, creo que tú eres lo que vi en él.

—Eso no es justo. Hay muchas parejas que tiene hijos y no se casan, mamá. Tener un hijo no significa nada.

—Tú lo has dicho, Mike. Ahora mismo, pero no hace dieciocho años. Además, yo tenía dieciséis. Nuestros padres nos obligaron a hacerlo, yo era menor... No sé si entiendes muy bien lo que sucedió, pero no tenía otra opción.

—Sí, mamá lo entiendo. En aquella época no tenías otra opción, pero después...

—Después..., creo que después, me acostumbré.

—¿Tú le quieres? —la pregunta me pilla por sorpresa viniendo de él.

Suspiro profundamente. Ahora mismo, después de todo lo que nos ha pasado. No sé qué responder a esa pregunta.

—No lo sé... Creía que le quería hasta hace solo unos meses. Pero ahora... No sé qué pensar, Mike.

Se queda en silencio unos minutos, mirando la hamburguesa. Luego asiente, como si hubiera tomado una decisión.

—Gracias por ser sincera, mamá. Con eso me basta.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Prefiero que me hayas dicho eso a que me digas que sí y no sea cierto.

—¿Y tú que opinas?

—Yo solo quiero que los dos seáis felices, si entre vosotros no hay amor, si lo vuestro no funciona, a mi no me importa, sois mis padres y os voy a querer igual, pero prefiero que sigáis vuestros caminos por separado y que rehagáis vuestras vidas a que os estéis tirando los trastos a la cabeza. No sé si me explico.

—Perfectamente, aunque yo no quiero que todo acabe así. A mi me gustaría que tu padre me diera una oportunidad, porque le quiero, aunque no sé si de la forma en que hay que querer a un esposo...

Suspiro de nuevo, mirándole. Es mi hijo y tengo miedo de hablarle de algunas cosas, pero es adulto y maduro, y sé que va a entenderlo o al menos me gustaría que lo hiciera. Además, ya le he mentado antes con lo de la hamburguesería y me he dado cuenta de que no me gusta nada.

—Quiero decirte algo, Mike. Pero me gustaría que vieras lo que te voy a contar de una forma objetiva y no me juzgaras.

—Por supuesto, mamá —dice él con seriedad.

—¿Te acuerdas del hombre con el que tropecé en el aeropuerto y con el que intercambiamos el teléfono?

—Claro, me hablaste de él. Archibald, ¿no? Con el que comimos ayer.

—Bueno, quizás no haya sido sincera en algunos aspectos. Aunque no ha habido nada entre nosotros, eso es cierto. Pero, no sé... Mi corazón a veces...

—¿Te gusta, mamá? —me pregunta un poco molesto.

—No lo sé, a veces no puedo evitar sentir cosas diferentes. Cuando me

mira, cuando me habla... La forma en que hace las cosas, cómo me trata.

—No sé, mamá. Creo que a ese hombre le gustas. Ayer cuando comimos, pude verlo en sus ojos. Papá tenía razón... Porque ahora es cuando me dices que quizás tú sientas algo más por él, ¿verdad?

—Lo sé, Mike, estoy hecha un lío, pero no voy a hacer nada con él. Lo que tengo claro es que voy a respetar a tu padre. Eso te lo juro, solo somos amigos.

—Deberías alejarte de él, a veces las cosas surgen sin buscarlas. Podrías cometer un error. Si quieres volver con papá o arreglar las cosas, aléjate de él.

Quizás Mike tenga razón, aunque creo que tampoco esta siendo justo conmigo. No conoce a Archibald, no sé lo que siente por mí, pero en ningún momento se ha acercado de esa manera ni ha hecho nada para ponerme incómoda. El caso es que Mike parece molesto con todo esto. Quizá no debí decirle nada. A pesar de que es un chico muy maduro, estos temas siempre son espinosos.

—Lo intentaré, Mike, y su madre es mi jefa, es difícil alejarse...

—No digo que te desvincules totalmente, pero mantén las distancias. Será lo mejor.

—Claro —le respondo un poco angustiada para dar por concluida la conversación.

Terminamos la hamburguesa pero el ambiente ya no es tan animado y regresamos a casa. Violet nos espera.

—¿Lo habéis pasado bien?

—Sí, de maravilla.

—Pues os doy media hora y nos vamos al partido, que luego hay mucha cola a la entrada.

—¡Claro! —comenta Mike—. Me voy a la ducha.

Cuando se marcha, Violet me intercepta.

—¿Todo bien?

—Sí, tranquila. Le he contado a mi hijo lo de Archi, aunque no le ha parecido bien.

—Cariño..., no deberías...

—Lo sé, pensé que lo entendería, al principio me había dicho que si Robert y yo no estábamos bien deberíamos divorciarnos, no sé..., parecía como si fuera a entenderlo y después...

—Tranquilízate, es un adolescente. Quizás solo esté un poco receloso ante la perspectiva de la separación y que encuentres una nueva pareja, nada

más...

—No lo sé, quiero arreglarlo con Robert, pero cada día que pasa me doy cuenta de que el abismo entre los dos se hace más profundo y la brecha más grande. Él no pone de su parte y me estoy cansando, cada vez más. Si no le llamo, si no le escribo, no mueve ni un dedo. Le he propuesto venir y me ha dicho que no. Iré el próximo fin de semana, pero te juro que si las cosas no cambian y no veo actitud por su parte, voy a plantearme no ir, le diré a Mike que venga a verme. Si él no se preocupa, ¿por qué voy a hacerlo yo? ¿Sabes que llevamos años sin tener relaciones sexuales? ¿Tú crees que un hombre normal toleraría eso?

—No lo sé, cielo. ¿Era muy activo?

—Bastante...

—Entonces..., qué me estás diciendo, exactamente. ¿Qué crees que tiene una aventura, que se acuesta con alguien?

—No lo sé, Violet, ¿pero a ti no te parece extraño?

—A ver..., no te voy a negar que si teníais relaciones... no sé una, o dos veces por semana....

—No, tres o cuatro —le interrumpo.

—Vale, pues tres o cuatro por semana a no tener relaciones, es extraño. Pero no sé... No pienses mal, igual que tú no tienes relaciones con nadie, por que es así, ¿no? —apunta, yo asiento—. Él también puede no tenerlas con nadie, Abby. No saques conclusiones precipitadas.

—Pero es un hombre...

—Vale, lo sé, cariño. Pero no todos los tíos son iguales... Tú conoces a tu marido y yo no. Antes de acostarse contigo, ¿tenía relaciones con más mujeres?

—Con todas las mujeres que podía, ¿por qué crees que me quedé embarazada?

—De acuerdo... Pues no sé, chica, no te puedo ayudar. Si crees que te la está pegando, lo mejor es contratar a un detective.

—¡Ja! ¿Y con qué dinero? Te recuerdo que aún le debo a mi hijo el dinero de su fondo de la universidad y a Archi el dinero que me prestó.

El panorama es cada vez más desolador y todo este tema me hace sentir ahogada.

—¡Mierda! Pues tienes razón... Y yo lo siento, pero estoy a dos velas. ¿Y si se lo pides a Archi?

—Ni loca, no le puedo pedir más dinero, y menos para ponerle un

detective a mi marido.

—¿Y no conoces a nadie más?

—Conocer, conocer... A alguien más por ahí... Mi padre, la madre de Archi, Brandon... Pero...

—Brandon tiene un trabajo de puta madre y buenos contactos —expone Violet—creo que podrá ayudarte. Luego podemos llamarle.

—¡Violet! Yo..., no sé... No quiero que Archi se entere.

—Tranquila, no se enterará. Déjalo en mis manos.

En ese momento aparece Mike y cambiamos de tema.

—Creo que voy a prepararme para el partido, Violet, no tardaré mucho.

—Date prisa, que te dejamos en tierra, guapa.

—Lo haré.

Me meto en la ducha pensativa, quizás Violet tenga razón y deba investigar a Robert, no lo había pensado. Porque realmente, tras la charla con Mike y con ella he llegado a la conclusión de que hay algo raro detrás de algunas de las cosas y actitudes de su vida y quiero llegar al fondo de la cuestión.

Dejando el agua correr por mi cuerpo, decidida a averiguar todo lo que Robert esconde, pienso en si me gustará saber la verdad.

Capítulo 23

Archibald

Después de cenar y pasar un rato con el capullo de mi amigo, me fui a la cama. Estaba cansado y, desde luego, con muy pocas ganas de empezar una batalla por Yuga, pero me he comprometido. Le di mi palabra y quiero al menos intentarlo. Se lo debo.

Me desperezo un poco, bajo a la cocina y allí está Brandon, aún no me creo que se haya despertado antes que yo.

—Buenos días, dormilón —me dice.

—Buenos días. ¿Levantado a estas horas? Qué novedad. ¿Estás enfermo?

—Vamos, no fastidies, que yo también madrugo.

—¿Un sábado? ¡No lo he visto jamás!

—Vale, ¿uno no puede despertarse temprano? Mira que eres pesado...

—Ahora en serio, ¿estás bien?

—No, no estoy bien. ¿Sabes?, desde que me contaste el caso de la niña china estoy un poco... ¿cómo expresarlo?

—¿Ñoño? —le digo de cachondeo.

—¡Joder, tío! ¡No me jodas! No es eso, pero estoy dando prioridad a otras cosas de mi vida. Ordenando un poco las cosas, entre ellas el horario de sueño.

—Bueno, eso me gusta, ¡mi chico está madurando! —le digo estrechándole entre mis brazos.

—¡Quita! ¡Mariconadas las justas! Pero a veces no valoramos lo que tenemos. Esa pobre niña tiene una mierda de vida y yo a veces me quejo por nimiedades y encima soy un puto asco, no valoro lo que tengo. ¡Es muy injusto!

—Lo sé, no creas que no lo he pensado muchas veces. Por eso vamos a ayudarla. Tú y yo.

—Lo intentaremos, pero no va a ser fácil, lo sabes, ¿verdad? —me pregunta contrariado.

—¿Quién dijo que la vida fuera fácil?

—Cada vez te vas pareciendo más a tu padre. Da gracias a que me parece un hombre admirable.

Suelto una gran carcajada y los dos nos sentamos a degustar nuestro café.

Hemos decidido que durante la mañana vamos a investigar en Internet algo más sobre la trata de mujeres, para saber si podemos averiguar algo sobre el tema que nos aclare cómo actuar; cualquier cosa que nos ayude en nuestro empeño por traer a Yuga aquí no será en vano. Después iremos al partido de los Yankees. Esta vez no tenemos entradas en tribuna, pero lo importante no es el sitio, sino disfrutar del espectáculo. Me encanta ir al estadio, la emoción del juego me hace desconectar de todo. Y si además los Yankees ganan será el colofón de una tarde maravillosa.

La mañana se me antoja eterna. Descubrir tantas cosas acerca de la trata de mujeres, sus condiciones de vida, los castigos a los que son sometidas y el final que les espera a muchas de ellas es algo que me da verdaderas nauseas. No llego a comprender cómo todavía hay hombres que se acuestan con mujeres pagando, aun sabiendo que las mismas son menores y que han sido llevadas a la fuerza a esos lugares. Me repugna solo pensarlo.

Comemos comida italiana, ni siquiera tenemos fuerzas para decantarnos por china o asiática, que hasta ahora era nuestra favorita. Después, ataviados con nuestra camiseta, nos dirigimos al estadio. Cuando estamos llegando, Brandon recibe una llamada.

—Dame unos segundos —me pide retirándose de mi lado.

Le miro extrañado, pero no digo nada. Regresa de inmediato y veo algo en su cara que no me gusta.

—No te enfades, Shianna me llamó esta mañana y me preguntó qué planes tenía. Le dije lo del partido y que tenía una entrada de más. No me había confirmado nada, por eso no te comenté nada...

—¡Joder, Brandon! Sabes que no me apetece nada. Desde que Abby entró en mi vida ella está siempre..., ¿cómo decirlo? Tocándome mucho los huevos, es como si estuviera celosa, y no lo entiendo, lo nuestro se terminó hace mucho, no voy a volver con ella ni loco.

—Lo sé y lo siento. Solo la verás durante el partido y le diré que se siente a mi lado. Te lo prometo, después la llevaré a cenar si tú no quieres y me la tiraré yo.

—¡Mierda, tío! Omite esos detalles... Te recuerdo que fue mi esposa.

—¡Perdón!

—Este fin de semana era para nosotros —le digo enfadado.

—Vamos..., tengo mis necesidades.

—¡Haz lo que te dé la gana! —respondo resignado.

El día había comenzado bien, pero ahora ya estoy enervado. No me

apetece para nada ver a Shianna. Sé lo que pretende: estar con Brandon para llegar a mí y, desde luego, no va a conseguir nada. Ni va a darme celos. Mis sentimientos murieron hace mucho. No siento absolutamente nada por ella.

Nos saluda en cuanto llegamos a nuestros asientos, yo me posiciono al lado de un caballero y Brandon se sienta a mi lado para así evitar que ella lo haga antes. Me mira contrariada. Me saluda cortante y enseguida se pone a hablar con él.

¡Fin de la diversión! Creo que hoy va a ser una de esas tardes en las que hubiera disfrutado más viendo el partido en casa.

Shianna no deja de alabar a Brandon y exagera sus carcajadas cada vez que este le cuenta alguna de sus batallas. Parece que ambos están en su salsa y yo cada vez estoy más molesto, porque me siento como pez fuera del agua.

—Voy a por una cerveza —digo.

—Colega, tráeme otra a mí.

—A mí un cóctel, ya sabes cómo me gustan, cariño —dice con una sonrisa fingida.

¡Será cretina! ¡Ahora me llama cariño? Jamás en la vida me ha llamado así y ahora me viene con esas. Estoy a punto de decirle algo, pero cuando me doy la vuelta, me encuentro con Abby, su hijo y su compañera de piso.

—Hola... —consigo decir.

Estoy tan confuso que no me salen ni las palabras.

—Hola, Archi. ¿Cómo por aquí? —me pregunta ella también un poco confusa.

—A ver el partido. Los Yankees son mi equipo favorito y Brandon no ha podido conseguir entradas en tribuna.

—¡Oh! Vaya...

—¿Y vosotros? —inquiero un poco sorprendido.

—A Mike le hacía ilusión ver un partido, así que... aquí estamos.

La sonrisa de Mike me confirma que lo que dice su madre es cierto.

—Seguro que os encantará. Iba a por unas bebidas, si os apetece algo.

—No, gracias —responde.

—¿Por qué no? —dice su hijo—. Te acompaño. Mamá, te pido un refresco. ¿Y tú, Violet, qué quieres?

—Una cerveza sin alcohol. Gracias, guapo.

Mike le guiña un ojo. Brandon se percata al escuchar la voz de Violet de la presencia de esta. Se miran y, después de unos segundos, él se levanta y le da dos besos.

—¿Nos vamos? —me dice Mike.

Yo asiento, aunque me hubiera gustado quedarme a ver qué pasaba. Sé que Brandon se acostó con Violet. Y que ahora tenga a dos mujeres con las que se ha acostado en el mismo terreno de juego puede ser divertido.

Durante el trayecto me siento un poco intimidado, no hablamos de nada y no sé muy bien cómo entablar conversación.

—¿Te gusta Nueva York? —le pregunto al fin.

—Está bien. Un poco ruidosa y quizás con demasiada gente, pero imagino que al final te acostumbras.

—A veces es un poco asfixiante, no te lo voy a negar, pero como bien dices, cuando te acostumbras es una gran ciudad.

—¿Puedo decirte algo? —inquire, y de repente me quedo desconcertado.

—Claro, dime...

—Quiero que te alejes de mi madre. Ella es una mujer casada y aunque está pasando por un momento difícil en su relación, tú solo haces que se aleje más de mi padre. La confundes. Eres un hombre guapo, con dinero, y si te inmiscuyes más al final romperás su matrimonio. Si eres un hombre decente deberías alejarte de mi madre.

Me deja sin palabras. Me ha hablado de manera muy respetuosa y madura, desde luego este chico se maneja como pez en el agua entre adultos, pero... Menudo jarro de agua fría me acaba de tirar encima. ¡Joder! ¿Qué puedo decirle? Yo lo intento, yo no quiero que Abby rompa su matrimonio por mí. No voy a negar que me gusta y lo que más desearía es que dejara a ese cretino que tiene por marido, pero yo no soy nadie para juzgarle.

—Mike, yo... nunca me inmiscuiría en un matrimonio, sé lo que es que alguien te engañe, así que tranquilo, por mi parte tu madre y yo nunca tendremos nada si ella está casada.

—Estupendo, pero aun así, déjala en paz... No te acerques más a ella. Estoy seguro de que, si no te ve, si no te tiene cerca, se olvidará de ti y volverá con mi padre.

—Creo que las cosas no son tan sencillas, pero tranquilo, si es importante para ti haré lo que me pides. Me alejaré de ella.

—Gracias.

Cogemos las consumiciones y nos dirigimos a nuestros asientos en el mismo silencio en el que hemos venido.

Abby me sonrío, pero yo ni siquiera le devuelvo esa sonrisa. No puedo,

no delante de su hijo y después de lo que me ha pedido. Creo que lo mejor es que me vaya, porque me he sentado a ver el partido, acaba de empezar y no estoy prestando la más mínima atención. Solo estoy pensando en las palabras que me ha dicho el hijo de Abby. Me han dolido más que si me hubieran clavado unos puñales en el corazón.

Al cabo de cinco minutos, al ver que Brandon sigue a lo suyo con Shianna y que yo no hago ni caso al partido y no me siento cómodo allí, decido poner fin a este sufrimiento.

—Tío, no me encuentro bien... Me voy.

—¿Qué? —me pregunta Brandon un poco confuso.

—Me duele la cabeza. Me voy.

—Pero...

—Tranquilo, quédate. Estaré bien —le corto.

—¿Seguro? —inquieta sin entender nada.

—Sí.

Me despido con la mano de Abby y me voy. No soporto ni un minuto más la situación. Pensé que a su hijo le había caído bien cuando comimos, pero por lo visto solo era un papel que había interpretado delante de mi madre y, por supuesto, de la suya.

Salgo del estadio pero no me apetece nada ir a casa, ahora mismo solo me apetece ir a un bar y ponerme a beber.

Sé que es una locura, que no debería hacerlo, pero a mi cordura, en estos momentos, es a la última a la que quiero escuchar.

No a muchos metros del estadio hay un bar donde Brandon y yo solemos ir. Además, estoy seguro de que a estas horas estará tranquilo.

Como bien había pensado, no hay nadie en el local, solo está nuestro viejo conocido: el camarero.

—Vaya, ¿hoy no ves el partido desde dentro?

—Digamos que no me apetecía compartirlo con gente molesta. Ponme un whisky.

—¿Empezamos tan fuerte, amigo?

—Sí. Así empezamos.

—Como quieras.

En la pantalla de televisión tiene puesto el partido, así que al menos, podré disfrutarlo.

Me sirve el líquido ambarino y, de un trago, notando cómo el ardor y el calor descienden por mi garganta, me lo bebo sin decir ni una palabra.

—Ponme otro.

—Amigo, bebe más despacio o no terminarás el partido en tu sano juicio.

—Tranquilo, yo controlo —le digo, pero ahora mismo me importa bien poco si voy a terminar sobrio o no. Solo quiero olvidar esas palabras que retumban en mi cabeza: «Si eres un hombre decente deberías alejarte de mi madre».

¡Joder! ¿Y cómo me alejo de una mujer que no me quito de la cabeza día y noche?

«Muy sencillo, poniendo tierra de por medio».

La verdad es que esa sería la mejor solución, pero no creo que pueda. Mi hermano no va a intercambiar mis papeles y por supuesto mis padres no van a venirse a Nueva York, así que estoy jodido. Porque, aunque no quiera, las casualidades existen. Además, podría ignorarla durante un tiempo si ella me llama o intenta contactar conmigo, evitar ir a la revista, pero estoy seguro de que al final, en algún momento de mi vida, me la encontraría. Entonces, ¿qué? ¿Cómo debería actuar?

Quizás podría decirle que estoy con otra persona, que tengo mucho trabajo o algo por el estilo, pero el destino es muy puñetero y estoy seguro de que no me lo pondrá fácil.

¿Debo ignorar a su hijo y seguir como hasta ahora?

Mientras sigo meditando qué hacer o qué no hacer, le indico al camarero que rellene otra vez mi copa. Estoy intentando fijarme en la pantalla del televisor, pero no soy muy consciente del partido. Estoy sumido en mis pensamientos, pero lo que no dejo es de dar sorbos a mi copa e indicarle a Henry que la llene. Él me mira un poco molesto.

—Vamos, amigo, ya has bebido demasiado... —me dice cuando ya he perdido la cuenta.

—No, no... Aún es el principio. El partido no ha acabado y quiero ver el final.

—¿Y cómo van? —me pregunta, y creo que lo hace porque sabe a ciencia cierta que no he prestado atención.

—¿Qué?

—Que quién gana.

Intento fijar la vista en la pantalla, pero no consigo enfocar con claridad, creo que tiene razón: he bebido bastante.

—Creo que los Yankees.

—No, amigo. Van perdiendo por dos.

—¡Joder! Menuda mierda...

—Sí, es una putada y tú deberías irte a casa. ¿Te pido un taxi?

—No, voy a terminar de verlo. Aún podemos remontar. ¿Cuánto queda?

No veo el tiempo.

—Claro, amigo, yo creo que se te está nublando la vista.

—Tonterías, es que no he traído las gafas y de lejos veo mal.

—Eso será... —contesta con ironía.

Tiene razón, debería irme, pero es que no quiero meterme en casa. Será aún más deprimente.

Le hago una señal para que vuelva a llenarme el vaso, pero no me hace caso. Estoy tentado de gritarle, pero al final sé que lo único que conseguiría es que me echara del bar, así que muy a mi pesar debo frenar el ritmo de mi ingesta de alcohol. Casi será lo mejor.

Intento seguir el ritmo del partido, aunque, para ser sincero, empiezo a marearme un poco. Así que vuelvo a dar vueltas a las cosas y perderme en mis pensamientos.

Estoy un poco perdido, la verdad. No sé ni qué hacer ni qué decidir.

—Oye, el partido ya ha acabado y esto va a comenzar a llenarse de gente, creo que lo mejor sería que te fueras a casa, por tu bien.

—No, me voy a quedar —le digo notando que las palabras resbalan un poco ya en mi boca.

—Está bien. No puedo obligarte. Pero no quiero líos —me advierte, y me deja en mi asiento.

No entiendo muy bien a qué viene eso, no soy de meterme en ninguna trifulca, solo el día que intentaron propasarse con Abby y, si lo pienso bien, debería haberla dejado para que escarmentara.

¡Joder! Otra vez esa mujer, ¿es que no puedo borrarla de mi mente ni un solo minuto?

«Me temo que no, querido compañero», me recuerda mi conciencia.

Y maldigo una y mil veces. Así no hay manera de tomar una puñetera decisión si cada vez que me acuerdo de algo ella sale a relucir.

¡Maldita sea mi estampa! Cómo me gustaría no haberme cruzado en el aeropuerto con ella, mi vida ahora sería más fácil. Estoy seguro de que ahora mismo estaría acostándome con una mujer. Eso es precisamente lo que necesito: sexo. Desde que ella apareció en mi vida no he vuelto a acostarme con nadie y de eso ya ha pasado mucho tiempo, ni siquiera logro recordar cuánto. ¿Acaso me he vuelto loco?

«Rematadamente loco».

Desde luego, porque no me puedo creer que no me haya acostado con ninguna otra mujer. Creo que hacía mucho tiempo que no guardaba tanta abstinencia por nadie. Sí, desde que me divorcié de Shianna, y de eso hace más de tres años.

Mientras sigo pensando en lo rematadamente mal que está mi situación, me percató de que los primeros visitantes del estadio comienzan a entrar en el bar de Henry. Vienen contentos, son seguidores de los Yankees así que puedo casi aseverar que hemos ganado, aunque no me atrevo a preguntarles. No quiero provocar a nadie.

Henry les sirve lo que piden y se pone a hablar con ellos, decido escuchar las conversaciones para intentar enterarme de cómo ha ido el partido. Al final han ganado los Yankees. Doy gracias porque algo me haya salido bien.

Cuando Henry termina de servir a varios clientes le hago una señal y esta vez parece que se apiada de mí y me sirve otra copa. Decido saborearla más tranquilamente para que nadie pueda pensar que estoy borracho.

Capítulo 24

Abigail

La verdad es que ver a Archibald en el estadio ha sido una grata sorpresa, pero después su repentina huida y su gesto al irse me han preocupado. Creo que ha tenido que ver con que Mike le haya acompañado, no me cabe ninguna duda, y pese a que he preguntado a mi hijo, él no ha soltado prenda.

Decido no pensar más en ello y lo consigo, porque Mike me está intentado explicar cosas de béisbol y no entiendo nada. Me describe cada jugada y así consigo que mi mente esté perdida en el partido. Además, Violet no deja de decirme lo mucho que odia a Brandon al ver cómo tontea con Shianna, creo que realmente se ha pillado por él y casi la compadezco, Brandon no parece un mal hombre pero no es de los que repite, aunque no sé por qué me da que con Shianna no es la primera vez. Algo tendrá esa mujer... No quiero pensar mucho en ella, no me cae nada bien y es mi jefa. La miro y ella nos sonrío cínicamente, quizás puede que sepa lo de Violet o simplemente porque él es así. Cojo la mano de mi amiga y la tranquilizo.

Mi hijo está disfrutando del partido, eso no lo puedo negar, pero no sé por qué no me hace feliz verle a él feliz. Hoy no. Al concluir, Brandon se acerca a nosotros.

—Vamos a tomar unas cervezas a un bar aquí cerca para celebrar la victoria. ¿Os animáis?

—Pues no —comenta de inmediato Violet con tono hosco.

—Es que teníamos planes... —respondo yo un poco más cordial.

—Mamá, una cerveza y luego nos vamos, ¿vale? Estoy sediento —indica Mike.

Violet le fulmina con la mirada y mi hijo, sin entender de qué va el tema, le regala una bonita sonrisa. Yo asiento y me encojo de hombros al mirar a Violet. No sé qué más hacer.

Los tres seguimos a Brandon y a Shianna, que parece satisfecha. La verdad es que no sé muy bien por qué.

Cuando llegamos al bar está bastante concurrido, buscamos un sitio para ubicarnos y al girar la vista veo a Archibald. No puedo creerlo. ¿Ha estado allí todo ese tiempo? Él no nos ha visto, pero diría que está hablando con el camarero, o más bien discutiendo.

Me acerco a Brandon y le hago un gesto para que se agache. No quiero que el resto se percate de lo que voy a decirle.

—Dime, Abby.

—Disimula... Al otro lado de la barra está Archi. Y creo que no está lo que se dice muy sobrio. Me parece que está teniendo una conversación acalorada con el camarero.

Brandon sonrío y, después de un rato, gira la cabeza y se percata de lo que le he dicho.

—Disculpadme, voy a saludar a alguien, enseguida vuelvo. Mike, deberías entretener a las damas y ya de paso cuidarlas, hay mucho hombre desalmado por aquí suelto... Te dejo al mando, colega.

Choca la mano con mi hijo y él comienza a hablar con Violet, que le mira con cariño. Pero enseguida Shianna quiere hacerse la protagonista, como si quisiera demostrar algo a mi amiga.

—Y dime, Mike, ¿qué es lo que más te gusta de Nueva York? —inquire y se agarra a él.

La miro furiosa, ¿esta mujer no se da cuenta de que es mi hijo? Creo que sabe que entre Brandon y Violet ha habido algo y es como si ahora quisiera luchar por Mike. ¡Increíble!

—Es una ciudad sorprendente, pero muy agobiante.

—A mí más que agobiante me parece fascinante. Y la noche es... Quizás deberías probar la noche neoyorquina. ¿Te apetece descubrirla? —le pregunta seductora.

—Bueno, yo...

—Shianna —la corto—. Es tan solo un adolescente y te recuerdo que es mi hijo.

—Mamá, tengo dieciocho años. Soy mayor... —me reprende Mike.

—Lo sé, pero lo que Shianna te propone no creo que sea apto para tu edad.

—Cielo, no te preocupes. Yo no soy mala gente, ni me como a nadie —me dice con una sonrisa maliciosa.

En ese momento aparece Brandon y se acerca a mí.

—Será mejor que vayas tú, no quiere irse a casa. Quizás tú puedas convencerlo.

—De acuerdo, pero vigila a esta loba, quiere llevarse a mi hijo de fiesta. No voy a consentirlo.

—Tranquila, «mami», esta tiene la noche reservada para mí —dice con

una sonrisa triunfal.

—Más te vale. No voy a dejar que se acueste con mi hijo.

Sonríe y me excuso. Digo que voy al baño, pero cuando veo que nadie me mira me cuelo entre la gente y me acerco a Archi.

—Archibald...

—Qué... ¿Qué haces aquí? —inquire con la voz pastosa por el alcohol y a la vez nervioso, creo que por verme.

—Creo que has bebido demasiado. Deberías irte a casa.

—Eso mismo le estoy diciendo yo, señorita —interviene el camarero.

—Tú no eres mi madre. ¡Déjame en paz! Estoy bien. Vete de mi vida. Quiero que te vayas para siempre de mi cabeza.

Sus palabras me hacen daño, sé que no las ha dicho él, es por el alcohol y quizás por algo que mi hijo le haya dicho antes. O eso quiero pensar, porque no puedo creer que quiera eso.

—Archi, por favor, estás borracho...

—¡Fuera, he dicho! —dice elevando la voz, y ahora todo el mundo nos mira—. ¡No quiero verte más!

Estoy un poco avergonzada. Debería irme, pero no quiero dejarlo así. Mi hijo mira hacia nosotros y se acerca.

—¡Eres un bastardo! No vuelvas a gritar a mi madre —exclama como una exhalación y, verdaderamente, no sé a qué vienen esas palabras. Mi hijo nunca ha hablado así a nadie.

—¡Mike! Por favor... No pasa nada —le digo para que se calme.

—¡Tú tienes la culpa! Has dicho que me apartara de ella. Pues eso es lo que estoy haciendo, echándola de mi vida, pero es terca como una mula y no quiere irse... —suelta Archibald atropelladamente.

Miro a Mike, no se esperaba que Archi soltara algo así, pero como bien dice el dicho: los niños y los borrachos siempre dicen la verdad.

—Mike, ¿es cierto? —inquiero muy seria.

—Mamá, yo... —dice nervioso.

—¿Es cierto? —pregunto de nuevo.

—Yo solo quiero que la relación con papá se arregle. Y él tiene la culpa de todo.

—¡No sabes nada, hijo! —le espeto porque estoy fuera de mí.

—Claro que lo sé, él se ha inmiscuido en vuestra relación. Por su culpa te has separado de papá.

Decido no discutir en el bar con mi hijo. Esto me está saturando. Salgo y

me pongo a andar sin rumbo fijo. Violet me sigue.

—Cariño, ¿estás bien?

—Estoy alucinando. Mi hijo también piensa que tengo una aventura con Archibald. No sé si es que su padre le ha metido algo en la cabeza o simplemente es lo que piensa. Y lo peor de todo es que Archi es un buen hombre, quizás se haya enamorado de mí, no lo sé, y quizás yo también sienta algo por él, tampoco estoy segura, lo que sí sé es que ahora mismo está borracho por mi culpa. Estoy cansada, Violet. De mi vida... Me gustaría por un momento que alguien se parara a pensar en mí y me preguntara qué quiero o si soy feliz. Todo el mundo piensa en sí mismo y nadie me ha preguntado cómo me siento yo con todo esto. Soy la mala de la película, todos me juzgan. Me he ido a otra ciudad para trabajar y soy la peor esposa, la peor madre y para colmo, supuestamente, engaño a mi marido. Pero soy yo la que siempre se ha sacrificado, ¿sabes? La que se quedó embarazada con dieciséis años y tuvo que sufrir nueve meses, dejar sus estudios, criar a un hijo, ser la buena esposa, la madre abnegada; y encima estudiar por las noches mientras seguía con las tareas del hogar, hacía magdalenas y galletas para pagar mis estudios y mi viaje a Nueva York para tener las vacaciones que siempre había soñado. Cuando por fin consigo un trabajo que me gusta y me llena, ahora soy lo peor. Estoy harta, Violet, harta... —concluyo derrumbándome y echándome a llorar.

Ella me abraza y eso me reconforta. Doy gracias de haberla conocido. Al menos me escucha y me ayuda, con solo ese abrazo hace que me sienta menos sola e incomprendida.

—Cariño, tranquila. De verdad. Todo se va a arreglar. Ahora solo vamos a pasear y desconectar un poco, ¿vale?

—¿Y Mike?

—Mike tiene la llave de casa y es mayorcito. Además, creo que tiene que pensar un poco en lo que ha hecho. Tú y yo vamos a pasear, nos vendrá bien...

Durante unos minutos caminamos sin rumbo hasta que mi teléfono suena. Es Brandon.

—Abby, por favor, regresa. Es Mike, se ha peleado con Archi.

—¿¡Qué!?! Pero..., ¿por qué?

—No sé muy bien lo que ha pasado, cuando te fuiste siguieron discutiendo, yo estaba en otros menesteres, lo siento... Pero ha venido la policía. Les llevan a los dos a comisaría.

El corazón me da un vuelco. ¿Es que todo tiene que estropearse siempre, maldita sea?

—¡Dios! No puede ser posible...

—Sí, será mejor que regreses y después iremos todos para ver qué ocurre.

—Gracias, Brandon.

Cuelgo el teléfono y me quedo parada durante un minuto, procesando la noticia. Violet me mira y entonces me pregunta:

—¿Qué pasa, cariño?

—Mike se ha peleado con Archibald, la policía les ha detenido.

—¡Mierda! Cariño, tú tranquila, ¿vale? Todo va a salir bien.

—No, Violet. No va a salir bien. La cosa solo está empeorando. Mi vida va de mal en peor.

—Abby... ¡Mírame! Tienes un problema, pero estoy segura de que vas a salir de él y después todo se arreglará. A veces las cosas suceden por algo.

—El karma me está devolviendo lo que he hecho, me está diciendo que debo dejar el trabajo y regresar con mi marido —digo derrotada.

—¡Ni se te ocurra! Eso son bobadas, no te rindas, Abby. Por favor... Tu hijo ha metido la pata, nada más. Ahora solucionémoselo y cántale las cuarenta si hace falta. Pero nada más. No abandones tu sueño por un mal momento. Tú eres más fuerte que todo eso, y además, no estás sola. Vamos, voy contigo.

Regresamos al bar. Brandon y Shianna están esperándonos. Sin mediar palabra, nos montamos con Brandon en el coche y nos lleva a la comisaría.

—Déjame hablar a mí, Abby. Conozco a gente en comisaría, veremos a ver si podemos sacarles sin cargos.

Le dejo hacer. Si hay algún problema, estoy segura de que Robert va a culparme a mí, y si la universidad en la que quiere matricularse se entera de que tiene cargos, puede que incluso no le cojan. No entiendo en qué narices estaba pensando para hacer una locura así.

Durante una hora estamos en una sala esperando a que nos den noticias sobre Mike y Archibald. Violet no ha dejado de agarrarme la mano, cosa que agradezco.

Brandon ha hablado con algún conocido de comisaría, pero no ha conseguido nada, parece que les están tomando declaración.

Al cabo de dos horas, nos llaman. Brandon habla con el comisario, parece un viejo conocido, y tras conversar de nuevo quince minutos me hace

una señal.

—Mike saldrá libre en media hora, he conseguido que esté limpio. Solo tendrá que hacer servicios a la comunidad durante un mes.

—Gracias, Brandon —le digo abrazándole. Estoy tan nerviosa que necesitaba hacerlo.

—No me las des. Ha cooperado y solo iban a culparlo por escándalo público.

—¿Y Archibald?

—Archibald se va a quedar toda la noche. Se ha enfrentado al policía y le ha golpeado.

—¿¡Qué? Pero..., ¿por qué?

—No lo sé, Abby. No estoy en su cabeza. No sé qué le ha pasado hoy. Estaba bien, aunque lleva unos días complicados. Mucha presión y algunas cosas que últimamente le están estresando demasiado. Creo que esa puede ser la causa. Quizás una noche en el calabozo le venga bien. Mañana le soltarán. No sé qué opinará su padre de todo esto...

—Lo siento... Es culpa mía —digo apesadumbrada.

—No lo es, Abby. No te martirices. Todos somos dueños de nuestros actos. Ahora id a descansar. Será lo mejor.

—Gracias, Brandon. —Le miro con alivio y de pronto me siento mucho más confiada con él. Puede que sea un crápula en asuntos de mujeres, pero en las situaciones difíciles ha demostrado que es leal y bueno, y además se desenvuelve con madurez y decencia. Eso me da seguridad—. Oye, si puede ser, me gustaría hablar contigo esta semana. No sé si te quedarás en la ciudad algún día más...

—Sí, estaré hasta el lunes por la tarde. Llámame y comemos juntos. ¿Te parece bien?

—Lo haré. Gracias por todo.

Esperamos un poco y Mike sale, con los ojos rojos. Violet pide un taxi y cuando llegamos al apartamento, mi hijo se mete en la cama. Sé que no quiere hablar y por hoy creo que todo nos ha superado. Mañana es su último día, pero de la charla no se va a librar.

El día de hoy ha sido agotador. Me despido de Violet y me acuesto en el sofá. No quiero compartir la cama con mi hijo, no podría estar en el mismo lecho con alguien que no confía en mí. Es lo mismo que siento con Robert. Ahora mismo siento cómo estoy perdiendo a mi familia. Me acuesto y el sueño se apodera rápidamente de mí.

Al despertarme estoy desorientada, me siento como si un tren de mercancías me hubiera atropellado. Tengo la cabeza embotada y ahora mismo creo que tengo que ser fuerte, en cuanto Mike se levante voy a hablar con él. No quiero dejar ni un minuto sin que me explique qué es lo que pasó y por qué razón se enfrentó a Archibald.

Violet es la primera en aparecer y me mira un poco sorprendida al verme en el sofá.

—Buenos días, cielo. ¿Qué haces durmiendo aquí?

—Buenos días, guapa. No quería dormir con mi hijo. No me sentía cómoda.

—Seguro que cuando habléis todo se arreglará.

—No sé por qué ha actuado así. No es propio de él. Es más, desde el primer momento me apoyó con lo del trabajo, no entiendo por qué ha cambiado de opinión...

—No creo que haya cambiado de opinión con lo del trabajo, simplemente pienso que Archibald no le gusta y piensa como todos que, aunque entre vosotros no hay todavía nada, sí hay una fuerte conexión. Quizás esté celoso...

—¿Celoso? Mike es mi hijo. ¿De qué tendría que estar celoso?

—Hay muchos tipos de celos, Abby. Quizá piensa que vas a prestarle menos atención, o tiene miedo de perderte. La mente humana a veces es muy retorcida, y aunque no nos demos cuenta creemos que algunas cosas obvias y ridículas que nunca se nos podrían pasar por la cabeza suceden. Hasta que no hables con él y te cuente por qué actuó así y qué es lo que le motivó, no lo sabrás.

Violet prepara café y se lo agradezco, estoy agotada. Nos disponemos a tomarlo cuando aparece Mike, tiene cara de cansado. Suspiro de satisfacción, al menos parece que no ha dormido bien, que el remordimiento lo ha perseguido.

—Buenos días —saluda de forma generalizada.

—Buenos días. Voy a darme una ducha, os dejo —comenta Violet sabiendo que tenemos que hablar. Yo hago un gesto con la cabeza agradeciéndoselo.

—Buenos días, Mike. Creo que me debes una explicación. —Voy directa

al grano. Hoy no tengo la cabeza para más florituras.

—¿Qué quieres que te diga, mamá? Ese hombre quiere acostarse contigo, fin de la historia.

—«Ese hombre», como tú lo llamas, me ayudó cuando llegué a Nueva York. Porque cuando llegué me robaron el bolso al salir del aeropuerto con el dinero que tú me dejaste para pasar los primeros días aquí. —La cara de Mike comienza a cambiar, sus cejas se enarcan y veo asombro—. Por eso tardé tanto en contactar contigo. Te dije que solo había sido el móvil para no preocuparte.

—¿Por qué no me lo dijiste? Te hubiera dejado más dinero.

—¿Y quedarte sin todo el fondo de la universidad? No, Mike, no podía hacerte eso. Además, tu padre no me lo habría permitido. Era tu dinero. Yo no sabía qué hacer y le llamé. Solo le conocía a él en Nueva York. Me dejó el dinero sin pedirme nada a cambio y sin ningún tiempo para devolvérselo. Aunque no lo creas es mi amigo y quizás pienses que quiera acostarse conmigo, no lo niego. No puedo aseverar que sienta algo por mí, eso no puedo evitarlo, Mike, los sentimientos de las personas no se pueden controlar, pero en ningún momento, desde que lo conozco, ha intentado nada y siempre me ha dejado claro que jamás se inmiscuiría en un matrimonio. Él estaba casado con Shianna, la mujer que tonteó contigo en el bar, la que acompañaba a Brandon, y ella le engañó. Sabe lo que es eso, jamás lo haría. A veces no hay que juzgar a la gente por las apariencias, ¿sabes? Creo que en tu caso lo has hecho. Has pensado que porque tiene dinero es el típico hombre que solo quiere acostarse con una mujer, y yo soy la estúpida que va a caer rendida a sus pies, pero te equivocas en todo. Ni él es así, ni yo tampoco...

»Por mucho que tu padre y yo estemos pasando por un mal momento, jamás le engañaría, no soy de ese tipo de mujer. Puede que no estemos de acuerdo en muchas cosas y ahora mismo la situación esté..., bueno, ahora no sé ni en qué punto estamos, pero te juro que nunca le haría eso a tu padre.

Mike me mira, sé que está apesadumbrado, no sabe ni qué decirme, puedo notarlo. Sin mucho más que decir, se levanta del taburete y me abraza.

—Mamá... lo siento, de verdad. Por un momento pensé..., bueno, no pensé. Tienes razón, os juzgué a los dos. Pero es que nunca has mirado a papá como le miras a él. Con tanta admiración que... me sobran las palabras —dice haciendo una pausa, pensativo, y continúa—: El otro día, cuando fuimos a comer con su madre, vuestras miradas se encontraron en varias

ocasiones y pude ver..., no sé. Mamá, ¿de verdad que no hay nada entre los dos? A veces pienso que papá y tú nunca os habéis querido, actuáis como dos extraños. Dime una cosa, si yo no hubiera nacido, ¿estarías con él?

La pregunta me pilla por sorpresa al oírla en sus labios, porque hace mucho tiempo que yo me hago la misma día tras día.

—Mike, para serte sincera, no lo sé. Ahora mismo eres lo único que nos une, y ayer por la tarde te juro que por un momento incluso tú me fallaste. Me siento como si mi vida se fuera a pique. Eres mi único apoyo, Mike, y cuando me diste la espalda, yo... —Se me quiebra la voz y no puedo continuar hablando. Mi hijo es mi único pilar ahora mismo para que siga haciendo esto.

—Mamá, lo siento, de verdad...

—Mike, si quieres que deje el trabajo, por ti lo haré.

—¡No! Para nada. Quiero que persigas tus sueños, yo fui el primero en animarte y sigo pensando que debes hacerlo. Aunque reconozco que es duro no tenerte tan cerca todos los días y me sentí mal al ver la buena conexión que tienes con ese hombre. Todo en conjunción hizo que yo... No sé, mamá... Hoy regreso a casa y aunque hablamos todos los días a veces me siento solo. Papá se pasa todo el tiempo en el hospital o por ahí, ya sé que yo debería salir y disfrutar, pero te necesito.

Escucharle hace que se me parta el corazón. Soy una mala madre. Debería dejarlo y regresar con él a Orlando ahora mismo.

—Voy a volver a casa, cariño. Está decidido. Será lo mejor para todos.

—¡No, por favor, mamá! No quiero que lo hagas, porque sé que me sentiré culpable de que no hayas podido conseguir lo que más ansías. Soy yo el que tiene que cambiar y elegir este destino en la universidad. Aún tengo tiempo, y Nueva York no es una mala ciudad. No es mi sitio favorito, pero...

—¿De verdad? —pregunto incrédula. Ahora mismo es la mejor noticia que me podrían dar.

—Sí, esta noche he pensado que podría hacerlo, si te parece bien.

—¡Claro que sí! Veamos qué le parece a papá. Te lo dije, Mike. Es tu futuro, no dejes que nadie influya. Ni papá ni yo.

—Lo sé. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, Mike.

Nos fundimos en un tierno abrazo y pasamos el resto del día juntos hasta que tenemos que despedirnos en el aeropuerto, la parte más dura para ambos.

Capítulo 25

Archibald

Dormir en un calabozo ha sido una nueva experiencia. Borrachos, drogadictos e incluso un posible asesino han sido mis compañeros de celda esta noche. Bueno, yo también estaba bastante perjudicado, para qué negarlo. Tanto que agredí a un policía. O eso dicen, porque tengo un vago recuerdo de lo sucedido. Lo que sí recuerdo es a Abby y las palabras que le dije, su cara... Jamás podré olvidar esos preciosos ojos azules abriéndose como platos al escucharme y su rostro entre enfadado y nervioso cuando solté la bomba que su hijo me había dicho. Todo en conjunción me llevaron a pasar la noche en comisaría, más concretamente a este lúgubre lugar, donde la mezcla de olores es simplemente asquerosa.

Y ahora estoy esperando a que Brandon o alguien venga a buscarme, sé que quizás me lo merezca. Fui un cretino bebiendo demasiado y después discutiendo y golpeando a su hijo. Pero es que ese chico me saca totalmente de mis casillas. Con lo pequeño que es no logro comprender cómo es posible que tenga una lengua tan viperina.

La espera se me está haciendo eterna y es entonces cuando pienso que quizás el capullo de mi amigo no venga a buscarme. Solo espero que no haya avisado a nadie de mi familia.

Al ver aparecer a mi padre media hora después, maldigo en silencio al ver que mi presagio se ha cumplido. El día que pille a Brandon voy a estrangularle con mis propias manos...

—Te parecerá bonito hacerme venir desde Boston para sacarte de la cárcel. Es increíble, Archi. Tienes treinta y seis años, a estas alturas de tu vida, no me esperaba esto de ti.

Veo la decepción en su cara, realmente yo también estoy un poco irritado con mi conducta, pero sus palabras me molestan soberanamente. Mi hermano fue un gamberro, durante su época de la universidad estuvo entrando y saliendo de la cárcel durante un año entero. Es mi primera detención y ¿me dice esto? Por un momento respiro hondo, por que sé que si suelto algo por mi boca solo serán reproches y no creo que sea el momento ni el lugar.

Salgo de la comisaría y un coche nos espera. Nos montamos y la sorpresa es mayúscula a ver a mi madre.

—Hijo, ¿estás bien? —inquire preocupada.

—Sí, madre estoy bien. Solo ha sido... —Ni siquiera sé cómo explicarle lo que ha pasado.

—No importa, solo espero que no te hayan hecho daño allí dentro —expone nerviosa.

—Vamos, no fastidies Linda, ¿que no importa? ¡Le han detenido!

—¿Tengo que recordarte las veces que sacaste de comisaría a tu otro hijo? ¿O es que ya no te acuerdas? —le pregunto con ironía. Ya no puedo aguantar más esta presión.

—Archi, cariño... Tengamos la fiesta en paz. Pasemos el día juntos. Vamos a tu apartamento, te das una ducha y, como estamos en Nueva York, podemos comer los tres como una familia. ¿Te parece?

—No, no me parece para nada una buena idea. No he dormido en toda la noche rodeado de borrachos, drogadictos y gente indeseable. Solo me apetece darme una ducha y tumbarme en la cama.

—Archi, hijo... Lo entiendo, pero hemos venido a Nueva York... Al menos, pasa el día con nosotros.

—No os lo he pedido, es más voy a matar a Brandon cuando lo vea por avisaros. Seguro que está por ahí con Shianna en lugar de sacarme de la cárcel. ¡Menudo cabrón de amigo!

—¿¡Qué!?! —pregunta mi madre incrédula.

—Sí, madre. Tu queridísima Shianna lleva un tiempo acostándose con él.

—¿Y eso te molesta? —inquire en contrapunto.

—Para nada... Por mí como si se casan y tienen media docena de hijos, pareces más molesta tú que yo.

—No estoy molesta sino sorprendida, nada más —responde, pero puedo notar un tono de irritación en su voz.

—Brandon no nos avisó —interviene mi padre, como siempre claro, conciso y corto de palabras.

—¿Y quién lo hizo?

—El comisario. Es un antiguo conocido mío.

—Vaya, padre, veo que te mueves en las altas esferas —espeto con ironía.

Me mira y no dice nada. Creo que su enfado está aumentando considerablemente cada vez que digo algo y ahora mismo no me importa, me ha dolido mucho que me eche en cara que han tenido que venir a buscarme desde Boston.

Llegamos a mi apartamento, el coche se frena y cuando voy a bajar, mi madre me agarra del brazo.

—Archi, cariño... Sé que quieres descansar, quizá podamos traer algo de comida a tu casa. Nos apetece pasar este día contigo.

Suelto el aire contenido, estoy cansado, mi vida últimamente es como una montaña rusa y siento que estoy perdiendo totalmente el rumbo, pero al final cedo.

—Está bien, a las dos de la tarde.

—Gracias, cariño.

Salgo del coche, subo a mi apartamento y al entrar en mi habitación, juro que la imagen no puede ser más repugnante. Brandon desnudo enmarañado con Shianna. Ella está tapada y además no es una mujer que no conozca, pero... ¿en serio? ¿En mi cama?

Esto es el colofón para joderme el domingo.

—¡Fuera de mi cama ahora mismo! —grito exacerbado.

Brandon da un respingo y se incorpora como un resorte como su madre le trajo al mundo. Shianna se levanta pausadamente también desnuda, no se molesta en taparse con una sábana, creo que lo hace para ver si la miro, aunque ni siquiera me molestó. No es una mujer que desee volver a mirar.

—¿Qué cojones hacéis en mi casa y en mi cama?

—Verás..., esto..., esto tiene una explicación... —dice Brandon cogiendo su ropa.

—¿¡Sí!? ¿En serio? ¡Porque a mi lo único que me parece es que eres un maldito capullo! Y tú, vístete de una santa vez, Shianna. No voy a mirarte, no me gustas y no pienses ni por un momento que tienes alguna posibilidad conmigo. ¡Quítatelo de la cabeza de una vez! ¿O acaso es eso? ¿Has venido a follar en mi cama y te tiras a mi amigo para imaginar que soy yo? —inquiero fuera de mí.

—¡Maldito cerdo! ¡Duerme la mona! —grita tapándose y adentrándose en el baño.

—¡Joder, Archi! Estás mal... —intenta apaciguarme mi amigo.

—¿Estoy mal? Me he pasado doce horas en un maldito calabozo oliendo a meado, vómitos y a no sé qué más, rodeado de gentuza. ¡Ah! Creo que también había un asesino, pero todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario, ¿no? —digo con ironía—. Y mientras, tú te follas a mi exmujer en mi propia cama. ¡Joder! Brandon, pensé que tenías un poquito más de lo que hay que tener...

—Lo siento, colega. Fue idea suya —expone avergonzado.

—¿Y tú aceptas? Macho, por meter la polla en cualquier sitio eres capaz de tirarte a un tren, ¡a ver si espabilas! Ella solo te quiere porque eres mi amigo y pretendía lo que ha conseguido, follar en mi cama. ¡Joder! ¡Eres estúpido! ¡Fuera de mi casa! ¡Ah! y devuélveme la llave. No quiero volver a verte en toda mi puta vida...

—Vamos, Archi. Lo siento. Tienes razón, soy un capullo. No te enfades...

—¡Fuera, Brandon! Te juro que hoy no estoy de humor.

Me devuelve la llave en el mismo momento en el que sale Shianna con una sonrisa maliciosa. Rodea su brazo por el cuello, pero Brandon se deshace de él.

—¡Déjame en paz! Eres una fulana. No vuelvas a llamarme, ¿entendido?

—Sois unos fracasados. ¡Que buena pareja hacéis! —suelta una carcajada y baja las escaleras riéndose.

—Archi, lo siento... —insiste en un último intento de que lo perdone.

—¡Fuera, Brandon!

Baja cabizbajo y da un sonoro portazo. En cuanto se va, cojo las sábanas y las hago un ovillo. Me da asco pensar que han estado en mi cama montándose. Juro que en estos momentos me dan ganas de quemarlas junto con la cama y este maldito apartamento. Ahora mismo ni siquiera sé qué demonios hacer. Y no es porque sienta nada por mi exmujer, hace mucho que no lo hago, sino por lo retorcida que ha sido. Ha visto la oportunidad y no ha dudado ni un momento. Me apostaría el cuello a que ha sido tal y como lo he descrito y no es por ser arrogante, pero desde que apareció Abby, Shianna ha pretendido tener algo conmigo y no lo entiendo, tanto tiempo juntos y tras nuestra separación nunca había mostrado ningún signo de volver. Yo no lo habría permitido, ¿pero por qué ahora?

Son preguntas que no cesan en mi cabeza. Y que de nuevo me llevan indudablemente a Abby, mujer que por otra parte tengo que olvidar si no quiero volverme loco. Aunque ahora mismo me encantaría hablar con ella y contarle lo que me ha pasado. Estoy seguro de que me daría un buen consejo y me ayudaría a verlo desde otra perspectiva.

Me voy a la cama de invitados y quito también las sábanas. Ni siquiera sé si se lo han montado aquí. ¡Puf! Ni siquiera sé qué espacio de mi casa han dejado sin usar. Estoy tentado de llamar al cabrón de Brandon para que me dé detalles o llamar a una empresa de desinfección para que me limpien la casa,

pero es domingo, no podrían hacerlo.

Estoy cansado, asqueado y por un momento no quiero ni puedo permanecer en casa. Me doy una ducha y salgo sin rumbo fijo. Miro el teléfono, me gustaría llamar a Abby, es lo que más desearía, pero no. Al seguir su contacto, veo a otra persona, Violet, compañera de Abby. Está seguida por tenerla grabada a continuación como Abby. Ni siquiera la conozco y es una locura, pero ella parece buena persona y ahora mismo no tengo a nadie con quién hablar. Cuento hasta tres y doy a marcar. Me contesta al cuarto tono, un poco sorprendida.

—¿Archibald? ¿Estás bien?

—Sí, bueno yo... Ni siquiera sé por qué he marcado tu número —digo dubitativo—. Verdaderamente, creo que ha sido un error.

—¿Querías llamar a Abby?

—Sí..., digo, no... Bueno me encantaría, pero no voy a hacerlo y después en la agenda de mi teléfono salías tú...

—Bueno, aunque intentarás hablar con ella, seguramente no te cogería el teléfono. Está con su hijo, se han ido a disfrutar el resto del día, Mike se marcha a las cuatro.

—Claro... Siento molestarte, Violet, esto ha sido un error.

—Archibald, ¿necesitas hablar?

—Sí, pero tranquila, no quería importunarte.

—No lo haces. Estoy sola y un poco hastiada, la verdad.

—¿Puedo preguntar por qué? —inquiero. No quiero que me cuente algo que no desea.

—¿Te apetece venir a tomar un café? Yo invito —me dice conciliadora—. Es algo largo de contar. Quizás así también puedas contarme lo que querías hablar con Abby. Sé que no nos conocemos mucho pero me caes bien, y no finjas, sé que yo también te caigo bien a ti. —Me quedo alucinado con esas palabras y no se me ocurre nada que decir, pero no hace falta. Ella completa su propia frase—: Soy maja, sé escuchar y prometo no juzgarte.

Tengo que reconocer que es convincente.

—Estoy a cinco minutos de vuestro apartamento, si te parece bien voy para allá —claudico al fin—. Si no, podemos quedar en otro sitio.

—Perfecto, así podré vestirme. Seguro que nos viene genial la terapia juntos.

Suelto una carcajada y cuelgo el teléfono. Al llegar al apartamento, suspiro. Espero no haberme equivocado y que Abby no regrese antes de la

hora que me ha indicado Violet. No me gustaría enfrentarme a ella después de lo sucedido ayer.

Llamo a la puerta y Violet me recibe con una sonrisa cálida. Le doy dos besos y ella me hace pasar.

—Hola, Archi. Tienes mala cara.

—En un calabozo no se duerme muy bien.

—¡Cielos! Es verdad. Lo había olvidado. ¿Cómo te fue?

—Las damas primero, soy un caballero —le digo mientras paso a la cocina. Ya tiene preparado el café y se lo agradezco, me apetece mucho uno.

—¿Cómo lo quieres?

—Solo, por favor.

Me lo sirve y nos sentamos en la barra de la cocina.

—Empieza tú, Violet. Soy todo oídos —le digo mientras saboreo el humeante café.

Ella da un sorbo a su café, me mira y sonrío.

—No sé si sabes que me acosté con tu amigo Brandon... —Asiento y ella continúa—. La verdad es que después hemos estado en contacto por mensajes, tonteando un poco. Pensé que cuando regresara a Nueva York me llamaría para quedar y cuando ayer le vi con Shianna en el partido, todo mi mundo se vino abajo. No solo por eso, sino porque conozco al tipo de mujer que es Shianna, por lo que me ha contado Abby de ella. Sé que es tu exmujer y espero que no te moleste el calificativo, pero es una zorra. —Niego con la cabeza si antes pensaba que era mala gente, después de lo de hoy le va que ni pintado—. Y también porque quizás, solo quizás, esperaba que el capullo de tu amigo fuera de otra manera.

Hace una pausa. Y entonces sé que tengo que decirle algo.

—Lo siento, Violet, pensé que lo vuestro solo había sido una noche. Desconocía que sintieras algo por él, pero de haberlo sabido te habría dicho que es un gilipollas integral. Que no se merece que estés mal y que él se lo pierda. Te lo aseguro... Espero que algún día espabile y se de cuenta de que hay mujeres maravillosas a las que hace daño con sus actos. Shianna es más que una zorra, créeme, ¿sabes que me he encontrado yo cuando he llegado a mi apartamento después de pasar la peor noche de toda mi vida en un calabozo oliendo a meados, vómitos y dios sabe qué más; rodeado de delincuentes? —Ella arquea sus hombros y yo sonrío—. Pues a la zorra de Shianna en mi cama con el capullo integral de mi examigo. Porque si verdaderamente fuera mi amigo no se hubiera dejado embaucar por una

manipuladora como ella.

—¡La leche! —Ella abre los ojos como platos—. No me lo puedo creer. ¿En tu cama?

—Sí, en mi cama. Ni siquiera he sido capaz de acostarme. He recogido las sábanas y me han dado ganas de quemarlas. Y lo peor de todo es que ni siquiera sé si se lo han montando en cualquier rincón de mi apartamento. Me da asco pensarlo. Y no por el hecho de que sea mi exmujer. Hace mucho tiempo que no siento nada por ella. Sino porque creo que es ella la que ha montado todo este circo para hacerme daño o para fingir que él era yo, no sé, no sé bien por qué. Solo de pensarlo me dan náuseas. Y el gilipollas de Brandon ha cedido a todo ese juego. No logro entenderlo.

—Las mujeres a veces somos unas manipuladoras.

—Lo sé, Violet, pero Brandon puede tener a cualquier mujer, tú misma lo sabes. ¿Por qué ceder a Shianna? No logro comprenderlo. Por más que lo pienso...

—Quizás él también quería ser como tú...

Las palabras de Violet me dejan perplejo. ¿Es posible? ¿Mi amigo se siente celoso de mí? No creo que sea así. Pero a veces creemos que conocemos a las personas y nunca se logra conocer a alguien al cien por cien, ni aunque se viva toda una vida juntos.

—No sé que pensar. Solo sé que ahora mismo me siento indignado y muy frustrado. Con lo que pasó el otro día con Abby, ahora con Brandon... Para colmo, mis padres vendrán a comer luego y no me apetece lo más mínimo. Mi padre se cree que soy un delincuente en potencia por sacarme de la cárcel y se olvida de que mi hermano en su época de la universidad estuvo más tiempo en ella que en el campus.

—El problema no es ese, Archi, creo que para tu padre eras todo un mito y ahora te has caído de ese pedestal. Esta un poco decepcionado, créeme, lo sé bien.

—¿Sí?

—Hasta hace poco era la mejor en mi trabajo, pero perdí un gran cliente. Entonces mi padre, es decir, mi jefe, ha empezado a apartarme de todo.

—¿Tú también trabajas para tu padre?

—Sí, y siempre hemos sabido separar los negocios de lo familiar... hasta ahora. Lleva dos semanas sin hablarme.

—¡Joder! Violet, tu vida parece todo un culebrón.

Se ríe y da un sorbo de café.

—Lo sé, pero la tuya tampoco es una película romántica que digamos. Tenemos unas vidas de mierda, amigo. ¿Por qué no nos enrollamos tú y yo? —me pregunta sarcástica.

—Eres una mujer preciosa, Violet, pero sabes perfectamente que mis sentimientos ahora mismo le pertenecen a otra mujer. Y aunque nunca podrán ser correspondidos y tenga que empezar a olvidarla, ahora mismo no puedo enrollarme contigo, no sería justo. Quizás...

—Lo sé, y es muy loable de tu parte, yo tampoco sería justa. Aunque un polvo rápido... —me dice y suelta una gran carcajada al ver mi cara—. Es broma.

Verdaderamente debería aceptar su propuesta si no fuera la amiga de Abby, necesito sexo. Desde que conocí a Abby no he vuelto a acostarme con nadie y es hora de que empiece a hacerlo y olvidarme de una vez por todas de ella.

Esta semana tiraré de mi lista de contactos y quizás pueda tener algún encuentro sexual que me haga olvidarla de una vez por todas.

—Si no fueras su amiga... —suelto yo también una carcajada—. Violet, gracias por la charla y el café. Tengo que irme pero hazme un favor, no le cojas el teléfono al capullo de Brandon ni hables con él. No se lo merece. Hay muchos hombres maravillosos esperando y estoy seguro de que encontrarás a alguien estupendo que te sepa valorar como te mereces.

—Gracias, Archi, eso espero. Cuando quieras hablar, aquí estoy.

—Lo mismo digo.

Le doy un beso en la mejilla y me despido de ella. Verdaderamente me he sentido muy a gusto charlando con Violet. Debo reconocer que liberarse de ciertas tensiones y hablar con alguien con quien apenas tienes confianza a veces ayuda a ver las cosas de otra manera.

Al llegar a mi apartamento, miro todo de reojo y me pongo manos a la obra.

Pongo las sábanas en la cama de invitados y también las mantas que tengo en el sofá. Mañana diré a la señora que me viene a limpiar la casa que haga unas horas extra y limpie a fondo. Hoy no puedo hacer mucho más, pero al menos las toallas y las camas están limpias. Sin darme cuenta, el timbre de mi apartamento suena. Son las dos de la tarde. Mis padres, como siempre, llegan puntuales. Suspiro, ahora toca lidiar con la cara seria de mi padre, pero es lo que hay. He cometido un error y tendré que pagar por él, al menos durante un tiempo hasta que su enfado se disipe.

Capítulo 26

Abigail

Una vez que me despido de Mike, la normalidad vuelve a reinar en nuestro piso, aunque un gran vacío se ha instaurado en mi corazón. Oírle decir que me echa de menos no me tranquiliza, por lo que voy a intentar buscar un vuelo para el próximo fin de semana o como muy tarde el siguiente. Además, es hora de ver a Robert y hablar de nuestra situación, ya que él no da su brazo a torcer y apenas conversamos por teléfono, porque cuando él no tiene guardia, no está disponible. Creo que la situación se nos está yendo de las manos y cuanto más tiempo dejemos pasar, peor será.

Violet está viendo la tele cuando regreso a casa, parece más animada, aunque no me explica el motivo y me siento a su lado.

—¿Qué tal el día? —le pregunto.

—Bien, tranquilo. ¿Y tú?

—Un poco deprimida, pero las despedidas son así, es seguro que este fin de semana o quizás el siguiente me marche a casa.

—Claro, tienes que ver a tu hijo y hablar con tu marido.

—Eso es.

Me siento a su lado, nos ponemos a ver una película y me quedo dormida. Esta noche apenas he dormido por lo que cuando termina, me despierta, preparamos la cena y después me voy a acostar.

Por la mañana le mando un mensaje a Brandon, pero no me contesta. Espero poder quedar con él. Necesito que me ayude con lo del detective, o al menos que me indique qué debo hacer.

Como todos los días, el trabajo es agobiante, hoy Shianna ha venido con un humor de mil demonios, pero doy gracias a que Linda ha pasado por la revista y ha calmado los humos.

—Buenos días, Abby. ¿Qué tal va todo? —me pregunta al verme.

—Buenos días, Linda. Bien, gracias —le contesto con cordialidad.

—¿Ya se fue tu hijo?

—Sí, ayer.

—Vaya, qué lástima —dice con sinceridad. Hicieron muy buenas migas —. Seguro que pronto volvéis a veros.

—Estoy pensando en ir este fin de semana, o quizás el siguiente.

—Claro, cielo. Pero este fin de semana va a ser difícil, la revista organiza un evento especial por nuestro aniversario, tendrás que posponerlo para el siguiente, si no te importa. Lo siento de corazón.

—¡Oh! Tranquila y gracias por avisar. Aún no he reservado el billete, pensaba hacerlo esta tarde así que no hay ningún problema, el siguiente entonces —digo afablemente.

—¡Perfecto, cielo! Y ve preparando un vestido precioso, el evento será estupendo.

—Claro. Gracias, Linda, voy a seguir trabajando.

—Que tengas buen día, Abby.

—Igualmente, Linda.

En cuanto Linda se va, mi cara lo dice todo. No tengo ningún vestido de fiesta y tendré que acudir a Violet. Tampoco me apetece mucho ver a Archibald después de lo sucedido, me siento un poco avergonzada por lo que hizo mi hijo y también molesta por sus palabras. Volver a encontrarnos solo hará que tengamos que hablar, cosa que no sé si me apetece en exceso. Aunque sabía que llegaría ese momento, quería también saber algo más sobre Robert.

Mi teléfono suena, es Brandon.

—Abby, buenos días, perdona que no te haya contestado antes pero ayer fue un día complicado.

—Buenos días, Brandon. Tranquilo. ¿Te sigue pareciendo bien que quedemos para comer?

—Tiene que ser algo rápido, mi vuelo sale a las cuatro.

—Claro, yo solo tengo una hora para comer. ¿Te va bien cerca de la revista?

—Preferiblemente no. La verdad es que no me apetecería encontrarme con Shianna.

—Vaya, ¿problemas en el paraíso? —digo con retintín.

—Abby...

Su tono de advertencia no me pasa desapercibido, pero me he quedado bien a gusto.

—Lo siento, lo siento. Ya me contarás si quieres. Dime dónde quieres comer, pero no tengo mucho tiempo y no conozco Nueva York en exceso, así que tendrás que darme la dirección.

—De acuerdo, hay un sitio a dos manzanas de la revista. Luego te mando la ubicación por mensaje, no tiene pérdida. A las dos y cuarto.

—Gracias, Brandon.

—No hay de qué.

Cuelgo el teléfono. Me sorprende lo de Shianna, el otro día me parecía que estaban muy compenetrados pero conociéndola un poco me parece una bruja de mucho cuidado así que cualquier cosa que me diga de esa mujer no me sorprende nada.

La veo salir del despacho de Linda echando pestes por la boca, me mira con esos ojos inyectados en sangre y susurra algo entre dientes. Seguramente sea algo malo, pero decido ignorarlo y no entrar en su juego, estoy segura de que eso es lo que quiere, provocarme y entrar en una discusión.

Vuelvo la vista a mi ordenador y sigo a mi trabajo hasta la hora de salir. Veo el mensaje y pongo el navegador del teléfono para así no perderme. Tardo diez minutos y cuando llego, Brandon me está esperando.

—Hola, Abby, un placer volver a verte. —Como siempre tan gentil.

—Hola, Brandon. Gracias por venir. Yo invito. Es lo mínimo.

Es una hamburguesería y sonrío. Me gusta la comida rápida, para qué negarlo. No suelo comerla y cuando puedo lo disfruto como una niña pequeña.

Lo primero que hacemos es pedir para no perder tiempo. Luego entramos en materia.

—Tú me dirás...

—Lo primero que quiero es que esto que te pido quede entre nosotros dos, por favor. No se lo cuentes a Archibald.

—Tranquila, está demasiado enfadado conmigo para hablarme en una década —dice con pesar.

—¿Sí? ¿Qué ha pasado?

—Digamos que he metido la pata hasta el fondo, pero hoy no hemos venido hablar de mí. Dime que necesitas.

—Verás, esto es un poco difícil para mí. —Suspiro y respiro profundamente de nuevo—. Tengo mis sospechas, aunque quizás solo sea una tontería, pero es mucha casualidad que desde que yo vine a Nueva York primero en mi viaje y ahora a trabajar, mi marido esté saliendo con más asiduidad. Me refiero a que cuando yo estaba, solo se iba a viajes de negocios y nunca salíamos por ahí porque decía que le agobiaba. Tenía sus escapadas, sus convenciones y demás, pero ahora que yo no estoy aprovecha para salir cuando no tiene guardia... Creo que puede tener una aventura.

—¿Eso crees? —me pregunta un poco sorprendido.

—Brandon, nosotros..., hace mucho tiempo que no mantenemos relaciones conyugales. Me imagino que un hombre tiene sus necesidades. No sé... A lo mejor es solo lo que yo quiero ver...

—Vale, Abby. ¿Y qué pinto yo en todo esto? —me pregunta confundido.

—¿Podrías conseguirme un detective o decirme cómo contratarlo?

—En Orlando, ¿no?

—Sí.

—Déjame hacer unas llamadas, no tengo contactos en la zona, quizás pueda conseguirte algo. Aunque no te prometo nada.

—Gracias, Brandon. Todo lo que puedas hacer te lo agradeceré.

En ese momento llegan nuestras hamburguesas y comenzamos a dar buena cuenta de ellas. Casi lo agradezco, tener que darle más explicaciones a Brandon me resulta un poco incómodo. Yo la saboreo como si fuera un exquisito manjar y él me mira con admiración.

—Parece como si no comieras hamburguesas con frecuencia.

—Porque es cierto. Solo desde que llevo en Nueva York estoy comiendo comida basura, antes no solía salir, ya te lo he dicho.

—¡Joder, Abby! ¿Tu marido te tenía presa en casa?

—No es eso, aunque quizás yo tampoco fuera muy insistente.

—¿En serio? No te engañes. Tu marido es un capullo. —Le miro ceñuda y él se encoge de hombros—. Lo siento, es la verdad. No entiendo cómo es posible que no te invitara de vez en cuando a una hamburguesa, a cenar, a bailar... Abby, seamos realistas, es como si quisiera tenerte para él solo.

—Ni siquiera es eso. Porque si al menos estuviéramos en casa haciendo algo juntos..., pero cuando llegaba del trabajo, él hacía sus cosas y yo seguía a mis tareas. Hace mucho que la convivencia es puramente cordial. Ayer me preguntó mi hijo que si seguiría con mi marido si él no hubiera existido, esa misma pregunta me hago yo todos los días y la respuesta estoy segura de que sería un rotundo no. Estoy demorando irme a casa para evitar lo que pasará. Incluso Linda me ha dicho que este fin de semana no puedo irme y... me he alegrado. Es como si quisiera evitar lo inevitable.

—Vaya..., no sé Abby. Si tu matrimonio no funciona, quizás sea el momento de poner punto y final. Eres una mujer preciosa y todavía eres joven, hay muchos hombres que estarían dispuestos a tener una relación contigo —me dice.

—Eso me da vértigo, y pensar en lo que vendrá después...

—Ya me imagino, pero a veces hay que hacer cosas que no nos gustan

por el bien común, y sobre todo por uno mismo.

—Tienes toda la razón.

Sin querer, el tiempo se nos ha echado encima. Me quedan quince minutos.

—Brandon, debo irme. Gracias por la charla y sobre todo por intentar ayudarme.

—De nada. Gracias a ti por la compañía, la necesitaba, en serio.

—¿Estás bien? Pareces cansado...

—No mucho, pero creo que me merezco esto. Ya te he dicho que Archi está enfadado conmigo y no le falta razón. Ahora tengo que averiguar la manera que se le pase el enfado.

—Si me necesitas...

Él sonríe. Incluso ahora que está decaído, Brandon tiene una sonrisa preciosa, de triunfador. No me extraña que se lleve a las mujeres de calle, con ese carisma y ese físico.

—Gracias, Abby, te lo agradezco, pero esto tengo que solucionarlo yo solito.

Me da un tierno beso en la mejilla y nos despedimos en la puerta de bar. Le sonrío y le digo adiós con la mano. Parece compungido y es la primera vez que le veo así. Algo gordo ha tenido que pasar entre ellos. Me gustaría averiguarlo, aunque no puedo llamar a Archibald, no después de lo sucedido, me parece violento y además no sé cómo se sentiría.

Regreso a la revista elucubrando sobre el tema, pero llego a la conclusión de que debo dejarlo estar. Espero que no sea nada irreparable. La amistad es algo maravilloso cuando es verdadera.

La semana transcurre con total normalidad, Brandon me mandó el miércoles un mensaje comentándome que había conseguido ponerse en contacto con un detective de la zona y que iría mandándole los progresos que tuviera. Así que cuando sepa algo me lo dirá.

Mañana es la fiesta de la revista y doy gracias de tener una amiga maravillosa que va a prestarme uno de sus vestidos para poder acudir.

—Violet, te quiero, eres mi salvación —le digo mientras ojeamos su armario.

—Abby, eres un poco pelota, pero aún así yo también te quiero —expone con una carcajada.

Las dos nos reímos y seguimos mirando qué puedo ponerme para la

fiesta.

—Cielo, creo que este es tu vestido. ¿Qué opinas?

Lo miro, verdaderamente es precioso, aunque me parece quizás un poco atrevido.

—Violet, ¿no es demasiado corto? Es una fiesta elegante y distinguida.

Ella se encoge de hombros.

—A mí no me parece corto. Eres una mujer guapa y joven, creo que es lo más apropiado. No puedes vestirte como una vieja.

—¿Tú crees? ¿No es provocativo?

—No, claro que no.

Me miro al espejo y suspiro. Sigo pensando que lo es, pero quizás Violet tenga razón, no suelo vestir muy a la moda, mi vestuario es más bien anticuado para una mujer de mi edad y quizás ya va siendo hora de que cambie un poco. El vestido es palabra de honor, color verde oliva metalizado, pero Violet tiene un chal que hace juego por lo que puedo llevarlo sobre los hombros y el escote para sentirme más cómoda. La ajustada prenda realza evidentemente mis atributos y me llega por encima de las rodillas. Tiene unos bonitos zapatos del mismo color que quedan perfectos.

—Abby, estas preciosa y estoy segura de que vas a dejar a más de uno con la boca abierta.

—Precisamente eso es lo que no quiero, Violet —me quejo—, yo solo deseo pasar desapercibida.

—¡Cuándo te darás cuenta de que aún eres muy joven y tienes una vida por delante! El capullo de tu marido no te valora lo suficiente, tienes que abrir el mercado de hombres por si ocurre lo inevitable —me dice con su habitual desparpajo.

Suspiro, resignada. Quizás tenga razón. Pero no quiero verlo. Le he contado mis sospechas y que hablé con Brandon contratando a un detective; ella piensa que Robert tiene una aventura y yo cada vez estoy más convencida de ello. Últimamente ni siquiera me coge el teléfono ni contesta a mis mensajes. La verdad, ya no sé que pensar, si solo está castigándome o ciertamente empieza a rehacer su vida sin mí.

—Violet, no sé si estoy preparada. No obstante, gracias. Voy a llevar el vestido. Ahora cenemos. Mañana será un día especial o eso espero, porque seguramente me encontraré con Archibald y no sé si estoy preparada para verlo. No sé nada de él desde el pasado sábado y si te digo la verdad, no me apetece nada encontrármelo después de lo sucedido.

—Cielo, deberíais hablar de ello. Mike dijo cosas haciéndoos daño a los dos, pero deberíais aclararlas porque, ante todo, sois buenos amigos...

—Lo sé, aunque me parece que ya nada volverá a ser como antes. Me dijo que quería que me fuera de su vida, que no quería volver a verme...

Solo recordarlo me duele, pero Violet no parece darle tanta importancia.

—Tonterías. Estaba borracho, Abby. No se lo tengas en cuenta.

—Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad —sentencio.

—No creo que eso sea del todo cierto. Conozco a muchos niños que mienten y a borrachos de lo más embusteros. Además, él estaba enfadado y a veces, cuando una persona está enfadada, dice cosas que no siente solamente con el fin de herir a otra. Así funciona el ser humano. Decimos y hacemos las cosas sin pensar. Luego nos arrepentimos de ello, pero en la mayoría de los casos el daño ya está hecho.

La reflexión de Violet me sorprende. Esas palabras también me las dijo él una vez, cuando me enfadé con mi marido la primera vez.

—Tienes razón. Mañana ya veré que hago.

Después de cenar, charlamos un rato y después me voy a la cama temprano, no quiero dar más vueltas al tema, quiero descansar. Mañana ya decidiré qué es lo que voy a hacer. Porque si una cosa tengo clara es que en la fiesta quiero pasármelo bien, creo que me lo merezco. Nada ni nadie va a estropeármela.

Capítulo 27

Archibald

Esta semana ha sido agotadora. He intentado centrarme en el trabajo, aunque todas mis noches siguen siendo para Abby, no consigo quitármela de la cabeza. Y aunque he decidido no pensar en ella, esta tarde, me ha llamado mi madre para recordarme que mañana es la fiesta aniversario de la revista. ¡Lo había olvidado! Y no puede venir en peor momento. La relación con mi padre sigue tirante. Continúo sin hablar con Brandon, que sería un buen aliado para hacer que esa fiesta fuera un poco más llevadera y para colmo tendré que ver a la bruja de Shianna y a la persona que me quita todos los días el sueño, vamos, que será uno de los peores días de mi vida, estoy seguro.

Eso sí, no voy a ir solo. He llamado a Linsey, una antigua amiga con la que he compartido noches de sexo, para que me acompañe. Así que solo haré acto de presencia y después haré como siempre, me marcharé en cuanto tenga ocasión y me acostaré con ella. Es lo que necesito para mitigar esta mierda de semana que llevo y olvidarme de una vez por todas de Abby.

Al llegar a casa, Brandon me está esperando en la puerta.

—¿Qué cojones haces aquí? —le pregunto de muy mal humor.

—Tío, lo siento... Sé que cometí un estúpido error. Quiero recuperar a mi amigo. Dime qué quieres que haga y lo haré.

—Nada. Fuera de aquí.

—Archi, por favor...

—¡Fuera!

—De acuerdo. Tu madre me ha invitado a la fiesta. ¿Quieres que vaya?

—¡Haz lo que te de la gana! Y ahora fuera de mi vista. Vete a tirarte a mi ex o a quien te dé la puta gana.

—Archi, amigo. Te hecho de menos...

—Tú ya no eres mi amigo.

Abro la puerta y doy un sonoro portazo. Me jode que venga a casa a pedirme disculpas como si no hubiera pasado nada, como un corderito. Estoy cansado de que sea un insensato. Yo jamás hubiera hecho eso, ni siquiera me hubiera acostado con su ex, por respeto. Aunque no sienta nada por Shianna y no tengamos nada, me molesta que se haya acostado con ella. Ciertamente me molesta, sí, y mucho. Creo que hay límites que nunca hay que traspasar.

Pero él no los conoce. Solo piensa con su polla y es hora de que empiece a pensar con la cabeza.

Me siento en el sofá y me sirvo un whisky. Estoy agotado, todo esto empieza a exasperarme, mi padre, mi amigo, Abby, incluso el tema de Yuga, del que últimamente no tengo noticias. Mi vida es sin duda muy complicada. Necesitaría tomarme unas vacaciones y desconectar de todo durante un tiempo. Me recuesto en el sofá y sin darme cuenta me quedo dormido.

Al despertarme son las cinco de la mañana, aún sigo con el traje. Me levanto y me dirijo a la cocina, ayer no cené y evidentemente ni siquiera me desnudé.

Cojo algo de la nevera, mi estómago así lo reclama y mientras lo degusto pienso en que esas vacaciones no me vendrían nada mal. Hoy mismo lo hablaré con mi padre, unos días de desconexión me sentarán de maravilla. Imagino que me las negará, aunque esta vez voy a luchar con uñas y dientes por tomarme un merecido descanso.

Doy buena cuenta de un sándwich y después subo a mi habitación, me desnudo y me doy una ducha. Después me tumbo en la cama. No creo que pueda volver a quedarme dormido, pero al menos intentaré descansar las horas que me quedan hasta comenzar a prepararme. Mi madre me ha exigido que vaya pronto a la revista, ni siquiera sé para qué. He quedado en recoger a Linsey a las once y media, así que llegaremos a las dependencias de la revista sobre las doce. Hasta la una no comenzarán los actos oficiales, pero con una hora de antelación voy con tiempo, no voy a anticiparme más. No quiero estar mucho más tiempo allí.

Comienzo a pensar como será el reencuentro con Abby y al final el cansancio me vence y me quedo de nuevo dormido. El sonido del despertador me devuelve a la realidad. Tengo el tiempo justo para una ducha, un café y comenzar a vestirme. Casi lo agradezco.

Después de asearme me visto con un esmoquin porque sé que es lo que mi madre siempre exige para este tipo de eventos. Después me miro al espejo y aunque mi cara aún refleja cansancio, parece que al menos haber descansado en mi cama me ha hecho recuperar un poco de vitalidad.

Mando un mensaje a Linsey para indicarle que en un cuarto de hora pasaré a recogerla. Entonces mi madre me llama.

—Buenos días, Archi, ¿dónde estás?

—Buenos días, madre. Estoy saliendo de casa para recoger a mi acompañante. A las doce estaré por allí.

—¿Acompañante? Pensé que vendrías solo —dice un poco contrariada.

—Te recuerdo que no te gusta que vaya a los eventos solo —le contesto con desdén.

—Abby estará aquí.

—¿Y? —inquiero molesto.

—Que ella es la mujer apropiada para acompañarte —expone enfadada.

—Madre, ¿cuándo te va a entrar en la cabeza que Abigail está casada?

Fin de la conversación. Nos vemos en media hora.

No la dejo continuar y cuelgo. Imagino que no le ha sentado bien mi contestación, pero ya estoy harto de que ella intente manejar mi vida y sobre todo de que quiera empajarme con Abby. Yo solo quiero alejarme de ella.

Al llegar al apartamento de Linsey, ella ya me espera fuera. Es una mujer atractiva, pero al verla, tengo que reconocer que Abby es mucho más guapa y que debería haberle explicado que para ir a un evento de tal envergadura no debería vestir como una fulana. Suspiro nervioso, la cara de mi madre será un poema.

«¡Joder! Archi, no empecemos, Linsey es tu pareja para hoy y tu compañera de cama para esta noche, es lo que hay...», me recrimino mentalmente.

—Hola, estás muy guapa —le digo tomándola del brazo, besando su mejilla y acompañándola hasta la puerta del coche. Se la abro y la ayudo a sentarse. Al ser un coche deportivo y llevar un vestido tan ajustado y nada apropiado apenas puede moverse.

—Gracias, Archi. Tú sí que estás elegante. ¿Crees que estoy bien?

—Quizás un poco provocativa, pero tranquila, no estaremos mucho tiempo. Después tú y yo nos iremos a mi apartamento.

—Lo estoy deseando, hacía mucho tiempo que no nos veíamos, Archi. Pensé que te habías olvidado de mí... —comenta pasando su dedo por mis labios y después se lo mete en la boca.

No sé por qué ese gesto no me causa ninguna sensación, al igual que verla tan atractiva y ajustada. En otro tiempo, Linsey era la mejor amante. Me hacía perder la cabeza durante horas y además nunca me exigía ni pedía nada a cambio.

—El trabajo me tiene muy absorto últimamente.

—Cariño, hay que desconectar de vez en cuando —comenta y acaricia mi polla con ternura.

Ese gesto de nuevo no provoca reacción en mí. Ni erizarme, ni

excitarme. ¡Nada, absolutamente nada!

«¡Joder! ¡Qué es lo que me pasa!», maldigo en silencio.

Sonrío y arranco el motor, será mejor que ponga rumbo a la revista antes de que me vuelva loco.

No tardo mucho en llegar, el tráfico es fluido y además tengo una plaza de garaje cercana.

Nos bajamos y justo cuando llegamos al ascensor aparece Abby. Mi cuerpo se tensa al verla, ella me mira confusa y durante unos segundos ninguno de los dos dice nada, estamos perdidos en nuestras intensas miradas.

—Cariño, no te quedes en medio, la señorita no puede pasar —interviene Linsey y es entonces cuando los dos nos deshacemos de ese cruce de miradas.

—Perdón. Buenos días, Abigail.

—Buenos días, señor —me contesta. Ni siquiera me llama por mi nombre y eso me enerva.

—¡Ah! ¿Os conocéis? Yo soy Linsey —dice mi acompañante alargando su mano para estrecharla con Abby. Ella, muy cortés, responde a su gesto.

—Encantada, yo soy Abigail. Un placer.

Los tres subimos en el ascensor en un incómodo silencio, al menos para mí y creo que también para Abby. La observo, está preciosa. Lleva un vestido verde oliva, muy elegante y a la vez atrevido, imagino que es de Violet. Tiene el cabello sujeto en un recogido dejando ver su espalda desnuda y un chal envolviendo sus hombros. Apenas va maquillada y lleva unos zapatos que acabará quitándose al finalizar el evento. La conozco bien, no es de las que usan ese tipo de calzado.

Cuando el ascensor se abre, sale como una exhalación y con una sonrisa fingida dice:

—Si me disculpan, debo ayudar a Linda. Un placer haberla conocido, Linsey.

—Gracias —responde ella.

En cuanto salimos nosotros, mi acompañante me mira un poco confundida.

—¿Te la tiras? —inquire de un modo celoso que no había conocido antes en ella y no sé a qué viene esa pregunta, jamás se había puesto tan a la defensiva.

—¿Qué quieres decir, Linsey?

—Que si te acuestas con ella. He notado que entre vosotros había una

tensión increíble.

—No, Linsey. Pero lo que pueda haber entre otras mujeres y yo tampoco es asunto tuyo. Sabes muy bien que tú y yo solo nos acostamos de vez en cuando, no sé a qué viene esto.

—¡Nada! Era simple curiosidad... —me dice, pero no sé por qué no la creo y me ha exasperado. Creo que traerla aquí no ha sido buena idea. Quería venir a la fiesta acompañado, quizás para dar celos a Abby, y ahora me estoy arrepintiendo en el mismo momento en el que Linsey ha abierto la boca—. Tomemos algo, ¿no?

—Aún no está abierto el bar. Quédate por aquí, voy a buscar a mi madre.

—Vale, no tardes...

La miro contrariado, definitivamente no ha sido una buena idea, pero ya está hecho. Doy una vuelta y veo a mi madre con Abby, Shianna y algunas mujeres más. Suspiro un par de veces y me acerco a ellas.

—Buenos días —digo de forma generalizada.

—Buenos días, Archi, hijo. Tú darás el discurso de apertura.

—¿Yo? ¿Por qué yo? No tengo nada que ver con esta revista, definitivamente no soy la persona adecuada. Y no he preparado ningún discurso, estas cosas no se pueden hacer así a la ligera... —comienzo a replicar con indignación.

—Necesitamos algo diferente, quiero algo distinto y qué mejor que un hombre guapo para hacerlo.

—¡Madre, por favor! —exclamo molesto. Me parece horrible que haya dicho eso precisamente delante de todas esas mujeres.

—Chicas, ¿no os parece lo apropiado?

La mayoría de las mujeres me miran de arriba a abajo y asienten, todas menos Abby y Shianna que permanecen impasibles.

—Linda, perdona, pero yo creo que porque pongas a un hombre atractivo no vas a hacer que la revista venda más —interviene Shianna malhumorada—. No es nuestro *target*.

—Cariño, este aniversario y el especial de la revista va dedicado a las mujeres, a lo que demandan y sobre todo a lo que ansían en sus vidas, la perfección en su cuerpo y en su pareja. ¿No crees que mi hijo es un buen ejemplo del hombre que todas las mujeres quieren?

Shianna se calla y me mira con desidia. Yo no digo nada y entonces ahora es Abby la que habla.

—No estoy de acuerdo, Linda, y perdona que te interrumpa.

Evidentemente las mujeres quieren a un hombre guapo. Pero yo como mujer lo que deseo es un hombre que me respete, que me cuide, que sepa valorarme, no solo simple fachada.

El resto de las mujeres comienza a aplaudirla, incluso Shianna sonríe.

—¿Y quien dice que un hombre guapo no puede tener eso que dices también? —inquiero—. ¿Por qué nos juzgáis sin conocernos? ¿Acaso pensáis que no tenemos sentimientos por ser atractivos?

—En la mayoría de los casos los hombres guapos son todos unos superficiales que solo buscan acostarse con mujeres y pasar un buen rato, os creéis el ombligo del mundo —comenta envalentonándose.

—¿Lo dices por propia experiencia? —le pregunto dañino.

Ella se calla por un momento. Ahí no tiene una respuesta que dar.

—No, pero conozco algún caso cercano.

—¿Y qué me dices cuando es la mujer la que actúa de esa manera? Porque es fácil juzgar a un hombre guapo por acostarse con mujeres y ser un... —busco la palabra adecuada para no ofender en exceso a las damas—: «viva la vida», pero si la mujer lo hace, ¿qué es?

—Pues para vosotros, si la mujer lo hace, es una fulana —me responde sin miramientos. Y en eso tengo que darle la razón.

—Bueno, chicos, esto se nos está yendo de las manos —interviene mi madre—. Yo solo quería organizar el evento de alguna manera, pero parece que no os gusta mi decisión. Entonces creo que serás tú, Abby, quién dé el discurso de apertura.

—¿Yo? —pregunta incrédula.

—Sí, tienes media hora para prepararlo.

Shianna la mira con rabia y mi madre me agarra por el brazo y me lleva a su despacho.

—¿Qué es lo que me he perdido? —me pregunta cuando entramos.

—Nada, madre.

—¿Nada? —pregunta soltando una carcajada irónica—. Vienes con una mujer al evento, que dicho sea de paso, no sé de dónde la has sacado pero no tiene nada de clase. Te enzarzas en una batalla verbal con Abby como dos enamorados. ¿Qué ha pasado entre vosotros? Porque el último día, cuando comimos con su hijo, no me pareció que pasara nada.

—No ha pasado nada, madre.

—Archi, nos conocemos... y algo me dice que tu detención tuvo que ver con ella.

—No quiero hablar de eso.

—Soy tu madre, no he querido preguntarte hasta ahora, pero me gustaría saberlo.

—Es muy simple, su hijo quiere que me aparte de ella y eso es lo que voy a hacer. Punto y final.

—¡Eres un estúpido! —me chilla enervada.

—Gracias, madre. Yo también te quiero...

—En serio, hijo. ¿Por qué vas a hacerle caso a un niño adolescente? ¿Le has preguntado a ella lo que quiere? Porque está claro que está molesta contigo y creo que no precisamente por lo del discurso...

—No sé qué quieres decir.

—¡Vamos, Archi! Tan listo para unas cosas y tan tonto para otras... Si ha arremetido hoy contra ti, es precisamente porque está molesta por que hayas traído acompañante y quizás porque te estés apartando de su lado. Imagino que en todo este tiempo no has vuelto a llamarla.

—Evidentemente no; por culpa de su hijo me metieron en el calabozo, dormí una noche en las peores condiciones de mi vida, si bien es cierto que gran parte también es culpa mía y del alcohol. Pero si su hijo no me hubiera dicho nada, no hubiera golpeado a ese policía.

Mi madre suspira exasperada y vuelve los ojos hacia el techo.

—No debes hacerle caso, su hijo solo quiere que su madre vuelva con su padre —explica como si estuviera hablando con un niño que no entiende una resta—, pero me parece que ella no es feliz.

—¿Y cómo sabes eso?

—Cuando le dije lo de este fin de semana, no le costó nada cambiar su viaje. Una persona que quiere ir a ver a su familia se molestaría más. Archi, cariño, ¡aprovecha el momento!

—Te lo dije y te lo repito, no voy a estropear un matrimonio —le respondo con más decisión de la que realmente siento.

—Tú no vas a hacer nada, el matrimonio está ya roto, créeme. Tú solo tienes que estar a su lado cuando todo se derrumbe para recoger los pedazos, Archi. Y entonces conseguirás a la chica.

—Eso es muy rastrero, madre. Yo solo quiero tener una vida tranquila y ahora mismo no la tengo, se complica por momentos, necesito unas vacaciones...

—Por cierto, ¿dónde está el crápula de tu amigo? —Ella sigue a lo suyo, ignorando por completo mis quejas.

—Ni lo sé, ni me importa.

—Vaya, vaya. ¿Qué ha hecho esta vez? —me pregunta con una sonrisa maliciosa.

—Madre, déjalo. Voy a ver a mi acompañante, ya la he dejado sola mucho tiempo.

—Sí, será mejor que vayas, lo mismo se pierde y no encuentra el camino —dice con ironía.

—¡Madre, por favor!

—Hijo, es que cada vez las escoges más tontas. Deshazte de ella y quédate con Abby.

—Hasta luego, madre.

Voy en busca de Linsey que, tal y como ha vaticinado mi madre, está perdida en una sala de rotativos, aunque la encuentro con el móvil a punto de sacar una foto.

—¿Qué haces?

—Lo siento, estaba un poco despistada, me he puesto a andar y no encontraba el camino.

—Sí, la revista no muy una grande. ¿Me dejas ver qué pensabas fotografiar?

—¿Yo? Nada —comenta nerviosa.

Esto es muy extraño y empiezo a sospechar.

—Entonces no te importará enseñarme el móvil.

—Archi, por favor... ¿Qué ocurre?, ¿estás enfadado y quieres pagarlo conmigo? Mi móvil es de mi propiedad. No tengo por qué dártelo. Solo daba una vuelta y me he perdido, estaba intentando localizarte, por esto estaba con el móvil, eso es todo—expone, pero su nerviosismo y su cara dicen lo contrario.

—Es solo que las rotativas es el lugar donde la revista imprime las noticias y tú estabas fotografiando algo. Nada más. No me gusta ser desconfiado, pero prefiero curarme en salud, Linsey, si no escondes nada no te importará enseñármelo.

—Vamos, Archi. ¿Me estas acusando de algo?

—Linsey... —le digo en tono enfadado extendiendo la mano para que me entregue el aparato—. Enséñame el móvil.

—¡No! Es más, creo que me voy a ir, no me gusta cómo me estás tratando.

—Lo siento pero no vas a irte sin que me enseñes el móvil y si no lo

haces por las buenas llamaré a la policía, tú decides.

—¿En serio? Esto es alucinante... ¿Después de lo que hemos compartido tú y yo desconfías de mí? —pregunta enfadada.

—Linsey, no te conozco, nunca me has dicho a qué te dedicas.

Mientras sigue poniendo su mejor cara para convencerme, la acorralo y al final me hago con su móvil.

—¡Serás cretino! ¡Devuélvemelo! —grita exacerbada.

—Dime la contraseña, Linsey y todo se acabará en unos instantes.

—¡No voy a hacerlo! ¡Dámelo!

—Linsey, te lo he dicho, todo puede acabar en un momento o la policía puede hacerlo en comisaría. Tú decides...

—¡¡Devuélvemelo, malnacido!!

—No voy a hacerlo. Vamos, dime el código o te quedas sin móvil.

Al final amenazo con tirarlo al suelo y ella al ver mi determinación, cede y me dice el código. Cuando ojeo la biblioteca de fotos veo que tiene varias de nuestras rotativas. De inmediato las borro y compruebo que no las ha enviado a ningún sitio ni por correo ni por mensaje.

—¿Quién te manda? ¿O qué pensabas hacer con ellas? —pregunto furioso.

—No me manda nadie, pero estaba segura de que, debido a la exclusividad de la noticia, alguna revista estaría interesada también y me darían una pasta —reconoce apocada—. Estoy sin blanca y me he quedado sin trabajo.

—Eso es muy ruin, fuera de mi vista y más te vale que nadie se entere de nada, o te juro que te haré la vida imposible...—digo devolviéndola el móvil.

—Lo siento... —responde contrariada.

—Te lo advierto —la amenazo.

Ella se marcha y me aseguro de que se vaya de la revista acompañándola hasta abajo y diciéndole a la gente de seguridad que ya no es bienvenida.

Durante unos minutos me quedo en la calle, nervioso e incómodo. Gracias a que la he pillado infraganti, sino hubiera sido la ruina para la revista. Y todo por mi culpa.

«¡Maldita mi estampa! Últimamente todo me sale mal».

Capítulo 28

Abigail

Hoy iba a ser un día estupendo, la primera fiesta de la revista, pero en cuanto me he cruzado con Archibald en el ascensor, mi mundo se ha venido abajo. No esperaba para nada encontrármelo y menos acompañado de una rubia con aspecto de Barbie siliconada.

«¡Dios mío! Creo que estoy celosa, ¿cómo es posible?», pienso.

«Quizás es porque realmente sienta algo por él», me respondo después.

Y no puedo sentirlo, ahora no. Porque esto puede influir en la charla que tendré con Robert el próximo fin de semana.

Después me centro en las palabras de Linda, pero cuando Archibald viene a ver, no puedo por menos que arremeter contra él y creo que es simplemente porque necesito sacar de alguna manera toda la frustración que siento. Linda nos ha mirado contrariada y al final me ha encargado el discurso de apertura a mí, y solo tengo media hora para prepararlo. Con el enfado y mi falta de concentración, llevo diez minutos y no consigo nada. Estoy dando un paseo para intentar inventarme algo cuando escucho a Archibald hablar con su pareja.

Mi lado cotilla me lleva a dirigirme al lugar de donde proceden las voces. Me escondo y descubro que más que una conversación parece que estén discutiendo. Ella se niega a entregarle su teléfono, parece como que hubiera fotografiado algo que no debía. Al final, ella cede. Por lo que parece había hecho unas fotos a las rotativas de alguna noticia importante. ¡Menuda fresca! Me escondo justo cuando salen, parece que él la ha echado de la revista. No logro imaginar cómo hay gente que utiliza a alguien de esa manera. Veo la cara de enfado de Archibald y ahora mismo no sé qué hacer. Le sigo hasta la puerta. Se queda allí unos minutos, así que al final decido salir y hacer como que voy a tomar el aire.

—Hola... ¿ha pasado algo? —le pregunto para romper el hielo.

—No, solo estaba tomando el aire —contesta de manera cortante.

—Archibald, yo... siento lo que te dijo mi hijo... —digo en un intento de arreglar un poco las cosas. Me siento culpable.

—Abby, no importa. Creo que es mejor así. Ahora, si me disculpas... Voy a regresar a ayudar a mi madre. Espero que ya tengas el discurso

preparado, te queda menos de cuarto de hora y esto es muy importante para ella.

—No, no tengo nada, pero tranquilo, improvisaré —digo con una débil sonrisa.

—¡Vaya! Seguro que se te da muy bien. Eso es lo tuyo, improvisar, como con todo últimamente en tu vida.

Y se marcha, dejándome con esas palabras. No sé que ha querido decir, pero me he quedado impactada con su comentario. ¿Qué ha querido insinuar? No entiendo nada.

Linda me intercepta cuando regreso.

—Cielo, ¿lo tienes?

—Sí, casi casi. Dame cinco minutos para perfeccionarlo —miento nerviosa.

Tengo cinco minutos para que de mi mente salga algo decente y sin pensar en Archibald cavilo en qué diría para agradecer lo que esta revista ha hecho por mí. Lo plasmo en mi portátil rápidamente y lo imprimo. No tengo tiempo que perder. Ni siquiera me ha dado tiempo a releerlo y espero que a Linda le guste, porque no es una apuesta segura, pero con tan poco tiempo no podía hacer otra cosa.

Se lo entrego y cuando ella lo lee, veo que sus ojos se iluminan. Mi cara, que estaba aterrada por no saber si había dado con las palabras apropiadas, ahora se relaja.

—Cariño, gracias. Me parece un discurso precioso. Sabía que no me equivocaba contigo.

Terminamos de organizarlo todo y es el momento de la verdad. Me toca la apertura del discurso. Linda da la bienvenida a los asistentes, Brandon aparece a última hora, al lado del padre de Archibald, a este último veo que no le agrada su presencia, pero no dice nada.

Al final es mi turno, mis nervios empiezan a hacer estragos pero no hay vuelta atrás, tengo que comenzar, Linda me presenta y me subo al atril, respiro profundamente un par de veces y comienzo:

—Buenos días y bienvenidos a la fiesta de aniversario de nuestra revista. En primer lugar, quería presentarme: soy Abigail Stewart. Llevo un poco más de un mes trabajando en esta revista, pero ya me siento como si formara parte de ella desde el comienzo. Os contaré como empezó todo. Linda me abrió las puertas desde que me conoció, dándome una oportunidad cuando nadie lo hubiera hecho y ¿por qué? Os preguntareis. Pues porque además de ser la

mejor jefa del mundo, tiene un corazón que no la cabe en el pecho.

»Yo no tenía experiencia en este sector, no había trabajado nunca de periodista, la única experiencia que tenía hasta entonces era la de ser madre y ama de casa, pero aún así ella creyó en mí más de lo que yo misma lo hacía; por ello me siento la mujer más afortunada de la faz de la tierra. Porque ahora mismo, si no fuera por Linda, estoy segura de que seguiría siendo una periodista más en la cola del paro. Y además aquí estoy, dando el discurso de apertura para el décimo aniversario de la revista. No podría ser más feliz; que Linda haya depositado en mí su confianza para este menester. ¿Y qué puedo decir sobre «Mi cuerpo es vida»? Que esta revista tiene todos los ingredientes que toda persona necesita. No solo esta orientada a la mujer, sino a todas aquellos que busquen el cuidado de su cuerpo: Salud, alimentación, deporte... y lo más importante, cuenta con experiencias personales de los lectores. Un conjunto que no podéis perderos. En definitiva, que, si aún no la habéis leído, no sé a qué estáis esperando para salir al primer quiosco y adquirir un ejemplar. ¡Ah! e id pensando en qué podéis aportar para el siguiente número. Gracias de nuevo a Linda por darme una oportunidad en su revista y sobre todo por dejarme abrir el evento de hoy con este discurso. Espero que pasen un feliz día y sobre todo disfruten con todo lo que les tenemos preparado.

Tras los aplausos de los asistentes y la cara de emoción de Linda, se da paso a varias charlas más, de periodistas, escritores y algún famoso.

Alguna de mis compañeras se acerca a felicitar me, yo aún sigo emocionada. Sé que Linda también lo está, pero no se acerca a mí hasta que el resto de los ponentes termina.

—Cielo, de nuevo gracias. Un discurso precioso... Aunque lo había leído, al oírtelo decir, me ha conmovido aún más.

—Gracias a ti por darme una oportunidad, todo lo que he dicho ha sido desde el corazón.

—Lo sé, pero si estás con nosotros es porque te lo mereces.

—Creo que no todo el mundo opina igual —digo mirando a Shianna e incluso a Archibald.

—Sabes lo que opino de Shianna, y en cuanto a mi hijo, sé lo que pasó el otro día, me lo contó. Está un poco enfadado, pero se le pasará. Ahora solo necesita que el tiempo pase. Como se suele decir..., el tiempo lo cura todo. Cielo, disfruta de la fiesta.

En cuento Linda se marcha, Brandon se acerca.

—Hola Abby. Gran discurso —dice tras saludarme con dos besos.

—Gracias, Brandon. Pensé que no vendrías.

—La verdad es que no iba a hacerlo, pero me han invitado y no rechazo una comida gratis.

—¡Eres único! —digo riendo. Después me pongo algo más seria y le hago la pregunta que me reconcome por dentro desde que se ha acercado—. Respecto a Robert, ¿tienes algo?

—De momento no, aún es pronto. Solo han pasado tres días desde que conseguí el detective. Pero tranquila, en cuanto tenga algo te lo haré saber.

—Gracias. Estoy nerviosa. El próximo viernes en cuanto salga de trabajar voy a ir a verlo y sinceramente no sé qué voy a decirle. Lleva días sin cogerme el teléfono y sin responderme a los mensajes, no sé que hacer, Brandon. Esto cada día se me hace más cuesta arriba.

—Solo tienes que hacer lo que te dicte tu corazón.

—Cometí el error de pensar que él haría por mí lo que yo hice durante toda mi vida, sacrificarme. Pero está claro que no todos somos iguales.

—Efectivamente, creemos que la gente será como nosotros, que todo el mundo está dispuesto a dar lo que nosotros daríamos por esa persona, pero no es cierto.

—¿Lo dices por propia experiencia?

—Puede...

—¿Qué pasa, Brandon? ¿Quieres contarme algo? Aún no me has dicho por qué Archibald y tú no os habláis.

—La cagué, he metido la pata hasta el fondo, eso lo reconozco, pero yo siempre he estado a su lado en los peores momentos de su vida, apoyándole y ahora creo que no me merezco para nada que me ignore y no me dirija la palabra.

—¿Sabes qué vamos a hacer? —le pregunto y él niega—. Vamos a permanecer un poco más en la fiesta y dentro de un rato tú y yo nos vamos a ir por ahí. A tomarnos algo. ¿Te parece?

—¿Tú y yo? —me pregunta un poco sorprendido.

—Solo como amigos, Brandon, no te equivoques conmigo, estoy casada. Y si te apetece, me cuentas lo que pasó. Solo así podré juzgar lo sucedido y aconsejarte.

—De acuerdo, me vendrá bien tu opinión.

Tomamos algo, seguimos charlando con el resto de los asistentes y después del brindis, me acerco a Linda y a su marido con la intención de

despedirme.

—Linda, me marcho ya, estoy un poco cansada, creo que lo mejor será que me vaya. Brandon se ha ofrecido a acercarme a casa.

—Cariño, ¿Brandon? Ten cuidado con él. Es un crápula.

—Tranquila, no es mala persona. Un poco alocado sí, pero nada más. No obstante, gracias por consejo. Buen fin de semana y de nuevo, gracias por todo.

Me despido de ella y veo a Archibald que charla con varias personas, aunque puedo denotar que al verme con Brandon su semblante cambia, creo que incluso su humor ha empeorado. No sé si son suposiciones mías, pero incluso diría que no está prestando atención a la persona con la que habla para seguirnos con la mirada. No obstante, yo sigo mi camino y dejo de mirarlo. Creo que antes de mi discurso he sido cordial intentado arreglar las cosas y él ha sido cruel conmigo, ahora si le molesta que esté en compañía de Brandon, no es mi problema sino el suyo.

—¿Estás bien? —me pregunta este cuando llegamos a los ascensores.

—Claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Pareces enfadada.

—No, estoy perfectamente. Vayámonos a tomar una copa.

Pero antes de que las puertas del ascensor se abran, aparece Archibald.

—No me lo puedo creer, Brandon. No tuviste bastante con robarme a mi exmujer que ahora también quieres robarme a mi acompañante.

—¿Perdona? —inquiero enfadada—. Creo recordar que tu acompañante se ha marchado antes de que empezara el evento.

—Abby, no te molestes, ¿no ves que está borracho, otra vez? —dice Brandon con tono hostil.

—Y tú eres un desgraciado. ¡Maldito bastardo! Nunca debí confiar en ti. ¡Eres una mierda de amigo!

Las puertas del ascensor se cierran y yo suelto el aire enfadada.

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado? —pregunto asombrada.

—En cuanto lleguemos a un sitio más tranquilo te lo cuento todo, te lo prometo.

Bajamos al aparcamiento, me monto en el coche de Brandon y tras media hora en la que reina totalmente el silencio, llegamos a un bar muy tranquilo, a las afueras de la ciudad. Brandon pide dos copas y nos sentamos en una mesa apartada de la zona de comedor.

—Soy toda oídos... —le digo para que comience, estoy deseando oír lo

que tenga que decirme.

—El sábado después de que os dejara a ti, a Mike y Violet en vuestro apartamento, Shianna se empeñó en que como teníamos la casa de Archi libre, en lugar de ir a un hotel o a la suya podíamos pasar la noche juntos allí. Al principio me negué, no me parecía un buen plan, era la casa de mi amigo, pero al final, como es una manipuladora, me convenció. Ni siquiera recuerdo haberlo hecho en la cama de Archi, te lo juro Abby, el caso es que cuando él llegó a la mañana siguiente, nos encontró allí. A los dos. Y verdaderamente fue el mayor error de toda mi vida. Lo admito. Esa mujer saca lo peor de mí, pero me declaro adicto a ella. Cuando me llama intento decirle que no, pero al final consigue todo lo que se propone. Es como una droga. Es una arpía y manipuladora de mucho cuidado.

—Me lo imagino... Es muy mala, lo sé.

—El problema es que creo que solo lo hizo precisamente para imaginarse que era con Archibald con quien se acostaba, no conmigo. Creo que durante todo este tiempo me ha utilizado para llegar a él o simplemente para intentar darle celos, no lo sé. Y yo soy un estúpido por creer que había conseguido una mujer como ella. En algún momento de mi vida pensé: soy un tío cojonudo, me estoy tirando a la exmujer de mi amigo. No sé..., nunca debí traspasar ese límite, me siento mal, sé que estuvo mal, Abby. Aunque sea su exmujer creo que hay cosas que es mejor no hacer. Pero...

Se queda mudo, en silencio, quizás valorando lo que va a decirme y por un momento quizás sepa lo que piensa.

—A veces siento un poco de celos por la vida que lleva —me dice y me quedo anonadada.

—¿En serio?

—No es que mi vida no me guste. Tengo dinero, un horario de puta madre, mujeres, soy guapo y vivo bien. Pero tener a una tía que le persiga como ella... y luego estás tú...

—¿Yo? No entiendo...

—Abby, tú eres preciosa y, seamos realista, sientes algo por él y él por ti.

—Yo no... —le digo temerosa, aunque en realidad parece que todo el mundo ve algo que yo me niego a ver.

—Vale, lo que tú quieras. Pero él sí siente algo por ti.

Mi corazón se queda parado durante unas décimas de segundo. Quizás no quería verlo, quizás me he negado a ver la realidad, pero lo que Brandon me ha dicho me hace pensar que esto, se está volviendo cada vez más difícil.

—Brandon, las cosas son complicadas.

—Lo sé, Abby. ¿Por qué crees que se emborrachó el otro día? ¿Por qué crees que hoy está enfadado y ha bebido también? Porque todo esto le está superando y yo no le he ayudado. Ninguno le estamos ayudando, pero todos tenemos nuestras batallas.

—¿Qué difícil es todo! —expongo realmente turbada.

—Mucho.

—¿Quieres que te dé un consejo? —le pregunto.

—No me vendría mal —responde con total sinceridad.

—Yo solo puedo decirte que tu vida es buena, como tú bien has dicho, pero quizás deberías centrarte en portarte mejor con las mujeres. Hay algunas que son maravillosas y están deseando conocerte de verdad, ¿sabes? Desde luego, con Shianna no has acertado en todos los sentidos, porque era la ex de tu mejor amigo y porque es una bruja de mucho cuidado. Pero estoy segura de que has conocido a alguna mujer —y esto lo digo por Violet, aunque no sé si ella estará dispuesta a darle una oportunidad después de lo sucedido— que merecía la pena y no has sabido valorarla. No obstante, si no es alguna mujer del pasado, céntrate en conocer a una nueva, en respetarla y en hacerla feliz. No solo en acostarte con ella y pasar unas noches estupendas. El sexo no lo es todo en la vida. Te dará satisfacciones, eso no lo niego, pero no da la felicidad. Y con respecto a Archibald, solo te puedo decir que la amistad verdadera, cuando lo es, siempre perdura. Se puede pasar por momentos malos, pero en el fondo, todo se perdona. Así que dale un tiempo, si de verdad te necesita, estoy segura de que recurrirá a ti cuando menos te lo esperas.

Se queda en silencio un momento, reflexionando sobre mis palabras. Cuanto más conozco a Brandon más cuenta me doy de que en el fondo tiene un gran corazón. Finalmente, él vuelve a dirigirse a mí.

—Gracias, Abby, por tus consejos, por tu charla y por escucharme. Ahora te daré yo un consejo, si me lo permites —me dice y asiento.

—Claro.

—Pase lo que pase con los datos que nos dé el detective, creo que tu relación, está abocada al fracaso, sea ahora o dentro de un año. Si tu marido no quiere sacrificarse por ti no veo que tenga mucho futuro continuar. Pero es solo mi punto de vista. No obstante, solo tienes que preguntarle que si él en tu situación hubiera hecho lo mismo. A ver qué opina, por dónde sale, y con esa respuesta hallarás la solución a todas tus dudas. Es una decisión difícil de

tomar, pero con una fácil solución.

—Creo que tienes razón —digo al cabo de unos segundos—. Gracias también a ti, Brandon. Ahora creo que será mejor que los dos nos vayamos a casa a descansar, el día ha sido bastante agotador y tenemos muchas cosas en las que pensar.

—Tienes toda la razón.

Brandon me deja en casa a eso de las cuatro de la tarde, sus palabras me han dejado bastante afectada. Por un lado, lo que me ha dicho de Archibald. Por otro lado, que me diga que yo también siento algo por él. Mi hijo también me dijo que yo nunca había mirado a Robert como le miro a él. Parece que todo el mundo se da cuenta de las cosas menos yo misma. Y por último lo de preguntarle a Robert, eso es lo más perturbador de todo, porque sé a ciencia cierta que él nunca habría tenido a nuestro hijo ni se hubiera casado conmigo si sus padres no le hubieran obligado a hacerlo.

Así que ahí no tengo nada que preguntarle, aunque lo haré, desde luego, pero la respuesta ya la sé de antemano.

Capítulo 29

Archibald

Cuando me ha preguntado, he querido ser amable tanto como ella lo ha sido conmigo, pero la voz de mi conciencia me ha aconsejado que debo poner tierra de por medio, así que he sacado la artillería y he sido lo más borde que he podido. Como estaba enfadado por lo que ha pasado con Linsey, no me ha costado demasiado.

El discurso ha sido muy emotivo, he visto a mi madre emocionarse y eso me ha dolido en el alma. Así que cuando ha terminado, de nuevo he comenzado a beber y en cuanto Brandon se ha acercado a ella, algo en mi interior se ha encendido todavía más. Todo el mundo se estaba divirtiendo menos yo. Para colmo, mi madre me ha preguntado por mi pareja y para no decir la verdad he tenido que mentir diciéndole que se encontraba indispuesta, cosa que me ha enervado todavía más al ver su cara de satisfacción. Y he seguido bebiendo.

Al ver cómo Brandon y Abby se marchan no puedo evitar seguirles con la mirada en un principio totalmente enfadado y posteriormente decido perseguirles.

Les intercepto en la puerta de los ascensores y estoy tan furioso que la pago con Brandon:

—No me lo puedo creer, Brandon. No tuviste bastante con robarme a mi exmujer que ahora también quieres robarme a mi acompañante.

—¿Perdona? Creo recordar que tu acompañante se ha marchado antes de que empezara el evento —pregunta enfadada Abby.

—Abby, no te molestes ¿no ves que está borracho otra vez? —suelta Brandon.

—Y tú eres un desgraciado. ¡Maldito bastardo! Nunca debí confiar en ti. ¡Eres una mierda de amigo! —espeto soltando todo mi malhumor.

Se meten en el ascensor y me dejan allí plantando, totalmente turbado. En cuanto el siguiente ascensor llega entro en él, decidido a seguirlos, pero al llegar al aparcamiento, ya no los localizo. No sé a dónde han ido. Así que, malhumorado, decido irme a casa, llamar a una de las mujeres con las que a veces he compartido algo más y olvidarme para siempre de Abby. Sé a ciencia cierta que ella no será capaz de acostarse con Brandon, pero no me

apetece que a estas alturas se hagan íntimos amigos.

Al llegar a casa, Charlotte ya me espera, me sonrío y sin decir ni una palabra en cuanto abro la puerta, sube a mi habitación. La sigo como si de una meretriz se tratara. Se desnuda y acto seguido me desnuda a mí. Estoy bajo los efectos del alcohol, así que me dejo llevar por los besos y sus caricias, que no me provocan nada, absolutamente nada, como si estuviera helado y sus manos no pudieran descongelarme. Poco a poco, descienden hacia mi polla. Consigue que responda, al menos en eso, ella es una experta y del cajón de la mesita saca un condón, rasga el envoltorio y me lo coloca. Yo apenas estoy haciendo ningún gesto, mis manos ni siquiera han tocado su cuerpo. Pero ella no me demanda nada. Cuando ya ha colocado el preservativo, pone mi miembro en su hendidura para que yo haga el resto. Pero ni siquiera eso soy capaz de hacer, porque me siento como si estuviera bloqueado, no encuentro las fuerzas para adentrarme en ella.

—Cariño, tienes que poner un poco de tu parte —me susurra—, sé que estas borracho, pero yo no puedo hacerlo todo.

—Esto ha sido un error —susurro—. No puedo, lo siento Charlotte.

—Vamos, cielo. Apenas tienes que hacer nada, tú solo métela y yo haré el resto, te llevaré a la gloria como hago siempre.

—Lo siento, pero no puedo...

—¡Joder! No puedes hacerme venir a tu casa para esto. ¡Eres un maldito capullo!

—Lo lamento... Estoy enamorado de otra mujer... —le digo sin apenas fuerzas.

—¿Tú? —Suelta una carcajada y comienza a vestirse—. Pues que le vaya bonito, porque va a tener los mismos cuernos que la que caiga en manos de tu querido amigo Brandon.

Esas palabras resuenan en mi cabeza. Yo jamás he sido como Brandon y sus palabras me duelen como si me hubieran clavado cientos de puñales en el pecho. ¿Por qué me ha dicho eso? Imagino que en venganza al haberle dejado a medias. Cuando voy a preguntárselo ya ha salido de la habitación. En mi estado de embriaguez, mis acciones son de efecto retardado así que cojo los calzoncillos y cuando bajo al salón está saliendo por la puerta. Maldigo en silencio, está claro que hoy no es mi día, aunque quizás sea lo mejor. No quiero saber por qué razón me ha dicho eso. Me tumbo en la cama y al final el cansancio me vence y me quedo dormido.

Por la mañana, aviso a mi padre de que trabajaré desde Cold Spring, allí tenemos una pequeña casa que suelo usar de retiro espiritual cuando estoy muy estresado, como es mi caso. Esta semana no puedo más, necesito descansar, desconectar de todos mis problemas y aunque atenderé al correo y realizaré todos los proyectos que tengo pendientes, estaré ausente del resto de la gente. Lo necesito, lo sucedido estos últimos días ha causado estragos en mi salud mental.

A mi padre no le ha hecho ninguna gracia lo de mis vacaciones, en cuanto ha leído el mensaje me ha respondido que no es posible y yo le he respondido que me iba igualmente, pero a mí tampoco me gusta asumir algunas de sus decisiones y esta vez va a tener que hacerlo. Ya estoy terminando de hacer la maleta cuando suena el teléfono, es él.

—Archibald, tienes mucho trabajo y algunas reuniones concertadas esta semana para tomar una decisión así, no puedes irte sin más —me dice.

—He mandado un correo a Donna, ella se encargará de cambiarlas. Sabes que mi secretaria es de lo más eficiente. Lo siento, padre, pero necesito un respiro.

—¿Es por esa mujer? ¿La pelirroja? Abigail se llama, ¿no?

—No solo es por ella, pero principalmente, sí.

—Deberías olvidarla y centrarte en lo importante... —expone con total sinceridad.

—Eso es lo que intento, por eso me voy. Porque el resto de las cosas ya las he probado, necesito un respiro y sé que en Cold Spring lo tendré, siempre consigo la paz que necesito —indico enfadado.

—Está bien... Solo te daré una semana para que aclares tus ideas, Archibald. Dentro de diez días tenemos una reunión con un cliente importante. Te quiero al cien por cien.

—Lo estaré, no te preocupes...

—Eso espero..., por tu bien.

Cuelgo el teléfono enervado mientras cojo la maleta y la meto en el coche. A veces mi padre no se da cuenta de que he sacrificado toda mi vida por la empresa. A mi hermano nunca le exige tanto como a mí, empiezo a cansarme. Quizás debería desvincularme de ella y buscar otro trabajo, no gozaría de tantos privilegios, pero al menos no tendría tantas responsabilidades y desde luego disfrutaría de mis días de vacaciones

remunerados y sin tener que rogar a nadie para conseguirlos...

Tras conducir una hora y media sin ningún tipo de prisa, llego a mi destino. Una casa cerca del río Hudson, donde apenas tengo vecinos y además de la tranquilidad y sosiego que me proporciona la soledad, en estas épocas del año el lugar es aún más tranquilo, cosa que me relaja aún más del agobio y el trasiego de cualquier día en la ciudad de Nueva York. Descargo mi maleta y el portátil y me acerco al centro. Hoy comeré en cualquier lugar de por aquí y mañana me encargaré de ir a hacer la compra para esta semana. Tal y como ha dicho mi padre, intentaré que mi estancia no se prolongue más de lo deseado. Como mucho estaré hasta el próximo domingo. Porque estoy seguro de que, si me quedo más días aquí, vendrá a buscarme personalmente, de eso no me cabe ninguna duda.

El día transcurre como si hubiera pasado a otra dimensión, es todo lo contrario a vivir en Nueva York. Apenas hay ruido. Es como si de repente hubiera estallado una guerra mundial y solo quedara este lugar. No hay mucha gente por las calles pese a ser domingo y cuando regreso a media tarde, mi cabeza parece estar ya más sosegada.

He comprado algo de cenar en el bar donde he comido, así que lo caliente y lo tomo en la casa, degustando también una cerveza al calor de la chimenea. El crepitar de la leña es muy relajante. Observo el fuego, agradeciéndome a mí mismo una y otra vez el haberme decidido a venir. No puedo estar más en paz ahora mismo. Miro el teléfono y no tengo ningún mensaje, evidentemente nadie va a llamarme, porque ni Brandon ahora mismo es mi mejor amigo ni Abby me soporta. Ellos son las dos únicas personas con las que he entablado amistad en mi vida. Mi madre imagino que estará al corriente de mi partida y no querrá molestarme y mi padre está enfadado así que parece que me van a dejar en paz.

Una parte de mí se lamenta de tener una vida tan triste, con tan pocos amigos con los que compartir unas charlas. Así que, tras cenar, decido retirarme a descansar, será lo mejor.

La semana transcurre con total tranquilidad, tal y como yo había vaticinado. Trabajo un poco, pero nada estresante. El lugar me proporciona la paz que necesito y aunque no consigo borrar de mi mente a Abby, sí que al menos logro que no sea el centro de atención de mis días y mis noches. Esa loca fijación que he tenido con ella durante mucho tiempo se está disipando. Este lugar, mis paseos por el río, la calma, el sosiego que me da estar tan

tranquilo, sin bullicio y sin muchas interrupciones hace que me replantee si ha llegado el momento de olvidarla para siempre.

Aunque no puedo estar más equivocado, porque a media mañana del sábado, un wasap de Brandon hace que todo mi mundo se tambalee de nuevo. En un primer momento ni siquiera lo leo. Decido obviarlo. Seguramente sea para pedirme perdón otra vez y para quedar para este fin de semana.

Pero otro wasap entra al cabo de cinco minutos, de nuevo de Brandon, y así uno tras otro durante media hora. Al final decido leerlos, pero desconecto la confirmación de lectura para que no sepa que los he visto.

Abby regresa hoy a las tres de la tarde de su fin de semana en Orlando, necesita ayuda y creo que tú serías la persona indicada para ir a recogerla ya que Violet no está en la ciudad.

Ese es el primer mensaje, no dice nada más y me quedo un poco pensativo ya que por lo que tenía entendido se iba el viernes a casa. Algo ha tenido que pasar para que regrese tan temprano. Pero evidentemente no me ha explicado nada más. El segundo mensaje me deja los pelos de punta.

Su marido la ha engañado, por eso regresa tan pronto de su fin de semana. Está destrozada, necesita nuestra ayuda. Si tú no vas a ir, dímelo para tomar un avión desde Boston.

Me deja sin palabras, no me lo puedo creer, ¿la misma persona que le increpaba justamente eso, que ella le estaba engañando conmigo? ¡Maldito hijo de puta!

El tercer mensaje es un ultimátum.

Archibald, dime ya si vas a venir a buscarla. Me queda menos de media hora para poder reservar el vuelo y poder recogerla. No puede estar sola, ella no se lo merece. Quizás yo sea una mala persona, pero ella no tiene por qué pagar nuestros platos rotos.

Le contesto de inmediato, pero de la manera más escueta que puedo:

Tranquilo, iré a recogerla.

La respuesta de Brandon no se hace de esperar:

Sabía que no le fallarías. Gracias.

No vuelvo a contestarle, sigo molesto con él, que me haya avisado de lo de Abby no significa que le haya perdonado.

Miro el reloj. Es la una. Tengo una hora y media de viaje si no hay demasiado tráfico, así que me pongo en camino. Aunque tengo tiempo suficiente, no quiero llegar tarde a recogerla. Me siento un poco nervioso, ni siquiera sé cómo va a reaccionar cuando me vea llegar, si Brandon le habrá dicho que voy a ir a buscarla o simplemente si querrá verme. Pero sé que debo estar a su lado. Que necesitará a alguien para superar esos momentos. Por mi cabeza pasan miles de ideas a cuál más descabellada. Las palabras de Brandon no han sido muy precisas, solo que su marido la ha engañado, pero evidentemente no sé ni cómo ni por qué. Espero que ella quiera contármelo.

Conduzco de manera violenta, estoy nervioso, deseoso de llegar y ver cómo se encuentra. Ahora mismo solo deseo verla, abrazarla y consolarla.

Llego al aeropuerto a las dos y media, el avión de Orlando llega con media hora de retraso y maldigo mi suerte. Porque ahora mismo la tensión que siento podría hacer que el avión llegara a su hora si estuviera en mis manos.

Me voy a la cafetería, pido un café doble y me siento a esperar leyendo de nuevo los mensajes que Brandon me ha enviado, como si ellos pudieran darme la clave de algo. Pero evidentemente nada de eso puede ayudarme. Podría llamarle y que me contara algo más. Seguro que él sabe muchas cosas. Últimamente parece que se han hecho muy buenos amigos y eso no hace más que incrementar mi tensión y ¿qué demonios?, mis celos. Porque no puedo negar que la última vez que los vi juntos, lo que más me cegó y me hizo beber fueron los celos.

Por fin anuncian la llegada del vuelo de Orlando y mi cuerpo empieza a temblar, estoy nervioso, ansío verla, pero no sé cómo va a reaccionar. Me acerco hasta la terminal de llegadas, esperando a que desembarque. En cuanto la veo, la tensión se desvanece: está totalmente pálida, sus ojos hinchados y rojos. En un primer momento mira desconcertada de un lado a otro, imagino que buscando a Brandon, y cuando me ve, se queda parada. Me acerco despacio, no quiero que se asuste o que me rechace.

—Abby..., Brandon me avisó. Espero que no te moleste.

—Yo...

Durante unos segundos se queda inmóvil, pero al final se abraza a mí y se echa a llorar.

—Abby... Todo saldrá bien... —le susurro acariciando su espalda para tranquilizarla, estrechándola con fuerza entre mis brazos.

Permanecemos abrazados en mitad del pasillo unos segundos más, sin que nada ni nadie nos importe. Yo solo quiero consolarla y que ella se sienta cómoda. Cuando por fin parece haberse sosegado un poco, se separa de mí. Me mira con sus ojos aún anegados en lágrimas y me regala una pequeña sonrisa.

—Gracias por venir, Archi. Voy a recoger la maleta. Después iré a casa a descansar.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —Ella niega y yo sonrío—. Llevo toda la semana en Cold Spring, es una pequeña casa en el río Hudson. Está a una hora y media de aquí. Tengo que recoger mis cosas. Así que creo que podrías venirte y pasar el resto del fin de semana conmigo. Es muy tranquila y te vendrá bien para desconectar de todo. No quiero que estés sola, Abby.

—Pero...

—Por favor —la interrumpo—. Te vendrá bien y a lo mejor te apetece contarme lo que ha pasado. Solo si quieres y estás preparada, si no podemos pasear por el río como dos amigos. Es un lugar maravilloso, ya lo verás, te proporciona paz, sosiego y tranquilidad, te lo prometo.

—No sé. Yo solo quiero irme a casa, meterme debajo de las sábanas y no salir de la cama hasta el lunes.

—No digo que sea una mala idea, pero la naturaleza también te proporciona la estabilidad que ahora necesitas. Yo no te hablaré si no quieres, te lo prometo, solo estaré a tu lado si me necesitas. No quiero que estés sola.

Me mira con esos preciosos ojos azules que tanto me impactan, ahora más intensos tras las lágrimas derramadas. Suspira profundamente, imagino que sopesando la idea y tras coger la maleta, me sonrío.

—Está bien, voy a aceptar tu propuesta, solo si me traes de regreso a casa mañana antes de las doce de la noche. Porque soy como Cenicienta, a esa hora se deshace el hechizo y me vuelvo una sirvienta... —dice con una sonrisa.

Me río de sus ocurrencias y cojo la maleta para llevarla hasta el coche y meterla en el maletero.

—Te encantará el lugar. Y ahora, Cenicienta, este es su carruaje, elija si quiere la música. Su cochero está a su disposición durante todo el trayecto —

comento haciendo una reverencia abriéndole la puerta.

Ella de nuevo sonríe y se sube al coche, cierro la puerta y me monto en mi lugar. Conduzco despacio, mientras ella va cambiando de sintonía una y otra vez hasta que da con la apropiada, una emisora romántica. Reconozco que no es lo que me apetece escuchar, pero yo mismo la he incitado a hacerlo y no voy a quejarme.

Se pone a cantar y yo la escucho, al menos parece haberse olvidado de sus problemas por un momento. Creo que es lo que necesita, desconectar.

Hacemos el viaje en el más absoluto silencio y al llegar, veo cómo su cara cambia, sonríe y me mira.

—Tenías razón, Archi. Esto es increíble. Gracias, de verdad. Esto es lo que necesitaba —comenta bajando de coche y mirando el paisaje.

La dejo fuera mientras meto la maleta en la casa. Es entonces cuando soy consciente de que solo hay una habitación y una cama, me tocará dormir en el sofá. No me había percatado hasta entonces, pero lo importante es que ella se sienta cómoda. Al entrar, mira alrededor y es entonces cuando se percata de ello.

—Archi...

—Lo sé, solo hay una habitación, tranquila. Dormiré en el sofá. Soy un caballero —le digo para calmar sus temores—. Luego cambiaremos las sábanas. Después las llevaré a casa.

—No creo que para un día debas cambiarlas, yo puedo dormir en el sofá.

—No voy a permitirlo, Abby, eres mi invitada. No se hable más. Has venido a disfrutar. ¿Has comido?

—Sí, en el avión. ¿Tú?

—No, pero tranquila, ahora mismo preparo algo rápido y después iremos a pasear, te enseñaré un lugar tranquilo. Si te parece bien.

—Perfecto. ¿Te importa si me siento fuera a esperarte?

—Claro que no, puedes hacer lo que te plazca.

Mientras yo preparo la comida, la veo sentada en el pequeño porche, con la mirada perdida. Ahora mismo daría todo lo que tengo por saber qué es lo que ha pasado y por que me cuente qué pasa por esa preciosa cabeza, pero nadie más que ella es la que debe iniciar esa conversación y si no está preparada para hacerlo, no puedo obligarla a hacerlo, lo único que me queda es esperar.

Capítulo 30

Abigail

No me puedo creer cómo la vida te puede cambiar de un momento a otro. Cuando estaba tomando tierra en Orlando me llegó un mensaje de Brandon, me dijo que tenía toda la información en mi correo, pero que antes de abrirla debía prepararme para lo que me esperaba. En un primer momento no sabía de lo que me estaba hablando, pero en cuanto llegué al aeropuerto, Mike me estaba esperando, así que no puede abrirla hasta que, después de liberarme un poco de mi hijo, me quedé sola en la habitación que tantos recuerdos me traía y abrí el correo de mi portátil que la empresa me había proporcionado hacía menos de una semana. Robert aún no había llegado de trabajar. Y cuando vi todas aquellas fotos, creí morirme en ese mismo instante. Al principio pensé que se trataba de un error, pero después el detective, que realmente en tan poco tiempo había hecho un trabajo espectacular, me dio todos los detalles, datos que posteriormente Robert me corroboró sin ningún ápice de vergüenza o arrepentimiento. Es increíble cómo hay personas que pueden llevar una doble vida y tú no llegues a enterarte si no lo investigas, pero así es mi marido, o ahora puedo decir: mi casi exmarido, porque antes de irme le he pedido el divorcio. Y encima se ha negado a divorciarse, dice que es un pecado mortal, que nos casamos y que es hasta que la muerte nos separe. ¡Que irónico! ¿Y no es pecado mortal casarse con dos mujeres? Brandon me ha dicho que el lunes, en cuanto pueda, hablará con un abogado amigo suyo para que, con las pruebas que tenemos y dado que él también se ha vuelto a casar, le mandaré los papeles para solicitar el divorcio.

¡Otra esposa! ¡Otra hija! De cuatro años. ¿Cómo es posible que me haya tenido engañada durante todo este tiempo? Vale que yo no haya sido una mujer ejemplar. Que durante los cuatro años que estuve cursando mi carrera, le he desatendido, pero es que lleva casado con ella seis años. Es decir, que mucho antes de que yo decidiera estudiar la carrera de periodismo ya estaba con ella, ya se había casado con otra. Así que no es que yo le hubiera desatendido desde ese instante, es que ya llevaba engañándome mucho antes de que nosotros estuviéramos mal y yo no me acostara con él. ¡Maldito bastardo! Y lo peor de todo es que cuando yo me vine a Nueva York, me acusó de que iba a ser la causante de destruir mi matrimonio y que le estaba

engañando, cuando él ya tenía otra. ¿Cómo puede ser tan cínico? No puedo creerlo. Es inconcebible. Para colmo de todos mis males, cuando Mike se ha enterado, en lugar de ponerse de mi parte, ha decidido que quiere conocer a su hermanastra. Aunque entiende que su padre no ha actuado bien, quiere conocerla.

Tras los gritos, las acusaciones y todo lo que Robert y yo nos hemos echado en cara, mi hijo solo ha dicho que quiere conocerla.

He recogido todas mis cosas, que no eran muchas, la verdad. Me he ido a casa de mi padre y tras contarle lo sucedido, he decidido coger el primer vuelo de regreso a Nueva York. Mi padre no está bien de salud y necesita descansar. No quiero ser una carga para él, aunque ha insistido que me quede con él, lo que menos quiero es que me vea llorando y enferme por mi culpa. En cuanto he sabido la hora del vuelo se lo he comunicado a Brandon, me ha dicho que no hay problema, que estará allí para buscarme. Se lo agradezco, porque este fin de semana Violet tenía un negocio fuera de Nueva York y no quiero estar sola, esto es muy duro. Jamás pensé que la vida pudiera complicarse aún más. Ahora mismo es como si me estuviera metiendo en una tela de araña, enmarañándose cada vez más.

En cuanto llego al aeropuerto busco a Brandon, pero en su lugar me encuentro con Archibald. Me sorprende al verlo. Él está también acobardado, nervioso al verme. Me indica que ha sido su amigo quien ha decidido que sea él quien venga a buscarme. Brandon y su don para intentar arreglar las cosas. Imagino que sabía que sería el momento de que ambos hiciéramos las paces. Yo también creo que lo es: por culpa de mi hijo las cosas entre Archibald y yo no han salido bien y ahora Mike se ha puesto del lado de Robert así que creo que le debo una disculpa.

Decido ir con él a un lugar llamado Cold Spring, me ha prometido que será un lugar especial y que podré desconectar de todos los problemas y no le falta razón, porque al llegar, la naturaleza predomina, es como un remanso de paz.

Ahora estoy sentada en el porche de la pequeña casa, pensando en que ojalá algún día encuentre la felicidad. Quizás todo esto no haya sido más que el momento preciso para que mi vida empiece de nuevo, un punto y aparte para que deje atrás mi pasado y empiece de cero, aunque sé que me va a costar. Sobre todo porque mi hijo es mi vida y ahora mismo ha decidido apostar por su padre en lugar de por mí.

Escucho un carraspeo y de inmediato me levanto como un resorte. Es

Archibald. Le regalo un amago de sonrisa, porque no puedo hacer nada mejor, la verdad.

—¿Nos vamos a ese paseo? Solo si te apetece.

—Claro, sí. Es mejor dejar de pensar, a veces la cabeza no hace más que dar vueltas y vueltas a las cosas y eso no arregla nada. Sobre todo, no cambia el curso de los acontecimientos pasados.

—Es cierto. No podemos cambiar el pasado, pero sí podemos prepararnos para el futuro y hacer algo para que el presente sea lo más satisfactorio posible —dice regalándome una de sus mejores sonrisas.

—Eso sí es cierto.

—Por aquí, mi bella cenicienta —dice cogiéndome del brazo y conduciéndome por un pequeño sendero.

Andamos río abajo. El camino no es complicado y sí de lo más placentero. Solo se escuchan nuestros pasos, el canto de los pájaros y algún que otro sonido que imagino proviene de los típicos animales que habitan en este pequeño bosque. No me asusta, me gusta pasear entre los árboles.

Caminamos durante al menos una hora por el paseo de ida y regresamos por el mismo camino. Sin decir nada. Tal y como Archibald me ha prometido.

Al llegar, se nota que el tiempo es invernal. Archibald enciende la chimenea y yo lo agradezco. Aunque hemos ido preparados, al pararnos tengo frío.

—En unos minutos la chimenea nos dará el calor necesario. Este sitio es increíble, ya lo verás. ¿Quieres un café o un té para calentarte hasta que el fuego comience a coger fuerza?

—Un café estará bien, gracias.

—Siéntate. Ahora mismo te lo preparo.

Me siento en el sofá, al lado de la chimenea. Observo cómo los leños comienzan a quemarse, me encanta el crepitar de la hoguera, observar las llamas danzar, y me quedo absorta mirando hasta que Archibald me interrumpe.

—Ten, el café ya está listo. No tiene azúcar. Sírrete el que desees — indica dejando el azucarero encima de la pequeña mesa.

Le miro y le regalo esta vez una sonrisa sincera. Es un hombre muy atento y servicial. Aún recuerdo nuestra discusión del pasado sábado en la revista. No pensaba en él, desde luego, pero estaba molesta por su contestación.

—Lo siento... —le digo para comenzar mi disculpa.

—¿A qué viene eso? —inquire confuso.

—A que no te he pedido perdón. Por lo de mi hijo, por lo del pasado sábado...

—Olvidemos el pasado, Abby. Yo también he sido un necio y un estúpido contigo, no me he portado bien. Creo que es mejor dejarlo estar.

—Pero necesito hacerlo, Archi, yo... —En ese momento las lágrimas se apoderan de mis ojos, siento cómo el corazón se me encoge y los nervios se apoderan de nuevo de mí.

—Abby, lo superarás —me dice abrazándome—. Eres una mujer muy fuerte.

Sus brazos me reconfortan, nunca antes me había sentido como si estuviera en casa. Es estúpido, pero a su lado, parece como si mis males fueran menores. No quiero hacerme ilusiones, no quiero hacerme falsas esperanzas, pero ahora mismo él es la persona con la que necesito estar, y agradezco a Brandon por haberlo hecho posible.

—Parece como si me estuviera cayendo a un pozo y nunca llegara al fondo, Archi... Mi vida cada vez se complica más y más...

Me mira con esos preciosos estanques azules, con tanta ternura que a veces me da miedo sentir por él lo que nunca había sentido por nadie.

—Abby... Puedes contarme lo que quieras, soy tu amigo. Lo sabes.

Trago saliva, no sé si esas palabras me han gustado. O era lo que ahora mismo esperaba. Pero tiene razón, siempre ha sido mi amigo. Y quizás deba contarle, sacarlo de mí, que me dé su opinión.

Respiro profundamente un par de veces, suelto el aire y le miro. Me quito la chaqueta porque no sé si es que el calor que ya desprende la chimenea comienza a hacer estragos en mí, o simplemente el hecho de su cercanía y tener que sincerarme con Archibald ha aumentado la temperatura de mi cuerpo, pero necesito que baje un poco antes de comenzar.

Él me regala una de sus bonitas sonrisas, imagino que para tranquilizarme. Y yo, tras despojarme de la chaqueta, vuelvo a sentarme frente a él. Suelto de nuevo el aire y comienzo:

—Antes de ir a casa, no sé si porque tenía una corazonada, ya que llevaba días sin noticias de Robert, o simplemente porque tenía que pasar, le comenté a Brandon si podía ponerme en contacto con un detective. Me ayudó a buscar uno y el viernes cuando estaba llegando a Orlando me mandó todo lo que había descubierto.

Hago un descanso para tomar aire, escoger las palabras y prepararme también a mí misma. Él no dice nada, pero sé que está expectante.

—No pude verlo hasta que llegué a casa, si solo hubiera sido que me marido tenía una aventura... —comento con la voz quebrada—. Pero está casado con otra mujer en Jacksonville, solo que con otro nombre y otro apellido. Ni siquiera sé cómo es posible ni cómo lo hace. Cuando le pregunté me dijo que porque es muy listo. Esa fue su respuesta. —Veo a Archibald abrir los ojos totalmente sorprendido—. Y no solo es eso. Tiene una hija de cuatro años. Lleva una doble vida, Archi. Durante al menos seis años o más, no sé... Porque ese es el tiempo que lleva casado con ella. Seis años... —mi voz termina de romperse en ese momento y él me abraza.

—Abby... Es un cabronazo y no merece que derrames ni una sola lágrima por él, ¿me oyes? Ni una lágrima. Al menos ahora sabes la clase de hombre que es.

—El problema es que mi hijo quiere conocer a su medio hermana...

La cara de asombro de Archi lo dice todo, igual que me quedé yo cuando me lo dijo.

—Sí, es increíble pero así es. Además, el muy sinvergüenza de Robert dice que no me dará el divorcio.

—¡Eso no se lo cree ni él! No te preocupes, te ayudaré con eso. Nuestra empresa tiene uno de los mejores bufetes de todo Nueva York, lucharemos contra él.

—Gracias, Brandon también me ha dicho que me ayudará.

—Ahora solo tienes que olvidarte de todo y descansar, Abby. Comenzar de nuevo.

—He perdido a mi familia... —confieso con pesar.

—No es cierto. Aquí tienes una familia. Violet, Brandon, que aunque me fastidie decirlo porque me la jugó, sé que te ha ayudado y es un gran amigo... Tienes a mi madre, que sabes que te aprecia mucho. Y me tienes a mí. Somos tu familia. Además, estoy seguro de que tu hijo recapacitará. Ahora está emocionado porque tiene una medio hermana, pero en el fondo eres su madre y quizás está un poco enfadado por conocerme, créeme, estoy seguro de que volverá...

—Yo no estoy tan segura...

—Lo hará, ya lo verás.

—Gracias, por estar a mi lado, Archi.

—Siempre. Para lo que necesites.

Vuelve a abrazarme y yo me recuesto en su hombro, viendo el crepitar de la leña, al final sin querer me quedo en un estado de duermevela.

Me despierto con una leve caricia en mi mejilla.

—Abby, tenemos que cenar algo. Luego si quieres puedes acostarte.

—De acuerdo. Aunque no tengo mucha hambre.

—Tienes que comer algo.

Sé que no va a dejar que me vaya a la cama sin probar bocado alguno, es un hombre muy insistente. Así que le ayudo con la cena y después, en silencio, hago acopio de todas mis fuerzas y como algo. Veo que no está de acuerdo con lo poco que ingiero, pero no dice nada.

—Me quedo en el sofá Archi.

—Eres mi invitada, no voy a permitirlo.

No discuto con él, sé que no me va a dejar, pero tenía que intentarlo. Tras cambiar las sábanas, tarea que realizamos de manera conjunta, me acomodo en la cama y me despido de él.

—Buenas noches. Y gracias por todo, Archi.

—Buenas noches, Abby. Intenta descansar.

—Lo intentaré. Hasta mañana.

Pese a que la cama es muy cómoda, no consigo conciliar el sueño. Doy vueltas y más vueltas. Cuando me levanto a por un vaso de leche, veo que Archi está trabajando.

—Abby, ¿qué haces despierta? —pregunta sorprendido.

—No puedo dormir... Voy a tomar un vaso de leche caliente.

—Te vendrá bien. Seguro que te reconfortará un poco.

—¿Puedo proponerte algo? —le pregunto, es algo que se me ha pasado por la cabeza. No sé si es muy acertado por todo lo que mi corazón comienza a sentir por él y por lo que la gente dice que él siente por mí, pero quizás...

—Claro, Abby, ¿qué necesitas?

—Sé que es raro, pero... ¿podrías quedarte a mi lado al menos hasta que me quede dormida? —digo al fin.

—Por supuesto, cuenta con ello, para eso estamos los amigos —me dice sin pensar. Y no sé por qué siempre interpone la palabra amigos. A veces pienso que es para dejárselo a él claro o a mí, no lo sé... o quizás me esté haciendo alguna tonta ilusión y realmente él solo quiere que seamos eso. Porque ahora mismo soy la mujer más problemática en la faz de la tierra. Cualquier hombre en su sano juicio huiría de mí.

Me preparo el vaso de leche, me lo bebo mientras él sigue en el

ordenador y cuando termino le miro, esperando a que termine.

—Ya estoy lista —digo al cabo de un rato.

—Perfecto. Pues vamos allá... —dice con la voz entrecortada.

Me deja pasar y me tumbo en la cama, él se sienta al borde, un poco acobardado. Parece como si la situación le intimidara un poco.

—¿Te vas a quedar ahí? —inquiero—. ¿O es que nunca te has tumbado con una mujer?

—Claro, Abby, pero no quiero incomodarte.

—No me incomoda. Túmbate a mi lado, por favor.

Se tumba en la cama, pero a la otra punta y yo sonrío. Está rígido, nervioso.

—No muerdo, Archi.

—Lo sé, Abby, pero es que...

—Te incomoda estar a mi lado, ¿es eso?

—No.

—Quizás no ha sido una buena idea —le digo en un afán de salvarle de ese castigo. Creo que realmente lo ha hecho por hacerme sentir bien, pero lo está pasando mal, no quiero que se sienta mal—. Lo siento, Archi, perdóname, no debí ponerte en esta situación.

—No es eso, Abby. Quiero estar a tu lado. Es lo único que deseo... —concluye al fin—. Desde que chocamos en el aeropuerto no he podido sacarte de mi cabeza, día y noche en lo único que pienso es en ti. Te has convertido en una obsesión —confiesa en un tono de voz muy suave. Hace una pausa y yo me quedo sin palabras por la declaración—. Es que creo que ahora mismo no soy el hombre adecuado para ti. Acabas de pasar por una ruptura y no quiero que..., no deseo confundirte. Me gustas, Abby, eres la mujer más maravillosa que he conocido en toda mi vida. Luchadora, inteligente, tenaz. Eres perfecta. Pero creo que yo no te merezco.

Jamás nadie me había dicho algo así. Son las palabras más bonitas que me han dedicado en toda mi vida.

—Archi... Tienes razón en una cosa, no estoy preparada todavía para comenzar una relación, pero de lo que sí estoy segura es que lo que yo siento cuanto tú estas a mi lado, nunca antes lo había sentido con ningún hombre. Así que si una cosa tienes que quitarte de la cabeza es que no eres el hombre que yo necesito. Eso tendré que decidirlo yo, ¿no crees?

Me mira, el azul de sus ojos se intensifica, cojo su mano y le insto a que se acerque más a mí.

—Por favor, abrázame. Necesito que te quedes esta noche a mi lado —le ruego.

—Por supuesto, esta noche y todas las que tú me pidas, Abby —me susurra con dulzura.

—Gracias —digo al sentir su voz en mi oído provocándome un cosquilleo en el estómago.

Es cierto que es demasiado pronto para comenzar una relación, pero me negaría a mí misma si lo que acabo de sentir no es deseo. Un deseo que estaba muerto cuando estaba con Robert y que cada minuto que pasa se intensifica más con los brazos de Archibald rodeando mi cintura. Intento conciliar el sueño, pero los latidos de mi corazón se aceleran.

—Descansa, Abby. Lo necesitas. Buenas noches.

—Buenas noches, Archi.

El silencio se apodera de la habitación, solo nuestros corazones, los dos acelerados, laten. Siento cómo él también está nervioso y sé que si me girase y diera rienda suelta a lo que mi mente piensa, él no diría que no después de lo que me ha confesado. Creo que sería una locura, no quiero comenzar nuestra relación con sexo, aunque por primera vez en toda mi vida es lo que más deseo.

Cierro los ojos y me obligo a pensar en algo relajante. Poco a poco el cansancio, encontrarme entre sus brazos y el olor de su cuerpo, hacen que caiga rendida en un profundo sueño.

Capítulo 31

Archibald

Aún no me puedo creer que el día haya evolucionado así, cuando me levanté esta mañana no podía pronosticar que fuera a terminar teniendo a Abby en mis brazos y con la esperanza de que algún día pueda ser mía. Porque es cierto que, tras las palabras que me ha dedicado, mi corazón tiene la esperanza de ello.

Eso sí, dormir a su lado me está resultado una tarea de lo más complicada, porque cada vez que se mueve, cada vez que su cuerpo roza el mío, siento que voy a estallar por la excitación que me provoca. Intento conciliar el sueño, pero hasta altas horas de la madrugada no lo consigo.

Un suave beso en el cuello me devuelve a la realidad.

—Buenos días, Archi —me dice con una dulce sonrisa—. ¿Has dormido bien?

—Buenos días, Abby. Sí, ¿y tú? —miento.

—Si te soy sincera hacía mucho que no dormía tan bien, pero no quiero que se te suba a la cabeza.

Sonrío, seductor, me agrada que me lo diga. Ha estado un poco inquieta, pero sé que no se ha desvelado en casi toda la noche, al menos el tiempo que he permanecido despierto.

—No seas engreído..., no pienses que eres el causante. Ha sido este lugar.

—Bueno, algo habré aportado yo, ¿no? —le pregunto con picardía.

—Quizás... Y ahora, como de momento no soy una sirvienta sino una princesa, quiero mi desayuno.

—Por supuesto, mi princesa, lo tendrá ahora mismo.

Me levanto y veo cómo ella se fija en mi erección. No me avergüenzo, los hombres por las mañanas nos despertamos así, además una parte de la culpa de que mi polla esté en ese estado de excitación es por ella. Así que me limito a sonreír. Ella se ríe también, de manera lasciva.

Preparo el desayuno: tostadas, café y zumo, y se lo llevo a la cama.

—El desayuno ya está listo, mi princesa.

—Gracias, Archi. Eres el mejor —dice con una sonrisa feliz.

Me siento con ella. Ambos desayunamos en silencio en la cama.

Cualquiera que nos viera, diría que somos una pareja, dedicándonos miradas cómplices y charlando animadamente mientras desayunamos.

Al concluir lo retiro todo y ella me pide permiso para ir a asearse. Yo también tengo que darme una ducha, pero será cuando termine. Por mi cabeza corre la loca idea de entrar mientras Abby lo hace, pero no. Seré un caballero, voy a respetarla y esperaré todo el tiempo que necesite.

Sale envuelta en una toalla y mi cuerpo se pone en tensión al verla. Por mi mente pasa la imagen de alguna de esas escenas de película, cuando se le cae la toalla a la mujer y el protagonista se acerca para hacerla suya. Pero eso, evidentemente, solo ocurre en las películas y en mi lujuriosa mente. Yo, tras un par de segundos elucubrando, me voy a la ducha con ese pensamiento y bastante excitado. Con el agua más fría de lo habitual, bajo mi nivel de excitación y después enjabono mi cuerpo enérgicamente. Tras emplear más tiempo de lo necesario en mi higiene personal, salgo del baño. Esta vez es ella la que se queda mirando y diría que sus ojos muestran deseo, aunque no podría aseverarlo.

Me voy a la habitación a vestirme con ropa de sport. Hemos quedado en dar un paseo, comer algo por ahí y regresar a Nueva York por la tarde, sin ningún tipo de prisa.

Y eso es lo que hemos hecho: pasear sin apenas hablar, disfrutando de las vistas y de nuestra mutua compañía. Después de un largo paseo, hemos recogido y nos hemos dirigido a uno de los bares del centro. Hemos tomado algo y después hemos comido la especialidad de la casa entre charlas y risas.

Me alegra que al menos haya podido desconectar de sus problemas y que yo sea el causante de su alegría. Cuando hemos terminado, hemos puesto rumbo a Nueva York.

—Gracias por este fin de semana, Archi. Has conseguido que olvide por un tiempo lo que se me viene encima. Me siento mejor, he puesto distancia gracias a estos días, pero creo que será algo doloroso de todos modos.

—Un divorcio no es nada fácil —le digo mostrándome de acuerdo—, pero no estarás sola. Cuentas con la ayuda de nuestro bufete para luchar contra él. Y puedes contar conmigo también, para lo que necesites.

—Y te lo agradezco, pero ya te debo mucho... No sé si puedo aceptar tu dinero.

—Abby, no digas tonterías. Sabes que el dinero no es lo más importante en la vida. Lo más importante es que ese malnacido no te deje sin nada y que se solucione pronto el tema.

—Va a ser complicado..., estoy segura de que luchará con uñas y dientes. Pero lo que menos me importa es lo que me dé, no quiero su dinero ni nada que tenga que ver con él. Solo quiero el divorcio y desvincularme de una vez por todas de él.

—Lo conseguiremos, ya lo verás.

Llegamos a Nueva York, pero no estoy dispuesto a que se quede sola.

—¿Cuándo regresa Violet? —le pregunto.

—Hasta el martes por la noche no llega de su viaje. Pero tranquilo, puedo estar sola. Estoy bien.

—No voy a dejarte sola, así que tienes dos opciones: puedo quedarme contigo o puedes venir a mi casa. Tú decides.

Después de haber estrechado nuestra relación durante estos días, me siento lo suficientemente seguro como para poder plantearle esto. Y por suerte para mí, Abby no opone tanta resistencia como esperaba.

—En serio, Archi, voy a estar bien. No hace falta... —dice algo insegura.

—No voy a aceptar un no por respuesta. Dime qué te apetece.

—El sofá de Violet es muy incómodo y sé que en tu casa tienes una cama de invitados —claudica al fin—. Dejo la maleta y cojo la ropa de mañana. ¿Te parece bien?

—Claro. Como quieras.

Abby entra en su habitación y yo la espero en el salón. Observo que el apartamento está ordenado. No tarda mucho y sale al poco rato con una mochila y una bolsa con un traje.

—Ya podemos irnos.

—Perfecto.

Nos dirigimos a mi apartamento, pero antes paso por un restaurante donde sé que tienen comida para poder llevar.

—Así no tendremos que hacer nada de cenar y podremos estar tranquilos —le digo.

—Es una idea estupenda, Archi.

Tras elegir entre los dos nuestro pedido, tomamos unas cervezas haciendo tiempo y después nos vamos a mi casa. Es agradable ver que Abby parece haber recuperado un poco de alegría, esa chispa que desprende cuando parece feliz.

Llegamos a casa, lo primero que hacemos es cenar y después le insto a que se instale en mi habitación.

—Archi, por favor. La habitación de invitados tiene una cama más grande que donde duermo ahora. No es necesario que duerma en tu cama. Sé que quieres ser caballeroso, pero no es necesario. Dormiré aquí, es solo por una noche.

—Yo creo que mañana también deberías dormir aquí. No quiero dejarte sola... Al menos hasta que regrese Violet.

—Ya estoy mejor.

—Bueno, a lo mejor eso es lo que piensas, pero las noches son más complicadas.

—Está bien... No voy a llevarte la contraria —me dice con una bonita sonrisa.

Tras prepararlo todo, nos despedimos y me tumbo en mi cama. No pasa ni media hora cuando Abby aparece y se sienta en mi cama.

—Archi..., yo... No puedo dormir, ¿puedo quedarme contigo? —susurra apocada.

—Claro, Abby. Tranquila —le digo haciéndome a un lado y mirando sus ojos vidriosos.

Ha estado llorando, y ver de nuevo la tristeza en su mirada me encoge el corazón.

—Lo siento. Pensé que podría...

Le acaricio la mejilla y siento como su cuerpo se estremece. Nuestras miradas se quedan fijas, conectadas la una con la otra. Y es entonces cuando ella acaricia mi pecho.

—Abby... —susurro nervioso. No sé si es consciente de lo que provoca en mí—creo que no deberías seguir...

—¿Sabes, Archi? Llevo casi cuatro años sin acostarme con mi marido, nunca había sentido la necesidad de tener sexo con nadie. Hasta que te conocí...

Mi mente se bloquea al sentir esas palabras a la vez que me excito aún más. No es posible que haya dicho eso.

—El sexo para mí era algo secundario, normalmente era la típica mujer que se excusaba con dolores de cabeza o cansancio para evitarlo. Imagino que una de las causas por las que Robert buscó otra esposa fue esa —me confiesa.

—A lo mejor el problema no era tuyo sino de él, que no sabía satisfacerte y no hacía que el sexo fuera estupendo, Abby. Creo que cuando en una pareja ambos no disfrutan del sexo, es que uno de los dos solo busca su propio

beneficio sin pensar en el otro. Y en vuestra relación sería tu marido el culpable de eso, no me cabe duda por lo que me estás contando. Créeme, yo nunca he dejado insatisfecha a una mujer. Bueno... miento —le digo pensando en el pasado fin de semana—. Si te soy sincero, el pasado sábado fue la primera y la única. Porque intenté desesperadamente borrarte de mi mente, pero ni siquiera hubo sexo. Cuando íbamos a hacerlo, decidí que no valía la pena. No quería acostarme con ella, desde que te conocí no me he acostado con ninguna mujer y en esa ocasión tampoco pude —confieso.

—¿En serio? ¿Ninguna? —me pregunta confundida.

—Ninguna. No sé que me has hecho, pero como te dije ayer, no he podido sacarte de mi cabeza ni un segundo y, aunque sabía que eras inalcanzable, el sexo ya no me parecía algo que tuviera sentido si no era contigo...

Entonces, de repente se abalanza sobre mí y me besa. Sus preciosos labios, esos que siempre he deseado besar, son tal y como me los había imaginado: dulces, tersos y carnosos. Tras un primer instante de sorpresa, los devoro con tanta pasión como si fueran solo producto de mi imaginación, como si solo fueran a durar unos segundos y después fueran a desvanecerse.

Cuando por fin nos separamos, nos miramos. Sus ojos están cargados de deseo, los míos también, pero no voy a hacer nada que ella no quiera. Aunque lo esté deseando.

Me mira y veo que sus ojos se oscurecen, pero no sé qué es lo que expresan.

—Abby, si no estás segura...

—Archi, es lo único que deseo.

Sus manos se cuelan por debajo de mi camiseta y acarician mis pectorales, notando cómo todo el vello se me eriza. Mis pezones se ponen enhiestos, todo mi cuerpo está en tensión, sintiendo que si sigue acariciándome tendré que hacerla mía en unos minutos o perderé el control. Mis manos se aventuran por debajo de su pijama, agasajando sus pechos, pellizcando sus pezones, haciendo que tiemble de deseo entre suaves jadeos.

—Abby... dime que puedo seguir.

Asiente en señal de aceptación y es entonces cuando comienzo a despojarla de su ropa con premura. No puedo perder mucho tiempo o perderé la cordura. Estoy muy excitado y siento que si no la hago mía estallaré de un momento a otro.

Ella me quita la camiseta y los pantalones con la misma rapidez.

Nuestras manos luchan entre sí por deshacerse de la maraña de ropa que se interpone entre nosotros.

Cuando por fin nos libramos de ella y noto el contacto piel con piel la sensación es la más placentera que he tenido jamás y ni siquiera hemos consumado la relación. Siento que en cuanto me adentre en su cuerpo, tendré un orgasmo descomunal sin poder evitarlo.

Busco un preservativo mientras ella lame mi pecho, es difícil mantener la concentración, ahora no sé ni dónde los tengo.

—Abby... espera —le ruego—. Tengo que buscar protección.

—Archi... no es necesario, tomo la píldora y sabes que no he tenido relaciones en años. Me fío de lo que me has dicho, además, estoy segura de que siempre has tomado precauciones.

—Siempre. Pero, ¿estás segura de querer hacerlo sin protección?

—Sí.

La miro, agradecido por depositar esa confianza en mí y sin muchos preámbulos me adentro en ella despacio. Al notar la humedad en su vagina siento que voy a estallar, voy a tener que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dejarme ir rápidamente. No me parecería justo, quiero que ella alcance el clímax, conmigo o antes que yo.

Comienzo a mecerme lentamente, no quiero hacerle daño y quiero que se acostumbre a mí. Ella gime cada vez que aumento un poco el ritmo. Creo que voy por buen camino. Ella me muerde un pezón y suspiro nervioso, pues eso me ha excitado todavía más llevándome al borde del abismo. Sus manos se pasean por mi abdomen y mis pectorales, las mías por sus pechos, acariciando con ternura sus pezones.

—Archi... —Jadea y sé que me está pidiendo que acelere, pero si lo hago yo también estaré perdido.

Por el momento, prefiero mantenerme así hasta saber que ella está en ese punto de no retorno. Necesito comprobar que lo está alcanzando.

Sigo moviéndome a un ritmo más o menos lento, mordisqueando de vez en cuando su labio inferior, tirando de él con un poco de fuerza, mordiendo y besando su cuello, lamiendo sus pezones, haciendo que entre en un espiral de deseo y pasión que espero nunca antes haya conocido. Al poco rato, noto que su cuerpo se tensa. Esa señal me indica que está a punto de alcanzar el clímax, por lo que acelero mis movimientos; Abby me araña la espalda, gimiendo con más fuerza. Al fin, doy rienda suelta a mis embestidas, haciendo que ambos nos perdamos en la pasión y en el tamborileo de esa

tensión desmedida que nos hace alcanzar un desgarrador orgasmo que nos deja totalmente extasiados.

Salgo de su cuerpo y me tumbo a su lado, la observo; parece nerviosa. Acaricio su brazo lentamente, pero está algo incómoda.

—Abby, ¿estás bien? —Su cuerpo tiembla y sus ojos están vidriosos. Por un momento me angustio—. ¿Te he hecho daño? ¿Te encuentras bien? Abby, dime qué pasa...

Durante unos segundos sigue temblando y la estrecho entre mis brazos.

—Abby, cariño. ¿Qué sucede?

—Yo..., es la primera vez que experimento algo tan intenso. Jamás había sentido nada igual —susurra con la voz temblorosa y las lágrimas luchando por salir de sus ojos— Ha sido maravilloso.

—Abby..., eso me hace muy feliz. Imagino que estás abrumada —Ella asiente y yo acaricio su ombligo. Siento cómo tiembla y dibujo una leve sonrisa—. Cariño... no tienes por qué estarlo. Te prometo que a partir de ahora siempre será así.

Me sonrío y la doy un tierno beso en la boca.

—Ahora será mejor que nos durmamos. Mañana tenemos que ir a trabajar y es mejor que descansemos un poco.

—Claro, será lo mejor. Archi, gracias por todo. Por regalarme el mejor orgasmo de toda mi vida, por cuidarme, por aparecer en mi vida...

—Abby, lo mismo podía decirte yo, pero quiero que tengas clara una cosa: no voy a dejarte marchar. Así que no me des las gracias. Eres mía para siempre —le digo dándole un pasional beso.

Tras separarnos, ella me sonrío.

—Buenas noches, Archi. Que descanses. —Me besa en los labios dulcemente.

—Buenas noches, Abby. Descansa.

Reposa su cabeza en mi pecho y apenas pasan unos segundos y se queda dormida. A mí me cuesta más conciliar el sueño pero al final, aspirando su dulce olor, consigo quedarme dormido, satisfecho por el desenlace de esta noche.

Me despierto con el suave roce de sus labios en mi pecho y eso activa rápidamente mi cuerpo.

—Buenos días, Abby —le digo dibujando una sonrisa y a la vez rozo su espalda desnuda provocando que se remueva en la cama—. ¡Hmm! ¿Tienes cosquillas?

—Un poco...

—Vaya, me gusta saberlo. Tenemos que desperezarnos. Tengo mucho trabajo y quiero llevarte a la revista.

—¿De verdad? Había pensado...

Enarco las cejas. No me puedo creer el cambio que ha experimentado, pero es tarde, ni siquiera me acordé de poner ayer el despertador y si no nos damos prisa no llegaremos a tiempo a trabajar.

—Duchémonos juntos, creo que nos vamos a tener que conformar esta mañana.

Ella me mira y tiro de ella, dándole un voraz beso para llevarla hasta la ducha. Al verme desnudo no puede evitar mirar mi erección y sonrío.

—Cariño, no es solo efecto tuyo, pero debo admitir que tienes mucha culpa. ¿Qué vas a hacer para remediarlo? —le pregunto cuando la dejo en la puerta de la ducha.

Activa el grifo y me moja con el agua fría entre risas.

—¿Así es que quieres guerra? —la digo acorralándola y cerrando la puerta para no empapar todo el baño.

Después le quito la alcachofa y comienzo a mojarla. Ella chilla, aunque no le hago caso, la mojo con saña y cuando me pide clemencia, decido rendirme. Está tan preciosa con todo el pelo mojado, esa mirada perversa y esa sonrisa feliz, que no puedo evitar besarla, perderme en el deseo que ahora mismo siento.

Nos dejamos llevar, mis manos acarician su piel mojada y ella hace lo mismo. Poco a poco, nuestros cuerpos excitados sienten ese deseo ardiente de conectar y me adentro en ella. Rodea sus piernas en torno a mi cintura y, apoyándola en la pared, voy embistiéndola despacio, pero ella muerde mi cuello, sé lo que quiere y esta vez sí voy a dárselo a la primera, sin hacerme de rogar, porque lo necesito tanto como ella. Acelero mis movimientos y nos llevo a los dos a rápidamente a un orgasmo, casi tan maravilloso como el de ayer.

Coloco mi frente en la suya. Y la miro con los ojos cargados de cariño y deseo.

—Ha sido... No tengo palabras...

—¿Colosal?

—Sí... Colosal. Eres increíble, Abby. Aun no puedo creer que no disfrutaras con el sexo... Si yo casi no puedo tenerme en pie.

—Tenías razón, Archi... Y no me sueltes, porque si tú no te puedes tener en pie yo si que no soy capaz de sujetarme, creo que mis piernas son como de gelatina en estos momentos. Eres...

—¿Un experto? —le digo con chulería.

Me suelta un manotazo y suelto una sonora carcajada.

—Un prepotente —replica entre risas—. Pero debo reconocer que tienes bastante experiencia en satisfacer a una mujer. No puedo negarlo. Ahora vamos a ducharnos o llegaremos tarde.

La ayudo a ducharse y ella también lo hace conmigo. Compartir con ella la ducha es algo placentero. Me encanta despertarme así con Abby.

Después desayunamos como una pareja normal y nos vestimos. La acompaño al trabajo.

—Te vengo a buscar después. A la hora de salir. ¿Te parece bien?

—No hace falta, Archi.

—No voy a aceptar una negativa. Avísame media hora antes. Que tengas un buen día. —Le doy un beso en los labios y le sonrío.

—Igualmente —contesta soltando el aire contenido.

Cuando llego al trabajo, con la mayor de las sonrisas, mi padre me está esperando. No parece contento.

—Buenos días. Vaya, si es el hijo pródigo.

—Buenos días, padre.

—Pensé que ya no regresarías. Tenemos mucho trabajo. El cliente ha adelantado su reunión a mañana. Y por cierto, ¿desde cuando llegas tarde?

Miro el reloj: son las ocho y diez. Son solo diez minutos. Frunzo el ceño y no le respondo. Hoy estoy feliz y ni mi padre ni nadie va a arruinármelo.

—El tráfico —le respondo con ironía.

Nos adentramos en el despacho y nos ponemos a trabajar en el proyecto que durante toda la semana he desarrollado.

No parece gustarle al principio, pero con el paso de la mañana se relaja y durante todo el día nos centramos en que todo quede a su gusto.

Capítulo 32

Abigail

Al entrar hoy en la revista me he sentido diferente, no sé cuál ha sido el motivo, si que pronto vaya a ser una mujer divorciada o que me haya acostado con Archibald dos veces en menos de veinticuatro horas. Sé que no debería haberlo hecho. Prometí honrar y respetar a Robert hasta que la muerte nos separase. Pero evidentemente él es primero que no lo ha cumplido casándose con otra mujer y teniendo otra hija y es la primera vez que no me arrepiento de lo que he hecho en toda mi vida. Me siento liberada, como si me hubiera quitado una pesada carga de encima. Además, el sexo con Archibald es maravilloso, increíble, colosal...

Comienzo a trabajar feliz por cómo terminó el fin de semana. A media mañana, al recordar el sexo en la ducha, unos calores recorren mi cuerpo. Me dirijo al baño a refrescarme un poco, solo de pensar en lo de esta mañana mi cuerpo ha aumentado su temperatura corporal. Me miro al espejo y me quedo observándome durante unos segundos, abstraída, hasta que una compañera me saca de mi ensimismamiento.

—Abby... ¿Estás en las nubes? —me pregunta.

—Hola, Catherine, perdona. Estoy un poco despistada hoy, sí.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Extraño... —le contesto.

—¡Hmm! ¿Comemos juntas y me lo cuentas? —me pregunta.

Nunca hemos mantenido una relación tan íntima, hemos hablado un poco pero nunca hemos comentado nuestros problemas. No sé si confiar en ella. Por una parte, estaría bien estrechar mis relaciones con las compañeras, así dejaría de sentirme tan sola aquí. Pero por otro lado, ¿y si es amiga de Shianna?

—No sé si voy a poder salir, tengo bastante trabajo... —digo dudando.

—Vamos... Te he visto con el hijo de Linda a la entrada... Me tienes que contar cómo ha pasado, menudo pivón...

—¡Schh! Vale, está bien... Pero por favor, no digas nada.

—Tranquila..., soy una tumba —dice haciendo un gesto de cerrar la boca con cremallera.

Me tenso de inmediato. Ahora soy consciente de que deberíamos haber

sido más discretos. No quiero que Shianna se entere de ello.

Ella sale y después lo hago yo, un poco nerviosa, y durante el resto de la mañana estoy intranquila. No sé si quiero confiar en ella. Pero quizás sea buena chica.

A la hora de comer me viene a buscar con una dulce sonrisa.

—¿Nos vamos? Conozco un lugar estupendo para comer.

—Vale... —le digo no muy convencida, pero al final me dejo llevar.

Durante toda la comida me interroga y yo simplemente le cuento los detalles mínimos, no quiero darle muchos datos sobre mi vida. Tiene algo que no me da del todo seguridad. Esa dulzura, pero a la vez ganas de saber todo sobre mi vida y que se haya interesado justo hoy que me ha visto besarme con Archibald... No me gusta demasiado.

Regresamos temprano, con la excusa de que tengo trabajo, y la tarde transcurre normal. Le he mandado un mensaje a Archibald. No quiero que me venga a recoger, no a la puerta, aunque él ha insistido en que lo hará. Espero que Shianna no nos vea. No quiero desatar su ira. Soy yo la que tengo que trabajar todos los días con ella. Pero parece que la suerte se pone a mi favor, porque hoy ella sale de la revista antes que yo.

—Hola, preciosa. Te he echado de menos —me dice Archibald cuando me monto en su coche, va a darme un beso pero le esquivo.

—Archi, aquí no... Hoy nos ha visto una compañera...

—¿Y? Necesito besarte. No he podido apenas concentrarme en todo el día pensando en ti, en lo de esta mañana, ¿sabes?

—Si te digo que a mí me ha pasado lo mismo... —le confieso tímidamente.

Arranca el coche a toda velocidad, tanta que me obliga a agarrarme a la puerta del vehículo, pues al ser un deportivo no dispone de asa. Le miro, confundida. Está concentrado en la conducción, pero a la vez no entiendo muy bien esa acelerada, y su loca manera de esquivar los vehículos me pone nerviosa.

Llegamos a su apartamento en apenas quince minutos. Se baja rápidamente y me abre la puerta, tirando de mí, haciendo que tenga que quitarme el cinturón rápidamente.

No entiendo su actitud, pero le sigo. Al llegar a su apartamento, devora mis labios con tanta pasión que me quedo sin respiración.

—Abby... Me vuelves loco, te necesito ya. Cuando has dicho que has estado pensando en lo de esta mañana, acabas de matarme... —concluye y

pasa su lengua por mi cuello.

¡Dios! Este hombre sí que sabe cómo derretirme en décimas de segundo. Ni siquiera sé cómo lo consigue, pero creo que voy a volatilizarme en un abrir y cerrar de ojos. Jamás hubiera pensado que disfrutaría tanto con el sexo y desde que él comenzó a tocarme ayer, supe que era especial, diferente... satisfactorio. Ahora solo quiero que nunca deje de hacerlo.

—¿Cómo quieres...? —me pregunta nervioso.

Ni siquiera sé qué contestarle. Con Archibald quiero probarlo todo, absolutamente todo lo que quiera hacerme.

—Como desees. Yo no tengo mucha experiencia, pero quiero compartir contigo lo que tú puedas enseñarme.

—¡Joder, Abby! No sé cómo he podido tener tanta suerte. Eres preciosa, maravillosa y además la mejor amante que he tenido en toda mi vida.

—Creo que lo último no es cierto, pero te lo agradezco... —le digo. No me creo que sea verdad. Con todas las mujeres con las que se ha acostado, no creo que yo sea la mejor.

Me agarra la barbilla despacio y levanta mi rostro, obligándome a enfrentar mi mirada a la suya.

—¿Por qué no me crees? Abby, te juro que contigo he tenido la mejor experiencia sexual de toda mi vida. Eso no lo dudes ni por un momento. No voy a mentirte, porque yo... —Suspira, toma aire durante unos segundos y continua—. ¿Sabes? sé que quizás te parezca un poco pronto..., pero sé lo que siento por ti y aunque te parezca una locura, te quiero...

—Archi... —le digo con los ojos anegados en lágrimas y con un nudo en la garganta que me impide decir nada más.

—Tranquila, Abby. Sé que estas confundida, que acabas de pasar por muchas cosas y no espero que sientas eso por mí. Lo entiendo... Pero yo sí tengo claro lo que siento por ti y quiero que lo sepas. Y por supuesto, no pienso mentirte.

Estoy totalmente confundida y halagada a su vez, pero nerviosa por su confesión.

—Archibald, sé que me gustas, pero tienes razón, estoy confundida... Necesito tiempo.

—Te daré todo el que necesites. Tranquila.

Me besa y tras ese beso pasional me coge en brazos hasta conducirme hasta a su cama y de nuevo nos perdemos en el deseo de nuestros cuerpos, llevándome una vez más a la gloria. Al terminar y tras unos minutos de

disfrutar simplemente del silencio y nuestros cuerpos enredados, él se levanta.

—No te muevas. Voy a traerte la cena.

—Archi, no es necesario.

—Claro que sí. Quiero tratarte como una reina. Es tu último día. Bueno, espero que no sea el último, pero mañana regresa Violet e imagino que querrás verla y regresar a casa, así que esta noche voy a tratarte bien para que quieras regresar pronto —replica con una sonrisa seductora.

Le sonrío y él responde depositando un dulce beso sobre mis labios.

Se pone un pantalón de chándal y una camiseta mientras yo le observo. Tengo que reconocer que es un hombre muy atractivo. Me guiña el ojo cuando sale y yo me tumbo en la cama, mirando al techo, suspirando. Estoy un poco superada. Por su confesión, por todo lo que está pasando... Quizás las cosas estén yendo un poco deprisa, creo que me estoy agobiando un poco. Casi agradezco que mañana Violet regrese para volver a la normalidad. Lo necesito, comienzo a pensar demasiado.

Trae la cena y los dos la degustamos en un silencio extraño, casi melancólico.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Solo un poco cansada...

—¿De verdad?

—Sí, tienes que comprender que no he sido tan activa en el sexo y ahora...

—Tienes razón, lo siento, quizás hoy... —comenta un poco arrepentido.

—No seas tonto, si no hubiera querido te lo habría dicho. En serio, Archi.

—Abby, si algún día no lo deseas, dímelo, te lo suplico. No quiero hacer nada que tú no desees, prométemelo.

—Prometido, Archi, pero tranquilo. Lo de hoy ha sido estupendo, como lo de ayer y esta mañana.

—Gracias.

Recoge los platos de la cena y decido ponerme el pijama. Me recuesto y él viene de inmediato.

—Descansa, cariño. Buenas noches. Si no te importa, voy a terminar unas cosas del trabajo. ¿Te parece mal?

—Buenas noches, Archi. No, tranquilo.

Me besa en los labios y me acuesto. Pero su ausencia me deja un vacío

tremendo. Esperaba que se acostara a mi lado. Sé que la culpa es mía por decirle que estoy cansada. Es temprano y no debería habérselo dicho. Pero es que no quería repetir el sexo, estoy abrumada con todo lo que está pasando. Es tan intenso que me siento un poco aturdida.

Me tumbo en la cama e intento dormirme. Como no lo hago, cojo el móvil y chateo con Violet. No le he contado nada aún. Solo le he dicho que estaba en casa de Archi, que me había venido a buscar el otro día y que habíamos hablado, nada más. Quiero decírselo en persona.

Después de casi una hora, escucho ruidos, me despido de ella y dejo el móvil en la mesita. Me tumbo y cuando Archi se mete en la cama se tumba a mi lado y me rodea con sus brazos. Es en ese momento cuando me siento reconfortada.

—Buenas noches, preciosa —susurra casi de forma imperceptible—. Te quiero.

De nuevo esas palabras que me hacen temblar. Creo que nota mi nerviosismo y me abraza más fuerte, besando mi nuca y aspirando mi aroma.

Es un buen hombre, lo sé. Y debería estar emocionada, una parte de mí lo está, pero otra está aterrada de nuevo. Aún no me he divorciado de Robert y aventurarme de nuevo a otra relación me da cierto vértigo. Poco a poco, consigo dormirme al sentir que Archibald lo hace.

Esta vez es él quien me despierta con un tierno beso en el cuello. Aunque no hace nada para seguir como yo lo hice ayer.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días, Archi. ¿Nos duchamos?

—¡Hmm! ¿Es una proposición deshonesta? —inquire con los ojos llenos de deseo.

—Si te digo que no, ¿te enfadarás?

—Por supuesto que no, Abby.

—Lo siento, pero hoy estoy cansada.

—Tranquila, es normal... Nos damos una ducha rápida y te preparo un buen desayuno para que recuperes fuerzas —dice sonriente y cariñoso, aunque le noto un poco decepcionado.

—Gracias.

Me duele rechazarlo, la verdad es que lo deseo, pero quiero poner un poco distancia para saber si lo que siento es solo deseo o algo más.

La ducha parece diferente, como si los dos estuviéramos a miles de kilómetros el uno del otro. Apenas tardamos unos minutos, cuando ayer duró

casi media hora. Incluso diría que ni siquiera ha sido tan tierno al enjabonarme, aunque quizás ha sido una percepción mía. Tras vestarnos, también en silencio, Archibald baja a preparar el desayuno mientras termino de maquillarme y peinarme.

Al bajar a la cocina tiene preparado un sabroso desayuno, le regalo una sonrisa y él me la devuelve.

—Gracias.

—No hay de qué, te he dicho que tenías que reponer fuerzas —dice dándome un beso, pero esta vez en la frente.

—Archi, ¿estás molesto?

—¡No! —exclama con cara de sorprendido.

—Te noto diferente desde que hemos salido de la cama...

—Lo siento, hoy es un día complicado. Tengo una reunión con un cliente importante. Te juro que no es por ti, Abby. Te lo dije ayer... No voy a mentirte. Pero mi padre tiene depositada en mí toda la confianza... Y después de que me detuvieran... Está un poco molesto.

—Lo siento. Todo es culpa mía —digo sintiéndome responsable de nuevo.

—No lo es —me dice agarrándome por la cintura y tirando de mí para besarme.

Tras fundirnos en un tierno beso, desayunamos un poco más relajados. Me lleva a trabajar y nos despedimos como ayer.

Al llegar a mi habitáculo no tardo ni cinco minutos en encender el ordenador y recibo una llamada de Shianna para que vaya a su despacho. Creo que esto no presagia nada bueno. Entro llamando primero y pidiendo permiso, no quiero desatar su furia.

—Buenos días, Shianna.

—Cierra la puerta —me dice sin ser nada cordial.

Hago lo que me dice y en cuanto quedamos a solas se levanta de su mesa.

—¡Eres una maldita zorra! ¿Crees que puedes quedarte con algo que es mío?

—No te entiendo... —le digo un poco confundida.

—¡Archibald me pertenece!

La miro con los ojos totalmente abiertos. No puedo creer lo que está diciendo. Esta mujer está loca.

—Shianna... creo que Archibald es mayorcito para elegir a quien quiera.

Y tú y él os divorciasteis. Me parece que ya no sois nada. Además, es una persona, no un objeto.

—Siempre será mío. No tengo más que chasquear un dedo para que vuelva a mí.

Suelto una carcajada porque, la verdad, me parece ridícula. Sé que Archibald no quiere saber nada de ella.

—Creo que estás muy equivocada. Pero si quieres le llamamos ahora mismo y salimos de dudas —le digo envalentonada soltando una pequeña risa maliciosa.

—¡No te rías! ¡Esto va a ser tu ruina! ¿Sabes que el que ríe el último ríe mejor? ¡Sal de mi despacho, zorra!

Salgo, totalmente satisfecha. No sé porqué ha dicho esa última frase y no debería haberme enfrentado a ella, pero no puedo soportar que me llamen zorra y más que diga que Archibald es suyo. Quizás no sea mío porque aún no hemos hablado de nuestra relación, pero evidentemente, suyo no es.

Me siento en mi sitio y veo a Linda. La saludo cordialmente, pero ella ni siquiera me contesta. No sé que le pasa, pero se dirige de inmediato al despacho de Shianna. No es posible que le haya dado tiempo a hablar de lo que ha pasado si no han transcurrido ni cinco minutos.

Al poco rato, la secretaria de Linda me llama.

«¡Perfecto! ¡Eso te pasa por bocazas!», pienso nerviosa.

Espero que al menos solo me lleve una reprimenda. Ahora no puedo perder el trabajo. Podría hablar con Archibald, pero no quiero inmiscuirle en esto.

Llamo a la puerta y paso. Linda está sentada en su despacho y a su lado, Shianna permanece de pie, mirándome como una serpiente a punto de soltar veneno.

—Buenos días, Linda. Usted dirá —respondo cordial, hoy me parece que lo de tutearla queda en un segundo plano.

—Buenos días, Abby. No sé si sabes por qué estás aquí.

—Creo que sí —le digo resignada.

—¿Sabes lo que has hecho? ¿Te parece algo normal?

—Verá... Ella me provocó... Me llamó zorra —digo señalando a Shianna.

—¿De qué estás hablando? —inquire Linda sorprendida.

—Shianna... Me... —pero la presidenta me interrumpe de inmediato.

—No sé de qué me estás hablando... Si te he mandado venir es porque

ayer se mandó nuestro mejor artículo a una revista de la competencia. Nuestros informáticos han detectado que se hizo desde tu ordenador.

—¿¡Qué!? Eso no es posible... Yo no he enviado nada desde mi ordenador, debe ser un error.

—Sí, Abby. Rastrearon la dirección IP, no hay duda. Lo hiciste tú.

Esa acusación tan directa hace que se me acelere el corazón. Las rodillas me fallan pero no puedo venirme abajo ahora.

—¡No! ¡No es posible! ¿A qué hora se envió?

—Los informáticos me han indicado que fue a la hora de comer.

—Pues debió de ser otra persona utilizando mi ordenador, porque yo salí a comer con Catherine, ella podrá corroborar mi versión.

—Espero que ella nos lo confirme. Vamos a llamarla.

Linda habla con su secretaria y hacen llamar a Catherine, que viene de inmediato.

—Catherine, buenos días. Abigail insiste que ayer comió con usted. ¿Eso es cierto?

—No, yo ayer salí sola a comer. Es más, la invité a comer y me dijo que tenía mucho trabajo, que se quedaba en la revista. Quedamos para otro día — dice con su tono dulce y expresión inocente.

La miro asombrada. ¡Menuda hija de perra! ¡¿Cómo puede hacerme eso?!

—¡Serás mentirosa! ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Te ha pagado Shianna? ¿Es eso?

—Gracias, Catherine, puedes irte. Abby, por favor... —me dice Linda para que me calme.

—De nada, señora —contesta ella con una sonrisa maligna que Linda no ve.

—Puede preguntar a los de seguridad, Linda —comento desesperada—. Le juro que es tal y como estoy diciendo.

—Ya lo hemos hecho y ellos tampoco te vieron... Shianna, déjanos solas... —expone Linda.

Shianna sale con la misma cara de satisfacción que Catherine y ahora entiendo todo, ambas lo han planeado. Incluso imagino que habrán pagado a los de seguridad.

—Linda... —digo con la voz quebrada— tú me conoces, sabes que yo no haría eso... Adoro mi trabajo, jamás lo pondría en peligro.

—Abby... Tengo que hacerlo. Lo siento.

—Ha sido Shianna, lo ha planeado todo para que pareciese que he sido yo. Esta mañana me ha dicho que me lo haría pagar. Quiere quedarse con tu hijo. Archi y yo hemos comenzado algo, Catherine nos vio ayer besándonos. Imagino que se lo contó a Shianna. Me invitó a comer y Shianna lo preparó todo. Linda, yo no haría eso jamás... Lo sabes... —confieso derrotada.

Linda me mira. No sé si me cree y eso es lo peor de todo, que no se fía de mí.

Las lágrimas comienzan a derramarse por mis ojos sin poder remediarlo. Ya no es solo el hecho de quedarme sin trabajo, es que no me crea.

—Abby, Shianna lleva en la revista toda la vida. No creo que ella haya sido capaz de hacer eso...

—¿Y crees que yo lo haría? ¿Que le haría esto a Archibald? ¿A ti? Te lo debo todo, Linda. Esta oportunidad, mi vida actual... —le pregunto entre lágrimas con el corazón en un puño.

—No lo sé, pero tengo que despedirte por precaución. Las pruebas apuntan hacia ti. Si me equivocara al juzgarte y resultaras ser culpable, podrían filtrarse más artículos. Supondría la ruina de la revista y ese es un riesgo que no puedo asumir, Abby. Lo siento. Pero te juro que voy a investigar esto hasta el fondo. Ahora, por favor, recoge tus cosas.

—De acuerdo.

Salgo del despacho y me dirijo a mi habitáculo con la cabeza bien alta. Recojo las cosas que tengo, que no son muchas, ni siquiera sé que hacer. Son las nueve y media, las llaves de mi apartamento están en casa de Archibald, Violet no llega hasta las cinco. Y estoy perdida. Sé que Archibald tiene una reunión importante y no puedo llamarle así que, tras caminar un buen rato con mi caja entre los brazos, llamo a la única persona que ahora mismo sé que no va a fallarme: Brandon.

—Hola, preciosa. ¿Cómo me llamas a estas horas? —dice somnoliento.

—Hola... —logro decir entre lágrimas.

—Abby, ¿qué pasa?

—Me han despedido...

—¿¡Qué!? ¿Por qué? ¿Dónde estas?

Miro de un lado a otro, me he puesto a andar sin rumbo fijo y me cuesta un poco ubicarme.

—En Central Park.

—No te muevas de ahí. Estoy en Nueva York, llegué ayer. Así que dame quince minutos.

—Vale...

Me siento en un banco, tratando de poner en orden mis pensamientos. Cuando me quiero dar cuenta, Brandon está a mi lado.

—¡Joder, Abby! ¿Qué ha pasado?

Se lo cuento todo. Y veo cómo su cara comienza a tornarse de todos los colores.

—¡Maldita hija de puta! ¡Voy a matarla! Lo juro...

—Brandon... —le recrimino.

—Te juro que esa mujer necesita un escarmiento. Pero lo que vamos a hacer es ir a ver a Archi. Él es quien tiene que pararle los pies de una puñetera vez.

—Tenía una reunión importante, por eso no le he llamado.

—Me importa una mierda.

—Brandon, por favor...

—¡Abby! Tú eres más importante, si no lo eres, entonces es que no te merece.

Coge mi caja y tira de mí. Me lleva hasta su coche y conduce hasta sus oficinas. Las recuerdo porque fui allí el primer día, cuando fui a por el billete de avión. Brandon habla con su secretaria, una mujer muy afable. Parece que la mujer no está dispuesta a dejarle entrar, pero al final él, tras mucho discutir, se cuela en la sala de juntas.

Me parece que se va a armar una buena. Salen discutiendo, pero en cuanto Archibald se percató de mi presencia y quizás de mi estado, deja de pelear con Brandon.

—Abby, cariño. ¿Estás bien?

—No...

—¡Joder! ¿Qué ha pasado?

—Me han despedido. Shianna tiene la culpa...

Cierra los ojos por unos segundos y también los puños. Siento cómo se tensa.

—Dame unos minutos. Tengo que hablar con mi padre. Ahora mismo vamos a arreglar todo esto. Y a ti no te quiero aquí.

—¡Archibald! ¡Por favor! —le imploro.

Regresa a la sala de juntas y tras cinco minutos regresa.

—¡Ya está! Nos vamos. Brandon, no te necesitamos...

—Archibald, él se viene. Te guste o no, me ha ayudado. Es mi amigo y también el tuyo y necesito que enterréis el hacha de guerra. Por favor...

Archibald no dice nada. Gruñe algo ininteligible y asiente.

—Está bien, puede venir, pero que vaya en su coche.

—Gracias.

Miro a Brandon y le sonrío. Al menos es un comienzo. Sé que falta mucho. Pero creo que puede funcionar.

Le cuento a Archibald todo lo sucedido. Veo cómo endurece su gesto. No sé lo que va a pasar cuando lleguemos a la revista. Pero sea lo que sea, espero que de una vez por todas, Shianna reciba su merecido.

Capítulo 33

Archibald

Llegamos a la revista y tras todo lo que Abby me ha contado, lo único que deseo es estrangular a Shianna con mis propias manos. Pero la venganza es un plato que se sirve frío, así que tal y como ella ha hecho, voy a utilizar algo que sé que no espera para hacer que confiese.

Los guardias al principio se niegan a que Abby entre, pero al final me pongo cabezota, casi agresivo, y la dejan entrar. Subimos al despacho de mi madre, la cual parece que se esperaba mi llegada.

—Hola, Archibald.

—Hola, madre. Parece que no te sorprende mi visita.

—Abby me dijo que habíais comenzado una relación, imaginé que vendrías a pedir clemencia.

La dureza de mi madre no me sorprende. Está en una situación muy difícil a causa de la filtración del artículo y es una mujer con carácter, igual que mi padre y que yo mismo. Pero no me achanto.

—No vengo a eso precisamente. Vengo a hablar con Shianna y a aclarar esta situación, Abby no es culpable.

—El correo se mandó desde su ordenador.

—¿Y tú crees que ella sería capaz? ¿En serio?

—No lo sé... Ya no me fio de nadie.

—Madre, por favor... Parece mentira. Tú la contrataste.

—Pero Shianna lleva toda la vida con nosotros.

—Y también sabes que es una arpía, que no para hasta conseguir lo que quiere. En fin... Te lo voy a demostrar y tendrás que pedir perdón a Abby.

Salgo del despacho enfadado y entro en el de Shianna. Al verme, sonrío.

—Hola, cariño.

—Ni se te ocurra usar ese apelativo conmigo. Hace mucho que tú y yo no somos nada, no sé por qué no te queda claro. ¿Eres dura de mollera? ¿Acaso tengo que enseñarte este vídeo acostándote con tu padre? ¡Ah, perdona, que no es tu padre! —le digo enseñándole el video.

—¡Eres un cerdo, Archi! —exclama ella descompuesta—. Quedamos en que lo ibas a borrar. Fue un error.

—Claro... Un error, como el resto de los hombres con los que te

acostaste cuando estábamos casados. El problema es que este era el marido de tu madre. El que supuestamente te puso tu apellido. ¡Joder! Shianna, qué bajo caíste.

—¿Y mi madre no cayó bajo? ¡Ella me enseñó a ser así! ¡Ni siquiera sabía quién era mi padre! —exclama desesperada. Sé que este asunto saca lo peor de ella, pero no me arrepiento de nada. El fin justifica los medios—. Era igual de furcia. Lo único que quería era ser rica. No quería trabajar. Al menos, yo trabajo.

—¿Hmm! Bueno, tú pisoteas a la gente. ¿No es cierto?

—¿Lo dices por esa pelirroja que te follas? Cielo, esa pavisosa no tenía futuro en esta empresa. Solo le he hecho un favor a la revista y también a ti. Piénsalo... —dice acercándose a mí—. Estoy segura de que ni siquiera hace que se te levante. No ha conseguido mantener a su marido a raya...

—Y la has engañado, ¿no es cierto? ¿Mandando un correo desde su ordenador?

—Solo he hecho lo que tenía que hacer... A mí nadie me la juega. Archi, tú eres y siempre serás mío. Cuando yo quiera... Si quiero tenerte para follar y que me folles, pues te tendré. Y ahora eso es lo que quiero. Fóllame. Archi. Sé que lo estás deseando. Tus ojos me lo dicen. Sé que te gusta jugar, y aunque me estés echando las cosas en cara, como hacías cuando estábamos casados, al final lo único que buscas es follar conmigo. Por que si no, ¿a qué has venido a mi despacho?

—No Shianna. Solo he venido a que confesaras...—le digo enseñándole el móvil con la aplicación de grabación de mi bolsillo—. Ya tengo todo lo que quiero.

Su semblante se vuelve a transformar y empieza a dar gritos de nuevo.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Me las vais a pagar! ¡Tú y esa pelirroja pavisosa!

Suelto una sonora carcajada y salgo del despacho para ir al de mi madre. Le pongo la grabación y mi madre no puede más que sorprenderse al escucharla.

—Archi, hijo... Lo siento. ¡No sabía que se había acostado con su padre! ¡Madre mía! ¿Cómo no me lo habías dicho?

—Hay cosas que es mejor que no sepas. Ni siquiera son agradables para mí. Le puse un detective. Y bueno, cuando lo descubrí... Prefiero olvidarlo. Pero las grabaciones pensé que debía mantenerlas, nunca se sabe cuándo se van a necesitar.

—Tienes razón, y siento lo de Abby. Debería haberle creído. Espero que me perdone.

—Está fuera con Brandon. Deberías disculparte con ella, no conmigo. Pero también te digo que hoy se va a tomar el día libre. Se lo merece. Y despide a Shianna de inmediato, sin indemnización y sin carta de recomendaciones, espero que no consiga trabajo en ningún sitio.

—Eso no lo dudas...

Mi madre la hace pasar y habla con ella. Cuando Abby sale parece satisfecha. Lo dicen sus ojos. Brandon está a mi lado, pero no hemos intercambiado ni una palabra.

—¡Chicos, me ha readmitido! ¡Y me ha dicho que me tome el resto del día libre!

Menuda fresca mi madre, ha sido idea mía y se ha atribuido el mérito. Por esta vez lo dejaré pasar.

—¡Perfecto! Porque yo le he dicho a mi padre que también lo haría. ¿Comemos juntos?

—Vale. Brandon, ¿te vienes?

—Él no viene —le dijo tajante.

—Archibald... —expone y frunzo el ceño. Es la segunda vez que me lo llama hoy y no me gusta nada—. ¿Cuándo vais a arreglar las cosas?

—Por mi parte, nunca.

—Sois amigos, creo que deberíais comportaros como adultos y hablar. Quiero comer con los dos.

La miro ceñudo. No me apetece nada hablar con Brandon y menos comer con él, pero por lo que se ve no voy a tener otra opción.

—Que vaya en su coche —comento de nuevo enervado.

—De acuerdo —contesta él sin más.

Abby me acompaña y cuando llegamos al coche, se sube y me mira un poco molesta.

—Archi, deberíais hablar.

—Abby, creo que no te das cuenta de las cosas. Se acostó con Shianna en mi casa, en mi cama...

—Lo sé, cometió un error y me consta que está arrepentido, Archi. ¿Por qué no le perdonas?

—Tiene que dejar de actuar con la polla y hacerlo con la cabeza.

—¿Sabes? Desde ese día no se ha acostado con nadie.

—No digas tonterías.

—Es cierto, Archi. Está arrepentido. Y me ha ayudado mucho. Si no fuera por él...

—No me importa. Estoy harto. Siempre actúa como un adolescente.

—¡Escúchame, por favor! Si no fuera por él, jamás habría averiguado lo de mi marido. Me apoyó cuando Violet no quería hacerlo y tú estabas distante. Se ha preocupado por mí, y también se preocupa por ti. Te quiere, y tú a él. Si no le quisieras no estarías tan dolido. Así que deja de ser tan tozudo, por favor... Hazlo por mí... —me implora.

Suelto el aire contenido. No puede estar pidiéndome eso.

—No te prometo nada —le respondo, porque no me gustan los chantajes. Aunque tengo que admitir que sus argumentos tienen mucho peso.

Llegamos al restaurante. Abby intenta entablar conversación y que ambos interactuemos y aunque Brandon lo intenta, yo apenas participo. Ella me mira enfadada, pero no puedo evitarlo, aún no estoy preparado para perdonarlo. Al concluir, Brandon se disculpa y se marcha.

—Archi, has sido descortés.

—Lo siento, Abby. Pero no estoy preparado.

—No te entiendo. Es tu mejor amigo.

—Lo fue, pero cuando confías en alguien y te traiciona de esa manera, ya no sabes si lo es.

—Cometió un error, todos cometemos errores, y además fue Shianna quién lo manipuló, no lo olvides.

—No me olvido de que esa arpía lo manejó a su antojo, pero es lo suficientemente mayor para no dejarse manejar por una mujer.

—Creo que tú también te dejaste manipular por ella un tiempo —me dice con tono hostil.

Eso me enerva, sé que tiene razón, pero no voy a admitirlo.

—¿Sabes qué? Te llevaré a casa, recogeremos tus cosas, te acercaré a tu apartamento y volveré al despacho, tengo mucho trabajo atrasado.

—¡Perfecto! —dice, sé que está molesta, pero yo también lo estoy.

Tras recorrer las calles hasta mi casa, no puedo dejar de pensar en sus palabras, en su tono y en que acudió a Brandon antes que a mí. Todo eso consigue exasperarme aún más.

Abro la puerta y dejo que coja su maleta y las llaves. Quizás debería pedirle perdón, pero ahora mismo mi cabeza está tan cerrada que no voy a hacerlo.

—Ya está... —me dice.

Ni siquiera le contesto, bajamos de nuevo al garaje y sin dejar que cargue su maleta, la deposita en el maletero. La acerco hasta su casa.

—Déjame que la suba hasta casa.

—Tranquilo, puedo sola. Tienes mucho trabajo —me contesta con tono hostil.

—Que tengas buena tarde —le digo intentando besarla, pero ella rehúsa mi beso marchándose.

Vaya, nuestra primera pelea juntos. Aunque no es el primer enfrentamiento. Me marché de allí, totalmente ofuscado. Llego al despacho y cuando mi padre me ve, presiente que algo ha salido mal.

—Archibald, pensé que ya no vendrías. ¿Que ha pasado?

—Que cada vez entiendo menos a las mujeres —digo exasperado.

Suelta una sonora carcajada y me da una palmada en la espalda.

—¡Ay, hijo! No intentes entenderlas o te volverás loco.

Me sirve un whisky y me lo bebo de un sorbo, después me deja solo. Me concentro en trabajar, aunque cuando leo un correo del detective que lleva el caso de Yuga, me tensó. Me dice que tiene algo nuevo. Que en breve se pondrá en contacto conmigo.

Mi cabeza se activa. Hacía días que no pensaba en ello y ahora más que nunca me preocupa. Tengo que zanjar ese tema, porque también está el divorcio de Abby y tengo que solucionar su enfado. ¿Cómo lo arreglo?

Decido escribirle, aunque por más que lo pienso ni siquiera sé que poner. No puedo quedar a cenar con ella porque hoy regresa su amiga Violet.

«¡Joder! ¡Qué patético soy!, ¿a ver si el adolescente voy a ser yo?», me recrimino mentalmente.

Y es que, si lo pienso, no soy capaz ni de mandar un mensaje pidiéndole disculpas por mi comportamiento. Aunque si soy sincero estoy molesto por la forma en que me ha acorralado, por mucha razón que tenga. «Quizá es precisamente eso. Que tiene razón. ¡Maldita sea!».

Al terminar mi jornada laboral, antes de montar en el coche, consigo enviarle un mensaje. Ya no aguanto más no saber nada de ella.

Buenas tardes, Abby. Imagino que Violet estará ya contigo. Pero si quisieras podría pasar a verte y tomar algo. Me apetece mucho que compartamos un rato juntos. Espero que no sigas molesta por lo de esta mañana. Me gustaría que habláramos. Un beso, te quiero.

Lo envió y me monto en el coche. Me dirijo a su apartamento a la espera de obtener una respuesta que no llega. Permanezco casi una hora esperando bajo su edificio, pero nada.

Estoy tentado a llamar al portero y comprobar si está o no en casa. Aunque al final desisto, veo que sigue enfada y eso solo puede empeorar más las cosas. Le dejaré su tiempo.

Me marcho a casa, ofuscado. Saldré a correr y después..., después no sé lo que haré, pero necesito despejarme un poco.

Capítulo 34

Abigail

Una vez que Archibald me ha dejado en casa, me he tumbado en la cama. No entiendo su actitud, me enerva que a veces sea tan orgulloso.

Consigo quedarme un rato dormida, hasta que escucho la puerta. Me levanto como un resorte y voy a abrazar a mi amiga, que en cuanto me ve, se sorprende.

—Cariño, ¿qué haces en casa? ¿Ha pasado algo?

—Es una larga historia... Me alegro mucho de verte.

—Yo también me alegro de verte. Tengo tiempo. Dejo las maletas, preparo café y me cuentas todo. Absolutamente todo —dice con una mezcla de preocupación y curiosidad.

Durante toda la tarde, pongo al día a Violet acerca de lo sucedido durante el fin de semana, aunque le había comentado un poco por encima a través de mensajes, pero no había querido entrar en detalles. También le informo de lo sucedido hoy en la oficina. Y después, de nuestra pequeña pelea.

—¿Quieres que sea sincera? —me pregunta cuando concluyo.

—Por supuesto.

—Debes dejar que Archi hable con Brandon cuando esté preparado. ¿Qué te parecería si él te dijera que llames a tu hijo? ¿Que le perdones por haber elegido a su hermanastra y a su padre?

La verdad es que me deja sin palabras. Violet tiene razón. Quizás me esté entrometiendo demasiado en la relación. Aunque me da pena que dos buenos amigos rompan su amistad por una arpía como Shianna, y además, creo que no puede compararse del todo... pero sí que es cierto que no debería presionarle.

—Creo que tienes razón. Dejaré que ellos arreglen sus problemas, aunque los hombres son bastante obtusos a veces.

—Lo sé, cielo. Pero lo que Brandon hizo no estuvo bien, aunque lo hiciera manipulado por los deseos de esa bruja. Entiendo que Archibald se sintiera traicionado por él, dio la impresión de que su amistad no tenía tanto valor como un calentón. Se merece un poco de escarmiento.

—Lo dices porque sigues resentida.

—Quizás sí. Yo estoy haciendo lo mismo... Ignorarlo.

—¿A qué te refieres? —le pregunto asombrada.

—Lleva escribiéndome unos días. Me ha pedido quedar en alguna ocasión. Que le gustaría verme, hablar conmigo... —Hace un gesto con la mano, como quitándole importancia—. Pero no le he contestado a ninguno de los mensajes.

—Vaya, vaya... La dura Violet... —le digo con ironía.

—No voy a negar que me cuesta ser así. Sabes que Brandon me gusta. Pero no voy a caer rendida a él. No se lo voy a poner fácil.

—En eso estoy de acuerdo contigo, cariño. Pero también creo que ha cambiado. Está madurando.

—No digo que no, pero me dolió su actitud.

—Lo sé y tienes miedo de que vuelva a pasar... —digo comprensivamente. Ella asiente.

—No es solo eso. Ya me rompieron el corazón en dos ocasiones, eran tipos como Brandon. Cuando nos acostamos e intercambiamos algún mensaje, me ilusioné como una tonta. Y el día que lo vi con Shianna, volví a sentirme igual que esas veces... No quiero tener que pasar de nuevo por aquello, Abby. Te juro que, sobre todo la última vez, fue una experiencia muy dolorosa. Me costó mucho tiempo recomponer los pedazos de mi corazón y volver a ser la mujer que ahora conoces. No puedo permitírmelo de nuevo...

—Violet... No dejaré que te haga daño. Te lo prometo.

—Claro que no, porque la primera que no se lo voy a permitir voy a ser yo. Aunque te agradezco que veles por mí, eres una gran amiga.

Me abraza y yo a ella. La verdad es que en tan poco tiempo hemos conectado muy bien. Desearía que nuestra amistad se volviera más sólida, quiero estar a su lado y cultivar esta relación porque, la verdad, creo que merece mucho la pena.

Seguimos charlando y tras la cena me voy a dormir. Al llegar al dormitorio, veo que tengo un mensaje de Archi. Ni siquiera me había percatado del móvil en toda la tarde. Al leerlo me doy cuenta de que pretendía haber quedado y una parte de mí se siente mal. Aunque es cierto que esta tarde se la debía a mi amiga. Le escribo una respuesta.

Archi, siento no haber respondido antes, no he visto tu mensaje hasta ahora. He estado con Violet toda la tarde poniéndonos al día. No estoy molesta, de verdad. Si quieres, mañana podemos quedar. Me encantaría. Que

descanses, buenas noches.

Veó que no está en línea, así que sospecho que no tiene el teléfono encendido. Imagino que ya se habrá acostado, o simplemente ha decidido apagarlo. Espero que ahora no se haya enfadado él por mi ausencia de respuesta.

Me tumbo en la cama y dudo por un momento si escribir a mi hijo. Me apetece hablar con Mike, pero es cierto que con él si estoy enfadada. Su actitud, su desinterés por mí, si que me hace pensar que ni siquiera le importo.

Al final deshecho la idea y me acuesto. Tardo una hora en conciliar el sueño y no tardo ni media en despertarme y ser incapaz de dormir de nuevo. No hago más que pensar en los días pasados, en lo maravillosamente bien que he descansado y lo plácidamente que me despertado al lado de Archibald. Nunca me gustó levantarme al lado de Robert, en cambio con Archi ha sido diferente...

Su ternura, sus preciosos ojos mirándome con esa adoración, me hacen sentir la mujer más importante en la faz de la tierra. Siento como si yo fuera lo único importante en ese momento.

Suelto el aire que tenía retenido en los pulmones, porque ahora comprendo que todos mis miedos están solo en mi cabeza. Mi corazón lo tiene claro desde el primer momento. Archibald es el hombre que necesito en mi vida. Y todas las señales me lo están demostrando.

Son las dos de la mañana. Dejo una nota en la nevera a Violet. Cojo ropa, me visto y voy a la parada de taxi. Sé que es una locura, pero no puedo dormir y sé lo que necesito. Le indico al taxista la dirección y en cuanto me deja en la puerta, llamo, esperando que Archibald tenga un sueño ligero. No tarda mucho en abrirme y, al verme, sus ojos se abren por completo, asombrados.

—Abby, ¿estás bien? ¿Ha pasado algo?

—No podía dormir...

—¡Dios mío! Son las dos y media de la mañana... Podía haberte pasado algo.

—He venido en taxi.

De inmediato me hace pasar y me mira, un poco enfadado. Sé que no ha estado bien, pero necesitaba esto.

—Estás loca, ¿lo sabías? —me pregunta está vez acercándose a mí

lentamente—pero me alegra que hayas venido. Te he echado de menos...

—Yo también. Necesitaba estar a tu lado. Desde que dormí contigo el pasado sábado me parece que necesito que me estreches con tus fuertes brazos para poder conciliar un sueño renovador —contesto y termino de recorrer la distancia que nos separa, besándolo.

Me recibe gustosamente. Nos enlazamos rápidamente en una ronda de besos y caricias. Al poco, nos subimos a su cama, donde nos perdemos a la locura del deseo y la pasión de nuestros cuerpos. Cuando quedamos satisfechos, Archibald me mira como solo él sabe hacerlo.

—Te quiero, Abby. Siento lo de esta tarde. No quería...

—¡Schh! La que lo siente soy yo. No debí inmiscuirme en tus problemas, Archi. Lo que pasó entre Brandon y tú, solo os incumbe a los dos y aunque me duele que no sigáis siendo amigos, respetaré tu decisión.

—Gracias. Aún así, tenías razón. En el fondo le necesito en mi vida, le quiero como a un hermano y sé que acabaré perdonándolo. Pero necesito tiempo...

—Eres un buen hombre, Archi y te quiero por eso.

Me mira asombrado y me da un tierno beso en los labios. Ni siquiera me he dado cuenta de que le he dicho que le quiero hasta que me ha besado. Pero es la verdad. Me he dado cuenta de lo que siento por él, de que le necesito. Aunque sea una locura, estoy enamorada.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte, Abby. Ahora mismo ya podría morirme...

—¡No digas eso! —le recrimino.

—Te juro que es verdad. Solo con haberte oído decir que me quieres, soy feliz. No puedo pedir nada más.

—Pues yo sí. Ahora quiero una vida contigo. Que todo se solucione y disfrutarlo juntos. ¿No crees?

—Tienes razón. Pero si he de morir, al menos saber que me ha querido la mujer más preciosa que he conocido jamás.

—¡Eres un zalamero! —le digo dándole un manotazo en el hombro y él suelta una carcajada—. Será mejor que durmamos un poco.

—Tienes razón.

Me recuesto en su pecho y, como es costumbre, rodea su brazo sobre mi cintura. En unos minutos, ambos nos sumimos en un profundo sueño.

Despertarme con un tierno beso en el cuello, además de sensual, es sumamente placentero.

En la ducha, nos deleitamos de nuevo en satisfacernos sexualmente y después desayunamos entre besos y caricias.

Archi me lleva a trabajar, igual que la última vez. En cuanto subo a mi departamento, Linda me llama al despacho. Espero que sean buenas noticias.

—Buenos días, Abby —me dice algo compungida—. De nuevo quería pedirte disculpas por el malentendido de ayer.

—Buenos días, Linda. Era tu trabajo —le contesto. Aunque sigo molesta, no voy a negarlo. Debería haber confiado en mí.

—Quería recompensarte de alguna manera. Sé que no tienes experiencia en el puesto, pero me has demostrado tu valía y durante este mes, me gustaría que estuvieras a prueba. Es algo temporal, no quiero que te lo tomes como algo definitivo, pero ¿qué te parece ocupar el puesto de Shianna? Como te he dicho, sería por un mes hasta ver si puedes ser apta para el mismo. Si las cosas no van bien, podrás regresar a tu puesto sin perjuicio alguno.

—Creo que no soy la persona indicada —le respondo, entre molesta y un poco indignada. No quiero ser orgullosa, pero después de todo lo que ha pasado, aunque entiendo que esto es una especie de ofrenda de paz, me parece casi un chantaje.

Intenta comprar mi perdón ofreciéndome ese puesto.

—Abby, es una gran oportunidad.

—No lo niego, pero llevo poco más de dos meses en la revista. No creo estar a la altura y creo que tú también eres consciente de eso. Tienes personas mucho más calificadas aquí que se merecen ese trabajo.

—¿Estás segura?

—Claro.

—Bueno, si crees que es lo correcto, por mí perfecto. Aunque creo que lo harías de maravilla.

—Mira, Linda, te seré sincera... No sé cómo logró Shianna ese puesto y sinceramente no me importa. Pero desde luego yo no voy a conseguir el trabajo de esa manera, creo que tú me lo estás ofreciendo por dos razones: por que te sientes culpable por el error que has cometido y por acostarme con tu hijo. Realmente quiero conseguir ese trabajo por méritos propios, y quiero conseguirlo empezando desde abajo. Cuando esté preparada seré la primera en aceptarlo, pero ahora mismo no lo estoy, tanto tú como yo lo sabemos. Así

que muchas gracias por ofrecérmelo, de corazón, pero no lo quiero.

Durante unos segundos, Linda no dice nada. Cuando por fin habla, su tono es suave y parece impresionada.

—Abby, me sorprenden tu integridad y tu sinceridad. Desde luego la admiro, cualquier otra persona la habría aceptado.

—Yo no soy cualquier persona. Espero que a partir de ahora me empieces a conocer mejor. Y ahora, si no necesitas nada más, me voy a trabajar. Que tengas un buen día.

—Igualmente, Abby. Y gracias por haberme abierto los ojos.

Asiento con la cabeza, dedicándole una sonrisa suave. Al menos hay intención de solucionarlo, es un primer paso, y con eso me basta por ahora.

Me marcho a mi trabajo. Durante esa mañana recibo varios encargos de Linda. Algunos artículos para comentarlos. Se lo agradezco, preveo que a partir de ahora tendré algo más de trabajo que hacer. Sé que sigue sintiéndose culpable y al llevar ella directamente el departamento, pues de momento no ha asignado a nadie para cubrir la plaza de Shianna, va a tenerme en consideración para escribir algún artículo más.

También recibo un correo de Archibald: los abogados han puesto fecha para la vista previa de mi juicio para el divorcio. Será en una semana. Mi cuerpo se estremece. No me apetece nada volver a ver a Robert. Pero es cierto que cuanto antes pase, antes seré libre y podré rehacer mi vida. También recibo la llamada de Archibald antes de salir.

—Hola, preciosa, ¿qué tal va el día?

—Hola, Archi. Bueno, no va mal, ¿y tú?

—Ahora mismo ha mejorado escuchando tu voz, pero aún tengo una reunión de última hora. Me preguntaba qué pensabas hacer cuando salgas.

—He quedado con Violet para ir de compras.

—¡Hmm! Vaya... ¿Sabes?, había pensado que podíamos repetir lo de anoche.

—¿A la misma hora? —pregunto un poco perpleja.

—Como quieras... —comenta ladino—. Te estaré esperando. Aunque podrías sorprenderme...

—¿Sorprenderte? No te entiendo.

—Sí. Tú ya me entiendes... Ropa interior sexy...

—Vale, algo se me ocurrirá.

—¿Entonces, te espero despierto?

—No sé. Te aviso —le comento porque mi mente perversa y atrevida

como nunca acaba de idear un plan.

—Ah. Bien. De acuerdo —comenta algo irritado—. Que tengas buena tarde.

—Igualmente.

Cuelgo el teléfono y me voy al baño. Jamás he hecho esto, pero aún recuerdo la foto de su móvil cuando lo tuve en mis manos en el momento de conocernos. Me encierro en un cubículo. Me quito el vestido y me hago un *selfie*. Doy gracias a que hoy tengo una ropa interior muy sexy. Suspiro y se la mando a través de un wasap. Vuelvo a vestirme rápidamente y su respuesta no se hace esperar.

—¿Tú estás loca? —me pregunta con voz agitada—. ¿Quieres que me dé un infarto? ¿O quieres que vaya ahora mismo a poseerte? Porque tengo una reunión en quince minutos y mi polla está ahora mismo tan erecta que no sé si podré hacer que baje en menos de ese tiempo. ¡Joder, Abby! ¡Juro que me las vas a pagar...!

Suelto una sonora carcajada.

—¡No tiene gracia!

—Querías ropa interior sexy, ¿no? Pues yo quería comprobar si esta ropa te sirve.

—¡Joder, Abby! —ríe él—. Claro que me sirve... Pero no tenías que mandármela ahora mismo.

—Pensé que te gustaban las fotos así. Creo recordar que alguna amiguita tuya te las mandaba mucho más picantes —le digo para hacerle rabiar.

—No juegues conmigo, Abby o te juro que yo también puedo jugar. Y créeme, puedo ser muy malo.

—¡Hmm! ¡Qué miedo me das! —le tiento.

—¡Esto es la guerra, cariño! Tú lo has querido. Esta noche vas a suplicar que te lleve al orgasmo... Pero te juro que vas a sufrir hasta conseguirlo.

Quizás haya sido malvada. Y tiene razón. Estoy jugando con fuego, porque conozco al Archi cariñoso y buen amante, pero no conozco al Archibald salvaje. Aunque también me apetece descubrirlo, para qué negarlo.

—No tengo miedo, quizás quien sufra seas tú.

—¡Ya lo veremos! Tengo que colgar. Que tengas buena tarde.

—Igualmente.

La verdad es que no sé si he hecho bien, pero como se suele decir cuando juegas tus cartas en el casino: la suerte está echada. Ahora solo espero no salir mal parada de esta.

Estoy toda la tarde pensando en ello y al final me olvido de lo que sucederá cuando veo a Violet y nos centramos en sus compras. Yo apenas gasto dinero. Aún tengo que recuperarme de mis deudas. Tengo que reponer el dinero de la universidad de mi hijo y después devolver el dinero a Archibald, sé que él se empeñará en que no lo haga, pero soy una persona testaruda y lo haré.

Capítulo 35

Archibald

Casi me da algo cuando vi la foto de Abby en ropa interior. No me esperaba para nada que fuera capaz de hacerlo y me ha costado la misma vida volver a mi ser antes de la reunión y concentrarme en ella. Pero al final he defendido el proyecto como he podido. Ahora estoy en casa y no dejo de mirar el reloj y de estar pendiente de la puerta. Ni siquiera he cenado, estoy tan nervioso... esta va a ser mi última noche con ella. Por lo menos hasta que vuelva de China. Tengo que explicarle todo lo de Yuga. Justo después de su mensaje y de concluir la reunión, me llamó el investigador privado y acto seguido tuve que hablar con Brandon, muy a mi pesar. Él estaba conmigo en esto y siento que necesito su apoyo. Por supuesto no se ha negado a acompañarme y eso me ha aliviado, pensé que después de nuestros problemas me diría que no. Pero en el fondo es un buen amigo.

El timbre suena y me levanto del sofá como un resorte. Estoy nervioso y a la vez excitado. Necesito sentirla, tenerla de nuevo entre mis brazos. Que calme esta ansiedad que siento.

Abro de inmediato y lo que veo me sorprende aún más que la foto. Lleva una gabardina. Y presiento que debajo de ella solo lleva una ropa interior igual de sexy que la de la imagen que me envió.

—¡Hola! ¿Llego demasiado pronto? —me pregunta y yo niego porque me he quedado sin voz—. ¿Puedo pasar?

—Claro —susurro.

—Me parece que te he pillado con la guardia baja —comenta lasciva.

—¡Mucho! —expongo aún sin apenas voz.

—Me amenazaste con que me harías sufrir... Pero parece que de momento te llevo ventaja.

—No cantes victoria, preciosa —le digo tirando del cinturón de la gabardina que se desabrocha y me deja ver un picardías, haciendo que mi mirada se quede aún más prendada en su cuerpo.

—¡Vaya! ¿Qué decías? —replica con retintín.

Jamás pensé que Abby fuera tan desinhibida. Parece otra mujer y, sinceramente, me gusta esta versión. Aunque debo reconocer que también me gusta la dulce y más reservada. ¡Qué demonios! Me gustan todas las

versiones.

—¡Preciosa! Pero no te confíes. Que me quede mirando lo maravillosa y sexy que has venido a conquistarme no significa que me hayas ganado la batalla. Me suplicarás que te lleve al orgasmo y no lo haré... —le digo acercándome a su oreja y mordisqueándola a la vez que pellizco sus nalgas. Da un respingo y yo me río. Sé que voy por buen camino.

Tiro de ella, la cojo en brazos sorprendiéndola y la subo hasta la habitación. Comienzo por besarla, devorar su cuello, su cuerpo y me deshago de la gabardina. Su cuerpo tiembla, creo que toda esa chulería que quería demostrarme se está desvaneciendo y me siento eufórico. Aunque de repente, su mano se adentra en mi pantalón deportivo y se apodera de mi polla, moviéndola de arriba abajo y haciendo que mi cuerpo se tense al notar la calidez sobre mi glande. Mordisqueea mis pezones por encima de mi camiseta. ¡Joder! Ahora soy yo el que no puedo concentrarme en otra cosa que no sea que aumente de una vez por todas el ritmo y me lleve al sùmmum del placer. Al final voy a perder la batalla.

Nervioso, decido poner fin a ese maravilloso castigo, muy a mi pesar. No quiero que ella gane, no por el momento.

Me aparto de sus caricias y ella me mira un poco sorprendida. La tumbo en la cama y elevo su picardías para quitárselo con premura. Aún está un poco asombrada por mi actuación, pero es que no quiero que sea ella quien me gane. Quiero que me suplique porque la lleve a la gloria primero, después me rendiré a sus caricias. Lleva una ropa interior a juego con el picardías. Durante unos segundos la admiro. Es realmente preciosa. Con el pelo suelo, algo alborotado y su cara aún un poco confusa, es la viva imagen del erotismo.

—¿Sabes que eres realmente preciosa? —le pregunto.

—Y tú realmente un capullo —inquire molesta.

—Lo sé, pero no te voy a dejar ganar esta batalla. Quizás después... Pero quiero hacerte sufrir... Soy un hombre malo... —Me deleito en la última palabra para después lanzarme a mordisquear sus pezones por encima del sujetador. Ella jadea al notar esos pequeños toques de mis dientes, sin llegar a clavarse totalmente, pero aplicando la presión necesaria para causar ese hormigueo en el cuerpo. Lo sé, porque es la misma excitación que yo he sentido hace unos minutos. Su cuerpo se retuerce cuando deslizo mi mano por debajo de sus braguitas hasta su sexo, introduciendo uno de mis dedos en su hendidura. Sus gemidos se hacen más audibles y siento que esto empieza a

ponerse más interesante. Porque cuando su humedad es más latente, cuando sé que todo su cuerpo está a mi merced y está a punto de estallar su orgasmo, me freno en seco. Me mira con una mirada azul tan intensa que ahora mismo podría congelar los polos con esa furia.

—¡Archibald! —gime con furia y yo suelto una carcajada.

—Estás vestida, cariño. Ambos lo estamos... —siseo sin importarme nada esa mirada fría—. Además, te dije que me las pagarías. Esto es solo el principio...

Se quita el sujetador y las braguitas ella sola con rapidez, no deja que yo la toque y yo me desvisto con parsimonia, ante su atenta mirada que, si proyectara rayos láser podrían destruirme en décimas de segundo. Sigo dibujando una sonrisa maligna.

—¡Estás disfrutando con esto! ¿No es cierto?

—Mucho, cariño.

—¡Me las pagarás! ¡Lo juro!

—Lo sé... Pero este es mi momento y voy a disfrutarlo totalmente.

Termino de quitarme la ropa y ella me muerde el cuello con saña, creo que ya está bien de torturarla o al final voy a quedarme sin sexo y eso no voy a permitirlo. La agarro de la cintura y la beso con pasión, haciendo que su enfado se disipe. Acaricio su espalda, después sus pechos, haciendo que se relaje por completo. La tumbo en la cama y con la rodilla le abro las piernas, se resiste al principio, aunque después, se deja hacer. Bajo lentamente besando todo su cuerpo hasta su sexo. Me mira un poco nerviosa, creo que espera que juegue de nuevo con ella, pero niego con la cabeza para explicarle que esta vez no será así. Devoro su sexo, mientras me adentro con un dedo en su hendidura. Su cuerpo se tensa. Mis embestidas se hacen más intensas y rápidas. Siento cómo poco a poco sus jadeos me indican que está a punto de alcanzar el orgasmo y acelero aún más mis movimientos hasta que grita mi nombre. Beber el néctar de su pasión es maravilloso. La penetro a continuación y la embisto rápidamente, estoy muy excitado. Ella me recibe todavía agitada por las sensaciones de su cuerpo. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo están en tensión y me muevo tan rápido que creo que la voy a partir en dos. Pero ella no se queja, jadea igual que yo. Con dos embestidas más, consigo llegar al clímax y siento cómo me derramo dentro de ella que gime conmigo arañando mi espalda.

—¡Joder, Abby, eres maravillosa! —susurro cuando salgo de su cuerpo.

Ella solo sonríe. Sé que está exhausta. Nuestros corazones laten

totalmente acelerados, como si se fueran a salir de nuestro cuerpo y tardan varios minutos en volver a su ritmo normal. Tumbados el uno junto al otro, un silencio dulce nos envuelve.

—Abby... —comienzo un poco nervioso y acaricio su vientre—, tengo que contarte algo...

Me mira alarmada y se incorpora de inmediato. Realmente ha sonado mal, la verdad es que no debería haber empezado así.

—No vas a dejarme, ¿verdad? —me dice alterada.

—¡No! ¡No! Lo siento. ¡Joder! No te asustes... A ver cómo te lo digo... —Me froto la frente y me incorporo, le acaricio el brazo—. ¿Te acuerdas del viaje a China? —Ella asiente—. Pues nuestros clientes me ofrecieron una mujer de compañía—. Abby tensa el gesto—. Es muy típico allí ofrecer compañía femenina. Es más, si la rechazas parece como un desprecio hacia ellos. Por eso mi padre me envió a mí. Yo dije que me encontraba indispuerto, pero aun así me enviaron un servicio de masajes con final feliz. —La cara de Abby se torna enfadada y no lo entiendo—. Tranquila, no te he mentado. Te dije que no me acosté con ninguna mujer desde que te conocí y es cierto. El servicio fue una niña de catorce años... ¡Increíble!

—¿En serio? ¿Tenía solo catorce años? —me interrumpe totalmente perpleja.

—Sí. El caso es que la niña se llama Yuga. Y hablaba nuestro idioma. Su madre era americana. Se enamoró de un tipo que la llevó a China y la vendió a un traficante de mujeres que la obligó a prostituirse. Se quedó embarazada y después se suicidó. La niña solo se acostaba con su proxeneta hasta que tuvo diez años, pero después la obligó a prostituirse en el local donde trabaja actualmente.

—¡Dios mío, Archi! ¡Eso es horrible! ¡Pobre niña!

—Lo sé... Le dije que la ayudaría. Brandon y yo averiguamos que su abuela está viva, reside en Washington. Un detective nos ha puesto en contacto con gente de la mafia y de trata de blancas en China y vamos a intentar comprar a Yuga.

—¿¡Qué!? ¿Estás loco, Archi? —exclama incorporándose de un salto sobre el colchón.

—No, Abby. Voy a hacerlo por ella. Se lo prometí.

—¡Pero es muy peligroso! Esa gente no tiembla ante nada.

—Lo sé... pero se lo debo. No puedo permitir que una niña de catorce años que perdió a su madre viva de esa manera.

—¡Archi! —expone exasperada. —¿Y si te pasa algo?

—No me pasará nada, ya lo verás —añado con una sonrisa—. Además, ayer te dije que yo ya había sido feliz cuando me dijiste que me querías, Abby. Te lo juro.

Las lágrimas de Abby comienzan a derramarse sin control y la abrazo.

—Te quiero, Abby. Todo va a salir bien, ya lo verás, sé que el destino nos tiene algo maravilloso preparado para los dos.

—Archi, yo también te quiero. Y te necesito ahora más que nunca.

—Lo sé y yo te necesito también en mi vida para siempre. Por eso sé que va a salir bien. Pero en el caso de que el destino me la juegue, he dejado todo solucionado con mi abogado para que mi patrimonio quede en tu poder, ¿de acuerdo?

—¿¡Qué!? ¿Estás loco? —dice de nuevo.

—No, nunca he estado más cuerdo, Abby. Eres la mujer de mi vida. Te quiero y nunca he estado más seguro de lo que he hecho. Ahora descansemos, he quedado con Brandon a las seis de la mañana.

—¿Brandon va contigo? —me pregunta confundida.

—Sí, está conmigo en esto desde el principio, le he llamado y no ha puesto ninguna objeción.

—Me alegro de que te acompañe y lo hayáis arreglado.

—Aún no lo hemos arreglado, pero todo se verá. Buenas noches, cariño. Descansa.

—No creo que pueda descansar sabiendo que te vas.

—Seguro que sí, ya lo verás.

Nos tumbamos en la cama, la rodeo con mis brazos y la colmo con miles de besos en la nuca y en el cuello.

El juego de seducción y ese pique personal de esta tarde ha quedado relegados a otro día. Sé que está preocupada por mí. En realidad, yo también tengo miedo por lo que va a pasar, pero intento no pensarlo. Espero que todo salga bien y podamos traernos en unos días a Yuga.

Su cuerpo está agitado, pero poco a poco se calma y al final se queda dormida, yo en cambio apenas pego ojo pensando en el viaje, en lo que nos espera allí, en dejar a Abby sola de nuevo. La noche se me antoja eterna y cuando llegan las cinco de la mañana, apenas he dormido una hora.

Abby se levanta conmigo. Imagino que quiere despedirse de mí, estar a mi lado. Me doy una ducha, me visto y cuando bajo a la cocina me espera con un café y una cara de pena que me encoge el corazón.

—Cariño, todo va a salir bien.

—Eso espero. Mantenme informada, ¿vale?

—Sí. Pero una cosa, a mis padres les he dicho que tenía que visitar a los clientes chinos. Por favor, no les digas nada, ¿de acuerdo?

—Tranquilo. No diré nada.

Nuestras voces son suaves, estamos hablando muy bajito, quizá un poco superados por la tristeza y la incertidumbre. Ninguno de los dos queremos separarnos ahora. Pero tengo que hacerlo.

—Una cosa más, Abby. Ten las llaves del apartamento. Puedes quedarte aquí si quieres.

—Me iré con Violet, pero gracias...

—Como quieras, cariño. Quédate aquí al menos ahora...

—Sí, tranquilo, ahora me quedaré aquí.

Brandon llega a las seis menos diez. Abby le saluda con un beso en la mejilla y nos vamos tras un tierno beso que me deja un nudo en la garganta.

—Te quiero, cariño —le digo.

—Yo también. Llámame cuando lleguéis.

—Claro.

El viaje hasta el aeropuerto lo hacemos en silencio, pero allí nos encontramos con el detective. Y parece que Brandon está un poco más comunicativo conmigo y yo con él, como si no hubiera pasado nada, o eso queremos demostrarle a Pitt.

—Bueno, amigos, ¿estamos preparados para nuestra aventura? —nos pregunta.

—Esperemos que todo salga bien.

—Sí, tranquilos, nuestro contacto es un tipo de fiar y no tiene por qué salir mal.

—Eso espero... —le digo resignado.

—Hombre de poca fe —comenta con guasa.

El viaje hasta China es tedioso, Brandon y Pitt bromean y yo intento en algunas ocasiones seguirles el ritmo, pero mis nervios, haber dejado a Abby y la tensión de no haber dormido nada, hacen que no pueda a veces estar a la altura de la situación.

—Chicos, creo que voy a dormir un rato, esta noche no he descansado mucho.

—Acaba de empezar una relación y ya se sabe... —dice Brandon y le miro ceñudo.

—Vaya... Es normal. Los primeros meses son los más fogosos. Aprovecha el momento, luego uno se casa y es lo peor. Yo ya me he divorciado tres veces y créeme, ya no lo vuelvo a hacer. Ahora soy libre y así voy a seguir siéndolo para el resto de mi vida.

Ni siquiera me molesto en contestar. Brandon le ríe las gracias y yo me recuesto en el asiento de primera clase y me pongo los cascos para intentar dormir un rato. Necesito evadirme de todo. Al final, escuchando música clásica, consigo desconectar y dormir un rato.

Capítulo 36

Abigail

La partida tan repentina de Archibald me ha dejado un vacío tan grande que apenas me he podido quedar dormida. Me doy una ducha y me voy a trabajar. Durante todo el día estoy dispersa y no puedo ni concentrarme. Todo el mundo me tiene que decir las cosas hasta tres veces. Cuando llego a casa, estoy pendiente del móvil y no sé por qué, Archibald me explicó que tardaban diecinueve horas, por lo que hasta mañana no tendré noticias tuyas. Violet me sorprende cuando estoy consultado el tiempo en China y la diferencia horaria.

—Hola, cielo, ¿qué estás mirando en China? ¿Te vas a ir de viaje? —me pregunta con guasa.

—No, yo no. Archibald se ha ido esta mañana, con Brandon.

—¿Ah, sí?

—Sí. Es una larga historia.

—Pues cuéntamela. Sabes que tengo toda la tarde libre.

Se la detallo y me mira asombrada. Como si pareciera una película de miedo.

—Estos dos se han vuelto rematadamente locos, lo sabes, ¿verdad?

—Creo que sí. ¿Pero que iba a hacer yo, Violet?

—¡Decírselo! ¡Hacérselo ver! No sé —comenta Violet enfadada—. Es la mafia china. ¡Trata de blancas! No están jugando a policías y ladrones. Es algo muy serio, Abby.

—Lo sé y te juro que hoy no he podido concentrarme en todo el día. Creo que la van a cagar... Y lo peor es que tengo mucho miedo...

—Voy a hacer algunas llamadas. Mi padre tiene contactos en China. Voy a ver qué podemos hacer.

—¡Violet! ¡No hagas nada!

—¿Que no? Abby, esto no es un juego de niños... Mi padre conoce a gente en la embajada china. Voy a llamarlo ahora mismo. Creo que tenemos que movernos ya. ¿Estos dos se han creído superhéroes o qué? No se puede ir a un país extranjero a salvar a una niña, Abby. Hay miles de mafias y les importa una mierda quién seas. ¡Están como una puta cabra! ¡Madre mía, Abby!

Violet coge el teléfono y se va a su habitación, tras media hora de charla, me pide varios datos que mañana tengo que conseguirle y después vuelve a encerrarse otra media hora.

—Abby, mi padre va a ver que puede hacer. Pero me ha dicho que son unos insensatos.

—Lo sé, Violet, lo sé.

Cenamos y nos acostamos, pero no consigo pegar ojo. Estoy inquieta, pensando en el gran error que van a cometer, todo por tener un poco de humanidad y querer hacer el bien.

Durante más de una hora, doy vueltas y vueltas en la cama y al final, inquieta, me levanto. Voy a prepararme un vaso de leche caliente para intentar calmar mis nervios. Me encuentro en la cocina con Violet que parece que no se sorprende al verme.

—Tampoco puedes dormir, ¿verdad?

—No. Me preocupa demasiado el lío en el que se van a meter.

—Lo sé, a mí, aunque no lo creas, también. Creo que Brandon me importa más de lo que quiero admitir...

Acaricio su brazo con cariño.

—Ya lo sé, amiga. Sé que te importa. De lo contrario no te hubieras molestado tanto en acudir a tu padre.

—También me importas tú y tu bienestar. No pienses ni por un momento que hubiera dejado solo en esto a Archibald, aunque Brandon no hubiera ido con él —expresa con decisión.

—Gracias. Se agradece.

—Ahora tomémonos un vaso de leche bien caliente e intentemos dormir un poco.

—¿Puedo pedirte un favor? —inquiero un poco acobardada.

—Claro, dime.

—Me gustaría que durmiéramos juntas... Pero solo como amigas, me vendrá bien tu compañía, no pienses nada raro...

Violet suelta una sonora carcajada y yo la sigo.

—Por supuesto. A mí no me van las mujeres. Aunque si cambio de opinión serás la primera en saberlo. Eres una mujer muy guapa, Abby... —insinúa, fingiendo un aire seductor que me arranca otra risa.

—De acuerdo, si me ocurre lo mismo también lo sabrás... —le digo después sonriendo.

Finalizamos el vaso de leche y después nos acostamos en su cama, que

es más grande que la mía. Charlamos durante un rato y al final ambas decidimos dar por zanjada la conversación e intentar conciliar el sueño. No es lo mismo que con Archibald, pero poco a poco parece que sentirme acompañada me hace tranquilizarme y caigo dormida. Pero es bastante perturbador y me despierto con pesadillas varias veces.

—Abby, tranquila —susurra una de las veces Violet— Es solo una pesadilla.

—Gracias... —susurro y abro los ojos para mirar la hora. Son las cuatro de la mañana.

A las siete, agotada, suena mi despertador. No he descansado, pero tengo que ir a trabajar. Violet también se despierta. No parece estar en mejor situación que yo.

—Lo lamento, no he dejado que descansaras... —digo arrepentida—. Creo que he sido un poco egoísta.

—De eso nada, no seas tonta. Yo no duermo muy bien, suelo tener insomnio, así que estoy acostumbrada.

Ambas nos preparamos para un duro día, tras desayunar. Nos despedimos y nos disponemos a afrontar la jornada. He recibido un breve mensaje de Archi indicándome que han llegado bien. Dice que me avisarán en cuanto pueda. No estoy tranquila, pero no le diré nada de lo que Violet ha hecho. Prefiero mantenerle al margen.

El trabajo es agotador, el día se me antoja eterno e igual que ayer, no estoy muy centrada. Linda me llama esta vez a su despacho por la tarde.

—Abby, cielo. ¿Estás bien? Llevas dos días un poco distraída. Me has mandado el mismo artículo dos veces. Y ayer no me adjuntaste el archivo.

—Lo siento. La verdad es que no duermo muy bien.

—¿Es por Archibald y su viaje a China? Me imagino que sabrás lo de los clientes... Tranquila, sabrá capear la situación.

—Sí, seguro... —le respondo sin más. Si ella supiera.

—Además tengo entendido que ha ido Brandon con él, algo inventarán.

—Claro... Es que espero que esté de vuelta para mi vista del divorcio, es en cinco días.

—¡Ah, claro, Abby! Tranquila, solo serán unos días. No obstante, si la cosa se complicara, Mark puede acompañarte sin ningún problema, cielo. No te preocupes.

—Gracias, Linda —digo sorprendida al saber que el padre de Archibald está dispuesto a acompañarme. Esa muestra de apoyo no me la esperaba—.

Espero que Archibald esté de vuelta antes.

—Seguro que sí, pero en el caso de que no esté, cuenta con Mark, ¿de acuerdo?

—Claro. Gracias, así lo haré.

Espero no tener que recurrir a él, pero tampoco quiero ir sola. Sé que Violet lo hará encantada. Pero me siento más arropada si viene un hombre conmigo, para no sentirme tan intimidada por Robert.

Salgo del despacho de Linda, concluyo mi jornada laboral y me voy a casa. Violet me explica que en la embajada china ya están intentando localizar a Brandon y a Archibald. Les he dado todos los datos de los que dispongo sobre su alojamiento, que no son muchos, también tienen sus datos personales y están intentando averiguarlo ellos por su parte. Pero imagino que tampoco será fácil, habrá muchos americanos que vayan a China.

La noche transcurre como la de ayer, cenamos y tras charlar un rato, decidimos dormir juntas. Quizás para no sentir la nostalgia de la ausencia de noticias, pues he intentado ponerme en contacto con Archibald y no he tenido respuesta alguna. Violet no ha vuelto a recibir ningún mensaje de Brandon y eso tampoco es buena señal. Ambas estamos un poco nerviosas, quizás solo sea el cambio horario, pero aún así, algo me hace pensar que están metidos en un serio problema. Con ese pensamiento me quedo dormida y, de nuevo, imágenes de mafiosos y peleas invaden mi mente durante toda la noche haciendo que me despierte una y otra vez y que apenas pueda dormir unas horas.

—Lo siento... —le digo a Violet por la mañana al ver su melena enmarañada y su cara de sueño. A este paso voy a acabar empeorando sus problemas de insomnio.

—Tranquila, cielo —dice con una sonrisa sincera.

—Esta noche me acostaré en mi cama. Si no, mañana me vas a dar un porrazo...

—¡Cuenta con ello! —me dice con guasa.

Nos servimos el café bien cargado y doy gracias a que es sábado, de lo contrario creo que moriría en el intento.

—Me parece que hoy voy a holgazanear todo el día —comento.

—Tenemos que limpiar la casa, pero por lo demás...

—¿Podemos limpiar mañana? —le imploro con la cara de perrillo abandonado.

—Vale. Tienes razón. Podemos vagar hoy y mañana limpiamos.

Dedicarnos a la comida basura, ver pelis de amor y no hacer absolutamente nada más.

—Tu plan es maravilloso... ¡Me encanta!

Y eso es básicamente lo que hacemos durante todo el día, salvo que estoy pendiente del móvil a todas horas y no recibo ninguna noticia de Archibald. Estoy bastante preocupada. Escribo también a Brandon, y nada.

—¿No crees que deberían habernos dicho algo? —le pregunto a Violet.

—Quizá se hayan quedado sin datos. O no tengan enchufes adecuados para cargar el móvil. No pienses mal. Vamos a ser positivas. ¿De acuerdo? —dice Violet para tranquilizarme. Aunque no lo consigo. Algo en mi interior me indica que las cosas no van bien, no quiero pensar en algo malo, lo intento con todas mis fuerzas y aún así es inevitable.

Desesperada, me doy una ducha y al final me acuesto temprano, pero una vez más soy incapaz de dormir. Le he dicho a Violet que prefiero acostarme en mi cama, no quiero molestarla más. Estos últimos días apenas ha pegado ojo y quiero que al menos esta noche pueda dormir, si yo no duermo al menos que ella lo haga. Miro el teléfono una y otra vez, le mando varios wasaps a Archibald, pero el indicador me dice que no se entregan. Tal es mi desesperación que incluso me meto en varias páginas de noticias internacionales para ver si es posible que haya sucedido algo. Doy gracias a que ninguna pone nada relacionado. Al final, a altas horas de la madrugada, el cansancio me vence y me quedo dormida.

El domingo transcurre con la misma incertidumbre, no sabemos nada de ellos y esta ausencia de noticias me está matando en vida. Violet ha vuelto a hablar con su padre para que contacte con la embajada y pueda darnos alguna información, sea buena o mala. La situación no parece presagiar nada bueno y yo me temo lo peor.

Por la tarde, decido llamar a Linda. Quiero hablar con Mark, aunque no deseo que ella se entere aún de lo sucedido. No quiero adelantar acontecimientos.

—Buenas tardes, Linda. ¿Qué tal va todo?

—Hola, cielo. ¿Sabes algo de Archibald? Estamos intentando hablar con él, pero no conseguimos ponernos en contacto.

—Están teniendo problemas de cobertura. Además, se les va a retrasar el vuelo. Por eso os llamaba. Me gustaría hablar con Mark, por el tema de mi vista.

—Claro, cielo. Ahora mismo te paso. En cuanto sepas algo más de

Archibald, por favor, házmelo saber.

—Tranquila, así lo haré.

Espero unos segundos y me pasa el teléfono.

—Buenas tardes, Abby, ¿cómo estás?

—Buenas tardes, Mark. Bueno... —le digo inquieta—. Un poco nerviosa por los acontecimientos. El vuelo de Archibald se va a retrasar y...

—Tranquila, todo va a salir bien. No te preocupes, yo te acompañaré. Ya contaba con ello si había algún problema. Si quieres, pásate mañana por el despacho de Archibald a primera hora. Yo estaré allí y concretamos todo. Le digo a Linda que vas a pasar. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Gracias, Mark.

—De nada, Abby.

Cuelgo el teléfono y de nuevo en compañía de Violet, intentamos hacer la tarde lo más entretenida posible, aunque mi mente está en otro lugar: en China, pensando dónde y qué estará pasándoles.

Tras una noche de lo más agitada, por la mañana me dirijo a las oficinas de Archibald. Cuando llego a la oficina de Mark veo a través de la pared acristalada que me espera dentro, tranquilo y sonriente, imagino que ajeno a todo lo que en China está aconteciendo. Dudo por un momento si contarle la verdad y al final, tras una batalla moral, decido que voy a decírselo. Es su padre y tiene todo el derecho del mundo a saberlo. No quiero ocultárselo.

—Buenos días, Abby. ¿Cómo estás? —me saluda al entrar.

—Buenos días, Mark. No muy bien, la verdad. Me gustaría contarte algo...

—Vaya, no parecen buenas noticias...

—La verdad es que ayer no fui sincera con Linda. Desde que Archibald se fue, solo he recibido un mensaje diciendo que habían llegado bien. Después no he tenido noticias tuyas. Tampoco fue por negocios, sino para ayudar a una niña que conoció en su anterior viaje, quería traerla con su familia.

—Abby, ¿qué estás diciendo? —me pregunta desconcertado.

Le cuento toda la historia y Mark no deja de gesticular, resoplar y abrir los ojos como platos.

—¡Este hijo mío cada día está más loco! ¿Cómo se le ocurrió esa

insensatez? ¿Y tú no se lo impediste, Abby?

—Mark, la verdad es que no, debería habérselo impedido, pero creo que, aunque se lo hubiera rogado no hubiera podido hacer nada, lo tenía decidido desde hace mucho tiempo. El padre de mi amiga Violet tiene contactos en la embajada y está intentando averiguar algo, pero todavía no sabemos nada.

—¡Bien! Yo también voy a ver qué podemos hacer. De momento a Linda no vamos a decirle nada. No quiero preocuparla. ¿De acuerdo?

—Como quieras.

—Y con relación a tu vista, mañana iremos tú y yo a resolverlo todo, por eso no te preocupes. Los abogados ya me han puesto al día. Solo hay que ir serenos, tenemos la razón y la ley de nuestra parte.

—Eso es algo más complicado... —admito con una sonrisa insegura.

—No te preocupes por nada, tu marido tiene las de perder, créeme. Mis abogados van a luchar por ti y no van a perder, son muy buenos. Nunca han perdido un caso y este no va a ser el primero, te lo aseguro —responde con decisión.

Ahora veo de dónde ha sacado Archibald su carácter tan arrojado y lleno de determinación.

—Gracias, Mark..., por todo —digo con sinceridad.

—No me las des, ahora descansa un poco. Le diré a Linda que estás un poco nerviosa con el asunto de la vista y que te tomas el día libre.

—Prefiero ir a trabajar, la verdad. Me distraeré.

—Abby, no tienes buen aspecto. Pareces cansada. Es mejor que descanses para que mañana tu futuro exmarido te vea con buena cara, para que no piense que ese cansancio es por él, no le des esa satisfacción. Esta tarde te recojo en casa y nos vamos al aeropuerto. Hazme caso. Prepárate una infusión, un baño relajante y descansa.

En realidad, creo que tiene razón. Estoy un poco superada, solo puedo aceptarlo todo y hacer lo que me dicen.

—Gracias de nuevo, Mark.

—No hay de qué.

Al final le hago caso. Porque me miro al espejo al salir de las oficinas y tengo un aspecto bastante deplorable aun cuando me he maquillado. Pero es que llevo varios días sin dormir, esta incertidumbre me está matando y necesito realmente tener alguna noticia sobre Archibald. Ahora que he encontrado al amor de mi vida, no puedo perderlo. No sería justo.

Capítulo 37

Archibald

Es increíble las cosas que se te pasan por la cabeza cuando estás encerrado entre cuatro paredes, sin apenas agua y comida. Y todo por el cretino de Brandon. Cuando llegamos a China, todo iba de maravilla. Nuestro contacto había concertado la cita con el proxeneta de Yuga, parecía decidido a vendérnosla. Pero entonces decidió subir la apuesta, nos pidió el doble de dinero, Brandon se puso gallito, le dijo que no, que habíamos pactado una cantidad de dinero y no podía pedirnos ahora el doble. La cosa se empezó a poner más seria, el proxeneta era un tipo peligroso y Brandon no se amilanaba. Intentamos hablar más detenidamente, hacerle entender que no teníamos más dinero, pero no atenia a razones. La cosa se fue calentando, Brandon se encendió, le golpeó y fue entonces cuando nos descubrieron. Si todo hubiera salido como lo habíamos planeado... Pensábamos ir a la embajada en cuanto Yuga estuviera con nosotros para así reclamar la nacionalidad estadounidense. Nuestro contacto se había hecho con los papeles de defunción de su madre y su padre, pues este último había sido asesinado hacía poco tiempo a manos del proxeneta. Al no tener ningún familiar vivo mas que su abuela y ser menor de edad, ella podía reclamar su custodia legal. Y eso era lo que había hecho. Ya nos habíamos encargado de todo. Solo teníamos que ir a la embajada y que le expidieran el pasaporte.

Pero Brandon la cagó. Como siempre. Llevaba los papeles encima porque no se fiaba de dejarlos en el hostel donde nos habíamos alojado y al iniciar la pelea, la bandolera se le desprendió y al final se la quitaron de encima pensando que podía llevar más dinero. Al vaciarla vieron toda la documentación. La quemaron, por supuesto, y nos metieron en un pequeño zulo donde llevamos varios días, porque yo ya he perdido la cuenta. Lo peor de todo es no poder hablar con Abby. Eso es lo que más me duele. Ella estará pensando qué habrá pasado con nosotros, seguramente a estas alturas piense que ya estemos muertos, o vete tú a saber...

No me aterra morir, pero me hubiera gustado ver su cara una última vez, besarla y decirle que la quiero. Al menos haberla llamado cuando llegamos aquí, algo..., me hubiera conformado con cualquier cosa y no con ese escueto mensaje que le mandé cuando llegamos. Pero estaba agotado y simplemente

le dije que estábamos bien. A veces no valoramos las cosas simplemente porque pensamos que habrá un mañana.

Me recuesto un poco. Brandon está tumbado, no ha dicho nada durante todo este tiempo. Sé que se siente culpable y no es para menos, él es quien comenzó todo esto con su bravuconería.

Durante todos estos días, no hay un solo minuto en el que no me haya arrepentido de haberle llamado para que me acompañara en este viaje. Ni siquiera hemos llegado a hacer las paces por lo ocurrido en mi casa y ahora, esto... Si tengo que morir debería hacerlo perdonándole, pero ahora mismo no puedo deshacerme de tanto rencor. Estoy tan enfadado con él que podría echar la puerta abajo si mi ira se materializara en fuerza.

Solo nos queda la esperanza de que Pitt, el detective, dé con la manera de sacarnos de aquí. Él no vino a la entrevista, solo su contacto, Brandon y yo. A estas alturas debe saber ya perfectamente que algo ha ido mal, pero han pasado varios días y todavía estamos aquí. También es cierto que no tiene que ser fácil dar con nosotros. Los teléfonos móviles fueron destruidos junto con nuestra documentación. Ahora mismo no podríamos salir del país aunque escapáramos de este antro. No sé qué vamos a hacer.

Al final, tras horas de darle vueltas al mismo dilema sin encontrar una solución, me quedo dormido.

...

Unos golpes y empujones me despiertan, sobresaltándome.

—Vamos, escoria, levanta... —me grita un hombre en perfecto inglés. Cuando mis ojos se adaptan a la luz que proyecta con la linterna, me incorporo y me levanto.

—¿A dónde nos llevan? —pregunto en un intento de sacar un poco de valor.

—Al matadero... —contesta soltando una sonora carcajada.

Brandon se alza, desganado, y me mira con pesar. Yo niego. No hemos hablado, pero ahora mismo siento que ya no hay mucho que decir, es el final de nuestra existencia. Es horrible terminar así.

Nos meten en un coche, a los tres. El contacto de Pitt nos mira con expresión de agonía. Sé que el pobre apenas hizo nada y encima se ve en este embrollo. La verdad es que ni siquiera le he preguntado si tenía familia. Ninguno ha hablado casi nada durante nuestro cautiverio. Nos hemos

limitado a dormir y a dejarnos llevar por nuestros fúnebres pensamientos. De ahí que ni siquiera sepa en qué día me encuentre.

—Lo siento... —susurra sin apenas voz Brandon.

—Tranquilo —respondo con el mismo tono—. Es el destino...

Cierro los ojos y me recuesto como puedo. Quiero pensar en Abby, en sus besos, en sus caricias, en nuestra última noche juntos, que ese sea mi último recuerdo si he de morir.

El trayecto no es muy largo. Nos bajan del vehículo a empujones, pero antes nos vendan los ojos y nos conducen a una zona que, a juzgar por el olor, parece ser un antiguo matadero y ahora parecen tener más sentido las palabras del hombre que nos ha recogido. Tendría gracia si no fuéramos a morir.

Nos colocan de rodillas y entre susurros me despido del que hasta hoy ha sido mi mejor amigo. A pesar de todo, lo sigue siendo.

—Brandon... te perdono por todo —le digo. No quiero irme con este rencor al otro barrio.

—Lo siento, Archi, siento todo lo que te hice y siento que por mi culpa vayamos a morir —dice tratando de aguantar los sollozos.

—Vosotros dos, ¡silencio! —nos chilla el que nos ha conducido hasta aquí.

Me gustaría darle un abrazo, pero ni siquiera sé dónde está. Sé que no está muy lejos de mí, pero tampoco calculo la distancia.

Rezo todo lo que sé. No soy demasiado creyente, pero en estos momentos, necesito pensar que alguien pueda apiadarse de nosotros.

—¿Últimas voluntades? —pregunta con una carcajada.

—¿Puedo llamar a mi novia? —inquiero de manera desesperada.

—¡No! Si quieres una cerveza o comer algo, sí. Pero nada de llamadas.

—Yo quiero una pinta, de malta a poder ser —comenta Brandon que parece que al final no ha perdido su humor.

—Confórmate con una cerveza normal, ¡gilipollas!

Yo no pido nada, no soy consciente de qué hora es, pero creo que es de día y lo que menos me apetece es una cerveza, quiero que esto acaba rápido y sea lo menos doloroso posible, la verdad.

Noto cómo Brandon se bebe la cerveza y suelta un eructo, muy típico de él, yo en cambio solo empiezo a desesperarme.

—Bueno, amigos, ha sido un verdadero placer hacer negocios con ustedes. Pueden irse directos al infierno —suelta.

Es entonces cuando cierro los ojos y pienso en todo lo bueno que ha pasado por mi vida y esa es Abby. Oigo un disparo, aunque no me duele nada. Entonces pienso en Brandon o en Ming, nuestro contacto. He oído un quejido. Después le sigue otro disparo. Pero tampoco soy yo.

—¡Brandon! —chillo.

—Estoy bien... —me contesta.

—¡Ming! —exclamo.

—Yo también.

—¡Al suelo, chicos! —exclamo.

No sé por qué he dicho eso, pero me tengo la impresión de que, si hay disparos y nosotros no estamos muertos, esto es una emboscada.

Me tiro al suelo y permanezco tumbado, lo más quieto que puedo, durante varios minutos, hasta que alguien tira de mí. Por un momento mi cuerpo se paraliza. Tengo miedo, me tenso, pero de inmediato una voz me tranquiliza.

—Somos del Ministerio de Seguridad Pública^[1], pertenecemos al cuerpo de cooperación internacional. Hemos venido alertados por su amigo Pitt Scott. Llevamos varios días intentando dar con su paradero. Me alegro de que haya sido antes de que hayan muerto.

—¡Y yo! —les digo cortante. Podrían haberse ahorrado ese último comentario.

Bueno, al menos estamos vivos y podemos dar gracias de que nos han salvado justo a tiempo.

—Acompáñenos, tenemos que tomarles declaración y después los llevaremos al consulado para prepararles los papeles y sus visados. Imagino que tendrán ganas de regresar a su país.

Asiento, la verdad es que sí. Me abrazo a Brandon.

El dispositivo policial alrededor del antiguo matadero es bastante impresionante. Los agentes nos quitan las ligaduras, comprueban nuestro estado y luego nos dejan unos minutos con los técnicos sanitarios que se encargan de nosotros. De nuevo con los agentes, somos trasladados y nos toman declaración. Tras varias horas allí relatando lo sucedido, compruebo que estamos a lunes por la mañana y que podría llegar mañana a Orlando, no sé si a la hora de la vista de Abby, pero sí para al menos estar a su lado y darle una sorpresa. Tendría que consultar los vuelos, pero quizás con un poco de suerte...

En el consulado está Pitt. Nos cuenta que tiene todo preparado para

nuestra partida, incluso los papeles de Yuga, y si no fuera un tío le daría un beso en los morros. Solo me falta consultar los vuelos hacia Orlando y eso hago, ayudado por un agente que busca la información que necesito en su ordenador. Estoy de suerte, tengo uno que llega una hora más tarde de su audiencia. Casi brinco de alegría. Lo único que me hace falta es un móvil, pero no tengo tiempo de comprarlo, pues en una hora sale mi avión y tengo que comprar algo de ropa en el aeropuerto. Así que el móvil no me importa. Solo quiero estar al lado de mi amada.

Me despido de todos y les prometo que en cuanto llegue a Orlando les llamaré. El viaje es tedioso y paso las horas pensando en Abby y en todo lo sucedido. También aprovecho para dormir y descansar después de nuestro cautiverio.

Ha sido una aventura, ahora la verdad es que puedo llamarlo así, aunque cuando hemos estado retenidos pensé que nunca saldríamos con vida, pero al menos tendré algo que contar a mis nietos, si algún día los tengo. Suponiendo que Abby me perdone, porque si algo tengo claro es que estará enfadada, además de preocupada.

Yo en su lugar lo estaría, no me cabe ninguna duda. Esto ha sido la mayor locura que he cometido en toda mi vida y aunque ha acabado con un final feliz, puedo declarar con toda sinceridad que es la primera y la última vez que se me ocurre hacer algo así. Ya he aprendido la lección con creces.

Recostado en el avión, cuando consigo conciliar el sueño, tengo alguna pesadilla, me despierto sobresaltado y tengo la impresión de que todavía estoy en ese horrible lugar. Aunque al despertar veo la cara de la azafata, que me sonrío con dulzura.

El viaje es tedioso y cuanto más deseo llegar, más largo se me hace. Quizás porque nunca había ansiado más llegar a un sitio como ahora.

Cuando por fin el avión toma tierra, es como si todo el peso del mundo, que parecía estar soportando en mis hombros, se hubiera evaporado. Mis pulmones se vacían y siento una opresión en el pecho.

Es hora de enfrentarse a otro desafío. Sé que quizás sea uno más importante todavía. La reacción de Abby al verme.

Le he dicho a Brandon que no la avisara. Ellos llegaban antes que yo a Nueva York, pero no quería que le dijeran nada. Quiero darle una sorpresa. Quizás me lleve una decepción, pero necesito verla. Mi aspecto no es lo que se dice el de un caballero. Estoy un poco desaliñado: barba descuidada y aunque he conseguido asearme un poco, no soy el hombre del que se despidió

hace más de diez días, pero espero y deseo que siga queriéndome igual que entonces.

Tomo un taxi y me dirijo al juzgado. La vista empezó hace una hora, espero que no haya concluido, por lo que sé, normalmente suelen tardar alrededor de ese tiempo. No obstante, como no llevo equipaje, no me he demorado en el aeropuerto.

Al entrar en el juzgado, pregunto al secretario y me indican que aún están en la sala. Doy gracias por ello. Espero paciente a la salida, pues la sala está cerrada y no permiten la entrada. Mi padre me indicó que vendría con ella y con nuestros abogados en caso de que yo faltara y espero que haya cumplido su promesa.

Durante casi media hora, sigo esperando. Comienzo a impacientarme. Me gustaría saber qué es lo que está pasando dentro, pero evidentemente si no entras al principio no se te permite la entrada una vez iniciado el proceso a no ser que seas un testigo.

De repente, las puertas se abren. Un hombre moreno sale como una exhalación, seguido de Mike y es entonces cuando me percató de su gran parecido. No cabe duda, es Robert, el marido o exmarido de Abby, si es que ya ha quedado zanjada la vista. Ahora lo sabré. Al cabo de unos minutos sale Abby, acompañada de mi padre y de nuestros abogados. Al principio no se percatan de mi presencia, pues salen hablando. No parecen contentos, y es entonces cuando la llamo.

—Abby... —digo nervioso.

En cuanto me ve, se gira rápidamente. Sus preciosos ojos azules, apagados, parpadean como el aleteo de una mariposa y se iluminan, brillantes. Se acerca a mí y se abalanza con tanta fuerza contra mi cuerpo que casi nos caemos.

—¡Archibald! Estás..., ¡estás vivo! —exclama emocionada.

—¡Sí! —le respondo sobreexcitado, sin apenas voz.

Me besa con tanta dulzura que mi corazón está a punto de salirse del pecho. Pensé que iba estar enfada, que iba a lanzar rayos de ira. Pero en lugar de eso, está casi llorando.

—Pensé..., creí... —No puede continuar. Las lágrimas que estaba intentado retener brotan de sus ojos y yo la estrecho contra mi cuerpo porque sé que está emocionada y nerviosa. Y que ha sufrido por mi culpa.

—Lo siento Abby. ¡Perdóname! He sido un estúpido. Un verdadero estúpido. Siento haberte hecho sufrir.

—¡Un inconsciente! —nos interrumpe mi padre—. ¿En qué estabas pensando? ¿Sabes lo que esta muchacha ha sufrido? No claro, ¿y por qué no has llamado?

—Padre... Os lo contaré todo. Pero ahora decidme qué ha pasado...

—La cosa no ha salido mal del todo, pero el muy sinvergüenza tiene todos los bienes a nombre de la otra mujer. Lo ha cambiado en ausencia de Abigail. Lo bueno es que ha intentado falsificar algunas firmas y le hemos pillado.

—¡Será hijo de...!

—¡Archibald! —me recrimina mi padre.

—Vale... ¿Cómo se puede ser tan ruin de tener dos mujeres y encima no querer dejarte nada?

—Yo no quiero nada... Lo que más me pesa es que mi hijo sigue a su favor...

—Abby, no digas que no quieres nada.

—Pero es cierto, yo solo quiero el divorcio. Nada más —insiste ella.

—Y el juez, ¿qué ha dicho?

—Está visto para sentencia, en unos días está decretado todo: el divorcio y los bienes que le corresponden a Abby. Incluso es posible que le impongan una multa por lo que ha hecho.

—Se lo merece, por sinvergüenza —expone mi padre.

—¿Nos vamos? —le pregunto.

—Me gustaría ver a mi padre, si no os parece mal. El vuelo sale por la tarde.

—Claro, aprovecharé para comprar un móvil y ponerme un poco al día con mi padre. Tú visita al tuyo, cariño.

—¿No quieres conocerle? —me pregunta.

—Sí, estará bien. Pero pasa un poco de tiempo con él, te acercamos y hago las gestiones, si te parece.

—Por supuesto.

Dejamos a Abby en casa de su padre. Nuestros abogados se marchan y mi padre y yo, tras acudir a la tienda de móviles, charlamos. Le cuento todo lo acontecido.

—Hijo, eres un insensato —me dice casi resignado. Aunque hay algo en su mirada que me hace pensar que, además de enfadado, también está orgulloso de mí—. Creo que lo mejor es que a Abby no le cuentes lo que ha pasado. Por su bien y el tuyo...

—Voy a ser sincero con ella, si quiero que nuestra relación funcione, es lo mejor.

—Serás cabezota... —refunfuña—. Muy bien, como quieras. Pero a tu madre ni una palabra de esto.

—De acuerdo. Pero Abby es mi novia y le voy a ser sincero.

—Ve con cuidado. Es una mujer muy sensible.

—Lo sé, pero también es comprensiva y sé que va a perdonarme.

—Si después de todo esto aún te perdona, será una santa. Aunque algo me dice que lo hará. —Suspira y mira su reloj—. Yo tengo que irme. Deberías pasar el día con ella y tomar mañana un vuelo. Os lo merecéis.

—Gracias padre, se lo diré, pero quizás no quiera pasar el día aquí, puede que le traiga malos recuerdos.

—Como queráis, tenéis mi consentimiento y el de tu madre.

—Te informaremos con nuestra decisión. Feliz día.

Tomo un taxi en dirección a casa de su padre. Esa es otra tarea que tengo que hacer. Verdaderamente me da un poco de miedo conocerlo. Pero sé que a Abby le hace ilusión y lo haré por ella.

Capítulo 38

Abigail

La vista ha ido mejor de lo que creía y para colmo, ver a Archibald ha sido como un sueño hecho realidad. No pensaba que después de todos estos días iba a regresar; tenía cierta esperanza, para qué voy a negarlo, pero cada día que pasaba, se iba disipando. Sé que tiene que contarme lo que ha pasado. Tiene un aspecto bastante desaliñado y no parece que haya estado pasándose en grande, pero al menos está vivo y eso es lo único importante.

Ahora estoy con mi padre, lo veo cada día peor y me apena estar tan lejos, la verdad. Es lo único que más echo de menos de Orlando, no poder visitarlo cada día.

—Abby, cariño, ¿en qué piensas? —me pregunta mi padre—. Te estoy diciendo que cómo ha ido la vista y no me has contestado.

—Perdona, papá. Ha ido bien. Creo que voy a ganar. Pero eso no me importa. Ahora me importas tú. ¿Cómo estas?

—Estoy bien, ya lo sabes... Solo un poco cansado... —dice con una sonrisa tranquila.

—Podrías venir a Nueva York conmigo, me ocuparía de ti.

—Nueva York es para los neoyorquinos. A mí me gusta mi casa, hija. Yo no pinto nada en una gran ciudad —dice poniendo cara de desagrado.

—Papá..., estarías a mi lado. No quiero que estés solo.

—No estoy solo. Mike viene a visitarme todos los días. Sé que estás enfadado con él por lo de conocer a su hermanastra. Yo no le saco el tema, pero se preocupa por mí. Sigue siendo un buen nieto...

Entiendo que mi padre quiere mediar entre nosotros. En otras circunstancias habría evitado el tema, pero ahora estoy dispuesta a pensármelo.

—Gracias, papá... No entiendo esa fijación de conocer a su hermanastra. No he vuelto a hablar con él. Me gustaría saber por qué...

—Llámale, habla con él. Hablando se entiende la gente.

—Lo sé, pero hizo que detuvieran a Archibald y ahora esto... No sé...

—Como quieras, pero es tu hijo. En algún momento deberéis hablar.

Asiento con la cabeza, reconociendo que tiene razón.

—En algún momento, tú lo has dicho. Ahora vamos a tomar un café, más

tarde vendrá Archibald.

—¡Hmm! Ya quiero conocer a ese hombre. Que sepas que si no es bueno para ti, te lo diré. No voy a cometer otro error como con Robert.

—Claro, papá, aunque estoy segura de que Archibald va a gustarte — digo risueña.

Algo tan sencillo como hablar de él ya me hace feliz.

—Más vale que sí. No voy a permitir que otro hombre te haga desgraciada, ya has sufrido bastante.

Charlamos durante un rato del trabajo, de Nueva York y de cómo es mi vida allí, hasta que el timbre suena. No puedo evitar tensarme. Es importante para mí que Archibald le cause buena impresión a mi padre.

En cuanto abro la puerta, Archibald se queda un momento bajo el dintel.

—Abby, cariño. Antes de entrar quiero pedirte perdón. Fui un estúpido por irme así. Lo siento, de verdad. No pensé en el daño que podía hacerte, sé que durante todos estos días has sufrido sin tener noticias mías y no puedo perdonarme por ello. He sido un egoísta, solo pensaba en ayudar a esa niña sin tener en cuenta las consecuencias; espero que me perdones. Te juro que durante el resto de mi vida voy a intentar enmendar el error que he cometido, he aprendido de él y desde luego nunca más voy a volver a hacer una locura así, te lo prometo. Eres la persona que más quiero en este mundo, durante todos estos días solo he pensado en lo mal que lo he hecho todo y en que si te perdía, si yo moría, lo único que me apenaba era no haberme despedido de ti como merecías. Ahora estoy aquí, quiero enmendar mi error, pero necesito que me perdones. ¿Podrás hacerlo?

Le miro con ternura. Jamás en mi vida Robert me había pedido perdón por nada. Es cierto que Archibald se equivocó al tomar una decisión tan alocada, aunque lo hacía de buena fe. Y también es verdad que yo he sufrido durante este tiempo al no tener noticias, pero sus palabras, y sobre todo la forma de arrepentirse y de rogarme compensan con creces los días tan difíciles y me dejan claro que está siendo sincero.

—Por supuesto. Yo también te quiero, Archi.

Nos besamos y después de unos segundos en los que nuestras lenguas permanecen enredadas decididos despegarnos. Le sonrío y cojo su mano.

—Mi padre nos espera en el salón —susurro.

Él asiente, entrelaza sus dedos con los míos y yo le conduzco hasta allí. Noto su nerviosismo. Nunca antes le había visto así. Creo que para él también es importante caerle bien.

—Papá, este es Archibald. Archi, este es mi padre, Patrick.

—Señor, un placer conocerle —le dice alargando su mano.

—El placer es mío, sin duda. Que un hombre le hable así a mi hija, merece todo mi respeto.

Archibald sonríe y yo suelto el aire contenido. No pensé que mi padre nos hubiera escuchado, pero casi lo agradezco. Al menos ha servido para que valore a Archibald como es, un buen hombre, el que me ha robado el corazón.

—Señor, solo he dicho lo que siento y le he pedido disculpas. Me marché a China con la intención de ser un héroe y he resultado ser más bien un cobarde.

—Eso no es cierto, Archibald —replico yo.

—Claro que sí. Han tenido que rescatarnos.

—Pero no significa que hayas sido un cobarde. Simplemente que las cosas no salieron bien. Os precipitasteis y quizás os enfrentasteis a personas que estaban por encima de vuestras posibilidades, eso no lo voy a negar —expongo—. Pero a veces nos pensamos que podemos con todo. Aún recuerdo cuando yo misma hace unos días me hice la valiente y me enfrenté a Shianna.

—Me hubiera gustado ver su cara... —me dice tiernamente.

—Lo importante, Archibald, es que todo ha salido bien. Porque es así, ¿no?

—Pues sí. Yuga está con su abuela. Bueno... Brandon se iba a ocupar de llevarla con ella. Espero por su bien que no se meta en ningún lío, si no, juro que lo mato con mis propias manos...

Suelto una carcajada, Archibald se contagia y mi padre, que no entiende muy bien la broma, también se ríe.

Después charlamos un poco de nuestros planes de futuro. Pedimos comida a domicilio y pasamos la tarde con mi padre.

Como yo había vaticinado, Archibald y mi padre parecen congeniar de maravilla y yo respiro tranquila, es algo que agradezco. Quiero que mi relación funcione y necesito que ahora mismo dos de los tres hombres más importantes de mi vida se lleven bien. El otro es Mike, y ese asunto... en eso no quiero pensar ahora.

Archibald me indica que su padre le ha dicho que nos quedemos hoy en Orlando. Hacemos las gestiones para el cambio de vuelo y nos quedamos en un hotel pues, aunque en la casa de mi padre hay sitio, preferimos estar solos.

—Por fin... —me dice cuando atravesamos el umbral de la puerta de la

habitación—. Me apetecía tenerte para mí solo. No sabes las veces que he soñado con volver a tenerte una vez más conmigo... —susurra—. Era lo único que deseaba... A veces pensé que nunca se cumpliría, pero ahora sé que puedo tocarte de nuevo las veces que quiera, que mi sueño vuelve a hacerse realidad...

Se acerca a mí despacio, me acaricia con ternura la mejilla y desciende por el cuello, provocando una corriente eléctrica por todo mi cuerpo que lo enciende en décimas de segundo. Esa caricia es el inicio de un juego de seducción que tarda poco en acabar con nuestra ropa esparcida por el suelo de la habitación, nuestros cuerpos unidos en uno solo, haciendo el amor hasta altas horas de la madrugada.

Cuando caemos rendidos en la cama, totalmente exhaustos por los momentos compartidos, me mira, nervioso y dubitativo. Durante un momento se mantiene expectante hasta que después de unos segundos comienza a hablar:

—Abby..., sé que es muy pronto, que aún no te has divorciado de tu marido, pero cuando regresemos me gustaría que vivieras conmigo y comenzáramos una relación más seria.

—Archibald... Tienes razón, aún es pronto.

—En este tiempo en que casi te pierdo me he dado cuenta de que en la vida no se pueden desperdiciar las oportunidades. Hay que aprovechar al máximo y no tener miedo.

—Hagamos una cosa... —le digo—. De momento, no voy a mudarme a tu casa—. Me mira ceñudo—, pero iré a dormir casi todas las noches. ¿Qué te parece?

—No me parece mala opción por el momento —dice estrechándome entre sus brazos y besándome.

—Pero quiero una o dos noches a la semana para estar con Violet.

—Me parece bien. Por el momento. Después te querré siempre y te dejaré una o dos noches al mes...

—Eso lo veremos... —le digo juguetona acariciando su miembro.

—¡Hum! Señorita, está usted jugando con fuego. Le recuerdo que aún tenemos algo pendiente...

—Creo recordar que hizo trampas, caballero...

—¿Yo? Mi memoria me falla..., será que haber estado encerrado me ha nublado el juicio.

—Eres un sinvergüenza —espeto dándole un manotazo en el hombro.

Suelta una sonora carcajada y me coge como si fuera una pluma, poniéndome encima de él.

—Cariño... voy a ser todo un sinvergüenza contigo, si me lo permites — comenta mordisqueando mi cuello, encendiéndome de nuevo.

—¿No crees que por hoy ya hemos tenido suficiente?

—Nunca voy a saciarme de ti, pero si estás cansada puedo darte una tregua hasta mañana por la mañana.

—Será lo mejor...

Me da un beso en los labios y me deja de nuevo en la cama. Estoy tentada a tomarme la revancha, pero es cierto que estoy totalmente agotada.

—Amor mío, te quiero. Que descanses.

—Yo también te quiero, guapísimo. Que descanses.

Reposo mi cabeza en su pecho y cierro lentamente los ojos. Estoy en paz y felizmente serena, tanto que no tardo ni un minuto en quedarme totalmente dormida.

Al despertarme por un tierno beso en la mejilla, sonrío. Sé dónde estoy y que tengo desperezarme, pero no me apetece absolutamente nada hacerlo.

Imagino que, como no me he movido ni un ápice, Archibald, vuelve a repetir su acción, pero no hago nada. Al instante comienza a hacerme cosquillas y es en ese momento en el que me retuerzo como una niña pequeña, riendo y sufriendo a la vez.

—Por favor, ¡para! —le suplico, pero él no deja de hacerlas.

—Cariño, deberías haberte levantado mucho antes, pero eres un poco camastrona, ahora pagarás las consecuencias.

—Archi..., ¡no!

Esto es mayor tortura que si me estuvieran dando latigazos, no puedo con las cosquillas, me superan. Grito, pataleo, me retuerzo y al final después de esa batalla campal, concluye con un tierno beso.

—Vamos a levantarnos o llegaremos tarde al aeropuerto.

Le miro ceñuda.

—¿Y el sexo mañanero?

—¿Sexo mañanero? —inquire soltando una carcajada.

—¡Ajá!

—Va a ser complicado. Son las diez de la mañana, cariño. Nos hemos

dormido. Nuestro avión sale a la una, tenemos que ducharnos, desayunar y si no nos damos prisa no estaremos en el aeropuerto con dos horas de antelación... Imagino que querrás despedirte de tu padre y recoger tus pertenencias. Así es que el sexo mañanero tendrá que ser, como muy pronto, mañana...

—Lo siento...

—No lo sientas, habrá sexo mañanero de continuo, ya lo verás... Ahora date prisa si no quieres que me arrepienta y te secuestre en la ducha...

Sonrío, sé que puede hacerlo, pero es cierto que Archibald es un hombre muy metódico al que le gusta hacer las cosas con calma y llegar a los sitios con anticipación, de ahí que no quiera tener sexo ahora. Porque o sería algo rápido o porque seguramente después andaríamos con prisa a todos los sitios.

Tras la ducha, el desayuno y vestirnos, tomamos un taxi para despedirnos de mi padre. Archibald le promete que volveremos con más asiduidad. Espero que sea cierto, no quiero perderme más tiempo de estar con él, su salud se está deteriorando a pasos agigantados y yo quiero estar a su lado.

El momento de la despedida es emotivo para los dos, se me hace extraño, mucho más que cuando me fui a Nueva York. Y cuando llego al aeropuerto estoy un poco decaída.

—Abby, cariño, ¿estás bien?

—Sí, es solo que me da pena irme... Siento que dejo a mi padre solo, desamparado. No sé como explicarlo.

—Debería venirse con nosotros.

—Se lo dije, pero no quiere, Archi. Lo entiendo, es su hogar...

—Como le he prometido, volveremos a menudo, es cuestión de organizarlo. Así podrás intentar limar asperezas con tu hijo.

Le miro, sorprendida de que haya sacado el tema de Mike.

—No lo creo, ya has visto su comportamiento. Cada día que pasa más me alejo de él. Creo que nunca volverá a hablarme.

—Inténtalo tú, Abby. Es tu hijo.

—Pero él ha sido quién ha elegido a su padre —espeto indignada.

—Uno de los dos tendrá que dar el paso.

—De momento no voy a ser yo —le digo un poco molesta.

—Como quieras, voy a respetar tu decisión igual que tú respetaste la mía con respecto a Brandon..., aunque te costó un poco —expone con retintín—. Pero pienso que te estás equivocando. Espero de corazón que no sea una

decisión sin retorno, por tu bien y el de Mike. Puede que ya sea mayor de edad, pero sigue siendo un niño y tú eres su madre. Eres quien debe dar el paso, tú no tienes excusas para ponerte orgullosa y además así le enseñarás que no tiene nada de malo dejar el orgullo a un lado y dar el brazo a torcer cuando se trata de salvar una relación que realmente merece la pena. Vosotros os queréis. No tiene sentido que estéis así. Muchas familias se han destruido porque ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder... El ser humano es cabezota y tozudo por naturaleza. No nos damos cuenta realmente de lo que perdemos hasta que lo hacemos o es demasiado tarde. Así es que piénsalo, cariño. ¿De acuerdo?

Sus palabras me llegan muy hondo y asiento, algo aturdida ante la posibilidad de perder a Mike para siempre.

—Lo haré, Archi, te lo prometo.

—Con eso me basta, ahora tomemos un café hasta la hora del vuelo.

Capítulo 39

Archibald

El regreso a casa ha sido algo deseado, pero a la vez, complicado; la vuelta a la normalidad, a la oficina, el trabajo atrasado, la gente queriendo saber cómo estas... Han sido unas semanas de no parar, colgado a todas horas al teléfono, pero lo realmente difícil ha sido evitar a Brandon. No hacía más que llamarme y mandarme mensajes, quiere verme. Ha llamado a Abby y ha dicho que necesita hablar conmigo y al final he aceptado a que sea hoy. En mi casa. Las chicas han quedado para cenar, tal y como Abby y yo pactamos, así es que en verdad no tengo nada mejor que hacer.

Salgo de la ducha y el timbre suena. Nunca ha sido tan puntual y me extraña, así que me pongo algo rápido y bajo a abrir.

—Buenas noches, Archi. ¿Puedo pasar? —me pregunta de manera formal y algo apocada.

—Claro. Dame un segundo que termino de vestirme. Ponte cómodo.

—Traigo unas cervezas y la cena. Espero que no te moleste...

—Por supuesto que no. Gracias. Ya sabes donde está la cocina.

El día que nos liberaron todo fue muy precipitado y pese a que hubo abrazos por sentirnos de nuevo libres y charlamos un poco sobre lo sucedido, no hemos vuelto a entablar una conversación desde entonces. Todo quedó en el aire y nuestra relación sigue igual de tirante, al menos por mi parte.

Subo a la habitación, la que comparto más o menos con Abby. Ha traído algunas cosas y le he dejado una parte del armario aunque de momento no se ha establecido definitivamente aquí, espero que en unos meses lo haga de manera más permanente. Sé que quiere ir despacio y en parte la entiendo. Ha estado toda la vida atada a un hombre, desde que era una adolescente. Necesita su libertad, aunque yo la necesito a ella, pero voy a darle todo el tiempo que haga falta, aunque me cueste la misma vida separarme de ella y no dormir a su lado como hoy. Me visto un poco más tranquilo, con ropa informal y bajo al salón. Brandon tiene la mirada perdida, ni siquiera sé en qué estará pensando. Ahora que le observo me doy cuenta de que ha perdido algo de peso y tiene un aspecto más envejecido, pero no me extraña, eso lo hace la mala vida y de eso bien sabe un rato.

—Bueno, ¿de qué quieres hablarme con tanta insistencia?

—Archi..., quiero que me perdones. Esto es un sinvivir. Sé que he sido un necio, que cometí un grave error, que no debí traer a Shianna a tu casa y mucho menos acostarme en tu cama con ella, pero...

Le corto porque de verdad no quiero escuchar de nuevo esta historia. Me satura.

—Mira, Brandon, no sigas por ahí, el error lo cometiste mucho antes, ¿sabes? Creo que no deberías siquiera haberte acostado con ella, y no porque yo sintiera nada. Que no lo siento ni sentía en el momento en que te la tiraste la primera vez. Es porque creo que hay que respetar unos límites en la vida.

—Te pregunté si te molestaba, tío —me dice, volviéndose hacia mí.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Que sí? Molestarme no me molestaba, es tu vida y la suya, pero es algo ético y moral, Brandon. Hay límites que no se deben traspasar. Por mucho que ella ya no fuera mi esposa, nunca debiste cruzar esa frontera. Es una cuestión de lealtad, de principios. Si te hubieras puesto en mi lugar solo un momento, quizá habrías comprendido que verte continuamente con ella me hacía sentir mal, no por ella, sino por ti. Y además, no te haces una idea de lo mucho que se deterioró la imagen que tenía de ti al ver cómo bailabas a su son. Pensaba que eras un hombre fuerte de carácter, inteligente, capaz de pensar por ti mismo... pero... —Exhalo un suspiro. Por más que lo intento, todo lo que digo me parece poco. No encuentro las palabras para hacerle ver cómo de traicionado me sentí por su culpa—. Mira a dónde nos ha llevado todo esto. Es cierto que ella te llevó a su terreno, pero tú debiste pensar más con la cabeza y menos con la polla. Pero, evidentemente, nunca lo haces...

—¡Joder, Archi! ¿Qué quieres que te diga? ¿Que de nuevo tienes razón? Pues sí, la tienes. Pero por un momento quise ser tú. Siempre te he envidiado, siempre has tenido todo lo que yo nunca he tenido. Una familia, un buen trabajo y una bonita mujer. Al menos había conseguido a la mujer. Fantaseé con esa idea, había conseguido a la chica, tu chica... Quise recrearme en ello, vivir ese momento, saber lo que sentías tú... ¿Estuvo mal? Claro que estuvo mal, pero no me juzgues por envidiarte un poco. Yo nunca he tenido una familia perfecta como la tuya. Mi trabajo es una verdadera mierda y las mujeres... Sabes perfectamente que siempre te eligen a ti primero y después, si tú no te fijas en ellas, solo entonces me eligen a mí.

Se hace el silencio. La verdad es que estoy sorprendido. Nunca pensé que Brandon me envidiara, es mi amigo, su familia no es ejemplar, sus padres están separados y es cierto que no tienen una posición social tan buena como

los míos pero no por ello yo le he rechazado. ¿Su trabajo?, siempre presume de que es un buen trabajo, no sé a qué ha venido eso de que es una mierda... y lo de la mujer, nunca pensé que sintiera celos cuando estuve con Shianna. Estoy totalmente perplejo. Parece que Brandon ha estado autoengañándose para convencerse de que era feliz, y de rebote, nos ha engañado a todos los demás. Solo que con nosotros le ha salido bien, pero no consigo mismo.

—¿Por qué no me dijiste que tenías celos de mí?

—Claro..., ¿que tendría que haberte dicho? Archibald, colega, estoy celoso de lo que tienes, de lo que eres, pero bueno, te sigo queriendo igual, vámonos a ver el partido. ¿Crees que así volverías a llamarme o a quedar conmigo?

Visto así, tiene razón. Aunque nunca pensé que lo estuviera. A veces no nos damos cuenta de lo que tenemos y de lo que otros sienten, no nos lo preguntamos, claro. Simplemente ocurre y ya está.

—Lo siento..., siento que te sintieras así o que yo haya hecho algo para que te sintieras así —expongo con total sinceridad.

—No has hecho nada, simplemente tener una vida perfecta.

—Mi vida no es perfecta, ni mucho menos. ¿Quieres que te recuerde que mi exmujer me engañó?

—Ahora has encontrado a Abby.

—Vale, ahora tengo a Abby, en eso estoy de acuerdo. Pero he estado solo durante mucho tiempo y durante todo ese tiempo, a pesar de tus tonterías y aunque haya refunfuñado a veces, tú eres quien ha estado a mi lado. Y te lo agradezco de corazón —admito. Me doy cuenta de que tal vez debería haber dicho esto mucho antes. Ambos deberíamos haber dicho muchas cosas, mucho antes—. ¿Sabes? Si no fuera por tu mala cabeza, tú también tendrías a una mujer estupenda —añado repentinamente.

—¿Quién? —inquire ceñudo.

—Violet.

—Lo sé. Pero es tarde, no me coge el teléfono, no me contesta a los mensajes...

—A lo mejor no es tarde, pero vas a tener que currártelo mucho, tío. Es una mujer de armas tomar y la decepcionaste demasiado.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho Abby? —pregunta, ansioso.

—No, me lo dijo ella. Quedamos una tarde. No nos conocíamos apenas, pero a veces hablar con alguien que no te conoce es la mejor terapia, te escucha y no te juzga. Ella hizo lo mismo, nos sinceramos, nos vino bien para

hablar en mi caso de Abby y en el suyo de ti. A ella le gustas, pero el día del partido, cuando te vio con Shianna, todo su mundo se desmoronó. Me temo que ha sufrido por alguien como tú y no está dispuesta a volver a caer en las redes de un canalla otra vez, así que si quieres conquistarla vas a tener que currártelo y mucho. Violet es una mujer muy dura. Tiene mundo y te va a costar lidiar con ella.

—Lo sé, solo me ha preguntado una vez cómo estoy desde que he vuelto y cuando le dije que bien, no ha vuelto a contestar a mis mensajes —dice desolado.

La verdad es que Brandon me está sorprendiendo. Ha dejado totalmente de lado su fachada de tío duro y carismático y está mostrándose tal y como es, con sus fragilidades y sensibilidad... y eso me gusta. Este sí es el amigo que cualquiera querría tener.

—¿Sabes una cosa? Juega con la ventaja de que Abby le pone al día. Deja de hablar con mi novia y Violet se interesará más por ti, créeme.

—¿Estás seguro? ¿O solo lo dices porque estás celoso? —inquire a la defensiva.

—No estoy celoso, ni mucho menos —le digo abriendo otra cerveza, sin poder evitar una risa— confío plenamente en Abby. Tú no le gustas, no eres su tipo. Pero eres muy insistente, no sé por qué insistes en mandarle mensajes a todas horas y en quedar a comer con ella tantos días.

—Somos amigos, y ya que tú no quieres retomar mi amistad y que Violet tampoco me hace caso, con alguien tendré que quedar.

—¡Joder! Pues búscate a otros amigos. No sé tío, pero deja a mi novia un poco en paz, a veces pareces su sombra.

—Estás celoso... —afirma soltando una carcajada.

—¡Vete a la mierda! —le increpo, enfadado.

—¿Cenamos? —me pregunta como si nada.

—La verdad es que sí, a ver si así terminamos de una vez y te largas. Esta conversación y tu presencia me están resultando de lo más cargantes.

—Qué desagradable eres a veces —expone exasperado.

—Lo soy cuando mi acompañante también lo es.

—Lo mejor es que me vaya ahora, si tan insoportable es mi compañía. ¡Que te aproveche la cena! ¡O no!

Brandon sale de mi apartamento dando un portazo. La verdad es que he sido bastante cortante al final. La cosa parecía haberse calmado cuando se ha sincerado conmigo, pero después al ponerse en plan chulesco y decirme que

estaba celoso, me he vuelto a poner a la defensiva, él también, y de nuevo hemos vuelto a ponernos nuestros escudos, al menos yo y todo se ha vuelto a torcer.

—¡Joder! ¡Menuda cagada! —exclamo en voz alta.

No podemos ser más cerriles, al menos yo. A veces soy bastante obtuso. Claro que estoy celoso, me revienta que a veces Abby le llame a él para cualquier problema antes que a mí, me crea muchas inseguridades.

Salgo corriendo, voy a intentar arreglar esto, pero ya no está. Le llamo al móvil, pero lo tiene apagado. Seguro que mañana me llevo una reprimenda por parte de Abby, y me la merezco. Lo sé, le dije que lo arreglaría y la he vuelto a cagar y lo peor de todo es que Brandon la llamará y se lo contará. Ceno algo y me voy a la cama, ahora no puedo hacer nada más que descansar y pensar un plan, para que al menos Violet le perdone y así arreglar un poco este desafortunado día.

El día siguiente es agotador y por la tarde voy a buscar a Abby a casa. Allí está el objeto de mis tormentos: Violet. Llevo dando vueltas a un plan para juntarla con Brandon y creo que puede funcionar.

—Buenas tardes, chicas. Me preguntaba si os animarías y me ayudarías con una pequeña fiesta en mi casa. Nada serio, unos amigos, unas cervezas, algo de comida, charlas, risas... ¿Qué os parece? Podríais organizarla vosotras.

—¿Estás seguro? —me pregunta Abby un poco extrañada.

No soy para nada de estas cosas, pero puedo intentar romper el hielo con Violet y Brandon. Es lo único que se me ha ocurrido.

—¡¡Sí!! Me parece una buena idea. Es más, me apetece mucho —dice Violet.

—Pues no se hable más —contesto sabiendo que voy a arrepentirme—. Este sábado lo hacemos. Podéis invitar a un par de mujeres, a lo sumo tres. Yo me encargo de los chicos. Pero, chicas, no os desfaséis, no quiero ningún destrozo en la casa o lo limpiáis y pagáis vosotras.

—Tranqui, Archi. Va a ser algo relajado, prometido.

Miedo me da Violet, pero bueno, voy a confiar en ella y voy a dejarlo en sus manos. Todo porque ella se reencuentre con Brandon, tengan un *affaire* y yo pueda recuperar a mi novia.

«Todo por recuperar a Abby», me repito mentalmente una y otra vez.

Nos despedimos de Violet y cuando Abby se monta conmigo el coche, me mira extrañada, sé que quiere decirme algo, pero estoy segura de que no

se atreve.

—Antes de que digas nada, la cena de ayer fue un verdadero desastre, no me porté todo lo bien que debía, lo admito, y cuando intenté poner remedio Brandon ya se había ido, por eso es esta fiesta, para intentar compensar mi error. Que él se acerque a Violet y también que te deje un poco en paz.

Abby abre los ojos como platos y yergue la espalda, indignadísima.

—¡Archibald! ¡No quieras hacer las cosas a tu manera! ¿Por qué intentas ir de celestino? Así todo va a acabar peor. Violet no quiere esto. Va a su ritmo, creo que te estás equivocando. Y a mi no me molesta quedar con Brandon, él es mi amigo. ¿Por qué a ti sí?

—Porque me roba tu tiempo —digo firmemente.

—No te roba nada, es tiempo que tú no me dedicas. Cuando tú no puedes salir a comer conmigo, él lo hace. Nunca te he sustituido por él. ¿Estás celoso?

—¿Tú también? No estoy celoso —respondo malhumorado.

—Cualquiera lo diría, con ese tono hostil —responde con retintín.

—¡Joder, Abby! No empecemos. Yo solo quiero que no pases tanto tiempo con él, a veces parece él más tu novio que yo.

—Definitivamente estás celoso. ¡No seas infantil, cariño! No tienes por qué estarlo. A mí Brandon no me gusta. El hombre que me tiene robado el corazón eres tú.

Suelto el aire contenido. Eso es muy bonito y viniendo de Abby, que es bastante parca en lo que se refiere a expresar sus sentimientos, hay que agradecerlo mucho más aún. Pero todavía siento que Brandon me roba algo de ella cuando está a su lado, no puedo evitarlo. Me está quitando un pedacito de mi novia y empieza a conocerla mucho mejor que yo, y más desde que ayer me confesó que era él quien se sentía celoso por lo que yo tenía. Esta noche no he parado de darle vueltas y he soñado que solo quería quitármela.

—Gracias, tú también tienes mi corazón, desde el primer día que te vi. Pero quiero que deje de acapararte, eres mía y a veces pienso que pasas más tiempo con él que conmigo.

—No es cierto, pero él ahora está solo. Se ha mudado definitivamente a Nueva York y necesita un amigo. Si no quieres que esté conmigo es muy fácil, Archi. Vuelve a hacerle caso... Se siente solo, nada más...

Suelto el aire contenido en un suspiro. Quizás tenga razón, aunque no sabía que se había mudado, evidentemente no sé nada de él, porque ayer apenas hablamos y llevo evitándole desde que volvimos.

—De acuerdo, voy a intentarlo.

—¡Esa es la actitud!

Nos vamos a casa, nuestros cuerpos se desean, se buscan y de nuevo nos perdemos en la inmensidad de la noche haciendo el amor como solo nosotros sabemos hacerlo.

Abby y Violet han dejado mi casa preparada para la fiesta, han traído algunas bebidas, comida y han elegido la música. Están preparándose en la habitación de invitados. Es una fiesta de amigos y no estoy acostumbrado a estas cosas, de modo que no sé ni qué ponerme. Ellas han insistido que me vista para la ocasión, así que he decidido ponerme algo informal a la vez que elegante, como si fuera a salir.

Cuando veo a Abby, mis ojos se iluminan: lleva un vestido nada ostentoso, más bien de corte sencillo, aunque evidentemente en ella luce sorprendentemente elegante. Es de color negro, ajustado a su cuerpo hasta las rodillas y después con un pequeño vuelo hasta los tobillos. Lo acompañan unos zapatos de tacón de aguja que estilizan aún más su figura y el pelo casi recogido, dejando unos mechones libres. Su maquillaje es suave, aunque se ha pintado los labios de un rojo que ahora mismo desearía besar y morder. Está realmente preciosa.

—Hola, estás muy guapo —me dice.

—Tú estás arrebatadora... —le digo agarrándola de la cintura y besándola en la mejilla. No quiero que se le quite el carmín.

Al instante aparece Violet y debo admitir que también está guapísima. Su vestido es rojo y hace destacar aún más el color de sus ojos, que son casi grises. Nunca hasta ahora me había fijado en ellos.

—Violet, tú también estás preciosa —le digo. Espero que a Abby no le importe el cumplido que le he hecho a su amiga.

—Gracias, Archibald. Tú también estás muy elegante. Creo que esta fiesta estará genial. Ahora solo faltan los invitados.

Como si los hubiera invocado, el timbre suena y me despego de Abby para abrir la puerta.

El primero en llegar es Brandon que al ver a las dos mujeres abre los ojos, perplejo.

—¡Guau! ¡Chicas! ¡Estáis impresionantes! Abby..., Violet... —concluye

besándolas en las mejillas, a esta última tímidamente.

Duda por un momento si entablar conversación con ambas, pero al final se acerca a mí.

—Gracias por invitarme.

—Es una reunión de amigos... —digo algo cohibido.

—Vaya, pensé que yo ya no entraba en esa categoría —replica con sarcasmo.

—Brandon, por favor... Tengamos la fiesta en paz. Hemos venido a divertirnos y vamos a dejar a un lado el pasado.

—Creo que eres tú quien no pasa página, yo soy el que hace tiempo que lo ha olvidado y ha intentado muchas veces arreglarlo.

—Lo sé, por eso te pido que me perdones y quiero que a partir de hoy comencemos de nuevo. ¿Te parece bien?

—Por mí, perfecto —dice con una sonrisa genuina.

—Pues entonces todo olvidado —digo alargando mi mano para estrecharla con la suya. Duda por un momento, pero al final lo hace.

—Me ha dicho Abby que te has mudado a Nueva York.

—Sí, he dejado mi antiguo empleo. Ahora trabajo para un periódico deportivo.

—¿En serio? —inquiero sorprendido.

—No es que sea algo importante, pero estaba cansado de viajar y de esa profesión tan agotadora. Sin horarios, sin un hogar al que volver... Ahora cobro bastante menos, pero al menos tengo una vivienda estable y un horario fijo.

Sus palabras me sorprenden. Siempre había creído que todo eso le gustaba.

—La verdad es que no sabía que estuvieras tan mal. Nunca me lo habías dicho.

—Hay muchas cosas de las que nunca te he hablado, Archi —admite.

—¿Por qué, Brandon?

—No lo sé, pensé que no te interesaba mi vida. Nunca me has preguntado —me dice con sinceridad.

Y la verdad es que tiene toda la razón, yo jamás me he interesado en exceso por su trabajo, solo porque me consiguiera unas entradas decentes. Me he tragado todo su juego de apariencias sin esforzarme en mirar más allá y atravesar su coraza, y manteniendo siempre la mía. Brandon tiene sus defectos y me ha hecho cosas que me han dolido, pero ahora me doy cuenta

de que yo tampoco he sido el mejor amigo del mundo.

—Lo siento, Brandon. Si me paro a pensar, he sido un pésimo amigo, creo que el peor que has podido tener.

—No es cierto, aunque a veces sí he echado de menos poderte contar algunas cosas...

—¿Y por qué no lo hiciste? Te hubiera escuchado, de verdad.

—No sé, siempre estabas muy ocupado y quizás tuve miedo de que mis problemas no te parecieran lo suficientemente importantes... Siempre he creído que no estaba a tu altura.

—Pues ahora me doy cuenta de que el que nunca ha estado a la altura he sido yo —admito con cierta angustia—. Lo siento de verdad, Brandon.

—No digas eso. Los dos hemos cometido errores. Ya no importa, acabamos de pactar que vamos a empezar de nuevo, así que esto nos tiene que servir para no repetirlos, ¿no te parece?

—Tienes razón, bebamos una cerveza y disfrutemos de la fiesta.

Hemos estado tan absortos hablando que no nos hemos dado cuenta de que han llegado el resto de los invitados. Dos amigos míos y dos amigas de Violet. Enseguida hacemos las presentaciones y comenzamos a charlar. Las chicas se integran bien, pero pronto se empiezan a hacer los grupos. Por un lado, Abby con Violet y nuestros dos amigos y por otro lado, las dos amigas de Violet con nosotros dos. A mí no me molesta en exceso que Abby y Violet charlen con mis amigos, pero Brandon no les quita ojo y apenas responde con monosílabos a las preguntas de las amigas de Violet. Creo que lo hace por cordialidad, porque no se está enterando de nada. No quita ojo a Violet, que suelta de vez en cuando alguna carcajada y eso le crispa.

—Si nos disculpáis un momento, chicas... —les digo y cojo del brazo a Brandon.

Cuando nos hemos retirado un poco le miro, está en tensión, diría que enervado y sin retirar la vista del grupo.

—¿Por qué no te unes y así te enteras de la conversación? Conoces a mis amigos.

—No creo que sea bien recibido. Ya ves las palabras que he intercambiado hoy con Violet. Un saludo y un agradecimiento tras mi piropo.

—Brandon... Si no lo intentas no vas a conseguir nunca nada.

Él resopla.

—Sé que la cagué el día del partido, pero no toda la culpa fue mía, sabes lo manipuladora que es Shianna.

—Lo sé, Brandon, pero a mí no me tienes que convencer, sino a la mujer del vestido rojo.

—Sí, esa a la que tus dos amigos están desnudando con la mirada. ¡Joder! No puedo con esto, creo que me voy a marchar.

—¡Brandon! Estas perdiendo una oportunidad de oro —exclamo agarrándole del brazo y tratando de infundirle valor. Pero Brandon parece abatido. El hombre carismático que era capaz de dirigirse con desparpajo a cualquier mujer ha desaparecido por completo, junto con sus máscaras y su coraza.

—No está hecha la miel para la boca del asno —replica intentando deshacerse de mi agarre.

—No digas tonterías... Solo tienes que ser perseverante, pero es que ni te has acercado a ella. Estás dejando que esos dos te coman todo el terreno.

—¿Y crees que ella quiere que me acerque? Porque yo la veo gustosamente acompañada y que yo sepa, ni un segundo ha apartado la vista para comprobar dónde y con quién estoy.

—A diferencia de ti, ella está llamando tu atención coqueteando con esos hombres, no sé si lo has notado. Tú podrías hacer lo mismo.

—¿Y de qué me serviría? Abby me dijo que si quería ganarme su corazón debía cambiar, no volver a las andadas. Si coqueteo con sus amigas solo empeoraré las cosas.

Lo pienso un momento y comprendo que tiene razón.

—Es cierto. En eso estoy de acuerdo con mi chica.

—Me voy, Archi, gracias por invitarme y por incluirme de nuevo en tu vida. Hablamos esta semana, si te parece.

—Está bien..., como quieras Brandon.

Veo a mi amigo irse derrotado y una parte de mí se apena. Me da rabia que no consiga a la chica.

Al cabo de unos segundos, Abby se acerca a mí y me pregunta:

—¿Brandon se va?

—Sí, está molesto por el comportamiento de Violet.

—Vaya..., voy a hablar con ella antes de que ocurra algo irreparable.

—¿Algo irreparable? ¿A qué te refieres? —pregunto incrédulo.

—Pues a que Violet y Brandon se pierdan el uno al otro.

Veo a Abby acercarse rápidamente a su amiga y espero que llegue a tiempo de resolverlo. Porque ahora que lo pienso, creo que Brandon y Violet son la pareja perfecta, aunque solo el tiempo lo dirá.

Capítulo 40

Violet

La fiesta de Archi está yendo bien. ¡Eso creo! Más vale, después de todo el esfuerzo que hemos puesto en prepararla. Pero algo me dice que no todo va a salir como queríamos. Estaba charlando con los amigos de Archi cuando Abby se ha acercado a mí y se ha excusado con mis acompañantes para hablar conmigo en privado. Nos apartamos un poco con las copas en la mano y ella me mira cara a cara, como si hubiera sucedido algo dramático.

—Brandon se ha ido —me dice sin más.

—¡Ah, vale! —respondo con fingido desinterés.

—¿Te parece bien? ¿En serio, Violet? ¡Espabila! Has estado exagerando tu comportamiento con estos dos babosos toda la noche para llamar su atención, no has dejado de mirarlo por el rabillo del ojo. Y si se ha ido es porque estaba molesto. No sé a qué estás jugando, pero si de verdad te gusta estás perdiendo un tiempo muy valioso. No te va a esperar toda la vida.

—A lo mejor soy yo quien no piensa esperarle a él —replico con chulería—. No va a cambiar, Abby. No es el tipo de hombre que quiero para mí, ya lo sabes. Me hará daño, estoy segura.

—Te equivocas, sí que ha cambiado, Violet. Pero si no lo descubres, si no lo intentas..., nunca sabrás si es el hombre de tu vida. Ahora, si me disculpas, mi chico me espera. He estado contigo toda la noche, creo que ya es hora de que le dedique un rato —comenta enfadada.

Y se marcha sin más. Su actitud me exaspera, pero realmente tiene razón. Me he puesto este vestido para Brandon, no sé a quién quiero engañar. He estado coqueteando con los dos amigos de Archibald, dos babosos insulsos, dos tíos salidos que solo me miraban las tetas durante mi conversación. Estoy segura de que ni siquiera prestaban atención a lo que decía y asentían a todo para que no se les notara el descaro.

«Joder, ¡cómo puedo ser tan patética!», me recrimino.

Salgo a toda prisa sin disculparme con esos dos capullos, quizás aún pueda alcanzarlo. Y tengo suerte. Porque Brandon está aún en la puerta, dando patadas a su coche.

—¡Maldita tartana! —dice dándole un puñetazo en el capó.

—Ten cuidado... Es un Mustang del 78, ya no se ven coches como estos.

—Lo sé. Era de mi padre. Pero el cabronazo no quiere arrancar, y... ¿Cómo sabes tú que coche es? —me pregunta incrédulo.

—Bueno..., hay muchas cosas de mí que no sabes —digo, haciéndome la interesante—. ¿Por qué te vas tan pronto?

—Estoy cansado y creo que en esta fiesta sobro.

—¿Y eso? Tu amigo Archibald parece que ya te acepta, ¿no?

—Sí, hemos hecho las paces. Pero Abby y tú parecíais muy bien acompañadas...

—Tampoco a Archibald y tú se os veía mal acompañados. ¿O acaso tienes queja de mis amigas?

—Ninguna, pero nada que ver con las dos mujeres más bellas de la fiesta.

—Vaya... Ahora vas de don Juan.

Brandon resopla y me mira, haciendo un gesto con la mano como quien revela sus cartas.

—Mira, Violet, seamos sinceros, a mí la única mujer que me interesa eres tú. Y no parece algo recíproco, se te veía muy a gusto con esos dos cerdos que no dejaban de desnudarte con la mirada. Así que prefiero irme a casa y ahorrarme el espectáculo. Ahora, si me disculpas, creo que voy a llamar a un taxi, o tendré que irme andando y aún no he llegado a ese nivel de patetismo. Tú vuelve a la fiesta, lo estabas pasando de maravilla.

—¿Crees que, si lo estaba pasando tan bien, estaría aquí? —le pregunto.

Él me mira confuso, y se acerca despacio. No sabe muy bien qué hacer.

—No sé muy bien qué quieres que responda Violet...

—No digas nada y bésame... —le digo porque ahora mismo es lo único que deseo.

Sin más, me agarra por la cintura para acercarme a él, se apodera de mis labios y los devora con tanta pasión que creo que mi cuerpo va a estallar como un volcán en erupción.

Hacía tanto tiempo que no sentía algo así... Cuando por fin nuestros labios se separan, noto que mis piernas tiemblan. Le miro y él me mira con deseo. Sé lo que viene a continuación. Pero no sé si debería ceder tan rápido.

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta en tono bajo.

—No tengo coche y tú tampoco...

—Estamos en Nueva York, hay cientos de formas de llegar adonde uno quiere. ¿En tu casa o en la mía?

—Brandon, yo...

—Dime que no te vas a rajar ahora —me suplica apoyando su frente en la mía—. Ese beso me puesto a mil y este vestido, ni te cuento. Llevo pensando toda la noche en quién sería el cabronazo afortunado que iba a quitártelo. Y ahora puedo ser yo... ¡Déjame ser yo! —susurra con la voz sensual.

No puedo creer que vaya a caer de nuevo rendida en sus brazos, pero es que desde que le conozco, Brandon provoca en mí una pasión sobrehumana. Sé que tengo un don para sentirme atraída por los tipos malos, los que no me convienen en absoluto y los que van a romperme el corazón. Ya he experimentado esa sensación en dos ocasiones y las dos he creído morirme cuando todo ha terminado. Sobre todo la segunda vez, cuando el que debería haber sido un príncipe azul pisoteó mis sentimientos y además se llevó todos mis ahorros y me dejó en la calle. Mi padre casi me mata por eso. Estuvo meses sin hablarme y casi me echa del trabajo. Gracias a que mi madre intercedió por mí, pude rehacer mi vida, al menos en parte. Me da miedo que Brandon pueda volver a romperme en mil pedazos como otros han hecho antes, pero encima estoy segura de que esta vez no voy a poder recomponerme porque ahora siento algo aún más intenso.

—Brandon..., solo te pido una cosa —susurro a media voz, sintiendo un nudo de tensión en mi garganta—. No vuelvas a hacerme daño.

—Te juro que no volveré a hacértelo.

Esas palabras me desarman por completo.

—Prefiero en mi casa... —le digo.

Creo que me siento más segura. Menos indefensa.

—Perfecto. —Me mira y me sonrío.

Coge el teléfono, llama a un taxi, que no tarda ni cinco minutos en llegar, y yo le facilito mi dirección. Durante el trayecto, Brandon me acaricia los muslos por encima del vestido, lo que consigue excitarme en décimas de segundo. Le miro y sonrío. Es lo único que consigo hacer. Estoy nerviosa. Como si fuera una adolescente en su primera vez. Quizás así sea. Porque esto supone un antes y un después en nuestra relación. Solo nos hemos acostado aquella vez en el hotel The Dominick y fue un tonto. Esto es algo más serio. Al menos para mí lo es. Espero que para él también lo sea.

En cuanto llegamos a mi apartamento, me acorrala en la puerta, apenas me deja abrir.

—Tranquilo —le digo.

—No sabes la ganas que tenía de volver a besarte, quería hacerlo en el

taxi pero no sabía si te parecería correcto —comenta y devora mi boca con la misma intensidad.

Mi cuerpo tiembla de deseo. Creo que si seguimos así voy a perder la cordura en décimas de segundo.

—Violet, ¿tu habitación? —me pregunta cuando llevamos dos minutos besándonos junto a la puerta.

Casi se lo agradezco no me apetece que me empotre contra la pared. Bien pensado, no es una mala idea. Pero mis piernas no están hoy para aguantar eso, se derriten solo de pensarlo.

Y es cierto, la idea es maravillosa, el sexo con Brandon aquella noche fue realmente magnífico y no me cabe ninguna duda de que hoy será igual, porque los besos que me está dando me están provocando un éxtasis mortal.

Tira de mí para conducirme hasta el dormitorio y en cuanto llegamos me gira con rapidez y baja la cremallera del vestido con suma maestría. Mi cuerpo tiembla al notar el contacto de sus dedos por mi espalda.

En cuanto baja la cremallera dejo que mi vestido se deslice por mi cuerpo. Y se queda admirando mi ropa interior.

—¡Santo dios, Violet! Dime que estoy en el cielo, porque sin duda tú eres un ángel.

—No soy precisamente un ángel. Soy una diablesa. ¿No ves que voy de rojo? —digo seductora

—Lo que tú digas, preciosa. Aunque para mí eres un ángel, créeme. Y yo soy un puto cabrón afortunado por tenerte solo para mí.

Suelto una carcajada. Desde luego es un mal hablado y un conquistador también, no puedo negarlo.

Acaricia mi cuello y desciende despacio por mis pechos, acariciándolos por encima del sujetador. Siento cómo todo mi cuerpo se estremece con solo esas caricias que me encienden y a la vez me excitan. Mordisquea ahora el lóbulo de mi oreja y a continuación traza con su lengua un recorrido desde mi cuello hasta mi espalda hasta que llega al cierre de mi sujetador. Lo desabrocha y se deshace de él. Sigue bajando con su lengua por mi espalda, dibujando algo incomprensible en mi piel, haciéndome estremecer. Cuando llega a la cintura de mis braguitas comienza a bajarlas, pero cuando está a la mitad, se frena, me da la vuelta y sonrío con malicia.

—Eres simplemente deliciosa, aunque yo sigo vestido y tú totalmente desnuda. No estamos en igualdad de condiciones, nena. No voy a seguir tocándote ni jugando hasta que no te deshagas de alguna de mis prendas.

—No juegues conmigo... Tú no pones las reglas... —contesto enfadada.

Sé que tiene razón, pero ahora que estoy tan excitada que pensé que iba a llevarme a la gloria, me enerva que me deje a medias.

—¡Hmm! No te enfades... pero no querrás solo disfrutar tú, ¿verdad, cariño? —pregunta y de nuevo se acerca a mí, acaricia mis pechos, devora mi boca y vuelve a encender mi cuerpo en segundos.

Mis manos se mueven sin ningún control como si ese beso las hubiera activado, desabrochando su camisa y a continuación su cinturón. Es él quien se quita el pantalón y se queda solo con el bóxer.

«¡Mierda! Ahora soy yo la que me quedo embobada mirándole», pienso. Soy patética.

No recordaba que tuviera un cuerpo tan sexy o quizás es que llevo tanto tiempo sin sexo y deseándolo, que estoy perdiendo facultades.

—Parece que te gusta lo que ves, ¿no es cierto?

—Y tú parece que estás un poco crecido, ¿no? —espeto. Él se echa a reír.

—¿Sabes?, esta noche no tenía ninguna expectativa de pasarla contigo, pero parece que la suerte se ha tornado a mi favor. No te voy a negar que tienes algo de razón. Ahora, contigo, me siento capaz de cualquier cosa, y creo que puedo obtener todo lo que quiera.

Sin mediar más palabras me coge los brazos y me los sube por encima de la cabeza, sujetándolos por las muñecas. No presiona demasiado, pero sí ha conseguido inmovilizarme. Estoy al lado de la cama, sin llegar a estar tumbada, con solo las braguitas y los zapatos. Besa mis labios tiernamente y después susurra a mi oído, bajando mis brazos, acariciándolos.

—No sabes la de cosas que se me ocurren ahora mismo... Solo con pensarlo, Violet..., pierdo la cordura. Eres tan jodidamente maravillosa que... ¡Humm!

Me empuja lentamente y me quedo sentada en la cama. Coge una pierna y, acariciándola despacio con sus dedos llega hasta el pie y se deshace de mi zapato. Mordisquea mis dedos y después cuando mi cuerpo se estremece, repite la misma acción con la otra pierna. Me tumbo en la cama al sentir que mi cuerpo comienza a desfallecer.

«¡Joder! Ay, mierda. Ahora soy yo la que mentalmente dice una palabrota. ¡No, dos!», pero es que, si se ha propuesto que pierda la cordura, lo está consiguiendo totalmente.

Me mira con malicia, con esa sonrisa pícara, de triunfador y siento que,

con total seguridad sabe que estoy al borde del precipicio.

Se acerca despacio, como un depredador que acecha a su presa. Mantengo el aire en mis pulmones, porque ni siquiera sé qué es lo que va a pasar ahora. Y cuando llega a mi altura, sus labios devoran los míos con tanta intensidad que, si no llego a estar tumbada en la cama, hubiera flaqueado en cualquier momento. No llego a entender cómo provoca ese huracán dentro de mí. Cómo es posible que estalle esta tormenta de sensaciones con un solo beso. No quiero ni imaginar en el momento en el que se adentre en mi cuerpo.

Como si hubiera leído mi mente, baja mis braguitas con pericia, se deshace de su bóxer y de inmediato se coloca la protección. Creo que este juego de seducción ha durado demasiado y ambos estamos en un punto sin retorno.

Juega unos instantes más conmigo, haciéndome que arañe su espalda para castigarle, hasta que por fin se adentra en mi sexo. La sensación es tan placentera que pienso que no voy a aguantar demasiado.

Mi cuerpo comienza a ponerse en tensión, pero el ritmo es lento, le miro a los ojos con una mirada desafiante, aunque él sonríe. Con mis manos agarro sus nalgas, pero él solo baja la intensidad, lo que provoca en mí una frustración mayor. Siento que toda esta tormenta que está dentro de mi cuerpo se va a apagar si no continua con un ritmo más rápido.

—Brandon, por favor... —le ruego, aunque no sea mi estilo. Pero es que necesito que acelere sus movimientos.

—Nena, yo soy el que manda ahora. Yo pongo las reglas —susurra.

Esas palabras tienen un efecto salvaje en mí, pero no en el buen sentido. Más bien al contrario: hacen que me llene de furia y un profundo rechazo me hace empujarle de los hombros.

—¡Quita de encima! —le grito.

Pero en un primer momento se lo toma a broma y continúa embistiéndome lentamente.

—¡He dicho que te quites de encima de mí! —le repito con más fuerza.

Brandon sale de mi cuerpo asustado y me mira confundido.

—¡Violet! ¿Qué ocurre? ¿Te he hecho daño?

—¡Eres un maldito bastardo! ¡Tú no tienes poder sobre mí! ¿Lo entiendes? ¡Tú no decides ni mandas sobre mí! —grito exacerbada.

—Violet, cálmate cariño —comenta intentando acariciarme, pero le doy un manotazo para que se aparte.

—¡Fuera de mi casa! —sigo gritando.

—¿Qué te pasa, nena? Solo era una broma. No lo he dicho en ese sentido. Vamos, no te enfades...

Pero estoy disgustada. No me gusta que los hombres se crean que pueden dominarme. Ya he vivido esa situación en mi primera relación y no estoy dispuesta a ceder ni un ápice y dejar que un hombre me humille, por mucho que me guste como me gusta Brandon.

—¡Fuera de mi casa! —le digo incorporándome y cogiendo deprisa su ropa del suelo, lanzándosela a la cara.

—¡Violet, por favor! No sé qué ha pasado, pero vamos a hablarlo como personas civilizadas...

—¡Fuera!

Sé que no estoy siendo sensata, pero ahora mismo no soy capaz de razonar. Solo sé que estoy rabiosa y que no me siento bien. Y si una cosa tengo clara es que no voy a ceder más a los deseos de un hombre. Ya no. Nunca más.

—¡No voy a irme! —dice acorralándome y sujetándome por la cintura—. ¿Y sabes por qué? Porque te quiero, Violet. Porque eres la primera mujer de la que realmente estoy enamorado. Y no voy a dejarte escapar por una estupidez... Quiero que te calmes y que me expliques por qué te has enfadado.

Mi corazón se ha detenido en el instante en el que me ha dicho que me quiere. Sin querer mis lágrimas comienzan a brotar sin poder parar. Toda la tensión acumulada por la excitación y el enfado se han materializado en eso, y las lágrimas se deslizan a borbotones por mis mejillas.

—Cariño..., no llores por favor... Lo siento, te juro que no quería hacerte daño... No soy un hombre dominante ni me van los rollos sado... —dice acariciándome con ternura el pelo—. A veces soy... bueno..., un poco posesivo en lo que se trata del sexo, no voy a negarlo. Aún me cuesta mucho acostumbrarme a ser más sentimental... Violet, yo... si es lo que quieres, lo haré. Lo que he dicho es cierto, te quiero y eres la primera mujer a la que se lo digo y aunque soy muy bruto y quizás un prepotente cuando se trata de sexo, realmente contigo lo quiero todo... Me vuelves loco y pierdo la cordura... Lo siento... Por favor... Violet, cariño..., perdóname.

Le miro con ternura, quizás sea la declaración de amor más bonita que me han hecho jamás. Me seca las lágrimas y le sonrío. Va a besarme, pero no se lo permito.

—Hoy estás castigado... —le digo dibujando una sonrisa maliciosa.

—¿¡Qué!?

—Sí, lo que has oído. Que te has quedado sin besos y sin sexo. Para que aprendas a respetarme.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente. Puedes quedarte a dormir conmigo si te apetece, pero nada de sexo.

—¡Violet! ¿No serás capaz? —inquire confundido.

—¡Sí! Y mañana ya veremos... Depende de cómo te portes esta noche. Como se te ocurra propasarte, no te perdonaré.

—¡Joder!

Sonrío, ahora soy yo la mala persona, lo reconozco, pero tengo que imponerme. Voy a demostrarle que soy yo la que manda en esta relación.

Le doy un beso en la mejilla y le pongo la mía. Me mira indignado y después de unos segundos me lo da.

—Así me gusta. Vamos a dormir.

—Tenías razón, eres una diablesa no un ángel.

—Ya te lo dije.

Nos metemos en la cama y me pongo en el lado opuesto al suyo. Él intenta acercarse a mí, pero niego con la cabeza.

—Caballero, nada de arrumacos. Buenas noches, hasta mañana.

Le oigo suspirar con resignación.

—Buenas noches, Violet. Que descanses.

Cuando me doy la vuelta, esbozo una sonrisa. Sé que no va a pegar ojo, pero se lo merece. Que sufra un poco y sepa lo que le espera conmigo.

Epílogo

Abigail

Después de aquella fiesta que Archibald organizó, las cosas entre Brandon y Violet no son un camino de rosas, pero funcionan y son una pareja. Es algo que nos hacen felices a todos. Al menos a Archibald, pues las noches de chicas se han ido reduciendo a una al mes y así nosotros nos hemos establecido definitivamente en el apartamento de Archibald. Estamos mirando casas para que sean nuestro hogar. Archibald ha dejado caer en alguna ocasión el tema del matrimonio, pero si soy sincera después del divorcio de Robert, ya hace más de seis meses, estoy muy a gusto siendo una mujer soltera. Sé que no soy libre, pues tengo una relación con él, pero no sé si verdaderamente quiero volver a pasar por otra boda y otra unión. No es que tenga miedo al compromiso, es solo que no tengo ganas de más formalidades. Creo que un papel no hace que nos queramos más.

En una ocasión hemos visitado a Yuga y ella nos ha visitado a nosotros, es una niña aparentemente más feliz, que se está integrando poco a poco en el país, acostumbrándose a vivir con su abuela. Algunas cosas, aún así, le están costando un poco. Rehacer su vida después de tanto tiempo como una adolescente normal después de todo lo que ha sufrido es muy duro. Archibald está ayudando a su abuela económicamente, proporcionándole un tratamiento psicológico adecuado. La verdad es que cada día me asombro más del maravilloso hombre que tengo a mi lado.

Esta tarde nos la hemos tomado libre para ojear alguna casa. Cuando el de la inmobiliaria nos la está enseñando, mi teléfono suena. Lo saco del bolso para ponerlo en silencio y al ver de quién se trata me quedo sorprendida: es mi hijo. Desde el divorcio no había vuelto a tener noticias suyas. Hemos intercambiado algún que otro mensaje de vez en cuando, pero no hemos hablado.

—Si me disculpáis, tengo que atender esta llamada, puede que sea importante.

Los dos asienten y yo me retiro un poco para que ni el agente inmobiliario ni Archibald puedan escucharme.

Pienso que puede ser mi padre. De lo contrario, no entiendo por qué va a llamarme.

—Mamá..., hola... —Su voz es dubitativa.

—Mike, hola. ¿Estás bien? ¿El abuelo está bien? ¿Ha pasado algo? —pregunto nerviosa de manera atropellada.

—Sí, sí. Tranquila. Es solo que... Tengo un problema. Bueno, Susan y yo tenemos un problema. Susan es mi novia. Y... Verás... No me gustaría hablarlo por teléfono... Estamos en el aeropuerto... Me preguntaba si podías pagarnos los billetes de avión para Nueva York y así podríamos hablarlo... El vuelo sale en cuatro horas... ¿Crees que podrás...?

—Mike... Me estás asustando...

—Mamá... Por favor... —me ruega.

—Está bien. Mándame los datos al correo. Y gestiono ahora los billetes.

—Gracias, mamá. Te quiero.

—Yo también.

Verdaderamente estoy sorprendida. Hace tanto tiempo que no hablo con mi hijo y ahora... ¿Me llama y me dice que quiere venir a Nueva York y que tiene un problema? ¿Por qué no le pide ayuda a su padre? ¡Mierda! Me duele la cabeza y esto me está empezando a agobiar un poco, la verdad. Archibald me mira al ver que comienzo a andar de un lado a otro del pasillo de la vivienda y frotarme pelo. En unos segundos ya está a mi lado.

—Abby, cariño. ¿Estás bien?

—Sí..., bueno no sé. Me ha llamado Mike.

—¿¡Mike!?! ¿Ha pasado algo?

—Pues no lo sé. Quiere venir a Nueva York con su novia. Me ha pedido que le compre los billetes. Va a mandarme un correo con los datos.

En cuanto termino de explicárselo, suena la señal en el móvil indicando que he recibido un e-mail.

—Mira... Estos son los datos.

—¿Y qué vas a hacer?

—Le he dicho que sí.

—¿Estás segura? —me pregunta sorprendido.

—¿Tú qué harías? Sé que hemos estado sin hablar meses, pero me ha dicho que tienen un problema, él y su novia. ¿Qué quieres que haga?

—¿Y por qué no han acudido a Robert?

—No lo sé, a lo mejor lo han hecho. No sé más.

Archi frunce el ceño, pensativo. Luego toma aire y me mira con afecto, acariciándome el pelo.

—¿Sabes, Abby?, puede que me equivoque, pero creo que la historia se

repite.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, déjalo. Gestiona los billetes, voy a decirle al de la inmobiliaria que vendremos a ver la casa en otra ocasión. Creo que hoy no es el mejor momento.

—Sí, será lo mejor.

No he entendido lo que me ha querido decir Archibald con ese comentario. Comienzo a gestionar los billetes y cuando voy a reservarlos, veo que solo quedan en primera clase y que son bastante caros.

—¡Mierda! —mascullo entre dientes.

—¿Qué pasa, cariño?

—Que solo quedan billetes en primera clase y salen por un ojo de la cara.

—Vaya... ¿Cuánto, Abby?

—Los dos billetes son casi setecientos dólares. Este mes no puedo permitírmelo, ya he gastado bastante con el vestido para la próxima gala... —comento porque aunque ya no tengo un sueldo de becaria y mi salario es bastante más alto, he decidido pagar la mitad de los gastos a Archibald y sigo devolviendo a Mike el dinero del fondo para la universidad.

—Tranquila, toma mi tarjeta.

—¡Archibald!

—Cuando te entrará en esta cabecita —me dice dándome unos toquecitos en la frente— que somos una pareja y ahora mismo el dinero que yo tengo es tanto tuyo como mío. Te has empeñado en que compartamos los gastos. Pues bien... esto también lo compartimos.

—Pero es mi hijo...

—También es el mío. Puede que no de sangre, pero no voy a hacer como si no existiera, Abby.

—¡Archibald!

—Vamos, cariño... Tú quieres que venga y sabes que el dinero para mí no es problema. No hay otros asientos, déjales que se den un capricho... Ya está.

—¡Te quiero! —le digo dándole un beso en la mejilla.

—Te va a costar caro, zalamera.

Me da la tarjeta y cuando tengo ya las tarjetas de embarque se las mando a mi hijo por correo y le mando un wasap.

Me responde con emoticonos y me dice que nos vemos en el aeropuerto a la hora de llegada.

El resto de la tarde estoy intrigada y nerviosa. No consigo concentrarme en nada pese a que Archibald me ha comentado y enseñado algunas casas que ha visto por internet. Cuando llega la hora de ir al aeropuerto, tengo un nudo en el estómago. Volver a ver a Mike me hace ilusión, aunque también es cierto que guardo un cierto resentimiento por la decisión que tomó, quedarse con su padre y conocer a su hermanastra.

En cuanto le veo, me quedo parada. Sé que, en otra ocasión, como cualquier madre que hace tanto tiempo que no ve a su hijo, me abalanzaría sobre él, pero yo no puedo hacerlo. Él, sin embargo, se acerca y me abraza.

—Hola, mamá. Te he echado de menos.

—Hola, Mike, ¿quién lo diría? —le digo sin pensar.

—Vaya. Sabía que no me lo ibas a poner fácil, pero esperaba que fueras un poco más considerada. Bueno, voy a presentarte a Susan. Susan, ella es Abby: mi madre.

—Un placer conocerla —me dice la chica acercándose con timidez.

—El placer es mío, Susan —expongo cordialmente.

—Y él es Archibald, el novio de mi madre.

—Encantado de conocerte, Susan. Mike, un placer volver a verte —le dice Archibald con sinceridad, estrechándole la mano, después de saludar a Susan.

No entiendo cómo después de todo lo ocurrido, Archibald no siente rencor hacia mi hijo, pero si realmente lo tiene, no se atisba nada a simple vista.

—¿Nos vamos a casa? —pregunta Archibald cogiendo amablemente la maleta de Susan.

Nos dirigimos hasta el aparcamiento casi en silencio y cuando nos montamos en el coche es Archibald el que inicia la conversación con Mike. Charlan sobre sus estudios y los planes que tiene para el futuro, aunque Mike se muestra bastante poco comunicativo respecto a lo segundo. Yo me he sentado en la parte trasera del vehículo con Susan, pero no estamos hablando, simplemente me dedico a escuchar la conversación de mi novio y mi hijo.

El trayecto no es muy largo y al estacionar el vehículo en la plaza de garaje soy la primera en bajar. No estoy cómoda y no sé qué es lo que nos espera. La cara de Susan está pálida y en cuanto se baja le pregunto:

—¿Te encuentras bien, Susan?

—Estoy un poco mareada del viaje. Pero seguro que ahora en cuanto me siente ya me encontraré mejor.

La miro extrañada y después miro a Mike. Ambos parecen querer decirme algo. En cuanto subimos a casa, es mi hijo el que se encarga de todo.

—Mamá, ¿te importa si Susan se tumba un rato a descansar? Está mareada. Si me indicas dónde puede hacerlo...

—Claro, acompáñame.

Los llevo hasta la habitación de invitados y les explico dónde pueden dejar las cosas, así como dónde está el aseo.

Después los dejo un rato a solas para que se instalen. Regreso con Archibald y él me mira con una sonrisa que no me gusta demasiado.

—¿Qué ocurre?

—¿Aún no te has dado cuenta, Abby? —me pregunta incrédulo.

—No te sigo, Archi...

—¿En serio? Abby, por Dios...

Pero en ese instante aparece Mike.

—Bueno... Creo que ambos os habréis dado cuenta de que Susan... Bueno, mamá, no sé..., esto..., a ver... Ni siquiera sé cómo ha pasado... Siempre hemos tenido cuidado y hemos usado protección...

«¡Mierda! —pienso al darme cuenta de lo que ocurre—. Tarde Abby, tarde. Tu novio lo pilló a la primera, te dijo: la historia se repite... y qué razón tenía».

—Pues amigo..., me temo que no fue suficiente —dice Archibald y yo le miro con desidia.

—Lo sé —expone Mike un poco irritado.

—¿Y estáis aquí porque tu padre no quiere saber nada? ¿Me equivoco?
—Ahora soy yo la que interviene molesta.

—No te equivocas. Papá... bueno, ya no tengo dónde ir, eso es todo —dice finalmente, derrotado.

—Es alucinante, Mike. Esto era lo último que me quedaba por escuchar. Metes la pata. Dejas embarazada a tu novia y como tu padre te echa literalmente de casa vienes a pedir ayuda a tu madre de la que te desentendiste porque..., bueno aún no sé por qué decidiste que yo era la mala cuando tu padre tenía otra esposa y otra hija, la verdad... Porque realmente la cornuda era yo.

—¡Mamá! Lo siento, de verdad. Papá me hizo ver que realmente tú nunca le habías querido, que tuvo que buscar cariño en otra mujer... Y... bueno, yo... Estaba enfadado por lo de Archibald... Sabía que te gustaba y ese fin de semana después de lo que pasó... no me apetecía nada volver aquí

contigo. No sé... También, conocer a mi hermana me hacía ilusión. Siempre quise tener un hermano o una hermana. Lo siento, mamá.

—No sé, Mike. Quizás lo más fácil para todos es que ese bebé no nazca... —le digo sin pensar.

—¿Realmente lo piensas? ¿Si volvieras atrás tu abortarías? —me pregunta enfadado consciente de cuál sería el resultado si fuera afirmativa mi respuesta.

—No, para nada... No cambiaría ninguna de las cosas que hice en el pasado pese a que mi matrimonio haya resultado tan nefasto, porque tú eres lo único satisfactorio de él.

Mis palabras parecen suavizar la situación entre los dos.

—¿Entonces por qué me estás diciendo que hagamos nosotros algo que tú no pudiste hacer? Puede ser igual para mí, mamá... Quizá, si decidimos tener al niño, nuestro hijo sea algo tan importante y hermoso en nuestra vida como...

—Como tú lo eres para mí. —Completar su frase no me cuesta nada y lo hago con total seguridad. A pesar de nuestro reciente desencuentro, es mi hijo... y sigue siendo lo que más quiero en el mundo—. No lo sé, Mike, ¿tú estás enamorado de Susan?

—Tampoco puedo responder a esa respuesta con total sinceridad. Pero de lo que sí estoy seguro es de que, si Susan quiere tenerlo, yo la apoyaré. Quizás pueda hacer las cosas de diferente manera. Ahora mismo no tenemos por qué casarnos para criar a un bebé. La vida ha cambiado mucho.

—En eso estoy de acuerdo —le respondo.

—Nosotros os ayudaremos en todo lo que necesitéis —expone Archibald y me deja totalmente sorprendida.

—Gracias —dice Mike, igual de sorprendido—. Ahora, si me disculpáis, voy a ver si Susan necesita algo.

Asiento y veo cómo mi hijo se marcha. Archibald me abraza.

—Cariño... sé que es duro para ti, pero si no les ayudamos, tampoco te ayudas a ti. Tienes que aprender a perdonar. Tú quieres a tu hijo. Es solo que necesitas olvidar el pasado. Se equivocó. Tomó una decisión errónea. Yo también cuando me fui a China. Brandon también conmigo. Olvidémonos de una vez el pasado y vivamos el presente...

—¡Voy a ser abuela! Tengo treinta y cinco años y voy a ser abuela... ¡Madre mía! —expongo nerviosa.

—¡Hmm! Sí pero vas a ser la abuela más sexy y guapa que he conocido

jamás —me dice con ternura.

—Te quiero, Archi. Gracias por ser tan comprensivo con mi hijo y mantener al menos la cordura.

—Alguno de los dos tenía que hacerlo...

—Sí, la verdad es que sí —respondo con pesar.

—El caso es que ahora no voy a poder proponerte que nosotros tengamos un bebé. Porque fíjate, nuestro nieto sería más mayor que nuestro hijo...

—Bueno, creo que algún caso existe. Además... ¿por qué no?

—¿Eso es un sí? —inquire con una sonrisa canalla.

—Eso es... un «ya veremos». —Suelta una carcajada y me da un beso en la frente.

Preparamos la cena juntos, imaginando todo lo que está por venir, y cuando hemos terminado doy un toque en la puerta de la habitación de invitados.

—Vamos a cenar, chicos...

—¡Mamá! —chilla mi hijo y entro de inmediato—. ¡Algo le pasa a Susan! —me dice Mike asustado—. Pensé que se había dormido. Me he tumbado a su lado, pero ahora no me responde... cuando has dicho lo de cenar la he llamado y ... ¡Dios mío, las sábanas están llenas de sangre!

«¡Abby! Piensa rápido, piensa...», me digo.

—¡Archibald! Llama a una ambulancia —grito.

Él sube de inmediato y cuando nos ve, pregunta:

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, pero ha perdido mucha sangre.

—Será mejor que la llevemos nosotros, quizás cuando llegue la ambulancia sea tarde —dice cuando le comprueba el pulso.

La coge en brazos como si fuera una muñeca y la baja por las escaleras. Mike y yo le seguimos, asustados, y nos montamos rápidamente en el coche.

Archibald conduce como loco hasta el hospital, aparca sin pensar donde pilla y baja, repitiendo la operación de coger a Susan en brazos. La acerca hasta urgencias. Allí los sanitarios se encargan de ella. Nos preguntan lo sucedido y después de dar todos los datos y explicar lo sucedido nos hacen esperar.

—Todo va a salir bien, hijo —le digo a Mike agarrándole de la mano.

Ahora me siento culpable. He sido yo la que he dicho que era mejor que ese niño no naciera y parece que he invocado a los malos augurios para que algo malo le pase...

—Es culpa mía... —susurro.

—Nada de esto es culpa tuya, mamá. Susan lleva unos días encontrándose mal. Quizás no deberíamos haber volado. Quizás la presión le ha provocado un aborto... ¡Maldita sea!

—Tranquilo... —le digo intentando que se sosiegue.

Suspira, nervioso. Le agarro con fuerza la mano.

—No tiene a nadie, ¿sabes? La conocí en la universidad. Se paga los estudios trabajando de camarera. Sus padres fallecieron en un accidente de tráfico. Verdaderamente es una luchadora, eso es lo que me enamoró de ella. No sé si será la mujer de mi vida, pero ahora solo sé que la quiero y que no quiero perderla...

—Me parece estupendo, Mike. Todo irá bien, ya verás —digo intentando tranquilizarle. Está pálido y tiene los ojos húmedos, se muerde el labio inferior nerviosamente mientras mira la puerta por la que se han llevado a Susan en camilla. Está tan asustado... —. Pero sois muy jóvenes. A lo mejor... No sé... Quizás esto sea lo mejor... No digo que sea fácil... Pero...

—Tienes razón... —me mira apesadumbrado.

Después de varias horas en la sala de espera. Un médico sale para informarnos.

—Buenas noches, la paciente está estable, pero lamentamos comunicarles que ha perdido al bebé. Ha sido un aborto espontáneo.

Mike me mira y se abraza a mí. Sé que es duro, quizás ya se había hecho a la idea de ser padre.

—Cariño, tranquilo. Todo va a salir bien —le repito.

—Lo sé, mamá... Es solo que ella estaba muy ilusionada y ahora...

—Cuando seáis adultos, tengáis terminada la carrera y quizás os conozcáis mejor, solo así, decidiréis si estáis preparados para tener un hijo. Créeme, sé bien de lo que hablo. Tener un hijo es una dura etapa que te cambia la vida por completo.

—Lo sé, mamá. Lo sé. Gracias. Voy a entrar a verla..., solo una cosa más. ¿Te importa que nos quedemos en Nueva York? Susan y yo habíamos pensado pedir el cambio de Universidad para el siguiente semestre.

Miro a Archibald y él asiente.

—Claro, por supuesto, no hay problema. Quizás Archibald pueda conseguirle a Susan un trabajo y a ti uno también, ya es momento de que empieces a valerte por ti mismo. Así podéis independizaros si queréis vivir juntos.

—Gracias a los dos.

Archibald me mira con esa sonrisa tan suya y se acerca más a mí.

—¿Sabes, cariño...? Últimamente me debes demasiados favores. Y ahora que desgraciadamente no vas a ser abuela, creo que vamos a tener que ponernos, muy pero que muy en serio en eso de ser padres...

—Cuando tú quieras, cariño... Además, por ti haría cualquier cosa.

Sus palabras me ayudan a relajarme un poco. Ha sido un día de locos.

—¡Hmm! No me lo digas dos veces, que te secuestro ahora mismo. ¿Cualquier cosa has dicho? Sabes que hay una cosa que sí quiero, Abby. Lo único que más deseo en esta vida además de tener un hijo tuyo.

—¿Cuál? —pregunto confusa.

—Casarme contigo.

Suspiro, un poco nerviosa. Quizás sea hora de decirle que sí. Si vamos a buscar un hijo juntos, será mejor hacer las cosas bien.

—Archibald, eres el amor de mi vida, tú me enseñaste a vivir, no pensé que diría esto, pero si me lo pides como es debido, quizás, solo quizás, te diga que sí —respondo con sinceridad.

Pasamos el resto del día junto a Mike y su novia y dejamos que nos acompañen el resto de la semana una vez Susan es dada de alta. Ahora mismo, ambos necesitan todo nuestro apoyo. Somos lo único que tienen en el mundo. Y yo quiero estar al lado de mi hijo, ahora que nos hemos recuperado el uno al otro. Algunas heridas aún tardarán en curarse, pero estamos juntos y estamos unidos. Eso es lo importante.

Al lunes siguiente, con un anillo como es debido y un desayuno de lo más romántico, Archibald hizo una pedida de mano como toda mujer siempre ha deseado y yo, evidentemente le dije que sí porque, aunque siempre creí que había tenido mucha vida hasta entonces, no fue hasta que conocí a Archibald que realmente comenzó mi propia vida. Él me enseñó a vivir.

FIN

Agradecimientos

De nuevo termino una historia y, la verdad, he perdido la cuenta de qué número ocupa, pero puedo decir que poner FIN me resulta como siempre satisfactorio y muy gratificante.

Me enseñaste a vivir es de esas historias que dejan huella, y no por nada en especial sino porque, aunque la comencé hace más de un año, por circunstancias del destino había quedado un poco relegada durante un tiempo. Pienso que toda historia tiene su momento y es por eso que no tenía que llegar hasta ahora. Digo yo que es el destino, pero además creo, y cuanto más lo pienso más me convenzo, que esta historia ha dado un giro —espero que a mejor—, desde que yo la imaginé hasta que ha concluido. Estoy convencida que el tiempo que ha estado «parada» ha sido para que la idea fuera madurando.

Quiero agradecer como siempre el apoyo y la ayuda de mi marido Javi, que de nuevo me ha ayudado a revisar la historia, aportando su granito de arena, pero también porque siempre tiene que aguantar mis desvaríos y mis horas tras el ordenador escribiendo, promocionando y realizando los montajes de los booktrailers. Gracias, cariño, por armarte de paciencia y soportar a esta loca que solo pretende plasmar sus ideas y espera que la gente que las lea disfrute durante unas horas con ellas. Y a mi hija Lorena, por interesarse tanto en mis libros y el orgullo con el que siempre habla de mí a sus amigos.

Agradecer a Violeta, que cuando me mandó su primera revisión de la historia me hizo estremecer con sus comentarios, no voy a desvelarlos, eso me lo guardo para mí, pero es gratificante que tu correctora vea cosas en ti que tú misma no ves y además te anime de esa manera. Mil gracias guapa, por tu ayuda para mejorar mis historias y sobre todo por tus palabras.

A mi niña Rakel, porque siempre estás ahí, SIEMPRE. Ya te he dicho muchas veces lo que significas para mí, pero de nuevo mil gracias por todo lo que significa tu presencia en mi vida.

A mi querida Susana porque, aunque estemos lejos, una llamada, siempre hace estar más cerca y aunque me gustaría poder vernos más, al menos los ratillos que pasamos juntas, lo pasamos de maravilla.

A Sandra, porque siempre que me lee me dice: «esta novela es más maravillosa que la anterior, te has superado». No sé si será verdad, pero ayuda mucho a seguir intentando mejorar y poner más de mí en la siguiente historia.

A mis amigas y compis de trabajo, Rosa, Mónica, Marta, Puri, Conchi, Luisa y Ascen por estar a mi lado y apoyarme siempre. Mil gracias, chicas, por ser como sois geniales.

Gracias al resto de seguidor@s y compañeras de andadura, gente que gracias a esta aventura he conocido, gente que me ayuda y me apoya cada mañana y me hace querer continuar esta maravillosa locura.

Y a ti, lector@, si acabas de descubrirme con esta historia, te doy las gracias. Sea lo que sea que te ha impulsado a descubrirme, espero que hayas disfrutado con la historia de Archi y Abby, y espero que te incite a descubrir el resto de mis historias.

Y si eres un@ de mis seguidor@s, agradecerte de nuevo que sigas ahí una vez más, que me hayas leído y espero de corazón que de nuevo te hayas vuelto a enamorar de los personajes y de la historia de Archibald y Abigail.

Y para concluir, que hoy estoy un poco ñoña, quiero decir que a veces la vida es como un tren, hay muchas estaciones, mucha gente se sube en él y solo unos pocos concluyen el viaje. Pues yo me quedo con esa frase. Porque me encanta, y es muy verdadera. En este mundo, no solo en la escritura sino en la vida en general, se conoce a mucha gente, y de todos ellos se sacan experiencias positivas y negativas, pero en el fondo, experiencias. No toda la gente se queda en el tren de tu vida, pero todos te acaban enseñando una lección y los que deciden quedarse a tu lado, esos son los que realmente tienes que valorar y los que te tienen que importar, porque pese a ser como eres, siguen ahí. Yo me quedo con eso, con toda la gente que me ha enseñado, apoyado y sigue ahí. Millones de gracias a tod@s.

P.D: ¡¡¡¡Ahhhh!!! Antes de terminar y para los que os preguntáis si habrá historia entre Violet y Brandon os diré: cuando terminé la novela (pues no había redactado aún los agradecimientos) no tenía muy claro qué iba a pasar, dejé esa puerta abierta, porque nunca se sabe. Pero durante estos últimos días le he dado muchas vueltas y pese a que ahora mismo estoy sumergida en otra historia (que no voy a dejar estancada pues estoy a más de la mitad y espero poder concluir durante este mes) tengo claro y más o menos seguro que SÍ habrá historia para estos dos personajes. Porque creo que Violet se lo merece. Es un buen personaje que además tiene un pasado que quiero que conozcáis y que ya se ha forjado en mi cabeza; así es que espero cuando salga a la luz esta novela y la leáis yo ya me encuentre escribiendo esa historia.

Millones de besos.

Rose B. Loren.

Otras novelas de la autora

Algo más que Asia (Junio 2015)

Xenia Velázquez, veinticinco años, diseñadora gráfica en prácticas en la empresa Diseños Cantalapiedra; su vida es monótona lejos de sus raíces y sus amigos.

Mikel Sastre, veintisiete años, veterinario en la tienda de mascotas Happy Pet, con una vida libertina y sin ataduras.

Alexis Poveda, veintiocho años, director ejecutivo en Sweet Dreams. Pasa por una ruptura reciente y no cree en el amor.

El destino hace que Xenia y Mikel se conozcan y entablen amistad, pero un concurso de la radio hará que sus vidas se separen durante unos días y que Xenia conozca a Alexis.

Cinco destinos por descubrir en Asia donde, con unos comienzos más que difíciles, ambos descubrirán la pasión.

Un viaje que termina, una separación y un reencuentro harán que el corazón de Xenia tenga que decidirse entre Alexis o Mikel.



Todo por un beso (Enero 2016)

Zaira ha perdido la esperanza de encontrar el amor de su vida después de algún que otro desengaño amoroso, por lo que piensa que la mejor opción, por el momento, es tener una aventura con su jefe, aunque a veces se lo niegue a su mejor amiga e incluso a ella misma.

Pero la fiesta de máscara que su empresa organiza por Navidad, le devolverá la esperanza.

Un beso y un misterioso hombre que con el solo roce de sus labios le provoca un sentimiento más allá de lo experimentado hasta ahora, le harán cambiar de opinión.

Tras pasar la noche buena junto a ese hombre, compartiendo algo más que una cena familiar, Zaira decidirá dar rienda suelta a lo que pueda a llegar a ser esta historia.

Unas vacaciones juntos, un viaje por compartir y un accidente que hará que su relación se vea afectada, ¿pero hasta qué punto?

*¿Te atreves a descubrir la historia de Zaira
y ese beso que lo cambia todo?*



Las mentiras de mi vida (Junio 2016)
Primera parte de la Bilogía “Descubriendo la verdad”

¿Y si descubrieras que tu vida está rodeada de mentiras?

Desde el abandono de su madre a los doce años, Claudia sabe lo que es trabajar duro. Marcada por la falta de cariño y desconfianza en el amor, trata de sobrellevar su vida con su hermano menor y su padre, aunque su relación sea difícil.

Un juego de seducción, le llevará a la habitación de un hotel para pasar una noche con un desconocido hasta ahora, Marco.

Todo cambia al día siguiente, pues él, resultará ser el futuro jefe de la empresa para la que trabaja Claudia.

Un chantaje, una entrega de dinero, una oportunidad, un engaño, unas fotos en una revista y un reencuentro.

Claudia descubrirá muchos secretos, tendrá que lidiar con muchas pruebas y algún que otro impedimento para conseguir salvar a su familia.

*¿Conseguirán unir sus caminos Marco y Claudia?
¿Marco otra mentira más? ¿Te atreves a sentir?*



Hasta que llegaste tú (Julio 2.016)
Primera parte de la Bilogía “Descubriendo la verdad”

Si disfrutaste con “Las mentiras de mi vida” esta nueva entrega nos cuenta la visión de Marco desde que conoció a Claudia. Cómo comienza su historia de amor, sus sentimientos y vivencias, su pérdida y el ansiado reencuentro.

Marco y Claudia se enfrentarán a todos los problemas y mentiras en las que se basa su vida, afrontando todas las adversidades que el destino les presenta.

Disfrutarás de muchos momentos íntimos, un precioso viaje y la pérdida de un ser querido que hará que la tristeza aflore en la vida de Claudia, pero Marco la compensará queriéndola como solo él lo hace, con una bonita declaración de amor.

Descubrirás nuevos personajes y muchas más experiencias por vivir de esta pareja.

¿Conseguirá Marco que Claudia ceda a sus deseos de formar una familia? ¿Te atreves a sentir?



Me quiero enamorar (Noviembre 2.016)

Vera acaba de finalizar su carrera como una prestigiosa modelo, cotizada en las mejores pasarelas. Sus éxitos profesionales le han llevado a alcanzar una gran fama.

Dispuesta a emprender un nuevo proyecto empresarial lanzándose al diseño de bisutería para una reconocida marca mundial, empezará una nueva vida.

Ha conocido a algunos hombres en su vida, pero ninguno ha sido el indicado; aún no conoce el amor verdadero, pero se muere de ganas por encontrarlo.

Asesorada por su mejor amiga, se apuntará a una empresa de citas, pero el destino le tiene preparado algo diferente. Varios encuentros casuales harán que su corazón empiece a latir con fuerza por Aaron, un fotógrafo que lleva obsesionado con ella desde hace mucho tiempo.

Vera decide dar una oportunidad a esos sentimientos, pero un contratiempo hará que su relación penda de un hilo.

*¿Conocerá Vera el amor verdadero?
¿Será Aaron quien atrape su corazón y consiga por fin enamorarla?*



Destino, tu corazón (Enero 2.017)

Dicen que el primer amor siempre es verdadero, que deja huella...

Bethany acaba de terminar sus estudios de diseño y aún no sabe qué va a hacer con su vida, pues de momento, con tan solo diecinueve años, está intentando buscar un trabajo para costearse una carrera; pero lo que sí que tiene claro es que está enamorada de James, su vecino, catorce años mayor que ella. Un hombre independiente, liberal y que no cree en las relaciones de pareja.

Sabe que es un sueño inalcanzable, pero los sueños a veces se hacen realidad...

Tras comenzar a trabajar para Vera, una diseñadora de bisutería, la casualidad hace que James sea el mejor amigo de Aaron, el hombre del que su jefa está enamorada y, tras una cena los cuatro juntos, Bethany tendrá un encuentro con James.

Despierta sentimientos en él que nunca antes había experimentado, pero James se niega a dejarse llevar en un primer momento.

Muchos son los obstáculos que hay que vencer para que una noche de pasión pueda llevar al amor, pero el destino a veces es quien dicta las normas y, sin darse cuenta, comienzan a verse con asiduidad, siempre encuentros furtivos, hasta que los padres de Bethany los descubren y todo se complica.

¿Podrán luchar por su amor pese a la diferencia de edad? ¿Será James el primer y único amor de Bethany?

Todo esto y mucho más podrás descubrirlo en Destino, tu corazón.



Nuestro amor no fue casualidad (Abril 2.017)

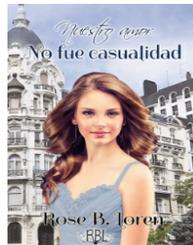
Inma es una joven diseñadora madrileña cuyo único objetivo es alcanzar la fama en el mundo de la moda, por lo que se traslada a Nueva York en busca de un futuro más prometedor, dejando a sus padres desilusionados por su decisión.

Con su duro trabajo y tras años de dedicación casi en exclusiva, consigue que sus diseños desfilen por la pasarela de la moda de dicho país, pero un fatal accidente hará que tenga que dejarlo todo y regresar a España. Allí conocerá a Lucas, inspector jefe de policía y mano derecha de su padre.

Durante semanas ambos convivirán juntos, mientras el amor comienza a florecer sin que ellos se percaten más que de una fuerte atracción.

Sus vidas se complicarán, una trama se cierne detrás del accidente de sus padres, aunque siempre estará presente el amor que ambos se procesan y lucharan contra todos los acontecimientos que la vida les depara.

¿Conseguirán estar juntos y vivir la vida que se merecen? Descubre la historia de Inma y Lucas en “Nuestro amor no fue casualidad”.



Batea mi corazón (Julio 2.017)

Ryan es un exitoso jugador de béisbol cuya vida no ha sido un camino de rosas; viudo y con una hija de siete años, tendrá que enfrentarse a una gran lesión que puede acabar con su carrera deportiva. Frustrado y totalmente perdido después de una operación, conocerá a Cristal, una fisioterapeuta que no le pondrá las cosas fáciles.

Una recuperación con muchos obstáculos que harán perder la fe a Ryan en muchas ocasiones. Unos comienzos nada alentadores. Un sentimiento que comienza a surgir sin que ambos se den cuenta. Una mujer enamorada que luchará con todas sus armas para desarmar cualquier relación entre Cristal y Ryan. Estos son los ingredientes de Batea mi corazón.

Descubre la pluma de Rose B. Loren en esta fantástica novela que te pondrá las emociones a flor de piel.



Mi vida en tus manos (Agosto 2.017)

Zoe es una joven doctorada en educación infantil, con un pasado que le ha marcado para siempre; su madre los abandonó a ella y a su padre cuando era tan solo una niña, y este falleció en un accidente aéreo siendo una adolescente. Procedente de una familia acomodada, sus abuelos fueron los responsables de procurarle una buena formación en los mejores colegios y universidades. Con un gran corazón, rechazó un puesto en la universidad para dedicar su tiempo a ser maestra en un orfanato de Cardiff.

Pero toda su vida se ve truncada justo cuando está a punto de recibir una suma importante de dinero proveniente de la herencia de sus abuelos.

Un cambio que la pondrá en una situación extrema y que necesitará de la ayuda de Owen, un subinspector de policía que le tenderá una mano cuando más lo necesita.

Situaciones al límite y decisiones desesperadas que harán que todo gire alrededor de una sola idea, recuperar la vida que le ha sido arrebatada.

¿Recuperará Zoe su verdadera vida? ¿Quién está detrás de toda esta trama?

Descúbrelo en *Mi vida en tus manos...*



Enganchada a ti (Diciembre 2.017)

Susana lleva toda su vida enamorada de Héctor, desde que tenía doce años y sus padres se mudaron a Santoña, aunque él solo la ve como una amiga.

Enganchada a ti nos cuenta la vida de Susana y de Héctor, desde que van a la Universidad hasta que se gradúan como médicos y ambos trabajan en el mismo hospital en Santander, siempre conviviendo en la misma casa con su mejor amiga, Lara.

Susana tiene que sobrellevar el amor que siente por Héctor a escondidas y mantener otras relaciones que no le hacen sentir nada, mientras ve cómo él disfruta de su vida libertina con otras mujeres, haciendo que su corazón poco a poco se vaya resquebrajando.

Pero cuán caprichoso es a veces el destino... Cuando la vida de Susana está estabilizada, con una pareja que le hace sentir bien y alejada de Héctor tras su marcha a Nueva York, un trágico acontecimiento hará que vuelvan a encontrarse y él se dé cuenta de lo que realmente siente por ella. Aunque quizás ya sea demasiado tarde y Susana no esté dispuesta a romper su actual relación para luchar por la persona de la que lleva toda la vida enamorada.

Descubre esta historia de amistad, pasión y constante lucha de sentimientos por conseguir el amor verdadero.



Sálvame de mí (Marzo 2.018)

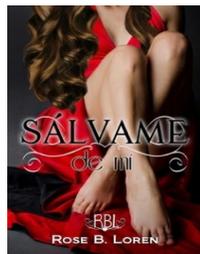
Hace cuatro años que estoy trabajando para la empresa de un amigo de mi padre, desde que mi novio decidió abandonarme. Y hoy, por primera vez en mucho tiempo, sentada en mi despacho, leyendo un informe, me he sentido vacía.

Ahora no dejo que ningún hombre se aproveche de mí, más bien soy yo la que lo hago. Suelo contratar a hombres más jóvenes e inexpertos para así utilizarles en mi propio beneficio. Sí, así de ruin me he vuelto en estos últimos cuatro años. De ahí que me sienta tan vacía. No tengo alma, no siento nada por dentro... Solo me quedan unos pequeños restos de algo parecido al amor, que despiertan cuando estoy con mis padres, pero son contadas las ocasiones.

Y es que mi padre perdió su pequeño negocio en manos de un gran empresario y ahora mi obsesión es conseguir algún día competir contra ese malnacido y arrebatarle todo aquello que más quiere. Sé que será difícil, pero me he esforzado en ascender y obtener un puesto de relevancia, destacando entre el mercado para poder hacerle frente.

Mientras nado en un mundo de tiburones en el que tengo que codearme diariamente con muchísimos hombres, juego mis cartas con maestría haciendo que poco a poco se rindan ante mí.

Me llamo Aria y esta es mi historia.



Carrozas, calabazas y unos manolos (Junio 2.018)

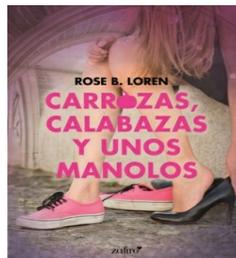
Anne siempre había querido que su vida fuera como el cuento de Cenicienta, con una carroza y los zapatos de cristal, aunque sin calabazas, porque siente una aversión especial por ellas. Y por supuesto encontrar a su príncipe azul y tener ese final de «vivieron felices para siempre».

Cuando su padre falleció, ella quedó a cargo de su madrastra y sus dos hermanastras, quienes durante un tiempo la trataron como a una sirvienta.

Pero su suerte cambia cuando consigue trabajo como profesora en la Universidad de Oxford, aunque las cosas se tuercen cuando Noah, el jefe de su departamento, no deja de hacerle la vida imposible.

Su madrastra, por su parte, intentará arrebatarle la casa familiar. Y para colmo, Anne cometerá un grave error que puede poner en peligro toda su carrera laboral.

¿Podrá transformar su actual vida aparentemente desastrosa en un cuento de hadas? ¿Existen los finales felices como los de los cuentos con carrozas y zapatos de cristal?



En mis sueños (Octubre 2.018)

Aanisa Salek es la directora de una multinacional del petróleo con sede en Valencia. Durante varios meses y debido a su estresante ritmo de vida, cada noche se despierta sobresaltada, siempre con un mismo y perturbador sueño. En él aparece un hombre al que no reconoce, solo recuerda sus preciosos ojos verdes, su penetrante mirada y después... un destino incierto.

David Aldrich es el director de una empresa familiar afincada en Londres, dedicada a la fabricación de barcos de recreo. Tras varias negociaciones con la empresa petrolera de la que es directora Aanisa, decide viajar a España para cerrar un trato que les proporcionará el suministro de carburante para sus embarcaciones.

Al conocerse, Aanisa se da cuenta de que David es el hombre de sus sueños. Intenta por todos los medios no caer rendida a sus encantos, pero el deseo puede más que la razón y ambos sucumbirán a la tempestad de sentimientos que inunda sus corazones.

Pero como si el destino moviera los hilos en su contra, la relación se verá afectada por varias personas que quieren destruirla y por un acontecimiento que cambiará del todo sus asentadas vidas.

Adéntrate en esta historia de amor fulminante, conoce la vida de Aanisa Salek, el origen de su nombre y el porqué de sus sueños. Descubre al atractivo y rompedor David Aldrich y cómo cambia su vida al conocer a Aanisa. Atrévete a descubrir «En mis sueños».



[1] El Ministerio de Seguridad Pública de la República Popular China es el principal órgano policial y de seguridad interna con el que cuenta este país.